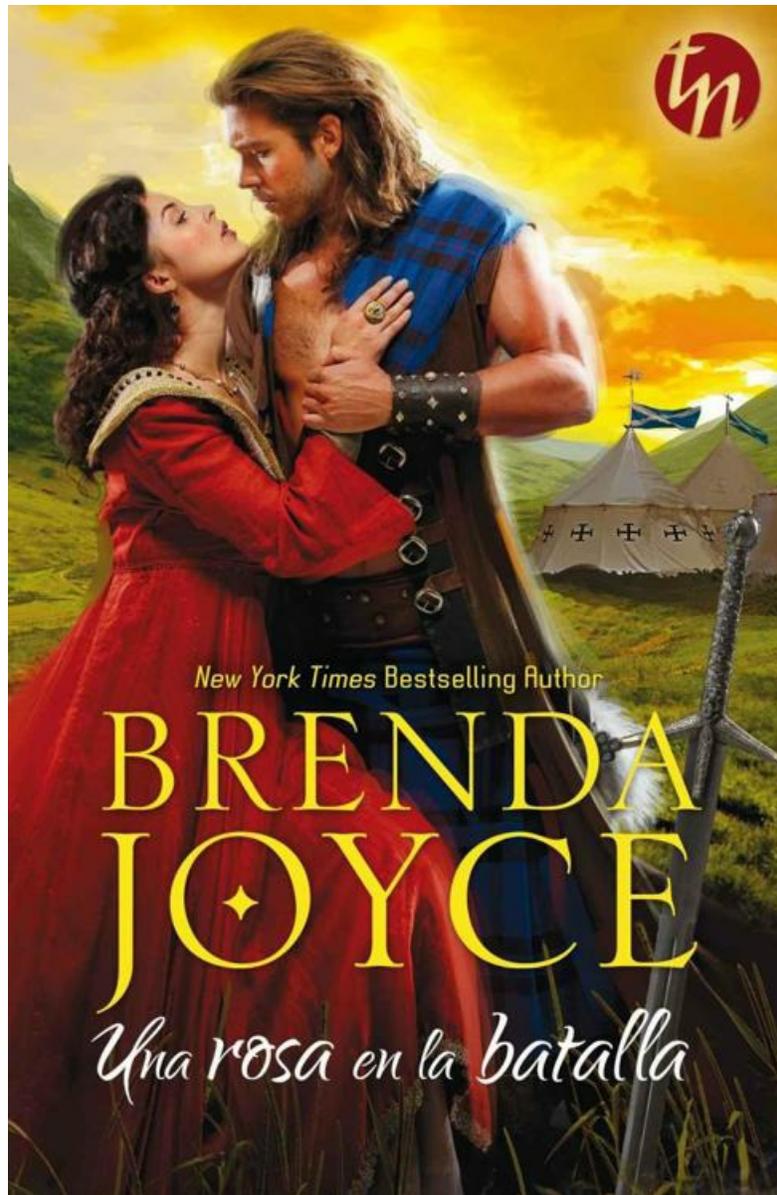




New York Times Bestselling Author

BRENDA JOYCE

Una rosa en la batalla



3º, serie Escocia Medieval

BRENDA
JOYCE
Una rosa en la batalla

Libro 3 de la serie Escocia Medieval

Alana le Latimer era hija bastarda de un noble y, por esa causa, su poderosa familia, los Comyn, la había olvidado y abandonado. Su abuela la había criado en soledad, y siempre habían vivido a cierta distancia de la guerra de Escocia. Sin embargo, cuando la batalla se acercó a su hogar y se vio obligada a salvar de la muerte a un guerrero enemigo, su vida empezó a correr peligro.

Iain de Islay le había jurado lealtad a Robert Bruce. Una bella mujer lo rescató de la muerte y le arrebató el corazón. Sin embargo, aunque comenzaran un idilio apasionado y prohibido, Alana debía ocultarle su identidad.

Cuando el ejército de Bruce comenzó la destrucción final del condado, Alana tuvo que decidir entre la familia que siempre la había rechazado y el hombre a quien amaba sin poder evitarlo.

"Joyce sobresale a la hora de inventar giros inesperados en las vidas de sus personajes."

*Para Rick Christen.
Porque lo que ocurrió en Las Vegas no terminó en Las Vegas,
porque las segundas oportunidades existen de verdad,
porque dos son mejor que uno,
porque te quiero,
siempre.*

Capítulo 1

Castillo de Brodie, Escocia, 1 de diciembre de 1307

Todo era un infierno de llamas. Los hombres gritaban de dolor y agonía, los caballos relinchaban de terror y las espadas chocaban unas con otras.

El humo se disipó, y Alana se quedó horrorizada.

Habían incendiado una casa y, en el interior de sus muros, los hombres luchaban con espadas y picas, tanto a pie como a caballo. Algunos eran caballeros ingleses protegidos con cota de malla, y otros eran escoceses de las Tierras Altas, highlanders, que llevaban las piernas desnudas bajo la falda de lana. Uno de ellos atravesó con la espada a un caballero. Un enorme caballo cayó derribado por un proyectil, y un escocés saltó al suelo...

¿Dónde se encontraba?

Alana estaba confusa. El suelo se movió violentamente bajo sus pies. Tuvo la certeza de que se caía, y clavó las uñas en el suelo. Miró hacia arriba.

Entre aquella lucha brutal, vio a un hombre, un guerrero con una espada ensangrentada en la mano. El pelo largo y negro le azotaba en la cara, y llevaba una túnica corta y blanca sobre los muslos desnudos y una capa de piel sobre los hombros. Gritaba a los escoceses para que resistieran, puesto que todos estaban heridos y desesperados, y luchaban a vida o muerte.

La batalla les fue favorable, al final; algunos de los soldados ingleses huyeron, y algunos de los jinetes decidieron retirarse al galope. Sin embargo, el highlander no cesó de luchar ferozmente contra un inglés. Sus espadas entrechocaban salvajemente una y otra vez.

Alana se puso muy tensa. ¿Qué era lo que acababa de oír?

Miró hacia la casa, y se dio cuenta de que había una mujer pidiendo ayuda a gritos. ¿Y también había niños llorando?

Alana consiguió ponerse en pie. El highlander ya estaba frente a la puerta de la casa. Por la ventana contigua salían lenguas de fuego, pero él ignoró el peligro y comenzó a golpear la puerta con el hombro, una y otra vez.

De repente, ella temió por él. Y, de repente, el highlander se giró; por un momento, ella pudo ver su semblante duro y decidido, y sus penetrantes ojos azules.

Entonces, él consiguió entrar en la casa. Un momento después apareció de nuevo, seguido por una mujer que llevaba a un bebé en brazos, y por otra niña.

Alana sintió un enorme alivio. El escocés había conseguido rescatar a la mujer y a sus hijos. No iban a morir.

El tejado de la casa se hundió, y las llamas surgieron violentamente hacia el cielo. Él cubrió a niño con su cuerpo, sobre el suelo, para protegerlo de los trozos de madera ardiendo que llovían por doquier.

Entonces, se levantó de un salto, se alejó de la casa y le devolvió el niño a su madre. Se

volvió y observó atentamente el lugar donde estaba escondida ella, como si la estuviera buscando.

Y, mientras lo hacía, un hombre pelirrojo, otro escocés de las Tierras Altas del mismo ejército, se le acercó por la espalda y alzó una daga para apuñalarlo.

—¡A vuestra espalda! —gritó Alana.

Él debió de sentir el peligro, porque se dio la vuelta justo cuando la daga descendía. No gritó; se puso rígido al recibir la cuchillada en el pecho, pero, acto seguido, su espada estaba cortando rápidamente el aire.

El traidor pelirrojo cayó al suelo con el pecho atravesado. El escocés le dio otro espadazo y acabó con él. Después, se tambaleó y cayó al suelo...

—¡Alana! ¡Despierta! ¡Me estás asustando!

Alana jadeó, y sintió barro y nieve en la boca. No podía moverse; las visiones de la batalla y de la traición la habían dejado paralizada, abrumada.

Tenía el vello de la nuca en punta, y sentía ganas de vomitar.

—¡Alana! ¡Alana! ¡Rápido! ¡Antes de que te vea alguien! —le gritó su abuela.

En aquel momento, Alana se dio cuenta de que estaba tendida en la nieve, boca abajo. Tenía la mejilla helada, y las manos también, pese a los mitones. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, en el suelo.

Trató de tomar una bocanada de aire para recuperar la compostura, y esperó a que se le pasaran las náuseas. Poco a poco, se calmó.

Sin embargo, al incorporarse y sentarse con ayuda de su abuela, sintió una profunda consternación.

Estaba cerca del arroyo que corría junto a la muralla del castillo. Era un día de invierno claro y despejado, y había salido fuera del recinto amurallado con algunos de los niños de las sirvientas, que querían jugar. Debía de haberlos asustado al caerse al suelo, porque habían ido corriendo en busca de su abuela.

Miró el arroyo. Estaba helado, pero en algunas partes había empezado a deshelar, y se habían formado charcos de agua. Dios Santo... El agua, incluso en aquel momento, la llamaba de una forma oscura y misteriosa, y le ofrecía secretos que ningún alma tenía derecho a conocer...

Llevaba meses sin tener una visión, y había rogado no volver a tenerla nunca. Apartó la vista del agua, soltó las manos de su abuela y se puso en pie.

Eleanor la miró con preocupación. Rápidamente, envolvió a Alana en su manto. Ella se dio cuenta de que no estaban solas.

El hijo de Duncan de Frenndraught estaba detrás de su abuela, con el rostro congestionado de miedo y de repulsión.

—¿Qué has visto? —le preguntó Godfrey, con los ojos muy abiertos. Iba abrigado con una capa de piel muy gruesa y tenía las piernas separadas, con una postura beligerante.

—No he visto nada —dijo ella. Vivían en el mismo lugar, pero no tenían ningún parentesco y, aunque estaban en el mismo bando de la guerra que se estaba librando en el país, él era su enemigo.

Godfrey hizo un gesto desdeñoso.

—Te lo voy a preguntar de nuevo: ¿Qué has visto, Alana?

Entonces, ella irguió los hombros y mintió.

—He visto a tu padre, victorioso en la batalla.

Él la miró fijamente, como si quisiera saber si le estaba diciendo la verdad o no.

—Si me estás mintiendo, lo vas a pagar bien caro, bruja —le escupió.

Después, se alejó.

Al ver que se marchaba, Alana se desplomó contra su abuela. ¿Qué era lo que acababa de ver?

—¿Por qué te enfrentas a él, cuando puede castigarte si lo desea? —le preguntó quejumbrosamente Eleanor.

Alana la tomó de la mano.

—Me provoca, abuela.

Su abuela la observó con preocupación. Eleanor Fitzburgh era una mujer menuda, de ojos azules y pelo cano, pero tenía una gran determinación. Aunque su cuerpo hubiera envejecido, su cabeza no. Alana no quería que se preocupara, pero Eleanor siempre se preocupaba por ella. Era la madre que nunca había tenido, aunque no fueran de la misma familia, en realidad.

—Es maleducado y arrogante, pero es el señor de este castillo —le dijo Eleanor, cabeceando—. Además, se va a enfadar más aún si no encuentra su cena preparada. Alana, no debes dejar traslucir el odio que sientes por él.

Era imposible. Habían tenido muchas veces aquella conversación. Ella odiaba a Godfrey, y no solo porque la provocara sin descanso, sino porque, algún día, él sería el señor del Castillo de Brodie.

—Lo intento —dijo.

—Pues tienes que intentarlo con más ahínco —replicó Eleanor. Aunque tenía sesenta años, y su nieta tenía veinte, le pasó el brazo por los hombros y la ayudó a volver al castillo, como si sus edades estuvieran revertidas. Alana tenía las piernas temblorosas y todavía estaba mareada; las visiones la debilitaban mucho.

Las enormes puertas de la muralla estaban abiertas. Eran lo suficientemente anchas como para que pudieran pasar dos carros a la vez, o una docena de caballeros, cuando se bajaba el puente levadizo. Godfrey ya había desaparecido. Por desgracia, no era fácil evitarlo, porque Brodie era uno de los castillos del conde de Buchan, el señor feudal a quien todos debían vasallaje.

El Castillo de Brodie había pertenecido a la madre de Alana, Elisabeth le Latimer; fue su dote cuando se casó con sir Hubert Fitzhugh, el hijo de Eleanor. Sir Hubert había muerto en una batalla antes de tener descendencia, y Elisabeth se había refugiado en brazos de Alexander Comyn, el hermano menor del conde de Buchan, en busca de consuelo. Alana había sido fruto de aquella relación.

Elisabeth murió en el parto y, más tarde, lord Alexander se casó con Joan le Latimer, la prima de Elisabeth. Dos años después de que naciera Alana, Joan había tenido a su primera hija, Alice, y unos años después, había tenido otra niña, Margaret.

Alana había visto a su padre una sola vez, por casualidad. Él estaba cazando en aquellos bosques; su partida de caza se había perdido, y el grupo había ido a pasar la noche al castillo. Ella solo tenía cinco años, pero nunca olvidaría la imagen de su padre, rubio y alto, ante el brillo dorado del fuego de la chimenea. Él la había mirado con la misma sorpresa.

—¿Esta es mi hija?

—Sí, milord —había respondido Eleanor.

Entonces, él se había acercado sin apartar la vista de ella, y Alana se había quedado paralizada, sin poder hablar ni moverse. Su padre le había parecido altísimo, casi de un modo sobrenatural, casi como si fuera un rey y no solo un aristócrata. Él se había arrodillado a su lado.

—Eres exactamente igual que tu madre —le había dicho, suavemente—. Tienes su pelo oscuro y sus ojos azules... Ella era la mujer más bella que he visto en mi vida.

Alana sintió júbilo. Sonrió tímidamente, porque sabía que eso era una alabanza. Y, antes de marcharse de Brodie, su padre le había pedido a Eleanor que cuidara bien a Alana. Ella estaba cerca, y lo había oído. ¡A su padre le importaba!

Sin embargo, él nunca había regresado a Brodie. Alana siempre había esperado otra visita y, con el paso del tiempo, la decepción se había ido transformando en dolor. Sin embargo, el dolor se había mitigado y había desaparecido. Era una hija bastarda, y tenía que aceptar que las cosas eran así.

Cuando cumplió los trece años, le habían dicho que él tenía intención de arreglarle un matrimonio; Alana se había quedado perpleja. Por aquel entonces, pensaba que él ya no recordaba su existencia. Sin embargo, antes de que pudiera entusiasmarse con la idea de tener un marido y un hogar propio, se había enterado de que su dote sería una casa solariega en Aberdeenshire.

Eleanor le había dicho que tenía que sentirse agradecida, pero, por mucho que deseara sentir gratitud, Alana solo sentía decepción. El Castillo de Brodie había pertenecido a su madre, pero una hija ilegítima no podía heredar tal fortaleza y, como no había herederos legales, el rey Eduardo de Inglaterra le había concedido aquel feudo al conde de Buchan y, a su vez, el conde de Buchan se lo había concedido a su leal vasallo, Duncan de Frendraught. Alana tenía ocho años cuando había sucedido todo aquello e, ingenuamente, cuando su padre había anunciado que iba a concederle una dote, ella había pensado que le devolvería Brodie.

Su padre no lo había hecho, pero eso, al final, no había tenido ninguna importancia, porque Alana había quedado soltera.

Nadie quería casarse con una bruja.

Eleanor la sujetó por el brazo mientras atravesaban el patio helado y lleno de barro. Pasaron junto a algunas vacas de largo pelaje, que estaban junto a los muros, con las cabezas hacia el sol. Había un par de sirvientas sacando agua del pozo, y un niño portando leña.

Al entrar en la torre del homenaje, notaron un agradable calor. Había dos enormes hogares, uno enfrente de otro, y ambos estaban encendidos. Godfrey y sus hombres estaban sentados en la mesa que había situada delante de uno de los fuegos, manteniendo una acalorada discusión. Alana esperaba que estuvieran hablando sobre su visión inventada; aquella idea le proporcionó algo de satisfacción, aunque supiera que era mezquino por su parte.

Cuando estaban a salvo en las cocinas del castillo, Eleanor la llevó aparte.

—¿Qué has visto? —le preguntó, en voz baja.

Alana miró a su alrededor; la cocinera y las sirvientas estaban muy ocupadas asando venado y cordero para la cena.

—Una horrible batalla, y un guerrero extraño a quien uno de los suyos apuñalaba por la espalda.

Eleanor se sobresaltó.

—¿Desde cuándo tienes visiones sobre desconocidos?

Alana hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ya sabes que nunca había tenido una visión de nadie a quien no conociera.

Era cierto y, en aquel momento, al recordar la visión, se asustó aún más. ¿Por qué había visto a un extraño en medio de una batalla contra los ingleses? El recuerdo hizo que, de nuevo, el vello de la nuca se le pusiera de punta.

—¿Estás segura de que no conoces a ese hombre?

Alana sí estaba segura pero, al volver a ver el rostro duro, el pelo negro y los ojos azules de aquel hombre...

—Me resulta un poco familiar —dijo—, pero creo que no nos hemos visto nunca. ¿Qué puede significar esta visión, abuela?

—No lo sé, Alana —respondió Eleanor.

De repente, la puerta de la cocina se abrió de par en par y Godfrey apareció en el vano. Estaba furioso.

—¿Dónde está nuestra comida? —preguntó, con las manos en las caderas.

Alana lo miró con frialdad. Cuando estaba de tan mal humor, siempre había consecuencias. Lo mejor era mostrarse dócil y evitarlo. Tenía un genio explosivo y era un hombre cruel, igual que su padre.

—Vuestra comida estará preparada enseguida —respondió Eleanor.

—Bien —respondió Godfrey, con el ceño fruncido.

—Milord, ¿el mensajero que llegó a mediodía ha traído malas noticias?

—¡Muy malas! —respondió Godfrey—. Robert Bruce ha arrasado Inverness. Lo ha reducido a escombros y ceniza.

Alana se quedó petrificada. ¡Inverness estaba a un solo día de marcha de allí, hacia el sur!

Las familias y los clanes de Escocia llevaban en guerra contra Inglaterra desde que ella podía recordar. Sin embargo, hacía ya casi dos años, Robert Bruce había reclamado el trono de Escocia y había asesinado a Red John Comyn, señor de Badenoch, el primo de su padre. Después, Robert Bruce había ocupado el trono y, desde entonces, los clanes de Escocia también guerreaban entre ellos.

En aquel momento, se hizo el silencio por toda la cocina, y Alana permaneció inmóvil.

—¡Sí, todas deberíais estar aterradas! —gritó Godfrey—. ¡Bruce lleva todo el año recorriendo el país, destruyendo todo y a todos los que puede! Si viene aquí, también destruirá Brodie, y a nosotros —añadió, y salió de allí como una furia.

Eleanor miró a las sirvientas. Todas estaban pálidas de miedo.

Ella también estaba temerosa. Al principio, cuando Bruce se había coronado rey en Scone, en una ceremonia que habían celebrado unos cuantos obispos leales a él, a la que habían asistido sus aliados y sus amigos, parecía imposible que pudiera tener éxito. ¿Cómo iba a vencer a la poderosa Inglaterra, y a la poderosa familia Comyn? Aquel mismo verano, uno de sus enemigos, Aymer de Valence, había diezmado su ejército y, por su hazaña, el rey le había concedido el condado de Pembroke. Bruce y su exiguo grupo de hombres leales habían pasado el resto del verano del año 1306 escondidos en el bosque y en las montañas, hambrientos, huyendo a pie de Aymer y de su ejército, hacia las Tierras Altas de Escocia, las Highlands. Allí, finalmente, habían encontrado refugio en las tierras de Angus Og MacDonald, el poderoso señor de Kintyre. Y, durante el resto de aquel año, Angus Og y Christina MacRuari le habían proporcionado hombres, armas, caballos y barcos.

Bruce había vuelto a Escocia en enero de aquel año, y había pasado todo el invierno intentando recuperar sus tierras de Carrick. Sin embargo, sus antiguos súbditos no lo habían apoyado, y él se había internado en el bosque, desde donde había comenzado a aterrorizar a los aldeanos y a los señores rurales, hasta que todos le habían suplicado la paz y le habían pagado grandes tributos para conseguirla. Después, Bruce se había dirigido a Galloway, para vengar la ejecución de dos de sus hermanos, y había vencido a Aymer de Valence en la batalla de Loudon Hill.

Recientemente, había centrado su atención en el norte de Escocia, el territorio Buchan; el conde de Buchan y toda la familia Comyn eran sus peores enemigos, y los más antiguos.

Bruce había tomado algunos castillos desde el otoño; después, había destruido las fortalezas de Inverlochry y Urquhart, ambas de Buchan. ¡Y parecía que tenía intención de continuar su marcha hasta el Great Glen, porque acababa de tomar Inverness!

¿Cabría la posibilidad de que Robert Bruce saliera victorioso?

¿Tendría la intención de atacar el Castillo de Brodie? Hasta aquel momento, a ella no le había importado la guerra. Solo era un asunto lejano, una inquietud por su padre y por una familia de la que nunca había formado parte. Brodie era una plaza muy pequeña; ¿por qué iba a importarle a Bruce?

Y ¿cuál era el significado de aquella extraña visión? ¿Acaso había presenciado una batalla de la guerra por el trono de Escocia?

Siguió a Godfrey.

—¡Alana! —exclamó su abuela.

Alana la ignoró. Corrió detrás de Godfrey y lo alcanzó cuando llegaba al gran salón.

—¿Adónde irá Bruce ahora? —le preguntó.

Él le lanzó una mirada fulminante.

—Continúa la marcha hacia el norte y, seguramente, atacará Nairn o Elgin —dijo él, furiosamente, mencionando los nombres de dos de las más grandes fortalezas de los Comyn—. ¡Y Brodie está entre ellas!

Alana se echó a temblar.

—¿Y nos atacará?

—¡Espero que no! No estamos bien provistos —dijo Godfrey—. Le he enviado un mensajero a mi padre, pidiéndole más hombres. Seguramente, Duncan nos enviará más soldados, y espero que Buchan también. Mientras, yo estoy movilizando a todos los vasallos y los siervos que puedo, para que vengán a defender el castillo si es necesario.

De repente, él se inclinó hacia ella y se le acercó tanto que, cuando volvió a hablar, su respiración le tocó la cara.

—¿Deberías tener una visión sobre Brodie y su futuro!

Ella se sonrojó.

—Sabes tan bien como yo que no puedo tener visiones a voluntad.

—¿De veras? ¿O acaso es que no te importan ni Brodie ni su gente? —replicó él. Después, soltó un resoplido desdeñoso y se alejó hacia la mesa en la que estaban sus hombres—. Trae más vino, Alana —le ordenó, sin mirarla.

Ella se quedó observándolo un instante. Por mucho que lo intentara, no era capaz de controlar la antipatía que sentía por él. Y, en parte, Godfrey tenía razón: a ella no le importaba en absoluto

su bienestar.

Cuando volvió a la cocina, Eleanor la tomó de la mano.

—¿Qué ocurre, Alana?

—Cabe la posibilidad de que Bruce ataque el castillo, abuela.

Eleanor se quedó callada un momento. Después, dijo:

—Por lo menos, no viste arder el Castillo de Brodie.

Alana sintió un pequeño alivio al oír aquellas palabras. No, no había visto arder Brodie.

Alana se irguió y se pasó la mano por encima de los ojos. Pese al frío, tuvo que enjugarse el sudor. Tenía una pala entre las manos, como los demás; casi todos eran chicos jóvenes, viejos y mujeres de su edad. Estaban ayudando a agrandar el foso que rodeaba las murallas del castillo por si acaso se producía el ataque.

Tenía las manos heladas, aunque llevara mitones. Estaba empezando a atardecer y el cielo se estaba nublando; iba a nevar. Habían tardado varias horas en quitar la nieve helada del foso y, después, habían tenido que cavar tierra también helada. Era un trabajo propio de hombres jóvenes y fuertes, pero la mayoría de los hombres de aquellas tierras se habían ido a la guerra hacía años. En Brodie solo habían quedado unos cuantos para ocuparse de la defensa del castillo, si era necesario.

Uno de los sargentos de Godfrey les avisó de que ya era hora de entrar al castillo. A la mañana siguiente tendrían que continuar con la tarea. Alana se apoyó en la pala.

Pese a la fatiga, en su mente se sucedían las imágenes del guerrero desconocido que luchaba contra los ingleses en una casa incendiada. Ojalá pudiera librarse de aquella visión.

Ni siquiera conocía la plaza por la que luchaban. Trataba de recordar si había visto algún estandarte, o los colores de algún *plaid*, la tela de lana tradicional escocesa; sin embargo, solo se acordaba de que había nieve en el suelo.

Así pues, la batalla se estaba librando en invierno.

Sin embargo, lo que verdaderamente quería era conocer la identidad de aquel guerrero, y saber por qué motivo había tenido una visión sobre él.

Alana entró con los demás al recinto. Aunque Godfrey estaba paseándose de un lado a otro por el salón, ella se acercó a uno de los hogares para calentarse las manos. Él se giró y se le acercó con una expresión sombría.

—Seguro que te alegras de saber que mi padre no puede prescindir de un solo hombre, y que toda la defensa de Brodie está en mis manos —le dijo, tendiéndole un pergamino.

—Eso no me alegra.

—¡Oh, vamos! Los dos sabemos que deseas ser la dueña del Castillo de Brodie, que crees que tienes derechos sobre la fortaleza, y que me odias porque yo seré el amo y señor. ¡Tu señor! —dijo él, con enfado.

—Este castillo era de mi madre, así que sí tengo derechos sobre él, pero solo si a ti te ocurre algo malo —respondió Alana.

—Y rezas para que eso suceda, ¿verdad, Alana? No confío en ti.

—No quiero que Robert Bruce conquiste Brodie —respondió ella con sinceridad. Tal vez su

padre se hubiera olvidado de que existía, pero ella seguiría siéndole leal hasta el fin—. ¿Cómo podemos defenderlo?

Godfrey la miró de una manera extraña y comenzó a caminar de nuevo.

—No veo manera de vencer si Bruce nos ataca. Esperemos que tenga más interés por Nairn, Elgin y Banf. El conde va de camino a Nairn, donde también está mi padre, para organizar la defensa de las tierras de Buchan.

Bajo la ira de Godfrey también había temor. Ella casi sentía pena por él, porque estaba en una horrible situación: no podía defender Brodie sin hombres.

—He oído que Bruce ha destruido Inverlochry, Urquhart e Inverness, y que solo dejó unas cuantas piedras en pie. ¿Es verdad?

—Sí, es verdad. Entiendo lo que estás preguntando, pero no sé si también dejaría Brodie reducido a escombros. Destruye todos los castillos que toma, para que nosotros no podamos tomarlos de nuevo y usarlos contra él.

No podía soportar ver Brodie destruido, así que cerró los ojos para evitar aquellas terribles imágenes. Sintió que le faltaba el aire.

—Y puede que quieras saber otra cosa —dijo Godfrey. Su voz áspera penetró en el pensamiento de Alana, y ella abrió los ojos—. Sir Alexander también va de camino a Nairn.

Alana se quedó helada.

—¿Qué te pasa, Alana? Te has quedado blanca. No es la primera vez que tu padre pasa tan cerca de nosotros y ni siquiera hace una breve visita.

A ella se le encogió el corazón. No, no era la primera vez que su padre se encontraba cerca de Brodie, aunque solo había ido allí una vez, cuando ella era pequeña. ¿Acaso esperaba verlo de nuevo? ¿Y qué iba a hacer si eso sucedía?

Su padre había intentado arreglarle un matrimonio cuando ella tenía trece años, pero sus esfuerzos no habían durado demasiado. Después, Alana no había vuelto a saber nada de él. Si él hubiera deseado verla, solo habría tenido que mandar a alguien a buscarla. Así pues, o su padre la había olvidado, o ella no le importaba en absoluto.

Eso le causaba dolor, cuando aquel dolor debería haber muerto hacía muchos años.

—Tú eres una hija bastarda a la que no quiere —prosiguió Godfrey.

Alana se puso furiosa y se giró hacia él.

—¿Te satisface ser tan cruel?

—Me satisface mucho. Y... Alana, vas a ir a Nairn inmediatamente.

¿Era aquello una broma cruel? Ella se quedó mirando a Godfrey con fijeza, temblando, intentando averiguarlo.

Él sonrió lentamente.

—Mi padre ha requerido tu presencia.

—¿Y por qué quiere verme Duncan?

—¿Por qué crees tú? ¡Porque eres bruja!

Alana se quedó espantada.

—¿Qué le has dicho?

—¿No viste a mi padre victorioso en la batalla?

Ella se echó a temblar. Duncan sabía que ella tenía visiones. Todo el mundo lo sabía, en Brodie.

—Le has hablado de mi visión —dijo. Cada vez estaba más asustada.

—Sí, se lo conté, y él quiere hablar contigo —respondió Godfrey. Se inclinó, tomó el pergamino de sus manos y lo echó al fuego. Después, se quedó mirando cómo ardía—. Si yo estuviera en tu lugar, empezaría a pensar en lo que vi. Él querrá saberlo todo.

—Ya te dije lo que vi —respondió ella, mientras pensaba febrilmente.

Había mentido con respecto a su visión sobre Duncan. Y despreciaba a Duncan; lo temía mucho más que a Godfrey. ¿Qué debía hacer? Tal vez Duncan la golpeará si supiera que había mentido. Lo más seguro era que la castigara de algún modo.

—¿No estás contenta? ¿No quieres ver a sir Alexander?

Alana ni siquiera podía pensar con claridad. Sin embargo, tenía que admitir que esperaba volver a ver a su padre.

Y, además, debía esperar que Nairn no fuera atacado en aquel momento.

—¡Eso es una locura! —gimió Eleanor. Se había quedado muy pálida.

Alana sonrió con tristeza.

—No puedo desobedecer a Duncan, abuela, ya lo sabes. También sabes que se va a poner furioso si se entera de que mentí sobre mi visión.

Eleanor se sentó. Alana y su abuela estaban en la pequeña alcoba que compartían, situada en la torre. Había dos camas debajo de una de las ventanas y una mesa entre ellas. En la estancia solo había otro mueble, un arcón donde guardaban sus pertenencias. Alana estaba doblando una túnica y colocándola junto a la otra ropa que iba a llevarse de viaje.

—Bueno, tal vez salga algo bueno de todo esto —dijo Eleanor—. Volverás a ver a tu padre, ¡y tal vez se acuerde de que existes!

La punzada de dolor fue suave, como si la hubieran pinchado con la punta de un cuchillo romo.

—Si Duncan no me hubiera llamado, no iría.

—No trates de engañarme, niña. Sé que te agradecería ver a tu padre de nuevo, y a mí me agradecería que él cumpliera por fin su promesa de casarte como es debido.

—Él no puede cambiar cómo me ve la gente —dijo Alana, y sonrió. No quería revelar que le importaba mucho la opinión que la gente tuviera de ella.

—Claro que puede. Es el gran sir Alexander, el hermano del conde.

De repente, Alana se sintió abrumada.

—¿Qué voy a hacer sin ti?

Eleanor se acercó al arcón y comenzó a sacar algunas de sus cosas.

—Yo soy una vieja, Alana, y, algún día, tendrás que seguir sin mí. Por eso deseo que tengas a un buen marido a tu lado —dijo, y empezó a meter su ropa en una bolsa de tela—. Voy a ir a Nairn contigo.

Alana se quedó sorprendida.

—Abuela —dijo.

Iba a empezar a protestar instintivamente. Eleanor estaba muy ágil y llena de vida, pero Nairn estaba a más de medio día de viaje a caballo desde Brodie. Su abuela no podía montar a caballo,

así que tendría que viajar en carro. Además, estaban en mitad del invierno; nevaba y hacía mucho frío. Ella no debería ir.

—No me contradigas. Hace años que no veo a tu padre ni a Buchan, y tú no conoces al conde. Si a tu padre no le importa tu futuro, tal vez podamos convencer al conde de que te arregle un matrimonio. Eres hija de su hermano pequeño.

Alana no quería poner en riesgo la buena salud de su abuela con un viaje en pleno invierno, y había oído decir que Buchan era un hombre frío y, a veces, implacable.

—Él no puede cambiar mi infamia —dijo.

—Claro que puede. Es el hombre más poderoso del norte de Escocia.

Se pusieron en camino a la mañana siguiente. El sol estaba alto, pero había nevado durante toda la noche, y un manto blanco cubría la carretera y el campo. Las montañas que las rodeaban también estaban blancas. Alana viajaba en un carro pequeño con su abuela, y era quien guiaba la mula. A Godfrey no le había importado que Eleanor la acompañara, y les había prestado a un solo hombre como escolta; Connaught iba a caballo junto a ellas, protegido con una cota de malla y una capa de piel.

El carro avanzaba lentamente por la nieve. A mediodía solo se habían alejado un poco de Brodie. De repente, Alana se puso muy tensa; algo no iba bien.

No necesitaba una visión para darse cuenta. Sencillamente, sintió el peligro y olió el humo.

—Hay un incendio cerca de aquí —dijo el soldado, y tiró de las riendas para detener a su caballo.

Alana también hizo detenerse a la mula. El animal resopló e irguió las orejas con inquietud.

—Alana —dijo Eleanor.

Sin embargo, Alana oía los relinchos de los caballos y vio el brillo del fuego detrás de los árboles. No sabía si eran imaginaciones suyas, pero también oía gritos de miedo y de dolor. ¡Y eran exactamente iguales que los de su última visión!

El corazón se le aceleró de angustia.

—¿Puedes adelantarte para averiguar qué está sucediendo? —le pidió a Connaught.

—Sí.

El soldado espoleó a su caballo y se alejó al galope.

Alana se sintió muy expuesta en medio de la carretera, a la vista de todo el mundo, en una carretera blanca y alejada de la protección de los árboles.

Eleanor la tomó de la mano.

—Deberíamos volver a Brodie.

Ella vaciló.

—Me pregunto si estoy a punto de encontrarme con la batalla de mi visión, abuela.

Eleanor abrió mucho los ojos. En aquel momento, Connaught volvió hasta ellas.

—¡Han atacado la casa solariega de los MacDuff, Boath Manor! ¡La están quemando! ¡Y llevan la bandera de Bruce!

La tensión de Alana aumentó en un instante.

—No puede ser el ejército de Bruce el que está detrás de aquellos árboles —dijo.

—Solo son unas cuantas docenas de highlanders, pero están luchando contra los hombres de Duncan. Volved a la carreta, *mistress* Alana —le ordenó Connaught—. Tenemos que regresar antes de que nos descubran.

Ella pensó en el guerrero escocés a quien había traicionado uno de sus propios hombres. Si estaba a punto de encontrarlo, y de presenciar aquella traición, no podía darse la vuelta. No sabía por qué, pero se sentía obligada a avisarlo.

Alana empezó a bajar del carro.

—Por favor, lleva a Eleanor a Brodie.

—Alana —dijo Eleanor—. No puedes quedarte. ¡Tenemos que volver!

—Tengo que ver lo que está ocurriendo, pero me voy a esconder entre los árboles, te lo prometo.

Antes de que hubiera terminado de hablar, oyeron más gritos y más relinchos, pero cada vez más cerca. La batalla se estaba aproximando a ellas.

Alana se dio la vuelta y vio el brillo del fuego entre los árboles.

—No es posible escapar de ellos en un carro, y yo no estoy dispuesto a morir para salvar a una vieja y a una bruja —dijo Connaught y, de repente, se marchó a todo galope.

Alana se puso furiosa. ¿Cómo era posible que hubiera dejado a dos mujeres solas e indefensas?

—Alana, si vienen hacia acá, debes esconderte. ¡Olvídate de mí! —exclamó Eleanor.

Alana tomó las riendas de la mula.

—No voy a olvidarme de ti, abuela. Vamos a esconderte.

—¿Y qué pasará contigo? Yo soy una vieja, mi vida está terminando. Tú eres joven, y tienes toda la vida por delante.

—¡No digas eso! Vamos —respondió Alana.

Tiró de la mula para sacarla de la carretera. Sin embargo, la capa de nieve era cada vez más espesa y, finalmente, el carro se atascó. Al menos, ya no estaban en medio del camino y ya no estaban tan expuestas como antes. Sin embargo, Alana no consiguió que la mula se moviera ni medio metro más.

Miró a su alrededor, y vio un grupo de rocas. Podría dejar a Eleanor en el carro, o podría esconderla en aquella cueva...

Eleanor lo entendió, y dijo:

—Prefiero quedarme aquí.

Alana asintió.

—No voy a tardar —dijo, y tapó a su abuela con una segunda manta de piel.

Eleanor la tomó de la mano.

—Tengo miedo por ti. ¿Por qué no quieres quedarte escondida aquí conmigo, hija?

Alana se quedó embobada durante un instante. ¿Qué era lo que le ocurría? ¿Por qué deseaba comprobar si aquella batalla era la misma de su visión? ¿Y por qué estaba tan empeñada en advertirle al escocés que iban a traicionarlo? ¿Acaso quería salvarlo de la muerte?

Ella había visto cómo lo apuñalaban y cómo caía al suelo, pero no sabía si iba a sobrevivir o si iba a morir.

—Ahora vuelvo. No te voy a dejar aquí sola —le dijo a su abuela, y la abrazó con fuerza.

Eleanor le tomó la cara con ambas manos.

—Tu madre también era obstinada y valiente.

Alana sonrió y se dio la vuelta.

Estaba demasiado agitada como para sentir frío mientras caminaba con dificultad por la nieve en dirección a la carretera. Se encaminó hacia los árboles y, a medida que avanzaba, los sonidos de la batalla se hicieron más fuertes, y el olor a humo también se intensificó. Alana estaba asustada y tenía el pulso acelerado; al llegar al final del bosque, tuvo que agarrarse al tronco de un abedul para poder mantener el equilibrio.

¡La visión se había hecho realidad ante sus ojos!

La casa estaba en llamas. Delante de ella, los caballeros ingleses luchaban contra los guerreros escoceses, y la nieve estaba teñida de sangre. Las espadas chocaban salvajemente y los caballos relinchaban de terror. Entonces, apareció un enorme corcel y un guerrero saltó al suelo...

Alana lo reconoció, y se echó a temblar. El guerrero llevaba una piel sobre los hombros, y tenía el pelo moreno, largo y suelto. Era un highlander que luchaba ferozmente contra un inglés en el caos de la batalla, exactamente tal y como ella lo había visto.

Se quedó anonadada. ¿Qué significaba aquello? ¿Cómo había podido encontrarse con una de sus visiones?

Se oyeron gritos desde el interior de la casa.

El escocés también los oyó. Envainó su espada y echó a correr hacia la puerta, que estaba ardiendo. Las llamas salían por una de las ventanas contiguas. Él arremetió contra la puerta, golpeándola con un hombro.

Entonces, de repente, se dio la vuelta y miró hacia el bosque, como si la estuviera mirando a ella.

Alana se puso muy rígida.

Fue casi como si sus miradas se cruzaran; sin embargo, eso era algo imposible.

Él desapareció en el interior de la casa incendiada, y Alana no lo pensó dos veces: corrió hacia los hombres que luchaban, hacia la casa.

Él volvió a aparecer en la puerta, con un bebé en brazos, y cedió el paso a una mujer y a otro niño. Cuando estaban saliendo, una parte del tejado se hundió y provocó terribles llamaradas. El escocés se echó al suelo y protegió al bebé con su cuerpo.

Alana se tropezó, cayó y volvió a levantarse.

Él también se había levantado y le estaba entregando el bebé a su madre. Entonces, se giró y la miró.

En aquella ocasión, Alana sabía que era perfectamente visible. En aquella ocasión, a pesar de la lucha, supo que sus ojos sí se encontraron.

Durante un momento, ella se detuvo, jadeante, y ambos se miraron con sorpresa, con incredulidad.

Entonces, Alana vio que se le acercaba un hombre por la espalda. Tenía el pelo largo y rojizo.

Ella se sintió como si se le hubiera parado el corazón. Aquel hombre iba a traicionar a su compañero, iba a matarlo.

—¡Detrás! —gritó Alana.

El highlander se giró, espada en mano. Aparentemente, no debió de ver el peligro, porque se volvió de nuevo hacia ella. Sin embargo, el escocés pelirrojo tenía una daga en la mano, y sus

pasos eran determinados...

Alana lo intentó de nuevo.

—¡Por la espalda! ¡Peligro!

Cuando ella gritó, él se giró de nuevo, y su agresor lo apuñaló en el pecho. Casi al mismo tiempo, el highlander atravesó a su enemigo con la espada, asestándole un golpe mortal. El otro escocés cayó lentamente al suelo.

La mirada del highlander se clavó en ella. Después, él se tambaleó y cayó al suelo. La nieve se tiñó de rojo.

Alana gritó y salió corriendo hacia él. Los caballeros ingleses estaban empezando a huir a caballo, y quienes quedaban a pie y podían hacerlo huían también. Al final, solo quedó un pequeño ejército victorioso de highlanders, los heridos, los moribundos y los muertos.

Alana nunca se había sentido tan alarmada. Tuvo que pasar por encima de los cadáveres, y se tropezó con el brazo de uno de los muertos. Alguien intentó agarrarla; ella evitó su mano. Y, entonces, llegó hasta él.

Se arrodilló en la nieve.

—Estáis herido —dijo.

Él la miró con desconfianza y la agarró con fuerza de la muñeca.

—¿Quién sois?

Ella se quedó hipnotizada por sus penetrantes ojos azules.

—Estáis sangrando. Dejad que os ayude —le dijo.

Sin embargo, él siguió sujetándola con una fuerza brutal, y ella no pudo moverse.

—¿De veras deseáis ayudar? —le espetó él con desprecio—. ¿O queréis acabar conmigo?

Capítulo 2

Alana sentía tanta tensión que casi le resultaba insoportable. El highlander no le soltaba la muñeca, y su mirada era cada vez más fría.

—Dughall —dijo él, con aspereza, sin apartar los ojos de ella—, sácame la daga del pecho.

—Sí.

Otro highlander, un hombre alto y rubio, se arrodilló junto a él y, sin miramientos, extrajo el puñal de su pecho.

Alana gritó. El highlander no emitió ni un solo sonido, aunque palideció y dejó de sujetarle la muñeca con aquella fuerza brutal mientras la sangre salpicaba y comenzaba a brotar profusamente.

Ella se soltó de un tirón, agarró el bajo de su túnica y le taponó la herida con fuerza. ¿En qué estaba pensando aquel hombre?

—Magnífica forma de sacarle el puñal —le dijo con tirantez.

Sin embargo, la hoja de la daga no había tocado el corazón; para su alivio, Alana comprobó que la herida estaba más alta, casi en el hombro del highlander.

Él le miró la rodilla desnuda mientras otro hombre le entregaba un pedazo de lino. Rápidamente, Alana lo puso en el lugar donde estaba su falda. La herida seguía sangrando. Dughall se arrodilló y le ofreció una botella de alcohol al guerrero. Él la tomó con la mano derecha y dio un trago.

Alana, que estaba de rodillas sobre la nieve, se estremeció, pero no fue de frío. Sentía con intensidad la presencia de aquel highlander a quien estaba intentando ayudar. Su cercanía le resultaba abrumadora.

—Necesitáis que os limpien y os cosan la herida —le dijo.

Sus ojos azules parecían de hielo.

—¿Y por qué vais a ayudarme a mí, a un extraño?

Ella no podía darle ninguna respuesta. No sabía por qué había sentido el impulso de ayudarle. No sabía por qué estaba preocupada. Sin embargo, el highlander había sobrevivido al ataque, y eso le proporcionaba un gran alivio.

Aunque tampoco tuviera explicación para su alivio.

El guerrero la miró con suma desconfianza al ver que no respondía. Intentó incorporarse y, cuando se puso en pie, se tambaleó al instante, como si fuera un árbol sacudido por el viento.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó ella, con un jadeo. Se había quedado sujetando la venda de lino ensangrentada, y se acercó a él corriendo para evitar que cayera al suelo.

—Dughall, díles a los hombres que monten las tiendas. Vamos a pasar la noche aquí —dijo el escocés. No estaba mirando a Alana, sino que tenía los ojos fijos en la casa que ardía. Ya casi todo eran escombros y ceniza, aunque todavía quedaban algunas vigas de madera envueltas en llamas. Parecía que él se sentía satisfecho—. Ahora, nadie podrá usar este lugar contra nosotros.

Alana recordó lo que le habían dicho sobre Bruce: que sus ejércitos no dejaban piedra sobre

piedra. Así que era cierto...

Él se giró hacia Alana.

—Entonces, sois un ángel de la guarda —dijo en un tono burlón y desdeñoso.

Ella se ruborizó. No parecía que estuviera muy agradecido por su ayuda. Más bien, parecía escéptico.

—No podía dejar que os desangrarais.

Él se dio la vuelta como si no la hubiera oído.

—Y, Dughall, trae aguja e hilo.

—Sí, Iain —dijo Dughall, y salió corriendo.

A ella se le aceleró el pulso al oír su nombre: Iain. ¿Por qué le importaba tanto?

—Ya veo que una simple herida de puñal no puede mataros. Deberíais sentaros, milord.

—Un verdadero ángel. ¿Por qué no podéis dejar que se desangre un extraño?

¡Ni siquiera ella misma sabía la respuesta!

—¿Por qué estáis en el bosque? ¿Habéis huido de la casa cuando la atacamos?

—No.

En aquel momento, Alana se alarmó. Eleanor estaba escondida en el bosque, e iba a anochecer dentro de una hora. Y él estaba en el bando de Robert Bruce. Había luchado contra los hombres de Duncan. Sería peligroso revelarle quién era ella en realidad, y adónde iba cuando se había detenido para ayudarlo, y el motivo.

—Iba de visita a Nairn, a visitar a un familiar —dijo. Seguramente, con aquella versión de la verdad sería suficiente.

—¿Y viajabais sola? ¿Y os habéis apresurado a atravesar una batalla para ayudar a un desconocido?

Ella se humedeció los labios. No podía culparlo por sentir tantas sospechas.

—No, no estoy sola. Mi abuela está en el bosque, esperando en un carro. Oímos la batalla y...

—¿Y decidisteis acercaros? Vais a tener que contarme una historia mejor, milady —dijo él. Sin embargo, en aquel momento, la recorrió con la mirada de pies a cabeza—. ¿Quién sois? ¿A quién ibais a visitar a Nairn?

Alana se quedó boquiabierta. ¿Acaso no acababa de mirarla como si estuvieran en un burdel y él estuviera esperando para disfrutar de sus placeres?

—No soy del castillo. Solo somos gente de campo, granjeras...

Apenas podía hablar. Los hombres nunca la miraban con interés masculino. Siempre estaban demasiado asustados como para eso...

Por un momento, él siguió observándola fijamente.

—Mi abuela tiene pociones curativas —dijo Alana. Eso, al menos, era cierto—. Si nos lo permitís, os limpiaremos la herida y os aplicaremos un bálsamo, y después os la coseremos. Tengo que ir a buscarla, milord. Es anciana, y hace mucho frío.

Él se dio la vuelta.

—Fergus, ve al bosque y trae a una mujer vieja que está en un carro.

Otro highlander de pelo largo y rubio se apresuró a obedecer.

Alana esperaba que aquel fuera el final de la conversación, pero no fue así. Él dijo:

—No podéis explicar por qué acudisteis a la batalla, cuando todas las demás mujeres se

habrían quedado escondidas en el bosque, rezando.

Alana tampoco pudo responder.

Él entrecerró los ojos, la tomó por un hombre y la llevó hacia una de las tiendas que acababan de montar, una de las más grandes. Le hizo un gesto, y Alana le precedió al interior.

Dentro hacía más calor. Un chico estaba colocando pieles y un camastro en el suelo. Desde fuera entraba olor a carne asada. Alana se abrazó a sí misma. Se sentía incómoda, y no solo por sus mentiras. Estaba a punto de anochecer, y estaban a solas. Él seguía siendo un enemigo, era un guerrero, y la situación era aterradora.

Dughall entró en la tienda con una bolsa pequeña.

—¿Quieres que te cosa yo?

Alana se alarmó.

—Milord, hay que limpiar la herida primero —dijo.

Él podía morir fácilmente a causa de una infección si quedaba suciedad en la herida.

Él se dejó caer en el camastro y se apartó la piel de los hombros. Por un instante, Alana se quedó mirando su musculatura y la sangre que empapaba su túnica.

—Venid, ángel de la guarda —dijo.

Su tono seguía siendo de burla. Ella miró a un lado y se acercó.

—Hay que mantener apretada la herida —dijo—; de lo contrario, vais a desangraros.

—Dale un puñal —le ordenó él a Dughall. Después, le dijo a Alana—: Cortad la túnica.

Ella asintió y tomó el puñal de manos de Dughall. Entonces, él volvió a agarrarla por la muñeca. Alana se quedó inmóvil.

—Si intentáis algo contra mí, sufriréis mi ira.

Alana asintió de nuevo. ¿Acaso pensaba que iba a apuñalarlo en un momento así?

El escocés la soltó. Rápidamente, ella cortó su túnica y la abrió. Se fijó en sus músculos, en su vello oscuro y en una pequeña cruz de oro que llevaba al cuello. Después descubrió por completo su hombro izquierdo.

Estaba sangrando de nuevo. Dughall le entregó más vendas de lino, y ella las tomó y le presionó la herida. Iain tomó aire bruscamente, con un gesto de dolor, y la miró.

—Lo siento... Estoy intentando no haceros daño —dijo ella.

—No tenéis callos —respondió él.

Alana se sobresaltó. ¿De qué estaba hablando?

—En las manos —dijo él.

Entonces, Alana se dio cuenta de qué quería decir. Si fuese granjera, tendría las manos encallecidas por el trabajo. Él ya había descubierto su primer engaño.

El highlander sonrió lenta y fríamente.

—¿Quién sois, señora? No me digáis que sois la esposa de un granjero. No me gustan las mentiras.

—Nos han llamado a Nairn —respondió Alana—. Mi abuela lleva remedios y ungüentos para sanar.

—Una respuesta que no es respuesta —dijo él.

Ella miró a Dughall con las mejillas enrojecidas.

—¿Puedes traerme agua caliente y jabón?

—Sí, milady —dijo Dughall, y salió de la tienda.

—La verdad —dijo Iain.

—No sabemos por qué nos han llamado —mintió ella, con desesperación—, pero creemos que necesitan los remedios de mi abuela.

Él le miró atentamente el rostro, rasgo por rasgo.

¿La creía? Ella detestaba mentir, y no mentía bien. Además, Duncan de Frenndraught era el enemigo de aquel escocés; ¿serviría aquella mentira para protegerla?

—No deberías hablar. Deberías descansar.

—No jugáis bien a estos juegos. No tenéis las respuestas preparadas —dijo él, que se había quedado pensativo.

Ella apartó un poco la tela de su hombro, y comprobó con alivio que la herida había dejado de sangrar.

—Salvar una vida no es ningún juego.

—No podéis, o no queréis, decirme quién sois. Una espía estaría preparada.

—Yo no soy ninguna espía, milord —dijo Alana con tirantez. ¿Pensaba que ella era una espía? Se quedó horrorizada—. No soy nadie importante.

Él sonrió fríamente.

—Sí sois importante, milady, o no os esconderíais de mí. Y... estoy intrigado.

Ella se quedó consternada. No quería suscitar su interés, ¡no quería en absoluto!

—Una mujer joven que está sola en el bosque con su abuela, cerca de Nairn. Una mujer joven que no huye de la batalla, sino que va directamente a ella, y avisa a un extraño de que van a traicionarlo. ¿Cuánto tiempo pensáis que voy a tardar en averiguar vuestro nombre?

Si deseaba saber quién era ella, podría conseguirlo muy rápidamente. Su abuela y ella eran conocidas en aquella zona. Sin embargo, Alana pensaba que, para entonces, ya se habrían marchado de allí.

—¿Y vos, milord? Portáis el estandarte de Bruce. Sois el comandante de esta gente. Y, por vuestro acento, deduzco que sois de las islas del oeste.

—Al contrario que vos, milady, yo no tengo secretos. Soy Iain de Islay.

—Iain es un nombre muy común.

Sin embargo, a Alana se le encogió el corazón. Había oído hablar de Iain de Islay, un guerrero que tenía el sobrenombre de Iain el Fiero. Era primo de Alasdair MacDonald, el señor de las Islas, y de su hermano Angus Og. Tenía fama de ser despiadado, sanguinario e invencible.

—¿Estáis asustada?

Alana apartó los ojos de él y miró a Dughall, que acababa de entrar en la tienda.

—Odio la guerra y la muerte. Por supuesto que estoy asustada. Hoy han muerto muchos hombres.

Él siguió observándola fijamente.

—¿Sois el primo de Angus y Alasdair MacDonald? —le preguntó ella, sin poder contenerse.

—Así que habéis oído hablar de mí —dijo él, con suavidad.

Era el salvaje highlander llamado Iain el Fiero, un guerrero que nunca dejaba con vida a sus enemigos.

Y ella, que pertenecía al bando enemigo, estaba en su campamento, en medio de la guerra de Escocia.

No, no solo en su campamento, sino en su tienda.

Alana se puso en pie y dio un paso atrás para alejarse del camastro.

—He oído hablar de vos.

Él emitió un sonido, tal vez de satisfacción. Y, entonces, Eleanor entró en la tienda. Estaba temblando, e iba acompañada por Fergus.

—¡Abuela! —exclamó Alana, y se acercó a ella con alivio—. ¿Tienes frío? ¡Siento que hayas tenido que esperar tanto! —le dijo, y la abrazó.

—Me he detenido delante del fuego, Alana, así que he entrado un poco en calor —respondió Eleanor, mientras abrazaba a su nieta.

Alana se estremeció. Iain había oído su nombre de labios de su abuela, y a partir de aquel momento iba a costarle muy poco averiguar la verdad: que ella era la hija bastarda de Elisabeth le Latimer, del Castillo de Brodie, y que su padre era sir Alexander. Tal vez incluso se enterara de que era bruja.

Tenía que salir de aquel campamento antes de que él comenzara a hacer averiguaciones.

Iain la estaba observando con suma atención.

—Vuestra nieta ha sido muy amable al atenderme, abuela —dijo.

—Por supuesto, porque no hay nadie mejor que ella —respondió Eleanor—. ¿Puedo ayudaros yo también, milord?

—Me llamo Iain, abuela —dijo él, y miró despreocupadamente a Alana—. Iain MacDonald.

Eleanor se acercó al camastro y se arrodilló, y respondió tal y como Alana temía:

—Yo soy lady Eleanor. Vaya, la herida es profunda. Vais a necesitar puntos de sutura. Alana, tráeme el agua.

Alana miró a Iain, que la estaba observando con cara de diversión. Acababa de obtener el nombre de su abuela con toda facilidad, además del suyo. En cuanto preguntara por ellas, le dirían que eran del Castillo de Brodie. No tendría ninguna dificultad.

Tenían que salir de aquel campamento cuanto antes.

Alana hizo lo que le había pedido su abuela y, después, mientras Eleanor limpiaba la herida, se mantuvo en silencio. No miró a Iain, pero sabía que él la estaba mirando a ella. Cuando Eleanor terminó, dijo:

—Alana tiene el pulso más firme que yo, y da unas puntadas perfectas. Ella coserá vuestra herida, milord.

—Me llamo Iain —replicó él—. No soy ningún señor, solo el cuarto hijo de una familia.

Alana le entregó la botella de alcohol mientras asimilaba aquella información. Los hijos pequeños entraban a formar parte de la iglesia o se hacían soldados de fortuna; claramente, él había elegido lo segundo.

—Voy a necesitar que os sujeten dos de vuestros hombres —dijo.

Él tomó un buen trago de la botella.

—No necesitáis a nadie. Dadme el puñal —respondió él.

Él iba a forcejear cuando ella le atravesara la carne con la aguja, como hacían todos los hombres.

—Milord...

—Dadme el puñal —repitió el highlander.

Ella le entregó el arma. Después, tomó la aguja, que ya tenía el hilo enhebrado. Lo único que él iba a conseguir era ponerle las cosas más difíciles; le resultaría imposible mantener la firmeza

de las manos si él se retorció. Era estúpido por su parte ser tan orgulloso.

Iain se puso la empuñadura de la daga entre los dientes, y ella le pinchó cuidadosamente en la carne. Él se puso muy tenso y emitió un sonido gutural, pero no se movió.

Alana sabía que no debía mirarlo. Rápidamente, y con determinación, le dio diez puntos en la herida y la cerró por completo. Él no volvió a moverse ni a estremecerse. Ella anudó el hilo y Eleanor lo cortó. Por fin, Alana miró al highlander.

Él tenía los ojos cerrados, y estaba pálido y sudoroso. Por un momento, Alana pensó que había perdido el conocimiento.

Eleanor comenzó a aplicarle un ungüento en la herida, y él abrió los ojos. La miró a ella, no a su abuela.

—Gracias, Alana.

—No habléis ahora —le dijo ella, estremeciéndose al oír que la llamaba por su nombre—. La mayoría de los hombres se habrían quedado inconscientes con semejante herida. Deberíais dormir.

Él la estudió atentamente.

—Ángel —dijo, por fin.

Alana notó un aleteo en el estómago. En aquella ocasión, su tono de voz no era de burla. Ella le dio un poco más de alcohol, y él bebió. Entonces, cerró los ojos, y su respiración se hizo más profunda. Se había quedado dormido al instante.

Ella notó todo el agotamiento de golpe, y se tambaleó.

¿Qué era lo que acababa de suceder?

Él era el guerrero de su última visión, pero solo era un extraño y, sin embargo, ella estaba allí, en su tienda, ¡curándolo! ¿Por qué había tenido una visión de aquella batalla, y de él? ¿Y por qué le resultaba tan importante atenderlo y curarlo de sus heridas? Solo era un highlander despiadado, conocido por su ferocidad en la batalla.

No podía apartar la vista de él. Tenía el rostro relajado, y era moreno y guapo, pero los hombres del clan MacDonald eran famosos por sus caras deslumbrantes. Y, como cualquier guerrero de las Highlands, tenía un cuerpo poderoso, los brazos musculosos de blandir el hacha y la espada, y las piernas fortalecidas de subir montañas y montar a caballo.

¿Qué tipo de hombre era? Había sufrido una herida grave, pero se había mantenido despierto mientras ella se la cosía. Dirigía a sus hombres muy lejos de casa, en batallas muy peligrosas. Y tenía el sobrenombre de Iain el Fiero.

¿De verdad no dejaba a ningún enemigo con vida? Ella acababa de verlo rescatando a una mujer y a sus hijos de una casa incendiada.

Instintivamente, supo que no quería que él fuera su enemigo, aunque eso era en realidad. Muy pronto, él averiguaría que ella llevaba la sangre de los Comyn.

Cuando lo supiera, ¿permitiría que se marchara?

¿Podrían irse ellas antes de que despertara?

Eleanor había terminado de aplicarle el ungüento en la herida, y estaba poniéndole un pedazo de lino limpio sobre el hombro.

—No quiero despertarlo para vendárselo. Eso podemos hacerlo mañana.

—¿Mañana? —preguntó Alana—. Yo preferiría que nos fuéramos ahora, antes de que se despierte y averigüe quién es mi padre.

Eleanor la tomó de la mano.

—No podemos marcharnos ahora, Alana. Queda muy poco para llegar a Nairn, pero ya ha atardecido, y pronto estará demasiado oscuro como para viajar.

Su abuela tenía razón; no podían marcharse. Alana miró a Iain. Estaba profundamente dormido, y tan relajado que parecía un niño. Sin embargo, ella tenía miedo; él recelaba mucho de ella.

—Alana, ¿qué ha sucedido? —susurró Eleanor.

Alana se giró hacia ella y le estrechó las manos delgadas.

—¡Es lo que sospechaba, abuela! La batalla de Boath Manor era la batalla de mi visión, y él es el desconocido al que iban a traicionar sus propios hombres.

Las dos mujeres se miraron con asombro.

—No lo entiendo. No puedo entenderlo —dijo Alana, en voz baja.

Eleanor cabeceó.

—Yo tampoco. Algún día, sabremos por qué tuviste esa visión... por qué viste a este hombre... Pero, ahora, es inútil obsesionarse con ella. Esta noche no vamos a dar con las respuestas.

Alana se dio cuenta de que su abuela estaba cansada. Le pasó un brazo por los hombros.

—¡Me arrepiento de haber dejado que vinieras conmigo! Ahora podrías estar sana y salva en Brodie, durmiendo en tu cama.

—No podías evitarlo, hija —dijo Eleanor—. Pero ¿por qué estás tan preocupada?

—Él es el enemigo. Está luchando en el bando de Bruce, contra los hombres de Duncan —susurró Alana—. ¿Y si no nos deja marchar? Ya sospecha de mí.

—Si averigua que eres la sobrina del conde de Buchan, tendremos que contárselo todo, Alana, y reza para que se dé cuenta de que no tenemos ningún valor como rehenes.

Alana titubeó. Buchan y Bruce eran enemigos mortales. Seguramente, a Bruce le agradaría tenerla en su poder como rehén, aunque no pudiera pedir un rescate por ella. No creía que Iain les permitiera seguir su camino si averiguaba la verdad. Le había parecido un nombre ambicioso e implacable. Aunque le explicaran que su padre y su tío no tenían ni el más mínimo interés en ellas, que no iban a pagar ningún rescate por su liberación, era muy posible que él no las creyera. Y, aunque las creyera, el instinto le decía a Alana que era un hombre complicado, que sus actos eran impredecibles. Tal vez pudiera pensar que ella era un buen as para tener en la manga.

Alana volvió a mirarlo. Era un hombre muy guapo, poderoso y masculino.

Eleanor se puso en pie y la rodeó con un brazo.

—Hija, vamos a buscar un sitio para dormir. Hemos tenido un día largo y difícil, y me duelen los huesos. Y tú deberías dejar de preocuparte. No vamos a poder resolver nada esta noche.

Alana asintió. Se acercó a Iain y lo miró fijamente, un momento, mientras se daba cuenta de lo agotada que estaba. Ojalá supiera por qué había aparecido aquel hombre en sus visiones, y por qué estaba con él en aquel momento.

Se inclinó y lo tapó hasta la barbilla con las pieles. Al hacerlo, tuvo la sensación de que él se movía y de que pestañeaba. Sin embargo, Iain no abrió los ojos.

—Hija...

Alana se dio la vuelta y siguió a Eleanor. Ambas salieron de la tienda.

Alana se despertó al oír el ruido del campamento y el sonido de las voces de los hombres.

Se incorporó y, por un momento, se sintió desorientada. No reconoció la tienda que compartía con su abuela, y no sabía por qué no estaba en su propia cama.

Entonces, recordó todo lo que había sucedido el día anterior. Recordó la batalla y el incendio de la casa, y recordó a Iain de Islay...

Alana miró a su alrededor por la tienda, y se fijó en su abuela, que seguía dormida a su lado.

Esperaba que pudieran marcharse antes del amanecer, puesto que no podía saber lo que les depararía aquel nuevo día. Tenían que salir del campamento antes de que Iain averiguara que ella era una Comyn.

Seguramente, él seguiría profundamente dormido, teniendo en cuenta la herida que había sufrido.

Alana se destapó y se lavó la cara y los dientes con un poco de agua que había en una jarra. Después, se hizo una trenza y fue a despertar suavemente a su abuela.

—Voy a salir.

Mientras Eleanor se levantaba, Alana alzó la solapa de la tienda y salió. Era una helada mañana de diciembre; se envolvió bien en su capa de piel y se dio cuenta de que habían dormido demasiado, porque el sol ya asomaba por entre la espesa niebla.

Su inquietud aumentó al ver que los hombres ya estaban pululando por el campamento, recogiendo las tiendas y ensillando a los caballos. Vio también a la señora de Boath Manor, con sus hijos, junto al fuego. Los niños estaban comiendo pan con queso. E Iain estaba con ellos.

Alana no podía dar crédito. Ya estaba en pie, como si no le hubieran apuñalado el día anterior. Rezó pidiendo que no la interrogara nuevamente acerca de su identidad, y que las dejara marchar.

Él también la había visto. Estaba sentado con la dama y sus hijos, pero, en aquel momento, se levantó y la miró fijamente a través del fuego.

Ella dejó de ver a la mujer y a los niños, y a todos los demás hombres. Se abrazó a sí misma y se quedó inmóvil.

Entonces, Iain apuró su taza, tiró un trozo de pan al suelo y caminó hacia ella.

—Buenos días, Alana —dijo.

—Buenos días —respondió ella.

—¿Has tenido una buena noche?

Así pues, ¿iba a darle una agradable conversación? ¿Cuál era su táctica?

—Por suerte, no ha hecho demasiado frío.

Él miró al cielo, que se estaba aclarando cada vez más.

—Hoy va a hacer más frío.

Seguramente, tenía razón, puesto que el cielo estaba más despejado, lo cual significaba que no iba a nevar. Alana lo miró por el rabillo del ojo. No parecía un hombre herido; aunque tenía el brazo en cabestrillo, llevaba una espada larga y una daga. Bajo la capa de piel, llevaba su *plaid* azul oscuro, negro y rojo, sujeto con un broche de oro sobre el hombro derecho. No estaba debilitado, sino que seguía siendo un hombre muy poderoso. Y era su enemigo.

—No esperaba veros en pie tan pronto.

—¿Esperabas, acaso, que permaneciera acostado en mi tienda?

—Debe de doleros vuestra herida.

—A mí no me importa el dolor. Siempre es bueno estar vivo un día más —dijo él—. ¿Quieres desayunar conmigo?

—No tengo hambre —respondió ella, que no deseaba compartir el desayuno con él—. Ya vamos muy retrasadas en nuestro viaje. Debemos ir con nuestra familia de Nairn.

Él sonrió.

—Ah, sí. Os han llamado para que curéis a alguien, y no podéis perder un momento más, ni siquiera para comer.

Ella se ruborizó.

—Sería mejor que continuáramos el camino.

Él arqueó una ceja.

—Sin embargo, has tenido tiempo para curarme la herida.

Ella se quedó sin palabras, mirándolo fijamente.

—Voy a averiguar por qué me has curado, y cuál es el verdadero motivo por el que vas a Nairn —dijo Iain.

Alana no tenía duda de que lo averiguaría muy pronto, y tuvo la tentación de contarle la verdad. Sin embargo, exclamó:

—¡Ni siquiera yo misma sé por qué deseaba salvaros! ¡Vi una terrible traición, milord, y corrí a ayudaros sin pensarlo dos veces!

Él se sobresaltó, aunque siguió mirándola inquisitivamente.

Ella tenía las mejillas ardiendo.

—Es la verdad, milord.

Por un momento, Iain continuó estudiándola. Después, dijo:

—Ven a comer.

Ella decidió no discutir más, porque se dio cuenta de que él no le había prohibido que se marchara. Alana miró hacia su tienda, pero Eleanor todavía no había salido. Siguió a Iain hacia la hoguera, tomó el pan que él le ofreció y lo comió rápidamente. Él continuó mirándola, y eso le causó incomodidad.

Cuando Alana terminó, miró hacia arriba y vio que él flexionaba el brazo izquierdo y hacía una mueca de dolor. Estaba pálido y tenía barba de varios días.

Ella sabía que los puntos resistirían si él no realizaba actividades anormales. Sin embargo, los hombres morían muy frecuentemente por complicaciones de heridas de batalla.

—Tal vez debiera miraros la herida antes de marcharme —dijo Alana.

—Así que tu preocupación por un extraño en tiempos de guerra continúa.

Alana no quería que él muriera, y ya se lo había dicho; así pues, no iba a repetirlo, sobre todo teniendo en cuenta que semejante deseo era una insensatez.

Él le hizo un gesto. Los hombres ya habían desmontado su tienda, así que la llevó hasta un carro grande que contenía una catapulta; se apoyó en él y se apartó la capa de piel del hombro herido. Sus miradas se encontraron de nuevo; sin embargo, en aquella ocasión, él la observó lentamente, sin recelo.

Ella apartó la vista; prefería que él la mirara con desconfianza que con interés. Apartó un poco más la tela de lana de su *plaid* y deshizo el nudo del cabestrillo. Entonces, le abrió el cuello de la

túnica. Alguien le había asegurado el vendaje; al levantar un lado de la tela de lino, Alana se sintió aliviada.

—Está curándose muy bien.

—He recibido buenos cuidados —respondió él, suavemente.

Alana enrojeció de nuevo. Rápidamente, volvió a colocarle la venda y la túnica, y le ayudó a meter el brazo en el cabestrillo.

—Espero que descanséis durante unos días, al menos. Necesitáis tiempo para curaros completamente, y no quisiera que mis esfuerzos fueran inútiles.

—La guerra no espera a ningún hombre.

Ella retrocedió un par de pasos para poner distancia entre ellos.

—Estoy segura de que podréis descansar unos días —insistió.

—Soy un soldado. No tengo tiempo para descansar.

Ella no podía creerlo.

—Entonces, moriréis, porque no podéis sujetar una espada con esa herida.

—No voy a sujetar solo una espada, sino dos.

Alana jadeó.

—¿Cómo vais a sujetar una espada con la mano izquierda? ¿Acaso pensáis luchar hoy mismo?

A él se le borró la sonrisa de los labios.

—¿Por qué viniste a ayudarme ayer? Quiero la verdad —le advirtió él.

—No lo sé —dijo ella—. Ya os he dicho todo lo que sé.

—Que deseabas desesperadamente salvar a un extraño, ¿sin pensarlo dos veces? —inquirió él con desdén—. ¿Gritaste para avisarme?

Ella no quería decirle que tenía visiones, y mucho menos que él había aparecido en la última.

—No podíais oír a nadie gritando desde el bosque.

—Cierto; ningún hombre puede oír un grito desde el bosque. Sin embargo, te vi entre los árboles, y oí tus gritos de aviso. Los oí claramente: dos gritos —insistió él, con la mirada muy brillante.

Ella se humedeció los labios de puro nerviosismo. ¿Cómo era posible que él la hubiera oído desde el bosque, en medio del fragor de la batalla?

—¿Intentaste advertirme de lo que iba a ocurrir?

—Aunque lo hubiera hecho, vos no habríais podido oírme —respondió ella.

Él la tomó con fuerza del brazo.

—¡Ya te he dicho que sí te oí! ¡Confiesa! ¿Me gritaste?

Ella asintió sin poder evitarlo.

—Sí.

Él la zarandó.

—¿Y cómo es posible que yo te oyera? ¿Cómo es posible que tú me advirtieras de una traición antes de que sucediese?

Alana gimió.

—¡No lo sé!

—Me gritaste y no había nada. Me gritaste por segunda vez, y un traidor me apuñaló. ¿Acaso formabas parte del complot? —inquirió él, apretándole el brazo con fuerza.

—¡Yo no formaba parte de nada!

—¡Entonces, debes de ser bruja! —gritó él, furiosamente, y la soltó.

Ella retrocedió, frotándose el brazo. Tuvo que mentir de nuevo.

—No soy bruja —dijo, entre jadeos—. ¡Y no sé por qué grité! ¡Estoy muy confusa!

Él la fulminó con la mirada. Claramente, no la creía.

—Has enrojecido. Seguramente, a causa de la culpabilidad —dijo, con desprecio.

—Si soy culpable, es solo de ayudar al enemigo.

—Así pues, admites que somos enemigos —respondió él, con una sonrisa dura, de triunfo.

Ella se envolvió con fuerza en su capa de piel. Estaba completamente intimidada.

—No.

—¿Pertenece a Boath Manor o al Castillo de Nairn? ¿O eres de otro lugar?

Alana pensó febrilmente. ¿Debería revelar su engaño, admitir al menos que era del Castillo de Brodie? Tal vez, así él dejara de interrogarla...

—Entonces, ¿sigues ocultándome tu verdadera identidad? ¡Solo consigues avivar mi curiosidad!

—Pero... ¿qué importancia puede tener eso, milord? Vos habéis sobrevivido a esta batalla y a la traición. Yo voy a marcharme, y no volveremos a vernos más.

Él sonrió con dureza.

—¿Y por qué piensas que no vamos a vernos más?

Alana se sobresaltó. No era capaz de comprenderlo.

—La traición es como una serpiente con muchas cabezas —dijo él—. Si cortas una, aparecerán otras, listas para atacar.

¿Qué podía significar eso?

—Yo no conozco la traición tan bien como vos —respondió.

Él emitió un sonido áspero.

—Ayer sí sabías de la traición; tu primer grito es la prueba.

Por fin, Alana susurró:

—He curado vuestra herida, milord. Creo que estáis en deuda conmigo. ¿Vais a permitir que nos marchemos? Nos esperan en Nairn.

Él sonrió lentamente, pero no de un modo agradable.

—No es seguro que dos mujeres, una vieja y otra joven y bella, viajen solas por el campo —dijo.

—Entonces, ¿no nos vais a permitir marchar?

—Te has negado a responder a mis preguntas. Hasta que lo hagas, no os voy a permitir marchar —dijo él, con dureza, y se dio la vuelta.

Alana lo tomó del brazo sin pensarlo, y él se dio la vuelta con asombro. Entonces, ella bajó la mano y dijo:

—Soy de Brodie. Soy la hija de Elisabeth le Latimer.

Él abrió mucho los ojos.

Alana no podía soportar su desconfianza, sus interrogatorios ni su frialdad. Si le decía una parte de la verdad, tal vez perdiera el interés en descubrir el resto, y tal vez las dejara irse.

—Elisabeth le Latimer —dijo él, lentamente—. ¿Su hermana es la esposa de Alexander Comyn?

Ella tragó saliva.

—Su prima se casó con sir Alexander. Mi madre se casó con sir Hubert Fitzhugh y aportó a su matrimonio el Castillo de Brodie como parte de su dote.

Él la miró con una expresión indescifrable. Entonces, dijo:

—Deduzco que sir Fitzhugh no es tu padre.

Ella se ruborizó.

—No. Él murió antes de que yo naciera. Soy *mistress* le Latimer, milord. Mi señor es Duncan de Fren draught, y él nos ha convocado en Nairn. Seguramente, vos atacaréis Nairn hoy, mañana o la semana que viene. No creía que fuera aconsejable revelaros mi identidad.

Él se había quedado pensativo.

—Duncan es el señor de Brodie. ¿Fitzhugh no tuvo herederos?

Ella hizo un gesto negativo.

—Duncan se convirtió en el señor de Brodie cuando yo tenía ocho años.

—¿Y por qué os llama en un momento tan peligroso de la guerra? Seguramente, habrá otras personas en Nairn que tengan ungüentos curativos.

—A Duncan no le importo nada. Teníamos un soldado de escolta, pero huyó y nos abandonó.

Él la miró con dureza.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Acaso no he dicho lo suficiente?

—No sé por qué puede ser tan urgente que vayas a Nairn en este preciso momento, pero, claramente, es un asunto de guerra.

Ella permaneció en silencio. Cuánta razón tenía.

—No tienes marido.

Aquello la tomó por sorpresa, pero recordó que ella misma se había presentado como *mistress* le Latimer.

—No.

—¿Por qué no?

Alana se puso muy tensa.

En aquel momento, Eleanor se acercó a ellos.

—Alana, ¿te encuentras mal? Estás muy pálida.

Alana tomó de la mano a su abuela.

—Lord Iain ha dicho que podríamos marcharnos si le decía la verdad. Le he dicho que somos de Brodie y que soy la hija de Elisabeth le Latimer —le advirtió a su abuela. Después, se volvió de nuevo hacia Iain—. No tengo marido porque no tengo una dote importante.

Él apenas miró a Eleanor.

—¿De veras? Siendo tan bella, no necesitáis mucha dote para casaros con un caballero joven.

Alana negó con la cabeza. Él sabía que había algo extraño en todo aquello; era lógico que lo supiera.

—Soy una hija bastarda, milord, y mi nacimiento ilegítimo ha limitado mucho mis posibilidades.

Él entrecerró la mirada.

Entonces, Eleanor rodeó con un brazo a su nieta.

—Milord, estáis en deuda con mi nieta, pero en vez de mostrar vuestro agradecimiento, la hostigáis. Debéis permitirnos continuar hacia Nairn.

Él ni siquiera miró a Eleanor.

—¿Quién es tu padre?

Alana se quedó mirándolo fijamente; notó que se le empañaban los ojos. Estaba dispuesta a admitir la derrota y contárselo todo, pero Eleanor intervino.

—No lo sabemos. Elisabeth no lo dijo nunca, y murió al dar a luz.

Alana cerró los ojos con alivio. Eleanor la estrechó contra su costado.

Iain se giró con impaciencia.

—¡Fergus! Vas a escoltar a las mujeres, pero no a Nairn.

A Alana se le escapó un jadeo.

—¡Teníamos un trato! ¡Os he dicho la verdad!

—¿De veras?

—Me hicisteis creer que nos permitiríais continuar nuestro camino si os decía quién soy.

—El ejército de Bruce está cerca de Nairn. Elige otro destino, o yo lo elegiré por ti —sentenció él, y se alejó.

Alana se puso furiosa. Corrió tras él y volvió a tomarlo del brazo. Él se giró con incredulidad.

—Yo he cumplido mi parte. ¿Cómo podéis hacer esto?

Él se soltó de su mano.

—No sé cuál es tu papel, pero no puedes ir a Nairn. No voy a mandarte hacia el peligro. Elige otro lugar, o vuelve a Brodie.

—A vos no os importo. ¿Por qué es de vuestra incumbencia adónde vayamos mi abuela y yo, o si estamos en Nairn cuando sea atacado?

Él se quedó callado durante un momento. Después, alzó la barbilla.

—Tú lo has dicho. Estoy en deuda contigo.

Alana se echó a temblar. ¿Qué estaba haciendo él? ¿Por qué tenía los ojos tan oscuros y brillantes?

—Entonces, dejadnos ir a Nairn.

Él emitió un sonido áspero, de incredulidad. Entonces, la besó.

Alana se quedó inmóvil, asombrada, mientras él le daba un beso duro y exigente.

Y, cuando él se apartó, ella tenía el corazón acelerado, las rodillas temblorosas y la piel ardiendo.

Él la miró de una forma inconfundible; después, se alejó, llamando a sus hombres.

Alana también se quedó mirándolo. ¿Qué era lo que acababa de ocurrir?

Iain no confiaba en ella, pero la había besado. Nunca la habían besado. A ella, los hombres no la deseaban; la temían.

Salvo Iain de Islay, que no sabía que era bruja.

Alana se dio cuenta de que Eleanor acababa de acercarse a ella. Con la respiración entrecortada, se giró hacia su abuela.

No encontró desaprobación en su semblante. Solo vio especulación.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó—. ¿No vas a hacerme ningún reproche?

—No tengo por qué reprocharte nada, pero más tarde debemos hablar sobre el highlander.

Ahora tenemos que ir a Nairn, y tenemos que llegar antes de que sea atacado.

—Él nos manda de vuelta a Brodie.

—Si tu padre y tu tío no estuvieran de camino a Nairn, yo desearía volver a Brodie —respondió Eleanor—. Tenemos que ir a Nairn, Alana —dijo Eleanor—. Puedo preparar una poción para enfermar a Fergus.

Alana asintió. No tenían más remedio que intoxicar al soldado de Iain. Miró hacia el campamento, que ya estaba completamente desmantelado. Los hombres habían montado, y había una docena de carros llenos de tiendas y de armas. Más allá del ejército estaba la casa, que había quedado reducida a una pila de escombros humeantes.

Fergus había acercado el carro y la mula, y sujetaba también las riendas de su caballo. La señora MacDuff estaba a su lado, con sus hijos.

El único que permanecía en pie era Iain. Llevaba el pelo largo suelto, y le caía por la capa de piel que le protegía los hombros. Ella casi podía sentir el contacto de sus labios.

Un soldado le acercó un enorme caballo oscuro, y él montó con agilidad. Por un momento, toda la tierra quedó en silencio; solo se oían el resoplido de los caballos, el crujido del cuero y el tintineo de las bridas. Iain la estaba mirando.

Alana le devolvió la mirada. Él había sido hostil y desconfiado desde el principio, pero la había besado apasionadamente. Ella no sabía qué pensar.

Él se volvió hacia sus hombres y se irguió sobre los estribos, alzando un brazo.

—¡Por el clan Donald! —rugió.

Un centenar de hombres le devolvió el grito de guerra y, después, el ejército se alejó al galope de los escombros humeantes de Boath Manor.

Alana se agarró de la mano de su abuela y observó a Iain hasta que desapareció a lo lejos, y solo quedaron los picos nevados de las montañas.

Capítulo 3

—Nairn —dijo Eleanor.

Alana se echó a temblar. Iba sentada junto a su abuela en el pescante del carro, y llevaban a Mary MacDuff y a sus hijos acurrucados bajo una manta en la parte trasera. El castillo de piedra oscura se erguía en una colina, sobre la villa. Hacía sol, y el cielo estaba muy azul. La nieve cubría las laderas rocosas del promontorio y, detrás de él, se divisaban las aguas del lago Moray.

Habían tardado pocas horas en recorrer el camino desde la casa destruida de los MacDuff hasta Nairn. El pobre Fergus se había quedado en el bosque, cerca del lugar donde habían acampado la noche anterior, vomitando el desayuno. En poco tiempo se habría recuperado y podría continuar su viaje.

Se oyeron gritos desde las torres de vigilancia del castillo.

Alana se puso tensa. Había estado muchas veces en la aldea de Nairn, porque era un sitio concurrido y tenía un buen mercado. Sin embargo, no había entrado nunca al castillo, que siempre le había resultado un poco amenazante.

Durante años, aquella fortaleza había estado ocupada por guarniciones inglesas, porque los grandes barones del norte de Escocia estaban muy a menudo en guerra contra Inglaterra. Eduardo I había tomado Nairn y había aprovisionado el castillo para su uso; en aquel momento, los arqueros ingleses, leales a su hijo, estaban sobre el adarve, apuntándolas con sus flechas.

Por supuesto, no dispararían a un carro lleno de mujeres y niños, al menos si no recibían la orden de hacerlo. Dos años antes, el conde de Buchan le había encomendado el mando de Nairn a Duncan. Alana se preguntó si Duncan habría llegado ya, y si sir Alexander estaría con él.

Y se preguntó si Iain de Islay estaría entre los atacantes de Nairn.

—Nos han visto —dijo Eleanor.

Alana sonrió con tristeza y alzó las riendas de las mulas. Estaba muy tensa. Le había resultado muy difícil olvidar su encuentro con Iain, especialmente aquel beso inesperado. Se sentía afortunada por haber podido escapar de él, y se había propuesto no pensar más en su extraño encuentro ni en su despedida, que había sido aún más extraña. Aunque él hubiera dicho lo contrario, lo más probable era que nunca volvieran a cruzarse.

Tenía cosas mucho más urgentes en las que pensar. Muy pronto iba a conocer a su poderoso tío, y a ver a su padre por segunda vez en la vida.

La subida hasta el castillo fue ardua, porque la ladera tenía mucha pendiente y la carretera estaba helada y llena de baches. El ascenso fue muy lento, y Alana sentía a la vez impaciencia y miedo. Ojalá pudiera saber si su padre y su tío habían llegado ya, y si estaban preparándose para recibirla.

Cuando, por fin, llegaron a las puertas de la muralla, se oyó un grito desde una de las torres, y un grupo de soldados ingleses salió de la barbacoa. Alana detuvo a la mula, y los caballeros rodearon el carro. Iban protegidos con la armadura, pero llevaban las celadas abiertas. Eran, en

total, una docena de hombres; uno de ellos, con la barba gris y los ojos azules y fríos, se acercó a ella.

—Identificaos.

—Soy Alana le Latimer y ella es mi abuela, lady Fitzhugh —dijo Alana, rápidamente.

—Sir Duncan os estaba esperando —respondió el caballero—. Yo soy sir Roger, el sargento de Duncan. Llegáis con un día de retraso. ¿Cuál es la causa?

—Había una batalla en Boath Manor. Nos escondimos en el bosque, y después quisimos ayudar a la señora y a sus hijos, así que esperamos a que se marcharan los hombres de Bruce. No lo hicieron hasta el amanecer.

El caballero asintió mientras miraba a Mary y a sus hijos.

—Voy a llevaros ante sir Duncan. Está impaciente por hablar con vos.

Alana no miró a su abuela mientras entraban en la fortaleza. No habían hablado sobre su entrevista con Duncan debido a la presencia de Mary, pero Alana había pasado las últimas horas meditando sobre aquella inminente conversación.

Duncan de Fren draught quería saber todos los detalles de su encuentro con Iain de Islay. No podía decirle que había ayudado al enemigo, porque eso le enfurecería, y cabía la posibilidad de que la acusara de traición. Parecía mejor insistir en que su retraso se debía a la batalla de Boath Manor, y a que habían tenido que permanecer escondidas toda la noche.

Tal vez Iain fuera el enemigo, pero, en aquel momento, Alana lo prefería como aliado mucho antes que a Duncan. Sabía muy bien que aquel sentimiento era inapropiado, pero Duncan le resultaba incluso más intimidante que su hijo. Tenía un control absoluto sobre ella, y Alana lo despreciaba más que a Godfrey.

Una vez que entraron en el patio de armas, sir Roger las ayudó a bajar del carro. Mary bajó por sí misma, con sus hijos. Alana se acercó a ella.

Apenas habían hablado, pero sonrió amablemente. Aquella mujer no tenía nada, ni pertenencias ni hogar, y su marido estaba en la guerra, luchando con el ejército de Buchan.

—Le pediré a Duncan que os dé un aposento, pero ¿qué vais a hacer después?

Mary era muy bella, aunque estaba agotada y tenía cara de preocupación.

—Intentaré contarle a mi marido lo que ha ocurrido y, cuando termine la guerra, reconstruiremos nuestra casa.

Alana la tomó de la mano.

—Eres bienvenida en el Castillo de Brodie, Mary, hasta que puedas volver a Boath Manor.

Mary abrió mucho los ojos.

—¿Cómo voy a poder aceptar semejante caridad?

—Estoy segura de que podremos encontrarle tareas adecuadas en el castillo hasta que puedas volver a casa.

A Mary se le llenaron los ojos de lágrimas de gratitud.

Sir Roger esperaba con impaciencia, y Alana se volvió hacia él. Eleanor y ella lo siguieron hasta la torre del homenaje; subieron los escalones, entraron a la torre y se dirigieron al gran salón del castillo.

Duncan de Fren draught estaba esperando en el centro de la estancia, con las manos en las caderas y con cara de malhumor. Como su hijo Godfrey, era arrogante, rubio, de ojos azules. Al contrario que Godfrey, se había pasado casi toda la vida luchando para la familia Comyn, y era un

soldado curtido. Por sus servicios, había recibido el señorío de Elgin el año anterior, además de varias casas solariegas y una finca.

Se acercó a ella. Llevaba una túnica azul oscura y una sobrevesta marrón, y lucía anillos brillantes en ambas manos. Llevaba al cinto su espada, señal de que la guerra estaba cerca.

—¿Por qué habéis tardado tanto, *mistress*? —preguntó de sopetón.

—Había una batalla en Boath Manor —dijo ella, sin sonreír—. Tuvimos que escondernos en el bosque durante toda la noche, porque los soldados habían acampado allí.

—¿Y pasaste la noche en el bosque con tu abuela? Me sorprende que no hayáis muerto congeladas —dijo Duncan. Entonces, tomó un mechón de su pelo entre los dedos y comenzó a jugar con él.

Ella le apartó la mano.

Duncan sonrió burlonamente.

—Tal vez deberías haber dejado que una doncella te arreglara antes de reunirte conmigo, Alana —dijo, y volvió a tomar el mechón de su pelo para metérselo detrás de la oreja, rozándole la piel.

Ella se estremeció de furia. Duncan había estado jugando con ella desde que tenía doce años, cuando había intentado tocarle el pecho y los muslos de una manera lasciva. Durante todos aquellos años, Alana había conseguido salvarse gracias a su ingenio y a la amenaza de echarle un maleficio. Cuando tenía quince años, él la había atacado después de pasar la noche bebiendo. Alana le había roto un orinal en la cabeza y, desde entonces, él se había mantenido a distancia, pero su comportamiento con ella seguía siendo grosero y provocativo.

—¿Sigues temiendo las caricias de un hombre? —le preguntó él, riéndose.

—¿Temerlas? Yo no temo nada, lo que ocurre es que detesto que me toquéis vos.

—Solo porque eres muy fría, todo lo contrario que tu madre.

Alana tuvo ganas de abofetearlo, pero él se había referido a su madre en aquellos términos tan a menudo que el insulto había perdido significado. Podía controlar su rabia, después de tantos años de práctica.

—Puede ser —dijo, encogiéndose de hombros—. No he venido a intercambiar pullas con vos.

—No, has venido porque yo te lo he ordenado —replicó él. Su expresión se había vuelto muy fría.

—Sí, he venido porque vos lo habéis ordenado y sois mi señor —respondió ella.

Alana se miró los pies e hizo una reverencia. Parecía que aquello era una tregua, aunque frágil. Ella sabía que el desagrado era mutuo.

—Y, como tu señor, te diré que estoy cansado de tus mentiras. No me digas que has pasado la noche en el camino en mitad del invierno. Lady Eleanor habría muerto —le espetó Duncan.

—Pasamos la noche en una granja abandonada que había junto a la carretera, un poco más allá de la casa señorial.

Él la observó con desconfianza.

—Si me entero de que has mentado, Alana, lo vas a pagar caro.

Ella sonrió con frialdad, aunque aquellas palabras le habían causado temor.

—¿Y por qué otro motivo habríamos podido retrasarnos?

—¡Tengo intención de averiguarlo! —bramó él. Entonces, le dio la espalda y llamó a una

servienta. Después, se giró de nuevo hacia ella—. Yo había enviado un pequeño grupo al sur, e Iain de Islay venció a mis hombres en Boath Manor. ¿Viste la batalla?

—Cuando oímos el ruido de la lucha, nos escondimos en el bosque hasta que pudimos escapar a la granja, donde pasamos la noche, esperando a que el ejército se marchara —dijo ella. Estaba dispuesta a repetir aquella historia cuantas veces fuera necesario.

—Se te olvida que te conozco bien, desde que tenías seis o siete años —dijo él. Duncan se había convertido en su tutor legal cuando ella había cumplido seis años, momento en el que había llegado a ser el señor de Brodie—. Sigues siendo tan curiosa como un gato. ¿No te importaba ver quién estaba luchando?

—Esta guerra no significa nada para mí.

—Y, sin embargo, es muy importante para tu tío, Buchan.

Alana se encogió de hombros.

—Entonces, ¿no llegaste a ver a Iain de Islay, Iain el Fiero?

La pregunta parecía retórica, porque él comenzó a pasearse de un lado a otro con la cabeza agachada y las manos agarradas a la espalda, como si estuviera reflexionando.

—Iain de Islay es primo de Angus Og, el mejor aliado de Bruce en esta guerra, y Angus le ha dado un ejército de salvajes highlanders. Se han abierto paso por las montañas violando y asesinando, quemando casas y campos.

Alana se echó a temblar. No lo creía.

Él se quedó mirándola fijamente.

—¿Y por qué tengo ahora tu atención?

Iain había dejado Boath Manor reducido a escombros, pero nadie había sido asesinado ni violado, que ella supiera. De hecho, le había visto arriesgar la vida para salvar a Mary MacDuff y a sus hijos.

—Parece alguien muy sanguinario —respondió.

—No hace prisioneros y no deja a ningún enemigo con vida.

Alana se mordió el labio. Ella era el enemigo, y estaba viva. Sin embargo, debía tener en cuenta que era mujer...

—¿Y cómo es que no te vieron él ni sus guardias, Alana?

—Ya os lo he explicado. Estuvimos escondidas en el bosque hasta que pensamos que podíamos avanzar hasta la granja abandonada.

En realidad, sí había una granja en el camino. Había sufrido un incendio, y Alana esperaba que fuera ciertamente inhabitable; no podía saberlo con certeza, puesto que no habían llegado a detenerse allí.

—Entonces, tienes mucha suerte. Y yo tengo suerte de que no te capturaran —respondió Duncan, aunque siguió mirándola con escepticismo—. ¿Cómo está Godfrey? ¿Cómo van las cosas en Brodie?

—Cuando nos marchamos, el castillo estaba en perfecto estado. ¿Creéis que lo van a atacar?

—El ejército de Bruce está acampado al sur, muy cerca de aquí. Podría atacar Nairn, Elgin o Brodie, o cualquier castillo más pequeño. No sabemos cuál será su próxima acción, Alana —le dijo él y, mirándola largamente, se acercó a ella y le puso la mano en el hombro.

Alana se echó a temblar. ¿Esperaba que predijera cuál iba a ser el siguiente ataque de Bruce? Se apartó de su odioso contacto.

Eleanor intervino en aquel momento.

—¿Ha llegado el conde de Buchan, milord?

—Lo esperamos en cualquier momento. ¿Por qué lo preguntas, Eleanor? —inquirió él, en un tono burlón.

—No he visto al conde desde hace muchos años, y tengo curiosidad —respondió Eleanor, sonriendo agradablemente.

—¿Curiosidad? Vamos, vieja, nos conocemos muy bien. Quieres algo del todopoderoso conde, como todo el mundo.

—¿Y eso os importa? —preguntó Eleanor.

Duncan miró a Alana con dureza.

—Si quieres poner a Alana bajo la tutela de Buchan, entonces sí me importa. Ella está bajo mi protección.

Alana se quedó asombrada, y también consternada.

—A vos no os importo nada —dijo.

—Cállate —le ordenó Duncan, y se aproximó a la menuda Eleanor—. Ella siempre ha sido vuestra única preocupación. ¿No vais a pedirle nada a su tío, en nombre de Alana?

Eleanor siguió sonriendo.

—Me conocéis bien, sir Duncan. Alana necesita un marido.

—Alana podría ser valiosa para mí, vieja. La necesito.

Alana tomó aire.

—¡Yo nunca he sido valiosa para vos! ¡Nunca, en los doce años que he estado bajo vuestra protección en Brodie!

Él se le acercó con una sonrisa fría.

—Pero nunca habíamos corrido un peligro tan grande. ¡El condado está bajo una gran amenaza!

Se hizo un terrible silencio. De repente, él la consideraba valiosa por el hecho de que tenía visiones del futuro. Duncan quería saber cuáles eran los planes de Bruce. ¡Quería que ella los predijera!

Él sonrió lentamente, y le tocó la barbilla con un dedo. Ella sintió repulsión, pero no se movió.

—Por fin comienzas a agradarme... Dime lo que viste el otro día.

Ella dio un paso atrás, y él bajó la mano.

—Vi una batalla, eso es todo.

Se le pasaron por la cabeza las imágenes de la lucha de Boath Manor, los recuerdos de Iain y de su última visión de la casa reducida a cenizas entre la nieve.

—No. Godfrey dice que me viste victorioso en la batalla.

Alana no se atrevía a mirar a Eleanor. Pensó febrilmente; ella no quería tener ningún valor para Duncan. Había sido suficientemente malo el hecho de ser su pupila durante casi toda su vida, cuando él la ignoraba y, de vez en cuando, la trataba de un modo libidinoso. Si permitía que Duncan creyera que había tenido una visión suya durante una batalla, él terminaría considerándola valiosa.

Sin embargo, tampoco quería ponerlo furioso, así que intentó dar un rodeo.

—Vi una batalla, y había victoria y derrota. No estoy segura de quién había vencido, porque

fue una visión confusa.

Él se congestionó de ira.

—Eso no es lo que dijo Godfrey. Él me escribió y me contó que tú me habías visto triunfante, Alana —respondió en tono de advertencia—. Así que piénsalo mejor, y no me mientas.

—Los hombres luchaban, y vi la bandera de Bruce —dijo ella vacilando—. Creo que vos estabais allí. No sé nada más.

—¿Qué crees que yo estaba allí? ¿Que no sabes nada más? ¡Le dijiste a Godfrey que yo había vencido!

—La visión no estaba clara.

Él no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿La visión no estaba clara, o es que no quieres contármela?

Eleanor dio un paso hacia delante.

—Lo sentimos, milord, lo sentimos mucho.

Alana se arrepentía profundamente de haber mentado a Godfrey, y solo por desprecio. Sin embargo, si no hubiera mentado no habría pasado junto a la batalla de Boath Manor. Claramente, ella estaba destinada a pasar por aquella carretera, aunque todavía no sabía por qué.

Pensó en Iain y en su beso, y supo que no debía permitir que sus pensamientos fueran más allá.

—A Buchan no le va a gustar oír que la visión fue confusa —le espetó Duncan. Se acercó a la mesa, tomó una copa y la apuró. Después, la posó de golpe y se giró hacia ella—. No estoy contento. Necesito detalles, Alana.

Ella se horrorizó.

—¿Por qué vais a hablarle a mi tío sobre esta visión confusa y sin importancia?

—¿Y por qué crees que te he hecho venir? ¡Deseo que nos ayudes! ¡Que me ayudes! Si tu tío no sabe lo de tus visiones, seré el primero en contárselo —gritó Duncan, y volvió a llamar a la sirvienta—. ¡Vino, muchacha, tráeme más vino!

Alana se dio la vuelta. ¿Acaso sabía el conde de Buchan que ella podía predecir el futuro? ¿Se habría molestado su padre en mencionarle que su hija bastarda era bruja?

Y ¿qué iba a ocurrir cuando llegaran su padre y Buchan? De repente, Duncan había empezado a considerarla valiosa. Hasta aquel momento, ni su padre ni Buchan se habían acordado de ella. ¿Sería posible que eso cambiara?

¿Empezarían a valorarla porque era bruja?

Aquel pensamiento no le causó alegría, sino ganas de llorar.

Eleanor la rodeó con un brazo.

—Milord, estamos muy fatigadas por un viaje tan poco corriente. ¿Podríamos retirarnos?

—No he terminado con ella —dijo Duncan, y miró a Alana—. Dices que te escondiste en el bosque, cerca del ejército de Iain de Islay... ¿Lo viste?

Alana no supo qué responder.

—Di la verdad, Alana. Si de verdad te escondiste en el bosque, estoy seguro de que te acercaste a ver la batalla. ¡No tengo ninguna duda! ¿Y bien? ¡Debiste ver a Iain el Fiero!

Alana se humedeció los labios. Estaba temblando.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Me dijeron que Iain resultó herido. Hubo mucha sangre. ¿Lo viste desangrarse? ¡Si tengo

suerte, estará muerto!

—¡Había sangre por todas partes! ¡Había muchos heridos y muertos!

Duncan la miró con furia.

—Creo que disfrutas mintiéndome. Pues bien, no vas a disfrutar tanto cuando Nairn caiga en manos de unos highlanders sanguinarios.

Alana se estremeció y se arrebujó en su capa.

—¿Acaso es un enemigo tan horrible, milord? —preguntó Eleanor.

Duncan se volvió hacia ella.

—Antes de que le dieran su ejército, no era más que otro highlander enloquecido y deseoso de cortarnos el cuello en plena noche. Atacaba nuestros barcos en los mares del oeste, y a nuestros comerciantes en los caminos. Pero eso ha cambiado. Bruce ha tomado como costumbre enviarlo de avanzadilla en todas las batallas para abrirle camino. Desde que su primo lo armó, Iain de Islay no ha conocido la derrota. Si toma Nairn, ninguno de nosotros sobrevivirá.

—¿Y no es posible la paz? —preguntó Alana, con el corazón encogido.

—No —respondió Duncan de manera vehemente—. Bruce quiere ser el rey, y quiere destruir a Buchan.

Y parecía que lo estaba consiguiendo. En aquel momento, Alana empezó a entender el alcance completo de la guerra: todo el territorio de Buchan destruido, Brodie perdido y su tío y su padre ahorcados como traidores...

—Si atacan Nairn, si atacan cualquiera de mis castillos, les ordenaré a mis arqueros que se concentren en cualquiera que se parezca a Iain de Islay —dijo Duncan.

Alana se quedó espantada. Duncan quería asesinar a Iain. Rápidamente, Eleanor le pasó un brazo por los hombros.

—Deberíamos irnos —murmuró su abuela.

Sin embargo, Duncan se acercó a Alana y, con brusquedad, la agarró del hombro con fuerza.

—Buchan llega mañana —le dijo—. Espero que para entonces ya sepas las respuestas que hoy no has podido darme.

—Os lo he contado todo.

—¿De veras?

—No puedo contaros lo que no sé.

—Entonces, esfuérzate más, Alana, para saber lo que debes. A no ser que quieras disgustarme otra vez, y disgustar a tu poderoso tío, también.

Duncan la soltó y les dio la espalda.

Alana y su abuela dejaron el salón. Fuera se detuvieron y se tomaron de las manos.

—¡Me ha amenazado! —gimió Alana.

Eleanor estaba temblando.

—Debemos tener cuidado, Alana, mucho cuidado.

—¡Sí, porque, de repente, tengo valor para ellos! Pero, ¿cómo voy a complacer a mi tío? Mentir a Duncan es una cosa —dijo, en voz baja—, pero no creo que sea inteligente mentirle al conde de Buchan.

—No debes mentirle a tu tío, pero tampoco va a ponerse contento si se entera de que tienes alguna consideración por Iain de Islay —respondió Eleanor, en un susurro tenso.

Alana se estremeció.

—Es un extraño, abuela, nada más que eso, y dudo que vuelva a verlo.
Eleanor la miró con lástima.

—Ha llegado el conde de Buchan —dijo Eleanor, mientras entraba apresuradamente en la pequeña alcoba de la torre que compartían Alana y ella en la torre.

Era la tarde del día siguiente. Al ver la cara de preocupación de su abuela, Alana se acercó rápidamente a la ventana y miró al exterior.

Hacía un día soleado y el cielo estaba muy azul. El campo estaba cubierto de nieve. Había un enorme ejército bajo el castillo; los soldados estaban formando un mar de tiendas. Y una docena de caballeros subía por el camino a paso rápido, portando el estandarte del conde, que ondeaba al viento. La tela lucía un oso negro y un león dorado, ambos rampantes, sobre un campo rojo, contra un escudo negro, rojo y dorado.

Alana se agarró al alféizar de la ventana. Buchan debía de estar en aquel grupo de caballeros, pero ella no distinguía cuál de los jinetes podía ser.

Y ¿estaba sir Alexander con él?

¿Vería otra vez a su padre, después de tantos años? ¡Le preocupaba tanto cómo podía ser aquella reunión!

Eleanor le pasó el brazo por los hombros.

—Hagas lo que hagas, sé cortés. No lo disgustes.

Alana tuvo miedo.

—Me va a preguntar por mi visión, y es una mentira. No he podido dormir en toda la noche. No he podido dejar de pensar en todo lo que sé del conde. No sé qué hacer.

—Entonces, tal vez haya llegado la hora de decir la verdad —respondió Eleanor—. Sin revelar tus sentimientos.

Alana se sobresaltó al oír la sugerencia de su abuela. ¿Le estaba diciendo que debería revelar la visión verdadera sobre la batalla de Boath Manor, y sobre Iain de Islay? Si lo hacía, Buchan ya no la vería como su sobrina, sino como su vidente...

Las dos mujeres siguieron observando el avance de los caballeros y, cuando entraron por las puertas de la torre y desaparecieron de su campo de visión, Alana le preguntó a su abuela:

—¿Buchan es tan implacable como dicen?

Eleanor sonrió para darle ánimos.

—Cuando lo conocí, era un hombre muy joven, y no era implacable en absoluto —respondió.

Alana se quedó callada. Su tío se había convertido en un personaje infame. En toda Escocia e Inglaterra conocían al conde de Buchan y sabían de su rabia y su falta de compasión. Su esposa Isabella de Fife, la joven condesa de Buchan, lo había traicionado coronando a Bruce dos años antes, en Scone, en la ceremonia tradicional de la entronización del rey de Escocia. Se decía, incluso, que había sido la amante de Bruce, y que este se había esforzado mucho en protegerla junto a la reina y su hija. Sin embargo, aquel verano los ingleses habían capturado a todas las mujeres de la corte de Bruce y, en aquel momento, Isabella estaba encerrada en una jaula en Berwick, exhibida como si fuera un animal para que todos pudieran mirarla y burlarse de ella.

Al poderoso conde de Buchan no le importaba. De hecho, quería que muriera.

Alguien llamó a la puerta, y Alana dio un respingo cuando Eleanor abrió. Sir Roger las saludó con un gesto de la cabeza.

—El conde desea ver a *mistress* Alana —dijo.

Alana se angustió aún más, y tomó a su abuela de la mano.

—Ven conmigo —le pidió.

Mientras seguían a sir Roger por la estrecha escalera, oyeron voces masculinas que provenían del gran salón. Una era la de Duncan, y la otra tenía que ser la del conde de Buchan. Al llegar a la entrada de la sala, Alana se quedó inmóvil, observando la escena. Era imposible confundir al conde de Buchan, y no solo porque fuera bien vestido a la manera de las cortes inglesa y francesa, ataviado con anillos de oro y armado con una espada cuya empuñadura estaba cuajada de piedras preciosas, sino también porque irradiaba un aura de poder y mando. Al instante, él se giró hacia ellas.

—Lady Fitzhugh y *mistress* le Latimer —dijo sir Roger.

Buchan y Duncan estaban juntos ante el fuego, solos. Su padre no estaba con ellos.

Buchan sonrió.

—Así que tú eres mi sobrina.

Alana asintió e hizo una reverencia.

—Milord.

Buchan se acercó a ella con una mirada especulativa.

—Me acuerdo de tu madre, Alana. Te pareces a ella.

Alana no supo qué decir.

—Era muy bella —prosiguió su tío—. ¿Y tú eres del Castillo de Brodie? Antiguamente, perteneció a tu madre.

Alana asintió, mirándolo fijamente. No parecía un hombre implacable; parecía amable.

—Brodie era la dote de mi madre, milord.

—Sí, lo recuerdo. Pero las circunstancias de tu nacimiento impidieron que tú pudieras heredarlo. Duncan me ha dicho que tienes veinte años y sigues soltera.

—No estoy casada.

—Así que mi hermano se ha olvidado de ti —dijo él, sin rodeos.

—Hace unos años intentó arreglarme un matrimonio —respondió ella—. ¿Mi padre no está con vos?

—Viene de camino —contestó el conde—. Pero, finalmente, no hubo ningún matrimonio.

Ella sabía adónde quería llegar su tío.

—No.

—¿Porque ningún hombre quiere casarse con una mujer que puede ver el futuro?

Ella se estremeció.

—Ningún hombre desea casarse con una mujer como yo.

—¿Qué quieres decir, Alana? Habla con claridad.

Alana enrojeció de vergüenza.

—Tengo el don de ver el futuro —susurró—. La gente cree que soy una bruja.

Entonces, él la estudió en silencio.

—Así que es cierto —dijo, por fin—. Puedes predecir el futuro.

—Algunas veces, milord.

—¿Algunas veces? ¿Tienes visiones algunas veces? ¿A voluntad?

—No, nunca las tengo a voluntad —respondió ella, y continuó con desesperación—: Ojalá no tuviera visiones, milord, pero comenzaron cuando yo era niña.

—¿Y cómo sabes que son visiones del futuro? ¿Siempre se cumple lo que ves?

Ella se mordió el labio.

—Sí, siempre.

—Dame un ejemplo, Alana.

Ella no se atrevió a mirar a Eleanor.

—Una de las sirvientas de la cocina estaba embarazada. La vi durante el parto; el niño nació vivo, pero la pobre moza estaba muerta. Había mucha sangre.

—¿Y la doncella murió en el parto?

—Sí, tal y como yo lo vi —dijo ella, y se abrazó a sí misma. La pobre Peg había muerto al tener a su hijo hacía seis meses, pero Alana sabía que iba a ocurrir aquella desgracia desde muchos meses antes.

—¿Y ahora? ¿Has visto batallas de esta guerra? —le preguntó él, pensativamente.

Alana se quedó helada. En aquella ocasión, sí miró a Eleanor.

—De vez en cuando —dijo su abuela.

—No os he preguntado a vos, lady Fitzhugh —dijo Buchan, aunque no lo hizo de una forma desagradable, sino suave.

—He tenido una sola visión de esta guerra.

—Sí. Duncan me dijo que viste una batalla y que, aunque al principio pensaste que lo veías a él, victorioso, después llegaste a la conclusión de que no lo recordabas bien. ¿Qué viste?

Bajo la mirada férrea del conde, Alana sintió que le faltaba el aliento. El consejo que le había dado su abuela le resonó por la cabeza: «No lo disgustes».

—La visión no era clara —dijo, y miró de reojo a Duncan.

Su señor tenía un gesto malhumorado; sin embargo, no resultaba tan intimidante como su tío.

—Eso no me sirve —dijo Buchan—. ¿Viste, o no viste a mi caballero en la batalla? —le preguntó. No elevó el tono de voz, pero insistió de manera inflexible.

Tal vez Duncan la golpeará, pero Alana se dio cuenta de que Eleanor tenía razón: no podía desagradar a Buchan. Respiró profundamente, y dijo:

—Tengo que confesaros algo, milord.

—¿Qué?

—Es cierto que tengo visiones, pero no tuve ninguna de Duncan en la batalla. Mentí.

Buchan abrió unos ojos como platos. Duncan se puso muy rojo, y los ojos se le salieron de las cuencas.

—¿Has mentido? —preguntó Buchan, con incredulidad—. Vamos, explícate.

Ella se echó a temblar.

—Godfrey me provocó, como hace siempre, y le mentí. No vi a Duncan en la batalla.

Se hizo un terrible silencio.

—Vas a pagar por esto —dijo Duncan, finalmente. Estaba furioso.

Buchan alzó la mano.

—Silencio. No me gustan las mentiras, *mistress*.

—Por eso no deseo mentiros a vos —respondió ella—. Hace seis días, vi la batalla de Both

Manor, vi la casa en llamas, vi a los highlanders luchando contra los ingleses, y vi a su líder, un hombre de pelo moreno, rescatando a una mujer y a sus hijos del incendio —dijo, con la voz ronca por el miedo.

Buchan abrió mucho los ojos.

—La batalla de Boath Manor se produjo anteayer.

—Sí, es cierto. Nos topamos con ella, y fue exactamente como yo había visto.

Duncan se echó hacia delante agresivamente.

—¿Mentiste otra vez? ¿Viste a Iain de Islay?

—Sí —respondió Alana, temerosa de que pudiera pegarle.

Buchan le hizo un gesto a Duncan para que retrocediera.

—Por fin estamos llegando a algún sitio. Boath Manor ha quedado reducido a la nada. ¿Con cuánta frecuencia tienes estas visiones, Alana?

—Con una frecuencia variable, milord.

—Eso no me vale —dijo Buchan. La miró de reojo, y comenzó a pasearse de un sitio a otro con una expresión pensativa.

Eleanor se acercó a su nieta y la rodeó con un brazo. Entonces, Alana se atrevió a mirar a Duncan, que le devolvió una mirada llena de odio.

Buchan volvió a su lado.

—¿Sabes? Estoy satisfecho contigo —le dijo, con una sonrisa.

Ella no lo creyó.

—¿Cómo podemos estimular tus visiones?

—No puedo provocarlas —respondió ella.

Entonces, Duncan intervino.

—Con el agua, milord. Tiene visiones cuando mira el agua.

Aquello agradó aún más a Buchan.

—Ordena que traigan una gran vasija, que la llenen de agua y la pongan junto a su cama —le dijo a Duncan—. Tú, Alana, vas a pasar las noches y los días mirándola.

Alana se puso muy tensa.

—Yo nunca miro al agua. ¡Lo evito por todos los medios, milord!

—Ya no. ¿Deseas serme útil? ¿Deseas serle útil a tu familia?

¿Qué podía decir ella? Asintió.

—Bien —respondió Buchan, y la tomó de la barbilla para que ella lo mirase a la cara—. Entonces, debes tener esas visiones. Debes provocarlas, y yo debo conocer el futuro de mi condado.

Él le estaba pidiendo un imposible, pero ella solo pudo asentir. Se dio cuenta de que se le estaban empañando los ojos.

—Puedes retirarte —le dijo Buchan.

Después, volvió a la mesa, dándole la espalda a Alana. Ella pensó, con alivio, que la entrevista había terminado.

Sin embargo, mientras Buchan se sentaba, la miró.

—Alana, no soy un hombre paciente —le dijo, con una sonrisa.

Ella asintió, con el corazón encogido. Estaba bien claro lo que quería decirle: debía tener una visión, y pronto.

Alana permaneció inmóvil mientras uno de los caballeros de Buchan colocaba una vasija llena de agua en una mesita, entre las dos camas. Al darse cuenta de que se había quedado mirando el agua, apartó la vista. Entonces, vio a Duncan en la puerta de la habitación. Estaba rojo de ira.

Inmediatamente, Eleanor se puso entre Alana y él.

—¿Milord?

—Tienes que dejar esta habitación, vieja. Buchan lo ha ordenado así.

—¿Cómo? —preguntó Alana con horror—. ¡Debe de ser un malentendido!

—En absoluto —dijo él, y pasó por delante de Eleanor, con tanta brusquedad que estuvo a punto de tirarla al suelo. Alana tuvo que sujetar a su abuela para evitarlo—. El conde no quiere que tengas distracciones. Solo el agua y tú.

—¿Y adónde va a ir? —preguntó Alana, con incredulidad.

—Hay una alcoba encima de esta. Tendrá que compartirla con las sirvientas.

—¡Para mi abuela es muy duro tener que subir tantas escaleras!

Duncan se le acercó, y se inclinó sobre ella.

—¡Zorra embustera!

Alana se estremeció. Él tenía el puño cerrado, y ella temió que la golpeará.

—No te preocupes, no soy tonto. No puedo pegarte, aunque te lo mereces. Buchan tiene grandes expectativas, Alana. Si yo fuera tú, no lo defraudaría.

Alana dio un paso atrás.

—Deseo ver a mi tío —dijo; quería rogarle que permitiera a Eleanor quedarse en su habitación.

Duncan se echó a reír.

—Vas a quedarte aquí hasta que te llamen de nuevo —respondió. Después, se dirigió hacia la puerta, haciéndole un gesto a Eleanor para indicarle que debía salir—. Vamos, vieja —le ordenó.

Alana agarró de la mano a su abuela.

—¡Abuela!

—No te preocupes por mí, Alana. Voy a estar bien, como tú.

Iban a dejarla encerrada en aquella habitación con una vasija de agua. ¿Cómo iba a estar bien? Sus visiones nunca eran agradables. Se había pasado toda la vida evitándolas, evitando el agua. ¡Dios Santo!

—Si puedes ver el futuro de Buchan, lo ayudarás mucho —dijo Eleanor—. Y, entonces, puede que él nos ayude a nosotras.

Alana hizo un esfuerzo por calmarse, y asintió. Duncan soltó un resoplido, agarró a Eleanor del brazo sin contemplaciones y la sacó de la alcoba. El caballero cerró la puerta, y Alana se quedó sola, anonadada. Se sentó en una de las camas.

La vasija estaba a su espalda, y ella sentía la presencia del agua.

Oyó que Duncan y su abuela se alejaban. Se puso en pie, se acercó a la puerta y agarró el cerrojo. Al hacerlo, oyó un movimiento fuera; el caballero seguía en el pasillo.

Con los ojos llenos de lágrimas, volvió a la cama, se sentó y se agarró las manos en el

regazo. No iba a mirar el agua.

¿La habían hecho prisionera? ¿Cómo era posible? Tal vez el soldado estuviera allí para protegerla...

Se enjugó las lágrimas. Los secretos comenzaron a dejarse notar en la habitación; su presencia era poderosa y oscura. Ella se negó a mirar hacia arriba.

Recordó a Iain de Islay cuando él estaba a punto de tirar abajo la puerta de la casa incendiada, cuando se giró para mirarla a través de la batalla. Cerró los ojos con desesperación.

Aquel no era el momento de pensar en Iain. Tenía que pensar en su tío, en su padre y en sus parientes Comyn. Debía tener el valor necesario para buscar una visión, en vez de temerla.

Lentamente, se dio la vuelta, hasta que pudo ver la vasija llena de agua.

El líquido era oscuro y frío.

A ella se le aceleró el corazón en el pecho.

El agua estaba inmóvil, silenciosa.

Alana siguió mirándola fijamente, pero la imagen se volvió borrosa. Las lágrimas no le dejaban verla.

—Buenos días, Alana —dijo Buchan, a la mañana siguiente, con una sonrisa agradable.

Alana estaba en la entrada del salón, junto a un soldado. Su tío la había mandado llamar, y el caballero había ido a buscarla a su alcoba para escoltarla.

—Buenos días —respondió.

Estaba llena de temor, y no había podido conciliar el sueño en toda la noche, aunque tampoco había conseguido tener ninguna visión.

Buchan le hizo un gesto para que entrara. Estaba sentado con Duncan y otros caballeros en la mesa. Su abuela no estaba presente, y Duncan la miraba con odio.

Alana se acercó a la mesa y tomó asiento en el lugar que le había indicado Buchan.

—¿Has pasado una buena noche? —le preguntó su tío.

¿Se enfadaría él cuando le dijera que no había tenido ninguna visión, o sería razonable? Hasta aquel momento, no había sido cruel, pero ella no sabía si la estaba manteniendo prisionera.

—No estoy acostumbrada a dormir sola. He compartido la alcoba con mi abuela desde que nací. No he dormido bien, milord.

—Lo lamento.

—¿Puedo ver a mi abuela hoy?

—Por supuesto que sí —dijo el conde, y le hizo un gesto al caballero que la había escoltado—. Por favor, pídele a lady Fitzhugh que baje a desayunar.

Alana se mordió el labio.

—Gracias, milord.

—De nada, Alana. ¿Has visto el futuro?

Ella se apretó las manos en el regazo.

—No, milord.

—Entonces, no estoy satisfecho —dijo el conde, con una mirada fría.

Ella se estremeció.

—Lo intenté, milord. Mis visiones me dan miedo, las temo, pero lo intenté.

—Intentarlo no me va a ayudar, ni a mí, ni al condado. No tenemos el tiempo de nuestro lado; Buchan está a un día de marcha, y pronto habrá una batalla. Debes intentarlo con más ahínco, Alana.

—Lo entiendo.

—¿De veras? ¿Has mirado el agua? ¿Has rezado?

—Sí, milord.

Él la miró con fijeza.

—Tu padre nunca ha hablado de ti. Hace años, supe que había tenido una aventura con tu madre y que habían concebido una hija. Sin embargo, yo me había olvidado de tu existencia hasta que Duncan te trajo aquí. ¿Te serviría de inspiración saber que estoy dispuesto a ayudarte, ahora que cuentas con mi protección.

Alana estaba muy tensa, pero consiguió sonreír. No era tonta. Si le agradaba con una visión, él la ayudaría encontrándole un marido.

—Ya estoy inspirada, milord —dijo, aunque fuera una mentira.

—Deberías estar casada y tener tu propio hogar.

—Pero ningún hombre querrá casarse conmigo.

—Sí, si lo digo yo.

Alana no pudo apartar la vista de su tío.

—¿Deseas tener un marido y un hogar propio? ¿Hijos?

Ella solo pudo recordar el maltrato de Godfrey y la arrogancia y las insinuaciones de Duncan, y el coraje que había demostrado Iain en la batalla de Boath Manor. De repente, dijo:

—Mi hogar es el Castillo de Brodie.

—Por supuesto. Está claro que tienes fuertes vínculos con Brodie. Sabes que no sería totalmente imposible que te fuera devuelto.

A Alana se le escapó un jadeo.

—¿Eso te agradaría?

Alana sabía que la estaba manipulando, pero aquello sería un sueño hecho realidad. Sería lo más justo.

—Veo que deseas mucho ser la señora de Brodie —le dijo él, con suavidad.

«Oh, Dios... Si pudiera tener una visión, ¡una visión que le satisficiera!»

—Sí —susurró—. Sí, eso me gustaría mucho.

Vio por el rabillo del ojo a Duncan, que la estaba mirando con horror.

Pero ¡él no necesitaba Brodie! Tenía otros feudos importantes...

Buchan se inclinó hacia ella.

—Bruce asesinó a mi primo —le dijo con suavidad—. Robó el trono y me robó, incluso, a mi esposa. Y ahora, ataca y saquea las tierras de Buchan. Ha destruido Inverlochry, Urquhart e Inverness.

Ella se echó a temblar.

—¿Atacará Nairn? —le preguntó su tío—. ¿Atacará Elgin o Banf? ¿Lo venceremos? ¿Lo venceré?

¡Le estaba pidiendo demasiado!

—Es muy difícil tener una visión a voluntad, y mucho más aún esperar que esa visión revele

algo específico.

Él le dio unas palmaditas en la mano.

—Pero tú eres una Comyn. Eres tan hija de tu padre como de tu madre. Y, como miembro de la familia Comyn, debes cumplir con tu deber hacia mí y los míos.

—Quiero cumplir con mi deber —dijo ella.

Y era cierto. No importaba que no la hubieran educado como a una Comyn, ni que nadie de la familia la hubiera considerado nunca una de ellos; en aquel momento, solo deseaba tener una visión para Buchan.

—Bien —dijo él. Tomó el tenedor y comenzó a comer.

Alana no se movió. Aunque nunca había pensado en su futuro, ni había creído que pudiera tener un esposo e hijos, se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Sería que posible que, algún día, ella pudiera tener su propia familia?

—No comes —comentó Buchan.

Alana salió de su ensimismamiento, dejó a un lado sus esperanzas y sus sueños. Volvió a sonreír y tomó sus cubiertos. Después, empezó a comer obedientemente.

Capítulo 4

Los hombres se estaban levantando de la mesa. Alana no se movió, puesto que, aunque Eleanor había bajado al salón y se había sentado con los demás, ella no había podido hablar con su abuela.

—¿Milord? —dijo Alana, cuando Buchan se alejaba.

El conde se giró en la puerta.

—¿Puedo preguntaros por mi padre?

Al formular la pregunta, se echó a temblar. No había oído ni una sola mención de sir Alexander.

Buchan volvió hacia ella.

—Tu padre venía de camino hacia aquí, Alana, pero le envié un mensaje ordenándole que se quedara en el sur para contener al enemigo si Bruce intenta avanzar hacia el norte y atacar Nairn o Elgin.

Ella se sobresaltó. ¿No era Iain quien siempre dirigía el ejército de Bruce? ¿Se enfrentaría el ejército de su padre contra el de Iain?

—Te has quedado consternada —dijo Buchan.

Ella esbozó una sonrisa forzada.

—Tenía la esperanza de poder verlo. Han pasado muchos años.

—Seguro que verás a sir Alexander en algún momento. Te avisaré cuando esté de camino hacia Nairn —respondió el conde, y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Milord? ¿Podría quedarme con mi abuela un rato?

Él la miró.

—Tienes unos minutos, Alana. Después, quiero que vuelvas a tu alcoba e intentes tener una visión —dijo Buchan, y salió por la puerta con el resto de los hombres.

Cuando se quedaron a solas, Eleanor la tomó de la mano.

—¿Alana?

Ella miró a hurtadillas hacia la puerta; solo quedaba un soldado, el caballero inglés que había estado vigilando su puerta desde el día anterior. Claramente, sir John era su guardián.

—Estoy bien, pero no he tenido ni una sola visión —le dijo a su abuela.

Eleanor le apretó la mano.

—¡Estaba muy preocupada por ti! Te ha dejado encerrada con esa vasija de agua... ¡Es una vergüenza que abuse de ti de esa forma!

—¡Abuela! ¡Shhh! ¡No podemos hablar mal del conde! —susurró Alana, mirando a sir John, que estaba escuchando todo lo que decían. Ella se ruborizó, puesto que él no trató de disimular su interés. Aunque no era cierto, Alana dijo—: Yo no me siento como una cautiva, abuela. Creo que el conde piensa que, en soledad, podré concentrarme mejor en mi búsqueda de visiones. Yo quiero ayudarlo... Es mi tío.

Entonces, tiró de su abuela hacia el fuego, para alejarse de sir John.

Se dio cuenta de que estaba defendiendo a su tío y de que, en realidad, quería defenderlo. Parecía inexplicable; sin embargo, él la había tratado mejor que ningún otro miembro de la familia Comyn. No era necesario que le pusiera un guardián; ella estaba dispuesta a obedecer sin objeciones.

—Yo ya no reconozco al conde —le dijo Eleanor—. El joven agradable a quien conocí un día se ha transformado en un hombre ambicioso e implacable.

—Ha sido amable conmigo.

—¡Oh, hija! ¡Te ha dado unas miguitas, y tú las has devorado como si fueran una rebanada del mejor pan! El conde te está utilizando. No le importa en absoluto que tú seas su sobrina.

¡Cuánto dolía oír aquellas palabras, y cuánta verdad contenían! Alana se negó a hacerle caso.

—Ha dicho que me va a devolver el Castillo de Brodie si tengo una visión sobre él.

Eleanor emitió una exclamación de asombro. Después, preguntó:

—¿Y si la visión no es la que él espera? ¿Y si el futuro no es de su gusto?

Alana no podía tener una visión que no gustara a su tío. El destino no podía ser tan cruel.

—No quiero mentirle. Es mi tío.

—No te engañes, a él no le importan en absoluto los lazos de sangre.

Alana se puso tensa.

—No estoy segura de eso.

—Por favor, Alana, guárdate de él. Sé que anhelas el afecto de esa familia. Sé que lo esperas. Pero debes tener sentido común, ahora más que nunca.

Eleanor era la persona más sabia que conocía Alana y, por instinto, sabía que su abuela tenía razón.

—*Mistress* Alana —dijo el caballero, que se había acercado a ellas—. El conde me ha dicho que os concediera cinco minutos, y ese tiempo ha terminado. Debéis volver a vuestra alcoba.

—¿Ya?

—Podréis dar un paseo por la tarde, y cenar con el conde esta noche —respondió sir John.

De repente, Alana se percató de lo rígidos que eran los límites de su confinamiento.

—Abuela, ¿te tratan bien? —le preguntó rápidamente a Eleanor, mientras el caballero la tomaba del brazo.

Eleanor asintió.

—Estoy bien, Alana. Es por ti por quien debes preocuparte. Estoy rezando por ti. Cuanto antes tengas una visión que agrade al conde, antes podremos volver a casa.

Alana entendió, con consternación, lo que quería decir su abuela. Le lanzó una sonrisa y se marchó con sir John escaleras arriba.

Pasaron varios días sin que Alana consiguiera adivinar el futuro. Todas las mañanas, la llamaban para que bajara a desayunar al salón; entonces, Buchan le preguntaba cómo había pasado la noche y se había tenido alguna visión premonitrice. Alana le contestaba, con temor, que no tenía ninguna profecía que hacer. Aunque Buchan sonreía amablemente al recibir aquella respuesta, su descontento era obvio.

Eleanor siempre estaba presente durante el desayuno, y ambas hablaban brevemente antes de que Alana tuviera que volver a su alcoba. Allí, permanecía inmóvil, mirando el agua, intentando conseguir una predicción del futuro del conde.

Por las tardes, paseaba por el patio de armas con su abuela y con sir John. Por las noches, cenaba con el conde y sus hombres.

Y, antes de acostarse, miraba el agua ansiosamente. Sin embargo, no tenía ninguna visión, y su desesperación cada vez era mayor.

¿Le permitirían volver a casa algún día? Ya llevaba una semana en Nairn, y las cuatro paredes de su alcoba estaban empezando a parecerle una celda.

Acababa de anochecer, y Alana entró al salón, seguida por sir John. Para su asombro, su abuela era la única presente. Al verla, Eleanor se acercó apresuradamente a ella.

—¡Corre un rumor horrible por todo el castillo! —le susurró Eleanor.

—¿Qué ocurre?

—Tu padre está defendiendo el Castillo de Lochindorb... ¡de Iain de Islay!

Alana se quedó helada.

Le había resultado imposible olvidar al highlander que luchaba por Robert Bruce. Su imagen oscura y poderosa la tenía obsesionada, al igual que su inexplicable beso.

No quería recordar el breve tiempo que había pasado en su campamento, ni quería sentir interés por él. Sin embargo, no podía evitar preguntarse cómo le iban las cosas, y le preocupaba el plan de Duncan para asesinarlo en caso de que atacara Nairn. Además, temía que su padre e Iain pudieran cruzarse en aquella guerra, y eso era, precisamente, lo que había ocurrido.

—¿Dónde está Lochindorb? —le preguntó a su abuela.

Eleanor miró a sir John, que se acercaba a ellas.

—Está a dos días de camino, hacia el sur, si uno cabalga sin descanso —dijo el caballero.

—Y ¿es cierto? ¿Mi padre está defendiendo Lochindorb de Iain de Islay?

Buchan entró como una furia en el salón, seguido por una docena de soldados con armadura. Obviamente, había oído la pregunta, porque dijo:

—Era cierto. Lochindorb ha caído.

A Alana se le cortó la respiración.

—¿Y mi padre?

—No sé dónde está, pero el castillo cayó hace dos días. ¡La batalla no duró ni siquiera una mañana! —gritó Buchan. Después, comenzó a pasearse de un lado a otro con la cabeza agachada, como si estuviera pensando en el siguiente paso que debía dar.

Alana se dio cuenta de que su tío no solo estaba enfadado, sino también angustiado. ¿Temía que sir Alexander hubiera resultado herido? ¡Ojalá su padre hubiera sobrevivido a su choque con Iain de Islay!

—¿Y no se puede enviar a un hombre para que nos traiga noticias de sir Alexander?

Él la miró con incredulidad.

—¡No puedo preocuparme por mi hermano justamente ahora, cuando debo defender mis tierras de Bruce!

A ella se le encogió el corazón. ¿Acaso no le importaba nada su hermano, y su único temor era perder la guerra contra Bruce? Todos iban pertrechados para la batalla; claramente, su tío se llevaba a sus hombres a la guerra.

—El ejército de Iain de Islay se dirige hacia el norte —dijo Duncan—. Han dejado en pie Lochindorb, tal vez porque es una fortaleza pequeña.

Se dirigían al norte. El ejército enemigo iba hacia el norte, e Iain lo estaba liderando... Alana notó una punzada en el estómago, pero no de miedo. Era extraño, pero no estaba asustada. Siempre había pensado que nunca volvería a ver a Iain, y mucho menos tan pronto.

Buchan se volvió hacia ella.

—Sería un momento excelente para que tuvieras una visión —le dijo con brusquedad.

—Quiero ayudar —susurró ella—. ¡De veras!

—¡Bien! —gritó él; se acercó a la mesa, tomó una jarra de agua y se la puso debajo de la nariz—. ¡Entonces, ayuda! ¡Cumple con tu deber! ¡Demuestra tu lealtad! ¿Eres una bruja, o no?

Alana se estremeció. No podía soportar mirar los ojos fríos de su tío. Miró el interior de la jarra, pero tenía los ojos llenos de lágrimas por el tono cruel de las palabras del conde.

La jarra desapareció, regresó a la mesa y, entonces, oyó a Buchan y a Duncan discutiendo acaloradamente sobre la defensa de Nairn y Elgin. No sabían cuál de los dos castillos iba a ser atacado primero, y Buchan quería saber dónde estaban sus espías. Alana cerró los ojos con fuerza.

Lochindorb había caído; Iain lo había conquistado. Su padre había luchado en aquella batalla y, en aquel momento, Buchan no sabía dónde estaba sir Alexander, ni si seguía con vida. El conde necesitaba desesperadamente su ayuda, ¡y ella deseaba prestársela!

Miró a su tío, que seguía conversando frenéticamente con Duncan. Ninguno de los dos la miró.

Él acababa de gritarle, casi como si la despreciara.

Alana se agarró impulsivamente la falda y salió corriendo al pasillo; mientras lo hacía, vio la expresión de asombro de su abuela. No le importó, y nadie le gritó para que se detuviera y volviera atrás.

Estaba empezando a caer la noche por las colinas que rodeaban el castillo, y el patio estaba lleno de sombras alargadas y oscuras. Alana se tropezó al correr, pero nadie la ayudó a levantarse.

Porque a nadie le importaba lo que ella hiciera. Nadie se preocupaba por ella.

Se acurrucó en el suelo y se echó a llorar.

Lloró porque Buchan la estaba utilizando, y ella lo sabía desde el principio, aunque hubiera intentado engañarse pensando lo contrario. Lloró porque no había visto a su padre, que podía estar herido o muerto. Lloró porque ni a su tío ni a su padre les importaba nada. Y lloró porque Iain de Islay era el enemigo, pero era el único hombre que la había mirado con interés. Al darse cuenta de que estaba compadeciéndose de sí misma, contuvo las lágrimas. Llorando no iba a resolver el problema, y una breve estancia en Nairn no iba a cambiar una vida entera de rechazo por parte de la familia Comyn. Se enjugó los ojos.

«Soy una boba», pensó.

¿Por qué no mentirle a Buchan y contarle la profecía que él deseaba oír? Tal vez él le diera Brodie; y, si no, al menos podría volver a casa.

Se puso en pie lentamente. Mentir a su tío le parecía algo inmoral. ¿Podría vivir en paz después de haber tomado tal decisión?

En medio del patio había un pozo. Se puso muy tensa mientras observaba la silueta oscura de la valla de madera que lo rodeaba. En el cielo nocturno brillaba la luna llena.

Alana se acercó despacio al pozo. El corazón le latía con fuerza en el pecho; al abrir la puerta del vallado, se le encogió el estómago.

«Voy a tener una visión», pensó, pero no sintió ningún alivio. Lo que sintió fue miedo. Horror.

Sentía el agua que había debajo de ella. La atracción era tan fuerte que se sentía como si tuviera un peso atado a los brazos y a las piernas, una carga que la arrastraba inexorablemente hacia abajo.

Alana gimió. Se asomó por el brocal y miró hacia la oscuridad.

De las profundidades del pozo salían llamas. El fuego le quemó la cara.

Se abrasó, pero no se movió. No podía hacerlo. Entre las llamas, vio las caras de terror de hombres, mujeres y niños, y oyó sus gritos.

Se estaban quemando vivos...

No quiso ver más, y cerró los ojos mientras caía al suelo. Sintió la tierra y las piedras bajo la cara y las manos. Entonces, vio a la gente huir del fuego; vio pueblos enteros devorados por las llamas. Todo ardía, las casas, las tiendas, los graneros, las cosechas y los bosques. Los caballos y las vacas formaban estampidas frenéticas.

Y, de repente, el fuego desapareció. El cielo estaba azul, y en él flotaban algunas nubes blancas. Apareció un ejército de escoceses a caballo, y el estandarte de Bruce, con un león rojo en el centro de un campo de oro, ondeando sobre ellos.

El ejército iba galopando por el campo, atravesando los bosques abrasados y las colinas ennegrecidas y yermas, los pueblos hechos cenizas, un castillo reducido a escombros del que solo permanecía en pie una torre...

Las mujeres y los niños veían con terror, desde sus escondites en el bosque, el avance del ejército. La gente estaba harapienta, hambrienta, delgada y pálida del hambre, el miedo y la angustia...

Y, cuando aquel ejército desapareció, Alana vio otro estandarte en el suelo. La tela estaba rasgada y rota, pero los colores todavía eran visibles: rojo, negro y dorado.

—¡*Mistress* Alana!

Alana clavó las uñas en la tierra fría. Aunque todavía estaba inmersa en aquellas horribles imágenes, oyó la voz de sir John, que la llamaba con urgencia. Se puso de rodillas, a gatas, y comenzó a vomitar.

—¡Alana!

En aquella ocasión era su abuela, que le estaba acariciando la espalda.

Alana nunca se había sentido tan mal, nunca había temblado tanto. Se echó a llorar.

Nunca había presenciado tanta destrucción, ni tanta muerte, ni tanta brutalidad.

Dios Santo. Acababa de ver la aniquilación del condado y de su gente.

—¡*Mistress* Alana? —dijo sir John—. ¡Si habéis tenido una visión, debéis contárselo al conde!

Alana cerró los ojos e intentó contener las náuseas. Sin embargo, la cabeza continuó dándole vueltas. No era posible que aquella visión fuera una profecía; debía de ser una advertencia. ¡Buchan era el señor más poderoso de todo el norte de Escocia! ¿Cómo iba a sufrir una derrota tan absoluta?

—Estás temblando como si tuvieras las fiebres —gimió Eleanor, y la ayudó a sentarse.

Alana la oyó. Sin embargo, seguía viendo con todo detalle las caras de los niños, las mujeres

y los hombres.

Por fin, consiguió apartarse de la mente la visión y distinguió el rostro de su abuela.

—¿Alana? —preguntó Eleanor con espanto. Sabía que la visión no había sido buena.

Alana todavía no podía hablar, ni pensar. Solo sabía que no podían permitir que se produjera tal destrucción.

—¿Sir John! ¿Podría traer un poco de agua, por favor? —le pidió Eleanor al caballero.

Sir John sacó agua del pozo y se la acercó a Alana. Ella se lavó la boca y tomó un largo trago.

Sir John se arrodilló a su lado.

—Lo siento, *mistress*, pero tengo mis órdenes. Debo llevarla a la torre.

Alana quiso protestar para retrasar aquel momento. ¡No quería enfrentarse a su tío en aquel momento! Se fijó en el caballero, y se dio cuenta de que sir John estaba pálido como la nieve.

—¿Alana! ¿Qué has visto? —le preguntó Eleanor.

Alana la miró a los ojos, sin saber qué hacer. ¿Debería mentir? Mentirle a su tío le parecía algo horroroso. Y ¿podía mentir, después de una experiencia tan horrible y devastadora?

—Tenemos que entrar, lady Fitzhugh —dijo sir John, con firmeza. Después, ayudó a levantarse a ambas mujeres, evitando mirarlas a los ojos.

Alana se zafó de él; era consciente de que lo había asustado, y de que él no quería tocarla.

—Estoy bien —dijo, aunque, en realidad, aquello era una mentira. Seguía temblando sin poder controlarse, y se encontraba mareada y enferma.

Entró a la torre junto a Eleanor; sir John las siguió.

Buchan se giró hacia ellas cuando las oyó entrar y, al ver a Alana, abrió mucho los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Encontré a *mistress* Alana en el suelo, gritando y llorando. Después, vomitó —dijo sir John con gravedad—. Creo que ha tenido una visión.

—¿Es eso cierto?

Alana asintió.

—¿Y qué has visto? —gritó su tío.

Alana se quedó mirándolo fijamente. No podía engañarlo. Si le contaba que había visto algo bueno para el condado y, después, su visión se hacía realidad, nunca se lo perdonaría. ¿Acaso no debía avisarlo? ¡Aquella predicción no debía llegar a suceder!

—¿Sobrina! —gritó Buchan; la agarró por un hombro y la zarandó.

—He visto nuestros pueblos incendiados, y a los aldeanos asesinados —susurró—. He visto a los highlanders matando a la gente inocente de Buchan... He visto la tierra abrasada, todo destruido. No quedaba pueblo, ni granja, ni castillo en pie.

Buchan tenía los ojos muy abiertos de espanto.

—¿Y cómo sabes que eran las tierras de Buchan las que has visto quemadas y destruidas?

A ella se le cayeron las lágrimas.

—La bandera de Bruce ondeaba en el viento, y la vuestra estaba en el suelo, entre las cenizas, hecha jirones.

Él rugió de rabia.

—¿Y esta es la visión que me das?

Alana quiso responder, pero él la abofeteó con todas sus fuerzas, tan rápidamente que no le

dio oportunidad para hablar. Alana sintió un terrible dolor y cayó al suelo.

—¿Esta es tu visión, después de todo lo que te he prometido? —volvió a gritar.

Buchan tenía el puño alzado y, a sus pies, Alana se encogió.

—¡Tal vez sea una advertencia!

Él volvió a golpearla en la misma mejilla, con más fuerza aún.

Ella tosió.

—¡Basta! ¡Ya basta, John! —gritó Eleanor.

Pero Buchan no la oyó.

—¡Te pedí una visión victoriosa, Alana! Y, en vez de eso, ¿me dices que el condado va a ser destruido? ¡Maldita seas! ¡Maldita seas!

Parecía que estaba a punto de darle una patada. Sin embargo, se controló, entre jadeos. El salón se había quedado silencioso, y solo se oía su respiración.

Alana estaba acurrucada en el suelo, intentando no llorar. Eleanor se arrodilló junto a ella y la abrazó. Alana se aferró a su abuela.

—Tengo una guerra de la que ocuparme —dijo Buchan finalmente—. Vamos a salir ahora mismo, tal y como estaba planeado.

Alana se atrevió a alzar la vista; él la estaba fulminando con una mirada llena de odio.

Duncan dio un paso hacia delante.

—¿Y qué pasa con ella? —preguntó, señalando a Alana con desprecio.

Buchan estaba caminando ya hacia las puertas del salón, y no volvió a mirarla.

—Llevala, con la vieja, a la torre. Encerradlas bajo llave hasta que decida lo que voy a hacer con ellas.

Se habían convertido en las prisioneras del señor de Buchan.

Alana estaba junto a la ventana de su pequeña alcoba, que había vuelto a compartir con su abuela.

Habían pasado tres días, y no les habían permitido salir de la torre. Les llevaban la comida, y una doncella se ocupaba de encender y vigilar el fuego. Ellas se entretenían bordando.

No había ninguna noticia, ni de Buchan, ni de Bruce y su ejército, ni de su padre... Alana no sabía si sir Alexander había muerto, y rezaba para que siguiera con vida.

En aquel momento, Alana miraba hacia la falda de la colina, que estaba cubierta de nieve. Había tenido una extraña sensación durante todo el día, algo como la expectación. No estaba asustada, exactamente, pero sabía que muy pronto iba a ocurrir algo muy importante, de graves consecuencias. Estaba segura.

—¿Estás esperando a alguien? —le preguntó Eleanor, sentándose a su lado—. El camino ha estado desierto todo el día.

—Ojalá viniera un mensajero y nos trajera noticias de la guerra... y de mi padre —dijo Alana. No debería preguntarse por Iain en aquel momento, pero no podía quitárselo de la cabeza. Aunque, en realidad, cabía la posibilidad de que él dirigiera el asalto a Nairn cuando sucediera. Si sucedía.

Alana suspiró y se apartó de la ventana. Oyó que se abría el cerrojo de la puerta y vio entrar

a Mairi, la sirvienta. La muchacha estaba sofocada, y Alana se alarmó.

—Mairi, ¿ocurre algo?

La doncella puso el vino, el pan y el queso de la cena sobre una mesa.

—Buchan está de vuelta. ¡El vigía ha visto a sus caballeros en la carretera del sur!

—¿Y sabes qué ha ocurrido? ¿Se enfrentó al ejército de Bruce? ¿Venció?

—¡Dicen que Bruce nos va a atacar! —exclamó Mairi con terror.

Alana miró a Eleanor, que había palidecido. Bruce iba a atacar Nairn.

Tal vez aquel fuera el suceso que ella había estado presintiendo todo el día. Aunque antes no hubiera sentido miedo, en aquel momento estaba muy asustada.

—¿Y Buchan vuelve para defender el castillo?

—No lo sé —respondió Mairi—. Sé lo que ha visto el vigía; que Buchan está de vuelta. ¡*Mistress!* ¿Habéis estado alguna vez en un asedio?

Alana le tocó el brazo.

—No, Mairi, por suerte nunca he estado en un asedio.

—Nos van a violar y a matar a todas —dijo la muchacha, llorando.

Alana tomó aire.

—Eso no lo sabes con certeza.

Mairi la miró como si estuviera loca.

Alana se puso muy rígida. Ella no era una sirvienta como Mairi; era la sobrina de Buchan. Y Bruce se dirigía hacia allí con la ambición de destruir a su tío.

Aquella rivalidad era muy antigua. El abuelo de Bruce había pretendido hacerse con el trono y se había enfrentado con John Balliol, sin éxito. Y las cosas habían empeorado aún más entre las dos familias cuando, dos años antes, Bruce había asesinado al primo de Buchan, Red John Comyn, el señor de Badenoch. Buchan había jurado vengarlo.

Si Bruce tomaba Nairn, ¿qué les ocurriría a Buchan, a su padre, si estaba presente, y a ella misma?

—¿Podrías volver y contarnos lo que está pasando? Por favor —le imploró Alana a la doncella—. Puedes fingir que tienes que traer más leña para el fuego.

—Lo intentaré —dijo Mairi, y salió de la alcoba con los ojos llenos de lágrimas.

Alana no tenía fe en ella, pero no podía permanecer en la ignorancia y, si Buchan iba a regresar, ¡tenía que hablar con él! Él debía liberarlas para que pudieran huir de la batalla.

Corrió hacia la puerta, que se había quedado abierta, pero sir John le cortó el paso.

—Ya sabéis que no podéis salir de la alcoba —dijo el caballero.

—¿Van a atacarnos?

—Eso es lo que dice todo el mundo en el castillo, *mistress*.

Ella se echó a temblar.

—¿Y va a defendernos mi tío? ¿Es para eso para lo que regresa?

—Todavía no he recibido ninguna orden, pero el conde estará aquí dentro de una hora —dijo él, y se dio la vuelta.

Alana lo tomó del brazo para impedir que cerrara la puerta. Él se sobresaltó, y volvió a mirarla.

—¿Está mi padre con él? Por favor, sir John, no sé si mi padre está vivo.

Él se zafó de ella.

—¡No lo sé!

—¿Y quién dirige el ejército de Bruce?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza y, de nuevo, intentó cerrar la puerta.

—¡Esperad! —gritó Alana—. ¿Vamos a permanecer mi abuela y yo prisioneras aquí si nos atacan? ¡Tengo que hablar con mi tío inmediatamente! ¡Debe liberarnos!

Él le cerró la puerta en la cara. Alana se quedó mirando la madera y se estremeció al oír el cerrojo.

Eleanor se le acercó.

—Si cae Nairn, tal vez seamos libres.

Alana se quedó mirándola con asombro. ¿Acaso pensaba su abuela que Iain iba a liberarlas?

—O quedamos en libertad, o nos convertimos en prisioneras de nuestro peor enemigo.

El asalto comenzó al amanecer.

Alana no había podido dormir. No sabía si el castillo iba a ser atacado ni qué les ocurriría a su abuela y a ella. Si Iain dirigía el ataque y sabía que ellas estaban en la torre, no permitiría que les hicieran daño. Sin embargo, él no podía saber que su abuela y ella estaban allí. Si el castillo caía, los soldados enemigos recorrerían hasta el último rincón y matarían a los soldados de Buchan. Alana temía por su propio destino y por el de las otras mujeres.

En cuanto a lo que podía suceder si Bruce llegaba a conocer su verdadera identidad... Ella esperaba que la considerara una hija bastarda sin importancia, a la que habían rechazado. Sin embargo, estaba segura de que no iba a ser así.

Mairi no había vuelto, y sir John se había negado a abrir la puerta para hablar con ella. Desde su ventana no veía el camino del sur, solo el del norte, que apenas se usaba, puesto que llevaba al mar. Solo podía imaginar que Buchan había vuelto, quizá con Duncan y con su padre, para defender el castillo.

Alana se quedó dormida en brazos de su abuela, intentando no llorar de angustia.

Poco después, el ruido de las máquinas de asedio la despertó.

Oyó una explosión y se incorporó al instante; entonces, percibió todos los sonidos de la batalla. Los relinchos de los caballos, los gritos de los hombres y el silbido de los proyectiles.

—¡Abuela, nos están atacando! —gritó; entonces, se levantó y corrió hacia la ventana.

—¡Alana, apártate! —le gritó Eleanor.

Sin embargo, ella no pudo moverse. Sobre las murallas del castillo caían lluvias de flechas y de bolas de fuego. El ejército de Bruce estaba situado en el risco que había debajo de la torre. La barbacana estaba al sur de la muralla, y Alana no esperaba aquello. La fila de soldados continuaba hacia el oeste, así que, seguramente, tenían toda la muralla rodeada. Bruce contaba con cientos de arqueros en las primeras filas y, detrás, soldados de infantería con escudos y picas. Alana vio también a varios grupos de caballeros a caballo y un pequeño ejército de highlanders, también montados. ¿Estaría Iain entre ellos?

Cayó otra lluvia de flechas sobre la muralla norte y sobre la torre. Habían situado varias catapultas a intervalos regulares, y disparaban enormes piedras hacia las almenas. Ella se agachó y se apartó de la ventana, con el corazón acelerado.

El ariete del sur volvió a crujir, y emitió un sonido parecido al de una explosión. ¿Conseguirían derribar las puertas principales?

Volvió corriendo a la ventana.

—¡Alana, ven aquí! —gritó Eleanor.

Alana no obedeció y, pese a la lluvia de proyectiles que caía sobre el castillo, miró directamente hacia abajo.

La carretera del norte era el camino más directo hacia los muelles, así que había una puerta justo debajo de la torre, por la que entraban al recinto las provisiones.

Los hombres estaban acercando, lentamente, un enorme ariete la entrada.

Ella contuvo la respiración mientras la máquina se acercaba más y más y, después, se puso muy tensa al oír una explosión. Antes de que pudiera respirar, un proyectil de fuego chocó contra la pared de la torre, junto a su ventana. Las chispas cayeron hacia ella, y Alana tuvo que apartarse de un salto de la ventana. Rápidamente, cerró la contraventana.

Eleanor se había quedado pálida.

—¿Te has quemado?

Alana se tocó la mejilla; una chispa le había quemado la piel.

—No te preocupes, no es nada.

Eleanor corrió hacia la mesa, tomó la jarra de agua y se mojó la manga de la túnica. Después, le puso la tela fresca y húmeda en la diminuta quemadura.

—¿Va a caer Nairn? —se preguntó Alana.

—¡No podemos seguir aquí, atrapadas! —exclamó Eleanor.

Su abuela era la persona más sabia, más calmada y más valiente que ella conocía y, sin embargo, en aquella ocasión estaba asustada.

Alana asintió. Corrió hacia la puerta y comenzó a golpearla con fuerza.

—¡Sir John! ¡Tenéis que dejar que salgamos! ¡No podemos quedarnos aquí, atrapadas como conejos, cuando el lobo está a las puertas del castillo! Necesitamos saber lo que está ocurriendo, y podemos ayudar en la defensa...

No hubo respuesta. Tiró con fuerza del pomo, pero la puerta estaba cerrada por fuera. Se giró hacia su abuela, boquiabierta.

—Se ha marchado.

Alana estaba muy pálida. Se miraron la una a la otra con espanto.

—¿Nos han abandonado aquí? —preguntó Alana.

—Sir John debe de estar ayudando a defender el castillo —dijo Eleanor.

—¿Y si nos atacan a nosotras? ¿Quién nos va a defender? —gimió Alana. Pensando febrilmente, abrió la contraventana y volvió a asomarse. Seguramente, Iain estaba allí, pero no había conseguido verlo. ¿Cómo podía comunicarse con él?

—¡Alana, no te acerques a la ventana! —le rogó Eleanor.

Alana volvió a desobedecer a su abuela.

Los soldados enemigos habían colocado escaleras contra la muralla, a la izquierda del ariete. Eran highlanders. Los arqueros de Buchan estaban en las almenas, disparándoles sin cesar. Al menos, había alguien en la parte norte de la muralla, defendiéndolas.

Uno de los highlanders fue atravesado por varias flechas en el pecho y los brazos, y se precipitó al vacío desde lo alto de una de las escaleras. Sin embargo, otro estaba subiendo por la

muralla con éxito y, si nadie lo impedía, pronto iba a llegar a las almenas.

Alana se giró.

—Los highlanders van a llegar enseguida. ¿Crees que debería escribir un mensaje para Iain?

—Tenemos que hacer algo —gritó Eleanor, sentándose rápidamente a la mesa. Tomó un pergamino y una pluma y empezó a escribir.

Alana permaneció acurrucada en una esquina, cerca de la ventana. No sabía cómo podía hacerle llegar el mensaje a Iain, y cada vez le resultaba más difícil pensar.

El ariete golpeó brutalmente, una vez más, la puerta norte. El impacto fue tan ruidoso, tan fuerte, que Alana sintió temblar el suelo bajo sus pies, y dio un salto.

En aquel momento, apareció una cara en el hueco de la ventana.

Estaba a muy poca distancia, y Alana jadeó mientras él inspeccionaba el interior de la alcoba. Al instante, el highlander abrió mucho los ojos, mientras su mirada se apagaba y en su semblante aparecía un gesto de dolor y muerte. Entonces, el guerrero desapareció.

Alana corrió hacia la ventana y se asomó. Había una escalera bajo ella, y el highlander estaba en plena caída por el aire. Alana apartó los ojos cuando él chocó contra el suelo, bajo ella.

Alana se agarró al alféizar mientras contemplaba con asombro la escalera. No había nadie más intentando subir. ¿Tendría el valor suficiente para intentar bajar?

Tenía miedo de caerse, o de recibir un proyectil. También tenía miedo de dejar sola a Eleanor.

Su abuela se había acercado a la ventana.

—¡Es demasiado peligroso!

Entonces, por el rabillo del ojo, Alana vio a Iain.

Se giró hacia él. Era inconfundible sobre su enorme caballo negro, con el pelo largo al viento. Galopaba desde el oeste hacia la puerta norte. Se detuvo y, mientras su caballo se encabritaba, les gritó algo a sus hombres. Había muchos más highlanders en las escaleras en aquel momento, y más hombres empujando el ariete.

Alana vio que caía una lluvia de flechas sobre él. Querían asesinarlo.

Se agarró con fuerza al alféizar y le gritó.

—¡Iain, cuidado!

Estaba demasiado cerca de la muralla, demasiado cerca de los hombres de Buchan. Sin embargo, Alana sabía que, por mucho que gritara, él no iba a poder oírle en el fragor de la batalla.

Las palabras acababan de salir de sus labios cuando, desde las almenas, salió otra oleada de flechas dirigida a él.

Iain debió de presentir el peligro, porque alzó su escudo. Docenas de flechas golpearon el metal y el cuero, rebotaron inútilmente y cayeron al suelo. Entonces, él hizo girar al caballo y volvió, al galope, a un puesto más seguro entre el resto de su ejército.

Alana notó que le temblaban las rodillas de alivio. Al menos, Iain se había dado cuenta de que era uno de los blancos más importantes del enemigo, y estaría preparado.

Sonó otro terrible golpe de ariete, y la madera crujió. Las piedras del suelo reverberaron bajo sus pies, con tanta intensidad, que ella perdió el equilibrio.

Se agarró al alféizar y se asomó de nuevo por la ventana. La puerta norte estaba justo debajo de su torre, y vio perfectamente a los hombres que estaban tirando hacia atrás del ariete para volver a golpear.

La lluvia de flechas y proyectiles del ejército de Bruce había cesado, y el fuego que provenía de las almenas había disminuido casi por completo; tal solo se veía alguna flecha o a algún soldado arrojando aceite hirviendo. Había una docena de highlanders subiendo por la muralla, y ya no encontraban ningún impedimento. Cuando llegaron a la parte superior, atacaron a los arqueros de Buchan y los arrojaron al vacío.

El suelo volvió a temblar a causa del último golpe del ariete, que hizo estallar en añicos la puerta de la muralla. Alana y Eleanor gritaron, y algunas piedras del techo cayeron al suelo. Alana corrió hacia su abuela para protegerla con su cuerpo.

—Nairn ha caído —dijo.

La batalla había terminado. Alana había visto a Iain entrar de manera triunfal por la puerta norte, seguido por un grupo de sus jinetes que portaban su estandarte. Aquello había ocurrido hacía varias horas; Desde entonces, el campo se había llenado de tiendas y de hogueras. Veía y oía a los hombres de Bruce celebrando su victoria, cantando, bailando, bebiendo y riéndose.

Bruce había conquistado Nairn. ¿Habían capturado a Buchan? ¿Y a su padre? ¿Y a Duncan?

Y ¿qué iba a ocurrir?

Alana no quería preocupar a Eleanor, pero no podía dejar de pensar en que Bruce tenía la costumbre de destruir todos los castillos que ganaba. Lochindorb había sido una excepción. Ella tenía miedo, puesto que, si pensaban incendiar Nairn, ¿qué ocurriría con ellas?

Hasta aquel momento, nadie se había acercado a su puerta y, en cierto modo, Alana se sentía agradecida por ello. Tenía miedo de lo que pudiera ocurrir cuando las encontraran los soldados enemigos. No sabía qué esperar cuando, por fin, fuera descubierta su presencia.

Ella no dejaba de intentar escuchar lo que ocurría dentro de la torre, pero no podía oír nada. Parecía que no había quedado nadie en el interior, que los soldados habían reunido a todo el mundo y lo habían sacado al exterior por la puerta sur.

Allí reinaba el silencio. Un silencio inquietante.

—Algunas veces, el hecho de no tener noticias es la mejor noticia —susurró Eleanor.

Alana no sabía qué responder. Algunas veces tenía la tentación de golpear la puerta y gritar, pero el miedo hacía que se contuviera. Siempre había la posibilidad de que la violaran y la asesinaran sin tratar de identificarla.

¿Cómo podía haberlas abandonado Buchan de aquella forma? No quería creer que su padre hubiera consentido una crueldad y una negligencia tan horribles.

Alana se acercó a la cama y se sentó junto a su abuela.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—No, Alana, estoy bien.

Tenía que estar hambrienta, porque no habían comido nada en todo el día. Sin embargo, Alana no dijo nada. Sonrió y le apretó la mano.

Entonces, oyó que alguien descorría el cerrojo de la puerta.

Se puso muy tensa, como Eleanor; ambas miraron la puerta con horror.

En el vano apareció un enorme highlander de barba cana.

—¿Quiénes sois? —inquirió—. ¿Y qué hacéis en esta alcoba, cerradas por fuera?

—Nos encerró el conde de Buchan —dijo ella, rápidamente, y se puso en pie—. Quiero hablar con Iain de Islay. Soy Alana.

Él abrió unos ojos como platos.

—Se lo diré —respondió el soldado.

Entonces, cerró la puerta con el cerrojo y se marchó.

Alana se volvió hacia su abuela, que se había quedado boquiabierta.

—Voy a convencerlo de que nos libere.

Eleanor se puso en pie.

—Ten cuidado, Alana. Iain debe responder ante Bruce.

—Pero... todavía no sabe nada.

—Procura que nunca lo sepa.

Alana sintió una tremenda consternación, pero Eleanor tenía razón. Bruce estaba en Nairn, y ella no podía decirle a Iain que tenía sangre de los Comyn.

Se giró a mirar la puerta. Iain tenía una gran deuda con ella, él mismo se lo había dicho. Seguramente, las dejaría en libertad.

Sin embargo, ¿y si Buchan estaba abajo y la verdad salía a relucir?

Alana respiró profundamente. Aunque Buchan no revelara su identidad, la mayoría de los habitantes del castillo sabían que era su sobrina. Aun si Iain decidía liberarlas, seguirían en peligro hasta que pudieran salir de Nairn.

En el pasillo sonaron pasos fuertes y el tintineo de unas espuelas. Alana miró a su abuela, que sonrió para darle ánimos. Ambas observaron la puerta mientras se abría.

Iain estaba allí, con cara de asombro, acompañado por el soldado de barba cana.

Alana sonrió.

—Milord —dijo, intentando ser cortés. El corazón se le aceleró, y no pudo negarse a sí misma que sintió una alegría momentánea.

Él se acercó a ella sin sonreír, con una mirada dura, y le tocó la barbilla. Hizo que la elevara y preguntó:

—¿Quién te ha hecho esto?

Alana se puso muy tensa. Tenía un enorme hematoma en el lado derecho de la cara, y un corte en el labio. Sin embargo, había sido afortunada, puesto que su tío no le había golpeado en el ojo, y los moretones estaban curándose. Ya no eran de color morado, sino verde y azul.

Ella vaciló. Después, dijo:

—Me caí, milord.

Él bajó la mano, pero siguió mirándola con fijeza.

—¿Por qué proteges al hombre que te ha hecho esto?

Ella no supo qué decir.

—Porque no importa —respondió, finalmente.

—Sí importa —dijo él, en tono de advertencia—. ¡Y te has quemado en la batalla!

Alana se sobresaltó. Iain lo había dicho, casi, como si eso le importara.

—Un proyectil pequeño estuvo a punto de colarse por la ventana...

—¿Habéis estado encerradas aquí durante toda la lucha?

—Sí, milord.

Él le lanzó una mirada de incredulidad. Después, se volvió hacia Eleanor.

—Lady Fitzhugh, ¿estáis indemne?

—No estoy herida —le aseguró Eleanor—, pero estoy muy cansada.

—¿Deseáis acostaros? Voy a ordenar que os suban la comida —dijo Iain.

—Me temo que mis viejos huesos necesitan un descanso —respondió Eleanor.

Alana se acercó a ella. De repente, su abuela tenía un aspecto muy frágil.

Iain la miró de nuevo, con tanta intensidad que ella se puso muy nerviosa.

—¿Por qué os encerró el conde de Buchan?

—Yo lo disgusté.

Él entrecerró los ojos.

—¿No podemos dejarlo así? —preguntó ella, sonriendo ligeramente—. Por favor. Mi abuela y yo estamos exhaustas, asustadas y hambrientas. Podemos contar las historias otro día.

—¿Le dijiste a Buchan que me habías curado las heridas? ¿Por eso se enfureció?

—No —dijo ella.

Él reflexionó un instante sobre sus palabras.

—Entonces, ¿fue Buchan quien te golpeó?

Ella se alarmó.

—¡Yo no he dicho eso!

—No necesitas decirlo —dijo él, con los ojos oscurecidos por la ira—. ¿Fue él quien te pegó, Alana?

Alana lo miró con gravedad. Se recordó a sí misma que no importaba que él supiera que Buchan la había golpeado, siempre y cuando no supiera el motivo.

—Sí. ¿Dónde está el conde? —preguntó.

—Huyó, el muy cobarde.

Alana miró a Eleanor con sorpresa.

—¿Y Duncan? ¿Escapó también?

—Sí. Huyeron juntos.

Alana se echó a temblar. Nairn había caído, Duncan y su tío habían escapado, quizá con su padre, y a ella la habían dejado atrás. No sabía qué pensar, salvo que aquellos señores no estarían en el salón para revelarles su identidad a Robert Bruce.

—Te has quedado consternada.

—Duncan es mi guardián. Estoy satisfecha.

Él la miró con atención.

—Van hacia Elgin, para defenderlo de nuestro próximo asalto.

Así pues, iban a atacar Elgin. Se quedó mirándolo y, finalmente, se sentó. Iain tenía razón: estaba consternada. La habían dejado allí porque a nadie le importaba su destino. Eso no debería importarle, pero no podía evitar que le hiciera daño.

Entonces, alzó la vista y se percató de que Iain seguía estudiándola atentamente. Sonrió ligeramente, y dijo:

—Veo que estáis sano y salvo.

Él se volvió hacia Eleanor.

—¿Desearíais una alcoba diferente? —le preguntó—. Puedo intentar conseguirla, aunque el castillo está lleno esta noche.

—No os molestéis, milord —respondió Eleanor—. Si puedo comer algo, estaré

perfectamente aquí.

Él asintió, y volvió a mirar a Alana, en aquella ocasión, con una expresión más suave.

—Las doncellas del castillo están preparando una fiesta para el rey. ¿Quieres bajar?

Alana se puso muy tensa. No podía bajar a cenar. No se atrevía a conocer a Bruce ni a llamar su atención; no quería arriesgarse a que la descubriera.

—Soy el enemigo, milord.

—Alana está agotada, milord —intervino Eleanor con tacto—. Hoy hemos tenido mucho miedo. Hemos temido por nuestra vida.

Iain miró a su abuela con agudeza; claramente, notaba algo extraño.

—Esta noche tienes mi protección —le dijo a Alana—. Mañana volverás a Brodie. Yo lucharé contra tu señor y, con la ayuda de Dios, lo mataré, a él y a Buchan. Esta noche no vamos a pensar en la guerra, y no vamos a ser enemigos. Esta noche vamos a disfrutar de la fiesta del rey.

Alana se mordió el labio; tenía el corazón acelerado. No era inteligente mezclarse con el enemigo.

—¿Vais a decirle a Bruce quién soy, y que soy de Brodie?

—¿Acaso temes al rey?

Ella asintió.

—Sí, milord. Mucho.

Él le acarició la mejilla.

—Entonces, no lo conocerás.

Capítulo 5

Iain la tomó del codo y la acompañó escaleras abajo. Alana sentía con intensidad su contacto, su cercanía.

Sin embargo, estaba asustada. Debería haber rehusado su invitación a cenar, pero ya era demasiado tarde.

Él aminoró el paso.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, suavemente.

Ella sonrió con nerviosismo.

—Estoy cansada, eso es todo.

—¿Todavía estás asustada? —preguntó él—. ¿Acaso no he prometido que voy a protegerte, incluso del rey?

—Sí.

—Tal vez, algún día me digas la verdad, y me cuentes por qué temes tanto al rey.

Entonces, la tomó de la mano y tiró de ella hacia las puertas del salón, que estaban abiertas.

—Soy enemiga del rey —dijo.

Él le lanzó una mirada, indicándole que sabía perfectamente que había muchos más motivos para ese temor, puesto que era muy astuto. ¿Cuánto tiempo iba a poder seguir engañándolo? Ni siquiera quería hacerlo...

Era muy difícil no mirarlo. Sin la capa de piel que llevaba normalmente, saltaba a la vista la anchura de sus hombros y la fortaleza de sus músculos. Era alto y poderoso; y era todo masculinidad. Y la llevaba de la mano. A Alana se le secó la garganta.

Él sonrió como si hubiera percibido su interés.

—Vamos. Debes de tener tanta hambre como yo.

Alana intentó sonreír. Después, se giró hacia el salón y, casi inmediatamente, distinguió a Robert Bruce entre la multitud de caballeros, nobles, mujeres y hombres de las Highlands.

Ella había visto un retrato suyo en un par de ocasiones, pero, aunque no hubiera sido así, habría sabido al instante quién era el rey de Escocia.

Era un hombre altísimo, el más alto de los presentes, guapo y fuerte. Además, iba ataviado de manera regia y soberbia, con una túnica roja, una sobrevesta azul, medias rojas y unas botas negras. Llevaba un manto rojo y dorado sobre los hombros, y los dedos adornados con múltiples anillos. Además, de su cuello colgaba una cadena con una cruz de oro.

Sin embargo, lo que verdaderamente lo distinguía de los demás era su aire de poder y autoridad, y su aspecto de guerrero y de rey.

A Alana se le pasó por la cabeza, en aquel momento, que tal vez pudiera engañar a Iain con evasivas, aprovechando la atracción que sentían el uno por el otro. Sin embargo, no sería tan fácil engañar a Bruce.

El salón estaba abarrotado, y no quedaba ni un sitio para sentarse. Parecía fácil entrar y

pasar desapercibida, pero Alana se sentía inquieta.

Agachó la cabeza y ocultó su rostro al pasar por entre la gente. Alana intentó hacerse más menuda de lo que ya era, encogiéndose. Él no comentó nada sobre su actitud. Por suerte, la mayoría de los presentes había bebido bastante; varios hombres gritaron un saludo a Iain, que no se detuvo. Guió a Alana hasta una de las mesas que se habían montado en la habitación, e indicó a un hombre que se levantara y les hiciera sitio. Al instante, el asiento quedó vacío para ella; Alana tomó aire y se sentó. Iain se quedó de pie, a su espalda.

Rápidamente, constató que estaba rodeada de desconocidos. Todos ellos eran caballeros ingleses al servicio de Bruce, de sus tierras de Carrick y Annandale. Alana miró hacia atrás y vio a Bruce, que estaba rodeado por un gran grupo de admiradores, nobles, caballeros y mujeres muy bellas. El rey estaba enfrascado en una conversación con sus amigos, y ella se sintió aliviada.

Iain le puso una mano en el hombro y se inclinó hacia ella.

—Tal vez ahora puedas disfrutar de la velada —le susurró, con el pecho apretado contra su hombro y el brazo contra su pecho, mientras su respiración le acariciaba la nuca como si fuera una pluma.

A Alana se le quedó la mente en blanco y, al mismo tiempo, se le aceleró el corazón.

Entonces, antes de que pudiera darse cuenta, Iain se hizo sitio en el banco, junto a ella.

No había espacio para acogerlo, pero él se metió entre Alana y su compañero de mesa, y ella notó su cuerpo poderoso contra el hombro, la cadera y la rodilla. Iain le lanzó una sonrisa y le entregó una jarra de vino.

—Bebe, y te sentirás mejor —le dijo.

Ella se quedó anonadada. ¿Acaso quería seducirla? Estaba segura de que él había apretado el cuerpo contra el suyo hacía un momento. Alana tomó la jarra y bebió. ¿Le resultaba tan difícil pensar con claridad!

Él le tendió una rebanada de pan con queso, y sus miradas se cruzaron en aquel momento. Alana notó que le ardían las mejillas, y apartó rápidamente los ojos.

—Me alegro de que no hayas sufrido heridas graves en esta batalla.

Ella dejó el pan y el queso sobre la mesa, sin tocarlos. El pulso le latía con tanta fuerza que le resultaba imposible comer. Él le estaba hablando en un tono tan suave, tan íntimo...

—Antes, hace muy poco tiempo, desconfiabas de mí.

—Antes, hace muy poco tiempo, tú estabas espiando de una manera muy sospechosa en el bosque —respondió él, con una sonrisa, y comió.

Alana volvió a apartar la cara, sin aliento, y tomó un poco de queso. Las sonrisas de Iain le hacían parecer un hombre distinto, como si no fuera uno de los guerreros más implacables de Bruce.

—No estaba espiando —dijo ella.

Él estaba llenando un plato de carne asada y pan caliente.

—Aunque estuvieras espiando, eso fue antes, y no ahora —respondió, mientras ponía el plato delante de ella—. Necesitas recuperar las fuerzas, Alana. Come.

Entonces, comenzó a llenar otro plato. Alana miró fijamente la comida, sin saber qué pensar. ¿Iain seguía pensando que había espiado? Entonces, ¿por qué la había besado en Boath Manor, y por qué era tan amable con ella?

Iain comenzó a devorar la comida, sin pausa. Alana tomó su cuchillo y pinchó un pedazo de

venado. No tenía apetito. Pronto terminarían de cenar y ¿qué ocurriría entonces?

Había algo que estaba cambiando entre ellos. Era casi como si se hubieran hecho amigos, y como si estuvieran a punto de convertirse en amantes.

Si Iain le pedía que se acostara con él, ¿debería aceptar?

Iain pertenecía al bando enemigo, y ella le estaba ocultando secretos muy importantes: él no sabía que era la sobrina de Buchan, ni que era bruja...

—¿Por qué no comes? —le preguntó Iain.

Alana sonrió forzosamente.

—¿Y por qué vas a dejar que nos marchemos a Brodie mañana? —preguntó ella en voz baja, para que nadie pudiera oírla.

Él apartó el plato y se sirvió más vino. Tomó un sorbo y se giró hacia ella.

—¿Hay algún motivo por el que deba mantenerte prisionera? Tú me has asegurado que no eres una espía.

—¡Claro que no! —exclamó ella—. Es solo que... hoy eres muy amable.

—Te pegaron y te aprisionaron. Creo que, por hoy, ya has sufrido suficiente.

—Pero... ¿dicen que eres despiadado!

—¿Estamos en el campo de batalla? ¿Eres un soldado, o un caballero?

Ella negó con la cabeza.

Entonces, él le preguntó:

—¿No vas a comer?

—No puedo.

Iain se puso en pie y la tomó de la mano para que ella también se levantara. Tenía los ojos muy azules, muy oscuros, como las nubes de una tormenta.

—Entonces, aquí ya hemos terminado.

La tomó del brazo y la guió entre la multitud. Sus pasos eran tan apresurados que Alana tenía que correr para poder seguirlo.

Una vez fuera de la habitación, se quedaron a solas. Los sonidos de la risa y la conversación se amortiguaron. Iain se detuvo, sin soltarla del brazo.

—No me esperaba que volviéramos a vernos tan pronto, después de la batalla de Boath Manor —le dijo, mientras le acariciaba la mejilla.

Ella se estremeció.

—¿Qué pensabas que iba a ocurrir?

—Pensaba —respondió él, mirándola fijamente— en ir a visitarte al Castillo de Brodie.

Ella se quedó anonadada. No había duda de lo que quería decir, y Alana tampoco dudaba que él habría ido a Brodie a visitarla.

—Eso podría haber sido muy difícil.

—No creo que hubiera sido difícil, Alana —dijo él, y se apoyó en la pared con ambas manos, aprisionándola entre sus brazos.

—Y, si hubiera ido a visitarte, ¿me habrías dejado entrar?

—Sí —susurró Alana.

Una mirada de triunfo brilló en los ojos de Iain. La estrechó entre sus brazos y la besó.

Alana había pensado que su primer beso había sido duro y exigente, pero no tenía nada que ver con aquel. Él le abrió la boca con los labios al instante, y la invadió con la lengua. Ella se vio

aplastada contra la pared, sin que sus pies tocaran el suelo, aferrada a sus hombros. Él la besó de nuevo, una y otra vez, hasta que ella no pudo soportar la intensidad del deseo, hasta que comenzó a jadear y gimotear. Su cuerpo estaba caliente. Nunca se había sentido tan desesperada por estar con un hombre.

Él se apartó.

—Ya irás a ver a tu abuela más tarde.

Alana se dio cuenta de que Iain no iba a darle elección, aunque sabía que nunca hubiera podido negarse a lo que él iba a pedirle. La agarró por la cintura y la llevó escaleras abajo.

—¿Adónde vamos?

—Todas las habitaciones están llenas —dijo él—. ¿Quieres tener compañía? —le preguntó, con una breve sonrisa—. Yo te deseo.

Habían llegado al sótano, que estaba oscuro y era húmedo. Solo había unas cuantas antorchas en las paredes.

—¿Estamos en las bodegas?

—Estamos en las bodegas —respondió él, y volvió a tomarla entre sus brazos—. Alana. No me rechaces.

—No sé... —balbuceó ella.

Su respuesta fue tomar su rostro entre las manos y besarla con tanta pasión como antes.

Ella sintió una explosión de deseo y volvió a aferrarse a sus hombros, devolviéndole, por fin, los besos.

Él gruñó mientras sus lenguas se encontraban y se acariciaban. Después, con la respiración entrecortada, miró a su alrededor. Se quitó la capa de lana y la extendió sobre el suelo de piedra, detrás de unos sacos de trigo. Después, le quitó a Alana la capa, que estaba forrada de piel, y la puso sobre el camastro que acababa de hacer. Se arrodilló y miró hacia arriba.

Ella notaba un vacío en el estómago, y estaba mareada. ¡Ya se preocuparía al día siguiente de lo que iba a hacer! Le tendió la mano.

Él la tomó y se levantó, y volvió a abrazarla. Entonces, se dejaron caer sobre las capas como si fueran uno. Lentamente, Iain se tendió sobre ella. Sonrió, pero el fuego de la pasión permaneció en sus ojos.

—¿Eres virgen? —le preguntó.

Ella asintió, intentando no mirar su virilidad. Sin embargo, no pudo evitarlo.

Y a Iain le brillaron los ojos de orgullo.

—¿Te gusta lo que ves? ¿Estás satisfecha conmigo? —le susurró, con la voz ronca.

Entonces, la besó de nuevo; pero, en aquella ocasión, sus labios fueron como plumas, suaves, y flexibles.

Alana cerró los ojos y se abandonó al placer que sentía. No pudo responder.

Él le cubrió de besos el cuello y el borde del escote de la túnica mientras le subía la falda y ponía uno de sus muslos fuertes entre sus piernas, para separárselas.

Alana gimió y abrió los ojos, agarrándose a sus hombros. Notó algo que se le hinchaba en el corazón, algo como el amor.

—Te necesito, Alana —dijo él.

Con una expresión tensa, Iain agarró ambos lados del escote y le rasgó toda la ropa a la vez. Después, se estrechó contra ella, y Alana notó su miembro contra el cuerpo, duro y suave. Sus

miradas quedaron atrapadas la una en la otra.

El placer que había surgido entre ellos era increíble. Alana jadeó y movió las pantorrillas por su espalda.

—Me has fascinado como ninguna otra —murmuró él, y la besó.

Alana se aferró a él con todas sus fuerzas y le devolvió el beso. Entonces, él se irguió y penetró en su cuerpo con un gruñido.

Alana también gimió. El dolor fue breve y, rápidamente, el placer la cegó.

Le rodeó la cintura con las piernas, y él comenzó a moverse lentamente. Sus miradas volvieron a quedar atrapadas y, cuando aquello sucedió, Alana no pudo soportarlo más. El placer se convirtió en éxtasis.

Él la abrazó.

—¿Te he hecho daño?

Alana trató de respirar, y la cabeza comenzó a aclarársele. Acababan de hacer el amor de una forma explosiva, irreflexiva.

—No —dijo.

El corazón le latía aceleradamente, pero todavía tenía aquel sentimiento de amor.

Él la mantuvo sujeta con un brazo mientras que, con el otro, se quitó ambas botas. Después, se inclinó y le besó uno de los pezones, que todavía estaba dolorido.

—Te debo un vestido —le dijo. Después, metió la mano entre sus cuerpos y se quitó el cinturón. Las fundas de las espadas golpearon el suelo al caer.

Alana se dio cuenta de que él le había rasgado la ropa desde el cuello al ombligo, y comenzó a ruborizarse. Había una antorcha en la pared, a espaldas de Iain, y ella permanecía iluminada mientras él permanecía en las sombras.

Iain le puso una mano en las costillas, bajo el pecho.

—No tienes por qué esconderte de mí. Nunca había visto una mujer tan bella.

Alana notó que su corazón se hinchaba, y que el deseo regresaba al instante.

Tomó su mano y lo puso sobre su seno.

—No tienes por qué halagarme.

—Claro que sí —dijo él; apartó la mano y le besó ambos pechos—. Y voy a hacerlo —añadió—: Me tienes asombrado desde el momento en que nos conocimos, con tu belleza, tu valor y tu bondad.

Ella se tendió en el suelo, dejando que el placer creciera y se extendiera.

—Soy una mujer normal, Iain —dijo.

—Tú no tienes nada de normal —replicó él—. Eres profunda como el océano, tan profunda que no puedo dejar de hacerme preguntas sobre ti —dijo, y le acarició la oreja con la nariz.

Ella pensó en los secretos que estaba ocultando, y los detestó.

—Te deseo otra vez, Alana, y siempre te desearé —continuó Iain, y sus besos comenzaron a descender, dejando un rastro de besos por sus costillas.

El placer de Alana se convirtió en un anhelo lleno de inquietud, y ella gimió.

Él dejó que sus dedos flotaran sobre sus muslos y su sexo.

—Y me satisface enormemente que seas virgen, que yo sea tu primer hombre.
Cuando él comenzó a acariciarla, ella no pudo hablar más.
A los pocos instantes, Iain volvió a entrar en su cuerpo, con una mirada de fuego.

Alana se despertó y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Estaba en brazos de Iain, sobre sus capas, en el oscuro sótano del castillo. Al recordar que habían hecho el amor, se quedó aturdida.

¿Qué había hecho?

Él seguía dormido, respirando profundamente, sin dejar de abrazarla. Alana tenía miedo de moverse, pero, al final, tomó aire.

¡Oh, Dios Santo! Había permitido que él le hiciera el amor en dos ocasiones, ¡y había sido glorioso! Iain era su peor enemigo, pero sentía tanta atracción por él que ni una sola vez había pensado en rechazarlo. Su pasión había llegado más lejos de lo que ella hubiera podido imaginar. De hecho, estar entre sus brazos le parecía lo mejor que podía hacer, y el amor le había llenado todo el pecho.

Así pues, ¿por qué tenía ganas de llorar?

Mientras él seguía durmiendo, ella observó su rostro. No se arrepentía de lo que había hecho, pero... Iain no sabía nada sobre ella, y ella no podía imaginar cuál iba a ser su reacción cuando se enterara de que era la sobrina de Buchan y de que, además, era bruja.

Seguramente, le causaría un gran enfado saber que pertenecía a la familia Comyn, que era la peor enemiga de su rey. Bruce quería destruirlos a todos y, seguramente, sus esfuerzos la incluían a ella. ¿Podría perdonarle Iain aquel engaño?

Se echó a temblar al pensar en que aquel secreto saldría a la luz más tarde o más temprano.

Sin embargo, aquello no era lo peor. Seguramente, no eran los primeros amantes que estaban en lados opuestos de una guerra. ¿Qué pensaría y haría Iain cuando supiera que ella era bruja? ¿Reaccionaría como los demás hombres cuando recibían la noticia de que podía prever el futuro? Con toda seguridad, se sentiría horrorizado y no querría compartir su lecho con ella. ¡Acabaría con su relación en cuanto lo supiera todo!

A Alana se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Ojalá pudieran seguir así, como si ella fuera una mujer normal e insignificante!

Pero eso era imposible, ¿verdad? Una cosa era engañar al enemigo y, otra muy distinta, engañar a su amante. Tendría que confesarle sus engaños, ¿verdad?

—¿Estás despierta, y no me has despertado?

Ella lo miró, y se encontró con sus ojos azules.

—Estabas tan plácidamente dormido... —dijo, y le acarició la barbilla con dulzura.

Él sonrió y se colocó sobre ella.

—Ya no estoy dormido.

Estaba rígido, endurecido, y Alana se quedó inmóvil. El pulso se le aceleró.

—Iain —dijo. Sabía que debían hablar.

—Shhh —respondió él, acariciándole el cuello con la nariz—. Lo que tengas que decir puede esperar.

Cuando Iain empezó a besarla, el deseo despertó en ella y comenzó a devolverle los besos. Él la estrechó con fuerza, y su beso se hizo más profundo. Alana intentó atrapar su lengua; él utilizó sus poderosos muslos para separarle las piernas. Alana gimió.

Iain entró lentamente en ella, centímetro a centímetro, conteniéndose. Alana le clavó las uñas en la espalda.

—Date prisa. Te necesito.

—Sí —murmuró él, y se hundió en ella con fuerza.

Alana jadeó al sentir un placer cada vez más intenso. Comenzaron a moverse rápidamente, con dureza, como si fueran uno. Alana se desmadejó y gimió mientras Iain gruñía. Los dos llegaron al éxtasis.

Y, entonces, se quedaron inmóviles, respirando entrecortadamente, uno en brazos del otro.

—Tenemos que levantarnos —le dijo Iain al oído, con suavidad—. Aunque me gustaría quedarme contigo así durante todo el día.

—Tú nunca podrías pasarte el día entero en la cama —respondió ella, susurrando.

Él la soltó y se incorporó.

—Contigo, creo que sí podría.

Se sonrieron el uno al otro, y Alana miró hacia una de las troneras que había por encima de ellos, al nivel del piso bajo del castillo. Por aquella delgada ventana entraba una luz pálida que anunciaba un día nuevo.

Alana se entristeció. La preocupación se adueñó de ella.

Iain se puso en pie y comenzó a vestirse. Entonces, ella también se incorporó y se cubrió con su capa de piel. Estaba sombría. Todo lo que había pensado hasta el momento volvió a pasársele por la cabeza. ¿Cómo podía seguir engañándolo?

Ya vestido y calzado, Iain se acercó a la pared y tomó una de las antorchas. La colocó en uno de los huecos del suelo y miró a Alana con especulación.

Los dos estaban iluminados en aquel momento, y a ella se le encogió el corazón. No podía seguir engañándolo, pero, después de lo que había ocurrido aquella noche, ¿cómo iba a decirle la verdad? No soportaría perderlo.

Él le entregó su ropa rasgada.

—No pareces una mujer satisfecha. ¿Qué te ocurre, Alana?

Ella se puso la camisa y la túnica.

—Tú sabes lo satisfecha que estoy.

—¿De veras?

Alana se unió las dos partes del corpiño.

—Estoy muy satisfecha... Pero ¿qué hacemos ahora?

Él se agachó a su lado.

—Voy a asegurarme de que llegues a la habitación de tu abuela sin que nadie se dé cuenta, y voy a asegurarme de que llegues a Brodie, donde estarás a salvo de esta guerra. Te voy a enviar allí con escolta.

Entonces, ¿él sentía algo por ella, tal y como ella lo sentía por él? ¿Era posible tal cosa?

—¿A ti te importa, Iain, si yo estoy a salvo?

—Me importa —le dijo él, mientras se erguía por completo—. Pero también me importan los secretos que guardáis tu abuela y tú.

Se quedó helada.

—¿Secretos? —preguntó. Si necesitaba una excusa para hablar, él acababa de dársela.

Sin embargo, ella no podía decirle que era una Comyn. No quería destruir lo que estaba ocurriendo entre ellos. Y, aunque superaran aquella revelación, no superarían el hecho de que ella era bruja. Estaba bien segura.

No sabía qué hacer.

—A mí también me importas tú, Iain. Pero... nos separa una guerra, ¡y tengo miedo!

Él la miró con suma atención, escrutándola, durante un momento largo y terrible.

—La guerra solo puede separarnos si nosotros se lo permitimos —dijo él, con gravedad. Entonces, se inclinó y se puso el cinturón de las espadas.

Alana se levantó y se envolvió bien en la capa, para que nadie pudiera verle la ropa rasgada.

Él terminó de abrocharse el cinturón y le tocó el codo.

—¿Tienes otro vestido?

Ella asintió. En realidad, solo quería preguntarle cómo iban a avanzar en aquella guerra, y cuándo podría verlo de nuevo.

—¿Cuándo voy a volver a Brodie?

—Hoy mismo, Alana, esta mañana, si no me equivoco —respondió él, y la tomó del brazo para llevarla escaleras arriba.

—¿Me marcho hoy?

—Yo me voy al norte, Alana.

—¿Y cuándo vamos a poder vernos otra vez? —preguntó ella. Nunca hubiera pensado que podía ser tan atrevida, pero tenía que saberlo.

Él sonrió ligeramente.

—¿Ya me echas de menos? —preguntó, y se puso serio—. No lo sé. Iré a Brodie, aunque solo sea para estar allí una hora, en cuanto pueda.

Iría a Brodie, aunque solo fuera para estar allí una hora, en cuanto pudiese. Alana tenía miedo de no volver a verlo, de que aquella guerra se interpusiera de verdad entre ellos, de que su amor terminara después de una sola noche.

—Ya te echo de menos —susurró ella.

Él la miró de reojo. Acababan de llegar al piso bajo, pero ninguno de los hombres y de las doncellas que iban de un lado a otro les prestó ninguna atención. Iain la urgió para que subiera deprisa el siguiente tramo de escaleras.

Apresuradamente, Alana llegó al piso en el que estaba la alcoba. Por primera vez desde la noche anterior, pensó en Eleanor.

—Mi abuela debe de estar muy preocupada.

—Ella sabe que estabas conmigo —dijo él, y la tomó del codo para detenerla.

Alana se volvió hacia él, con el corazón encogido.

—Ahora eres tú el que no está satisfecho.

—Tú eres del Castillo de Brodie. Duncan es tu señor. Tu tutor. Yo mataré a Duncan en cuanto pueda, tal vez hoy mismo —dijo él.

Su actitud había cambiado; volvía a ser el guerrero implacable.

Ella se sintió muy mal. Duncan era grosero y autoritario, y la había agredido, la había insultado y la había toqueteado, durante casi toda su vida. Sin embargo, era su tutor y era un ser

humano.

La mirada de Iain se volvió más intensa.

—¿A quién eres leal, Alana?

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Yo voy a hacer la guerra contra tu tutor y contra tu señor, el conde de Buchan. ¿A quién eres leal tú?

Alana no sabía qué decir, ni cómo decirlo.

—¡Iain!

—No puedes responder, ¿o es que no quieres responder?

Alana se estremeció. ¿Cómo podía pedirle que eligiera? ¡Era demasiado pronto!

—¡No sé qué decir! ¡Quiero serte leal a ti! Yo desprecio a Duncan —dijo—. Brodie era la dote de mi madre, pero ahora es suya. Yo quiero serte leal a ti.

Él dio dos pasos hacia ella y la tomó de la barbilla. La miró durante un largo instante, pensando en sus palabras.

—Querer ser leal a alguien no es suficiente. Tendrás que elegir bando, y pronto —le dijo sin rodeos—. Todo el mundo tiene que elegir bando en una guerra.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Yo no quiero hacerlo! ¿Por qué no podemos seguir así?

Él la miró con asombro.

—Vamos, vístete y recoge tus cosas. Y que lady Fitzhugh se prepare para el viaje. Hablaremos de nuevo antes de que te vayas.

Entonces, Iain se dio la vuelta y se marchó.

Alana se desplomó contra la puerta. ¿Cómo podía pedirle que eligiera bando después de una sola noche?

Y, sin embargo, ¿no sabía ella cuál era el bando que quería elegir?

La puerta de la torre se abrió a su espalda.

—¿Alana?

Alana, enjugándose las mejillas, se volvió hacia su abuela.

—¡Espero no haberte preocupado!

Eleanor se quedó mirándola fijamente.

—¿Por qué lloras? ¿Acaso ya te ha hecho daño?

Ella se echó a temblar. Quería llorar libremente, pero se contuvo.

—¿No vas a reprenderme por lo que he hecho?

—Es un soldado orgulloso y valiente, Alana, que nos ha ayudado dos veces en tiempos de necesidad. Así pues, no, no voy a reprenderte. Tú eres una mujer adulta, y sabes quién eres.

Alana abrazó a su abuela.

—Creo que me estoy enamorando, abuela —susurró.

Su abuela le tomó la cara entre las manos, como si fuera una niña.

—Eso era lo que más temía —dijo.

Mientras recogían sus pocas pertenencias, Alana apenas podía creer lo mucho que había

cambiado su vida en un solo día. Había sido prisionera de Buchan, pero en aquel momento iba a volver a casa, después de pasar la noche con el enemigo. Le parecía imposible; era como un cuento, pero sus recuerdos eran reales.

Su corazón estaba lleno de sentimientos muy intensos. Quería sentir entusiasmo, pero sentía una desesperanza oscura. Parecía que le importaba a Iain, pero él quería su lealtad, y ella no tenía la libertad de dársela, porque era hija de sir Alexander. Iain ya había cuestionado su lealtad, y la cuestionaría aún más cuando supiera quién era su padre.

Sin embargo, no podía seguir engañándolo, después de la intimidad que habían compartido. A la luz de aquel nuevo día, lo veía todo con claridad, y tenía un gran sentimiento de culpabilidad.

Por otro lado, tenía tanto miedo de que él se enfadara y se sintiera traicionado... Temía que él perdiera por completo el interés en ella al saber que era la sobrina del peor enemigo de su rey.

Pero... ¿Y si conseguían superar aquel engaño? ¿Y si, al final, él la perdonaba y la aceptaba?

De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas. No podían tener futuro. Él nunca la aceptaría, porque era una bruja.

Alana se estrechó la ropa contra el pecho.

—Abuela, ¿qué puedo hacer?

Alana anudó su hatillo.

—¿Te refieres a tu aventura con Iain?

—No quiero engañarlo. No está bien. Pero sé que se va a enfadar cuando sepa que Buchan es mi tío.

—¿No le has dicho quién eres? —preguntó Eleanor con estupefacción.

—¡Tenía miedo!

Eleanor la miró fijamente, y Alana se avergonzó aún más.

—No tuve tiempo —susurró, finalmente—. ¿Crees que me rechazará cuando sepa quién es mi padre?

—No lo sé, Alana —dijo Eleanor—. Yo pensaba que se lo habrías dicho antes de compartir su lecho.

—Lo desapruebas.

—Sí. Lo siento, Alana, pero tú eres demasiado honorable como para hacer eso. Si de verdad lo quieres, tienes que encontrar el valor necesario para decírselo. El amor verdadero no soporta las mentiras, Alana, pero tú deberías saberlo.

—¿Y si pierde todo el interés?

—Entonces, es que no te quiere, y es mejor averiguarlo ahora.

—¿Y mis poderes, abuela? ¿Por qué nos molestamos en hablar de cuál va a ser su reacción cuando sepa que soy una Comyn de nacimiento? Soy boba. Las dos sabemos que sentirá repulsión cuando se entere de que soy una bruja.

—¿De veras? Hace mucho tiempo que dejé de predecir el comportamiento masculino, sobre todo cuando hay amor y deseo de por medio, Alana —dijo Eleanor, con una sonrisa.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta.

—Le han dicho a todo el mundo que abandone Nairn antes del mediodía. Supongo que nos hemos retrasado.

Alana se puso la capa de piel mientras su abuela abría la puerta.

En el hueco apareció un highlander de unos quince años, delgado y pecoso, con la mano

apoyada en la empuñadura de la espada. Llevaba una túnica de malla metálica por debajo de la capa de lana tradicional escocesa.

—Tienen que salir, señoras, y es una orden. ¿Por qué os ha llevado tanto tiempo hacer el equipaje?

—Estaba ayudando a mi nieta a vestirse —respondió Eleanor.

—Solo puedo concederos cinco minutos más. El rey ya se ha marchado de Nairn, e Iain el Fiero está impaciente por hacerlo.

Alana se preguntó el motivo de aquella urgencia. Recordó que Iain le había dicho que hablarían de nuevo antes de que ella se marchara, y estaba decidida a hacerlo.

—Ya estamos listas —dijo y, mientras salían de la alcoba, preguntó—: ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Donald, milady.

—Soy *mistress* le Latimer —dijo ella. Bajaron rápidamente las escaleras; no había nadie más que ellos, y el castillo estaba muy silencioso—. ¿Somos los últimos en salir?

—No lo sé, *mistress* —respondió Donald—. Pero creo que sí.

—¿Y sabes por qué tiene Iain tanta prisa en partir?

—Todo el mundo lo sabe. Van hacia Elgin. Bruce se ha adelantado, pero va a esperar a Iain —dijo Donald, y añadió con timidez—: El conde de Buchan se ha escondido allí. Es un cobarde.

Alana tomó aire y miró a su abuela. ¿Estaría su padre con Buchan? ¿Acaso iba a tener que poner a prueba su lealtad inmediatamente?

Salieron de la torre. Hacía un día soleado y luminoso; en aquel momento, las imágenes de lo que había predicho pasaron de nuevo por su mente: el campo ennegrecido, quemado, los castillos y los pueblos reducidos a escombros y cenizas.

Entonces, vio a los soldados marchándose, y al resto de los habitantes del castillo, en su mayoría doncellas, mozos y cocineras, saliendo por las puertas de la muralla. Había una docena de guerreros de las Highlands a caballo, haciendo guardia en la torre de la entrada. Había también unos cuantos soldados cargando dos carros de armas. Por lo demás, el patio, que normalmente estaba muy concurrido, había quedado desierto.

Alana se dio cuenta de que no quedaba nadie en el interior del castillo, ni siquiera una vaca o un cerdo. Sintió miedo.

—Continuad —le indicó Donald.

Pero ella no se movió.

—¿Buchan está solo en Elgin?

Donald se sobresaltó.

—No entiendo qué queréis decir, *mistress*.

—¿Cuántos ejércitos tiene? Tiene muchos hermanos; uno de ellos estaba en Lochindorb, y tiene un buen ejército.

—Yo no sé nada de los hermanos de Buchan, pero estuve en Lochindorb, y les dimos una buena paliza a esos cobardes. Huyeron como ratas.

Alana se estremeció. Iba a tener que esperar a llegar a casa para tener noticias sobre su padre. Donald les señaló la garita de la entrada, y ellas se dirigieron apresuradamente hacia allí, siguiendo a todos los que salían. No vio a Iain por ninguna parte, y sintió un pánico repentino. Él le había dicho que hablarían una vez más antes de separarse, y para ella era muy importante poder

contarle la verdad.

Al llegar a la salida de la torre, que estaba en la carretera sur que conducía a Aberdeen y Dundee, Alana vio un éxodo de hombres, mujeres y niños. Al instante, se dio cuenta de que aquella muchedumbre no estaba compuesta solo por los habitantes del castillo, sino de todas las granjas de la zona, y del pueblo cercano. Y todo el ganado estaba libre; las vacas, los cerdos y las cabras, además de algunos caballos, pastaban por las colinas y a ambos lados del camino.

Entonces, vio lo que estaban haciendo los soldados: apilando leña a intervalos junto a las murallas del castillo.

Alana se agarró al brazo de Eleanor.

—Van a quemar el castillo —dijo.

Entonces, comenzaron a correr para alejarse de la garita; Alana tenía el corazón encogido de miedo y consternación.

¿Cómo era posible que Iain quemara Nairn?

Sin embargo, ¿no era eso lo que su tío había dicho sobre Iain el Fiero y sobre Bruce? Según Buchan, quemaban todas las fortalezas de sus enemigos sin dejar piedra sobre piedra.

Pero ella nunca podría creer el resto de las cosas que había dicho Buchan. Nunca.

Y ¿por qué estaban echando de allí a todos los granjeros y los aldeanos? ¿Por qué habían soltado a todos los animales?

—Voy a llevaros a Brodie —dijo Donald, y señaló hacia un lugar en el que había un soldado sujetando las riendas de un caballo y una mula. La mula estaba uncida a un carro.

Alana titubeó, pero Donald ya se había acercado al carro y estaba ayudando a Eleanor a subir. Ella miró a su alrededor por todo el campo, frenéticamente, y oyó el galope de un caballo; se giró y vio a Iain acercándose desde el extremo más alejado de las murallas. Se detuvo en seco frente a ella, y su caballo se encabritó. Él tiró con fuerza de las riendas para que se calmara.

—¿Iain? —dijo ella.

—Te deseo un buen viaje, Alana —dijo él.

Ella agitó la cabeza. Le resultaba difícil hablar.

—Yo también te deseo fortuna, Iain.

Él la observó atentamente.

—¿Esas lágrimas son por mí?

—Por ti... por mí... por ellos —contestó Alana, señalando a la gente que avanzaba por la carretera, alejándose del castillo.

Él los miró sin decir una palabra.

—¿Qué estás haciendo, Iain?

—Nairn arderá hoy, Alana —respondió él, con dureza.

¿Estaba eludiendo su mirada?

—¿Cómo puedes quemar el castillo? ¿Y el pueblo y las granjas?

—¿Acaso deseas que Buchan vuelva y pueda usarlo todo contra mí?

Ella se abrazó a sí misma.

—No.

—Eso me parecía —respondió él, y agarró con fuerza las riendas.

No quería que su tío usara el Castillo de Nairn contra Iain, pero algunas de las mujeres que se alejaban del castillo iban llorando. Sus hijos estaban pálidos y asustados. Se imaginaba lo que

debían sentir los aldeanos que habían tenido que dejar sus hogares.

Se giró hacia Iain, y lo sorprendió observando el éxodo, igual que ella.

—¿Ni siquiera vas a dejar la aldea en pie?

—No interfieras, Alana.

—¿Acaso no has pensado en todo el sufrimiento que estás provocando? ¡Yo sé que tú no eres el highlander salvaje de la leyenda! ¡Míralos, Iain! ¡Mira a los hombres, mujeres y niños a quienes envías al exilio! ¿Qué van a comer? ¿Dónde van a dormir?

—¿Acaso crees que puedes interferir en esta guerra? —le preguntó él con incredulidad, enrojándose de enfado—. Construirán nuevos hogares, y nuevas vidas. Construirán granjas nuevas y pueblos nuevos.

—Sí, supongo que sí, como tendrá que hacer la señora de MacDuff —respondió ella, temblando. Tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo—. ¿Esto es lo que hiciste en Inverloch, en Urquhart y en Inverness?

—Así pues, eliges el bando contrario al mío.

—¿Cómo puedes decir tal cosa, después de lo que ocurrió ayer? Yo no creo que tú te sientas bien haciendo esto.

—Soy un soldado, Alana. Soy uno de los hombres del rey. Nairn va a arder. El castillo, el pueblo y las granjas.

—¿Por qué?

—Mañana nadie podrá ayudar a Buchan a luchar contra nosotros. Nunca más.

—No. No podrán ayudar a Buchan —dijo Alana.

Se giró hacia el carro, cegada por las lágrimas y el dolor. A Iain no le importaba nada poner en peligro todas aquellas almas inocentes. No le importaba la destrucción de la zona. ¿Acaso la verdad tenía alguna importancia entonces?

Ella no podía amar a un hombre tan cruel.

Él debía de haber desmontado de un salto, porque la agarró de un hombro para que se girara y lo mirara.

—¿Así es como vas a despedirte? ¿Llena de ira? ¡Dijiste que yo te importaba!

Alana no pudo responder.

—Muy bien —dijo él, con una mirada llena de dureza—. Nosotros nos vamos a Elgin. Donald te acompañará hasta Brodie. Márchate.

A Alana se le encogió el corazón dolorosamente. ¡No podían despedirse así, con aquella ira! Sin embargo, solo pudo decirle:

—Que Dios te proteja, Iain. Rezaré por ti.

Él se quedó mirándola con gravedad.

—Si voy a Brodie, ¿querrás verme?

Alana vaciló. De repente, no sabía lo que iba a hacer. Aquella guerra los dividía, como sus propias mentiras. Lo mejor sería que se mantuvieran alejados.

—Así, que después de todo, sí has elegido bando —dijo él. Entonces, la tomó por la cintura y, sin el más mínimo esfuerzo, la sentó en el pescante del carro.

«No», pensó ella, desesperadamente. «¡Estoy de tu lado!». Sin embargo, no dijo nada, porque sabía que no debía hacerlo.

—En Brodie estarás a salvo —dijo él, y se dio la vuelta.

Alana tomó las riendas torpemente. Tenía el pecho atenazado de dolor. De espaldas a ella, Iain montó a caballo y, sin mirarla una sola vez, se marchó galopando hacia el castillo. Alana había levantado las riendas casi sin darse cuenta, y la mula comenzó a caminar por la carretera. Donald iba junto al carro, a caballo.

Eleanor le dio una palmadita en la mano a su nieta.

Alana no la miró. Estaba demasiado hundida en el dolor y la tristeza.

Oyó que el castillo comenzaba a arder, pero no miró hacia atrás. No pudo.

Capítulo 6

El Castillo de Brodie parecía pequeño e insignificante, en comparación con la gran guerra en la que se estaba decidiendo el destino de Escocia.

Alana alzó las riendas y detuvo a la mula.

—Estamos en casa —dijo.

Habían pasado solo unas horas. Estaban en el patio de armas de Brodie, y las murallas de color rojo del castillo se erguían a su alrededor. No recordaba que fuera tan pequeño, ni que estuviera tan vacío; sin embargo, no podía evitar compararlo con el de Nairn, que era enorme y siempre bullía de actividad.

Sintió miedo y cerró los ojos. Sin embargo, solo pudo ver el rostro duro de Iain, y a sus hombres apilando leña junto a las murallas del castillo, y el éxodo de granjeros y aldeanos.

¿Cómo era posible que Iain sintiera tanta indiferencia por su sufrimiento?

¡Él mismo había rescatado a la señora de MacDuff y a sus hijos del incendio de Boath Manor!

La mula agitó la cabeza con impaciencia y tiró de las riendas. Alana abrió los ojos y echó el freno del carro. No podía obsesionarse con lo que estaba ocurriendo en Nairn, porque ella solo era una mujer en mitad de aquella enorme guerra, y no podía cambiar los acontecimientos.

Sin embargo, no podía evitar sentir un dolor en el pecho, porque sabía que todo había terminado con Iain. Su comportamiento de guerrero no era inusual, pero a ella le causaba demasiada angustia y decepción. No podía aceptarlo, por mucho dolor que le causara.

Uno de los mozos del establo se acercaba corriendo hacia ellas, y Alana esbozó una sonrisa forzada. No se sentía tan feliz de estar en casa como había pensado. Más bien, sentía indiferencia.

—Parece que ha pasado una vida entera desde que nos fuimos —dijo.

—Sí, es cierto —respondió Eleanor—. Estás angustiada —añadió, y la tomó por el hombro.

—Estoy muy triste —dijo Alana.

Bajó del carro y ayudó a bajar también a su abuela. Estaba nevando, así que no hacía tanto frío; el suelo no estaba helado. Donald las había dejado hacía media hora, porque no podía acercarse demasiado a Brodie sin correr el riesgo de que lo atraparan. Alana le entregó las riendas al mozo del establo, con gratitud, y le acarició el cuello a la mula. Después, se giró hacia las escaleras de la torre; la puerta se abrió, y apareció Godfrey.

Ella se puso muy tensa. No deseaba tener una confrontación con él en aquel momento.

—Buenas tardes —dijo.

Él ni siquiera se había puesto una capa para protegerse del frío, y tenía las manos en las caderas. La miró malhumoradamente.

—Así que ya has vuelto.

Alana alzó la barbilla instintivamente, con un gesto de desafío. Estaba agotada, y solo quería escapar de Godfrey y subir a su aposento. Había pasado ocho días en Nairn, y estaba segura de

que Godfrey había recibido varios mensajes de su padre. Duncan le habría contado lo de su mentira.

—Estamos muy cansadas, Godfrey. Hemos tenido que soportar muchas cosas, incluyendo la batalla de Nairn.

—¿De veras? ¿Cómo es que habéis tenido que soportar la batalla, si enfureciste a tu tío con tu verdadera visión, de modo que tuvo que encerrarte?

Ella suspiró.

—Eso debe de agradarte mucho.

—Me mentiste sobre un asunto muy importante porque ambicionas Brodie, que va a ser mío. Supongo que te has llevado tu merecido, así que sí, estoy contento —dijo él, y bajó los escalones hasta que se situó frente a ella. Alana se dio cuenta de que estaba muy pálido—. ¡Nairn se ha quemado por completo! Recibí el mensaje hace unas horas. ¿Eso te agrada a ti, Alana?

Duncan debía de haberle enviado la noticia poco después de que ellas salieran de Nairn. Un mensajero habría viajado mucho más rápido que dos mujeres en un carro. Y, por supuesto, Buchan tenía espías en el bosque, así que ya conocerían el terrible final de Nairn.

—Estaban quemándolo cuando nos marchamos. No, no me agrada en absoluto. Lo siento muchísimo. ¿Y las granjas? ¿Y el pueblo?

—¡Todo incendiado! ¡Todo ha quedado reducido a cenizas! —exclamó Godfrey—. ¡Y quién sabe si el Castillo de Brodie será lo próximo!

Ella palideció. Iain nunca quemaría Brodie... ¿verdad? ¡Era su hogar!

—Por lo menos, parece que Brodie sí te importa —dijo Godfrey.

—Por supuesto que me importa Brodie —respondió ella, y se volvió hacia Eleanor—. Entremos.

Alana ayudó a su abuela a subir las escaleras, y Godfrey las siguió.

—¿Y cómo es que os liberaron? ¿Los hombres de Bruce os dejaron libres cuando tomaron el castillo?

—Tu padre no lo hizo. No le importó nada si moríamos o no en el asedio. Por lo tanto, sí, fueron los soldados de Bruce quienes nos liberaron.

Eleanor se sentó en una de las butacas que había frente al fuego y dijo:

—Buchan y Duncan huyeron de Nairn cuando estaba a punto de caer y nos dejaron allí, encerradas en la torre, durante la batalla, Godfrey. Dos mujeres que debían defenderse solas.

—Mi padre me lo ha contado todo —respondió Godfrey— en la última carta que me envió. Le dijisteis que el condado iba a ser destruido. ¡Por supuesto que os encerró en la torre!

—Es lo que vi —dijo Alana—. ¡Yo no quería tener una visión tan horrible!

—¿De veras? Ves la destrucción del condado de Buchan y le dices la verdad. Ves a Iain de Islay en la batalla, ¡y mientes!

—Me acosas como nadie —le dijo Alana—. Sí, mi visión fue de una batalla distinta, y vi a Iain de Islay, no a tu padre.

Godfrey cabeceó.

—¿Y por qué os dejó marchar Iain de Islay? ¿Por qué no os hizo rehenes? ¿O acaso sus hombres os dejaron marchar sin que él lo supiera?

—¿Y para qué iba a quedarse con nosotras, Godfrey? —preguntó Eleanor—. Él no sabe que Alana es sobrina de Buchan, ni que puede predecir el futuro.

Hubo un momento de silencio durante el que Godfrey miró a Alana fijamente. A ella se le encogió el estómago. Él se había sorprendido de que Iain no supiera que era una Comyn, ni que era bruja. Si alguna vez llegaba a saber que ella quería mantener ambas cosas en secreto, las revelaría deliberadamente, sin duda.

Alana tomó aire.

—En realidad, me arrepiento de haber permitido que me molestaras tanto como para mentirte. He pagado por lo que hice.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Acaso me culpas de tu mentira?

—Fue mezquino por mi parte, y fue una tontería.

Él la miró desconfiadamente.

—¿Eso es una disculpa, Alana?

Ella vaciló; realmente, estaba arrepentida, al menos de la mentira.

—Si hubieras estado en la batalla de Nairn, lo comprenderías. Fue horrible, terrorífica. Y aún fue peor lo despiadadamente que quemaron Nairn después.

—Creo que deberíamos tomar un poco de vino —dijo Eleanor, y le hizo una seña a una sirvienta. La muchacha fue a la mesa a buscar la jarra y las copas para ellos.

—Yo no tengo sed —dijo Alana. No deseaba tomar vino con Godfrey.

—Yo sí —dijo Godfrey. Mientras la sirvienta servía el vino a las mujeres, él se acercó a la mesa y se sirvió una copa. Después, se giró hacia ellas—. No sé cómo voy a defender Brodie con tan pocos hombres y tan pocas armas.

Alana tomó un sorbo de vino. Él también se preocupaba por Brodie.

—Ojalá Brodie sea demasiado pequeño y demasiado insignificante como para que esta guerra lo olvide —dijo ella.

—La guerra no se olvida de ningún lugar —dijo Godfrey.

—Espero que estés confundido. Y no sé a quién podríamos pedirle ayuda si nos atacan.

Godfrey se le acercó.

—Tú podrías pedirle ayuda a tu padre.

Alana se quedó atónita por aquella sugerencia. Lentamente, se puso en pie.

—¿Ni siquiera sé si está vivo! No he sabido nada desde que me enteré de que estaba defendiendo Lochindorb.

—Escapó con la mayor parte de sus hombres. Se retiraron antes de que la batalla avanzara, al darse cuenta de que hubieran perdido contra Iain de Islay. Ahora está en Elgin, con mi padre y el conde.

Ella se quedó asombrada, y también sintió un enorme alivio. Fue como si hubiera perdido a Iain aquel día, pero, de algún modo, hubiera recuperado algo precioso.

—Tú eres muy leal a tu padre, cuando él nunca te ha reconocido abiertamente —comentó Godfrey.

—Es mi padre, y eso nunca cambiará —dijo ella. Sin embargo, el corazón se le rompió al oír aquellas palabras.

—Si deseas escribirle, puedo enviarle tu carta con las que yo le envío a Duncan.

Alana se quedó inmóvil.

—Entonces, ¿deseas que le escriba?

—Puede que algún día necesitemos su ayuda.

Alana esperaba, con todas sus fuerzas, que estuviera equivocado. Sin embargo, tenía razón y, por primera vez en la vida, ella lo vio de una forma distinta: como un joven que no era completamente estúpido, y que tenía la suficiente sabiduría como para hacer planes con antelación, por si acaso atacaban Brodie.

—Voy a escribirle —dijo—. ¿Abuela? Voy a nuestra alcoba a descansar. ¿Vienes?

—Estoy disfrutando del calor del fuego, Alana. Subiré dentro de un rato —respondió Eleanor.

Alana se dio cuenta de que su abuela deseaba hablar a solas con Godfrey. Cuando ella salía, él le dijo:

—Voy a pedir que te suban pergamino y un tintero. Mi mensajero saldrá por la mañana.

Él insistía en que escribiera a su padre, y Alana notó un aleteo en el corazón. Dejó el salón, sin poder resistirse, se detuvo en el pasillo. No quería espiar pero, si iban a hablar de ella, quería saber lo que iban a decir.

—Tal vez haya llegado el momento de hacer las paces, Godfrey. Pelearte con Alana no te sirve de nada, ni a tu padre, ni a Brodie, en tiempos de guerra —dijo Eleanor.

—¡Eso díselo a ella! —exclamó él—. Me ha tomado por tonto, y me ha humillado delante del conde y de mi padre.

—Está verdaderamente arrepentida. Seguro que te das cuenta.

—No confío en ella. Disfruta mintiéndome.

Eleanor suspiró.

—Pero tú la tratas muy mal. La provocas constantemente. Me parece que sería inteligente por tu parte acabar ya con las peleas. Y tengo intención de decirle lo mismo a Alana.

Se hizo el silencio. Alana se dio la vuelta y volvió al umbral del salón.

Godfrey la miró.

—A ella le gustaría que me apuñalaran por la espalda, porque piensa que, ese día, podrá reclamar Brodie.

Eleanor no vio a Alana, puesto que estaba de espaldas a la puerta.

—No es cierto. Alana no le desea mal a nadie.

Alana no deseaba que apuñalaran a Godfrey por la espalda, pero sí deseaba su ruina, puesto que ambicionaba Brodie.

—Entonces, tendrá que demostrarlo con una buena visión. Y, si vuelve a engañarnos, lo pagará muy caro. Espero que sea tan leal a Brodie como dice ser.

Alana ya había oído lo suficiente. Se agarró el bajo de la túnica y salió corriendo hacia las escaleras. Eleanor estaba organizando una tregua, y tenía razón: no era momento de mezquindades, ni de antiguas rencillas, ni de viejos dolores.

Subió a su alcoba y se sentó en su cama. Vio la imagen de sir Alexander, rubio y guapo, aunque sus rasgos permanecieron borrosos. Todavía no le habían subido el pergamino y la tinta, así que pensó en qué podía decirle a su padre, al que no veía desde hacía quince años.

Notó un gran dolor en el pecho.

La imagen de sir Alexander fue seguida por la de Iain, más oscura, más nítida.

Iain había quemado Nairn.

Se enjugó las lágrimas. Llorar no iba a servirle de nada; Iain no iba a convertirse en un

hombre diferente.

No podía creer que solo unas horas antes él le hubiera proporcionado una felicidad asombrosa, que se hubiera sentido enamorada de él. En aquel momento, ya no sabía qué pensar. ¿Podía amar a un hombre que había incendiado granjas y pueblos?

Volvieron a caérsele las lágrimas. Cerró los ojos, pensando que tal vez estuviera enamorada de un guerrero implacable que no tenía honor, que no dudaba en destruir las vidas de los inocentes.

Solo estaba segura de una cosa: ella era leal a Brodie, y Brodie no debía sufrir el mismo sino que Nairn.

—¿*Mistress*? —preguntó una sirvienta desde la puerta—. Os he traído pluma, tinta y pergamino.

Alana se giró y sonrió.

—Gracias —dijo.

La tarde siguiente llegó la noticia del ataque a Elgin. Nevaba mucho cuando llegó el mensajero. Alana y Eleanor estaban delante del fuego, bordando, y Godfrey estaba tomando vino en la mesa y jugando a los dados con uno de sus hombres. Un soldado escoltó a un chico de unos quince años al salón. El chico tenía la capa de lana y el pelo cubiertos de nieve.

Godfrey se puso en pie de un salto. Alana y Eleanor dejaron de bordar. Todos miraron al mensajero.

—¿Qué noticias traes? —preguntó Godfrey ansiosamente.

—Vengo de parte de Duncan, milord. Han atacado Elgin, y el conde de Buchan se ha propuesto defenderlo.

—¿Cuándo atacó Bruce? —preguntó Godfrey, con una expresión de angustia y consternación.

—Ayer al amanecer, milord —dijo el muchacho.

—¿Y cómo iban las cosas cuando tú te marchaste?

El niño hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Bruce tenía setecientos hombres, más que el conde y vuestro padre. Sin embargo, solo atacó un pequeño ejército. El resto de sus hombres permaneció en el bosque, esperando.

A Alana se le encogió el corazón; sabía quién estaba dirigiendo aquel pequeño ejército. Sin embargo, Elgin no podía caer. No podía sufrir la misma suerte fatal que Inverness, Inverlochy, Urquhart y Nairn. Porque, si eso ocurría, Brodie sería el siguiente.

Cerró los ojos para bloquear su última visión, pero no sirvió de nada. Solo pudo ver Escocia, ennegrecida y abrasada, y la bandera de Bruce ondeando sobre las cenizas.

Se apartó de la cabeza aquellas imágenes.

—¿Sir Alexander Comyn está todavía con el conde de Buchan? —preguntó.

—Sí, *mistress*. Sir Alexander está defendiendo Elgin con Duncan y el conde.

Su padre estaba con Buchan y con Duncan, defendiendo Elgin de Bruce, luchando contra Iain una vez más. Alana intentó tomar aire. Se había mareado.

Se preguntó si su padre iba a recibir la carta que le había enviado aquella misma mañana. Le había costado escribirla, pero, al final, le había dicho que estaba preocupada por su bienestar, y

que rezaba por él. También le había mencionado que temían por su propia seguridad en Brodie, donde no tenían defensas.

—¿Y cómo fue el primer ataque? —preguntó Godfrey.

—Cuando me marché, no parecía que Iain de Islay tuviera éxito. Sus hombres no conseguían subir por la muralla.

Alana sintió alivio, y miró a Godfrey.

—Tal vez mi abuela tenga razón. Tal vez tengamos una causa común.

Él la miró desdeñosamente.

—Puede que debas tomar una vasija de agua, Alana. ¡A lo mejor puedes decirnos lo que va a pasar en Elgin antes de que vuelva el siguiente mensajero!

Alana se sobresaltó. Godfrey sabía lo que le había hecho Buchan.

—Si tengo una visión, tú serás el primero en saberlo. Y te diré la verdad. No podemos permitirnos ser enemigos.

—No, no podemos —respondió Godfrey, aunque de mala gana.

Mientras esperaban noticias de Elgin, los días pasaban con una lentitud agónica. Alana evitaba a Godfrey, y casi no podía dar crédito al hecho de que ella misma quisiera forjar una tregua con él. Como se desagradaban tanto el uno al otro, lo mejor era mantener las distancias, por el bien de Brodie. Algunas veces, ella salía a dar un paseo solitario por el adarve de las murallas, pero durante la mayor parte del tiempo permanecía en su alcoba, con Eleanor. La jarra de agua que había en el aposento la atraía; casi parecía que estaba tentándola para que mirara en su interior.

Sin embargo, Alana no lo hacía, porque tenía demasiado miedo a ver Elgin convertido en escombros y ceniza.

Y se hacía muchas preguntas sobre su padre. ¿Había recibido sir Alexander su carta? ¿Cuál había sido su reacción al leer aquella misiva que le había enviado la hija ilegítima abandonada y olvidada por él? ¿Se molestaría en responder?

Además, había otra pregunta que no podía dejar de formularse: ¿Cómo iban las cosas para Iain en la batalla del Castillo de Elgin?

No tuvieron noticias hasta cuatro días más tarde. Llegó otro mensajero, sacudiéndose la nieve de la capa, y todos se reunieron en el salón para recibirlo.

—¡Milord! ¡Bruce y su ejército se han retirado! Han huido de Elgin —gritó el muchacho, con una sonrisa resplandeciente.

Godfrey se puso eufórico.

—¡Por fin, la guerra nos es favorable!

Alana tuvo que sentarse en la mesa, porque le temblaban las piernas de alivio. ¡Elgin había quedado intacto!

—¿Y cómo está mi padre? —preguntó Godfrey, mientras le tendía una copa de vino al joven soldado—. ¿Cómo está el conde de Buchan? —añadió, y miró a Alana—: ¿Y su hermano, sir Alexander?

—Todos están bien, milord —dijo el chico, sonriendo.

Su padre estaba bien.

—Por favor, siéntate y come —le dijo Alana, que se sentía feliz.

Cuando el soldado se sentó a la mesa, ella le hizo una seña a una de las doncellas para que le llevara la comida.

—¿No tienes ningún mensaje para mí de sir Alexander? —le preguntó al chico.

—No, milady, no tengo mensajes para nadie.

Entonces, a ella se le cayó el alma a los pies. Tuvo que recordarse que ni siquiera sabía si su padre había recibido la carta en medio de una batalla tan feroz.

—¿Y Bruce? ¿Ha sufrido pérdidas grandes? —preguntó Godfrey, sentándose frente al joven mensajero—. ¿Lo hemos vencido completamente?

—Perdió treinta hombres, milord, y nosotros perdimos la mitad de esa cifra. No fue una victoria aplastante, solo una batalla dura que quedó, más o menos, en tablas. Bruce se retiró repentinamente. El sitio solo duró un día entero y una noche.

Godfrey frunció el ceño malhumoradamente, mientras Alana se preguntó por qué había decidido retirarse Bruce. No quería pensar en Iain, pero no pudo evitarlo. Él siempre estaba en su cabeza y en su corazón.

—¡Bruce apenas ha sufrido bajas, y su ejército continúa siendo muy fuerte! —exclamó Godfrey.

—Sí, milord. Además, los aldeanos y los granjeros de la zona le están dando comida —dijo el chico, mientras partía una rebanada de pan y la mojaba en el vino.

Alana miró a Godfrey.

—¿Por qué se habrá retirado Bruce, si supera en número de hombres a Buchan y a Duncan?

—No lo sé. Me preocupa. Tal vez sea una trampa.

A Alana no le gustó aquello. Su posición era muy delicada: estaba en contra de Bruce y rezaba por su derrota, pero, al mismo tiempo, temía que lo derrotaran, puesto que no quería que capturaran, hirieran o mataran a Iain.

—Entonces, ¿los pueblos de Buchan lo están apoyando ahora? —preguntó, pensando en cómo había destruido Nairn. Iain le había dicho que las gentes de Buchan ya no se atreverían a apoyar a Buchan contra Bruce nunca más. Y ella lo creía.

—Ese maldito traidor gana popularidad —dijo Godfrey.

La doncella volvió con una bandeja llena de pan, pescado ahumado y queso de cabra. El muchacho comenzó a comer con apetito.

Alana ya no se sentía aliviada por la victoria en Elgin. ¿Qué sería de Iain? ¿Dónde estaba? ¿Debía preguntar abiertamente por él? Godfrey sabía que él la había liberado, y podría alegar que esa era la razón de su interés por el highlander.

Godfrey observó al soldado.

—¿Y cuál es la posición de Bruce ahora? ¿Dónde se va a producir su próximo ataque?

—Cuando salí de Elgin, Buchan estaba pensando que la guerra se retrasará hasta la primavera —dijo el chico. Finalmente, apartó el plato y añadió—: Milord, tengo más noticias. Bruce ha tomado la heredad de Concarn.

Godfrey se levantó de un salto.

—¡Concarn es de mi padre!

El chico lo miró con preocupación.

—Lo siento. El ejército de Bruce descansa allí.

Godfrey se puso muy rojo y se sumió en un silencio taciturno.

—¿Y qué hace Iain de Islay? —preguntó Alana.

Godfrey se giró para mirarla.

—Bruce lo ha enviado a Aberdeen —dijo el chico—. Lo saquea todo allí por donde pasa, advirtiéndole a todo el mundo que no se oponga a Bruce.

Ella se quedó consternada. Parecía que Iain no estaba herido, pero estaba destruyendo Aberdeenshire como había destruido Nairn.

—Parece que estás angustiada —dijo Godfrey—. ¿Por qué has preguntado por ese maldito highlander?

Aquel era un buen momento para huir. Alana se puso en pie.

—Nos liberó a Eleanor y a mí, Godfrey, y no tenía por qué hacerlo. Siento agradecimiento, aunque sea el enemigo —respondió. Después, se giró hacia el soldado—. Gracias por traernos las noticias —le dijo—. Ahora, voy a retirarme.

Godfrey se puso en pie de nuevo y se acercó rápidamente a ella.

—Deberías escribir otra carta, Alana, por si sir Alexander no recibió la primera. Han tomado Conarn, y es más pequeño e insignificante que Brodie.

Alana entendió lo que quería decirle Godfrey, y asintió.

—Muy bien. Voy a hacerlo inmediatamente.

—Bien —dijo Godfrey. Parecía que estaba a punto de tocarle el hombro, pero lo pensó mejor y se alejó hacia la chimenea, a mirar las llamas.

Eleanor se había levantado también.

—Voy contigo —le dijo a su nieta. Se agarró de su brazo, y ambas salieron al pasillo. Entonces, le dijo suavemente—: Han sido buenas noticias, Alana.

—Sí, por ahora, han sido buenas noticias —respondió ella.

Sin embargo, ¿lo eran? El asombro que le había provocado la retirada de Bruce estaba desvaneciéndose, como el alivio de saber que su padre estaba ileso. Bruce estaba en Conarn y... ¿Realmente estaba Iain arrasando pueblos y granjas, aterrorizando a la gente y exigiéndole su lealtad?

Cuando llegaron a las escaleras, un joven highlander, con el *plaid* y la capa de piel hechos jirones, salió de entre las sombras.

—¿*Mistress* Alana! —susurró, y la agarró de la muñeca.

Ella se sobresaltó y comprobó, con asombro, que se trataba de un niño de unos doce o trece años, con unos ojos azules muy brillantes.

—¿Quién eres? —inquirió.

Nunca había visto a aquel niño en Brodie y... ¿no era su *plaid* azul oscuro, con rayas negras y rojas?

—¡Shh! —susurró él, y miró a Eleanor—. ¿Es vuestra abuela?

Alana asintió. Entonces, trató de tomar una esquina de la tela escocesa para ver bien los colores, puesto que el pasillo estaba en la penumbra. ¿Cómo iba a saber aquel muchacho que Eleanor era su abuela?

—Iain me ha ordenado que os lleve con él —dijo.

A ella se le aceleró el corazón. Por supuesto, los colores que llevaba el niño eran los del

clan MacDonald. Soltó la tela de lana. Se había quedado tan atónita que pasó un momento antes de que pudiera hablar.

—¿Que Iain te ha enviado aquí?

—Vuelve a Conarn, milady. Pero tenemos que darnos prisa. ¡Si me atrapan, me darán una buena tunda!

Eleanor la agarró del brazo, mirándola con una gran preocupación.

—No puedes ir.

Alana miró a su abuela mientras pasaban por su mente las imágenes del incendio de Nairn, y las imágenes de sí misma en brazos de Iain.

Iain había enviado a buscarla.

Oh, Dios Santo... ¿qué iba a hacer?

No había desechado al instante la posibilidad de ir a su encuentro. Estaba indecisa...

Se habían separado enfadados, decepcionados. Después de todo lo que habían compartido la noche anterior, aquella era una forma muy dolorosa de despedirse... A ella todavía le causaba sufrimiento, y nunca hubiera creído que él todavía quería estar con ella...

Por otro lado, también su engaño la abrumaba. Se arrepentía de no haberle dicho la verdad sobre su nacimiento y sus visiones. Deseaba con toda su alma que él la quisiera tal y como era, aunque eso fuera una tontería por su parte.

Además, corría un peligro demasiado grande al ir a verlo a Conarn, donde también estaba Bruce.

Y ¿qué ocurría con Brodie y su defensa? Pensó en Godfrey. Todavía sentía desagrado por él, pero ambos compartían una ambición primordial: que Brodie estuviera a salvo.

Antes de que ella pudiera hablar, el chico dijo, atrevidamente:

—Ha dicho que os echa de menos, y que no aceptará un «no» por respuesta.

A ella se le escapó un jadeo, y se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Oh, qué hábil era Iain asestando el golpe de gracia!

—¿A qué distancia está Conarn?

—¡Alana! —exclamó Eleanor—. ¡Robert Bruce está en Conarn! ¡No puedes ir a su campamento!

—Está a menos de un día de camino —dijo el chico—. Llegaremos antes de que anochezca.

No podía ir. Bruce estaba allí. Él podía tomarla como rehén.

Miró a Eleanor.

—Tengo que volver a verlo.

Eleanor palideció.

—Muy bien, pero ahora, no. ¡En Conarn, no!

Ella pensó febrilmente. Estaba segura de que Iain no permitiría que Bruce le hiciera daño.

—Iain me protegerá —dijo.

—¿Crees que Iain iba a mentirle a su rey por ti?

Alana miró ciegamente a su abuela. ¿Acaso se había vuelto loca? ¿Y si se estaba equivocando? Iain era tan despiadado como decían; ella lo había visto en persona. Sin embargo, en aquel momento era su corazón quien la dominaba...

«La guerra solo puede separarnos si nosotros se lo permitimos».

—Tengo dos caballos escondidos en el bosque. Tengo pieles y mantas. ¡Tenemos que irnos!

—susurró el chico.

Alana miró a Eleanor.

—Dile a Godfrey que he ido a ver a mi padre.

—Alana, por favor, no vayas —dijo Eleanor. Su abuela se había quedado muy pálida.

—Tengo que ir a verlo, abuela. Lo quiero.

Eleanor cerró los ojos con un gesto de desesperación.

—Entonces, que Dios te ayude, Alana.

Cuando llegaron a Conarn, ya no nevaba, y el cielo estaba despejándose.

Habían tardado mucho más que una tarde larga y unas horas de la noche en recorrer el camino hasta el pequeño pueblo del noreste de Aberdeenshire. La nieve recién caída les había dificultado mucho la marcha, y los había retrasado. Habían tenido que parar, a la medianoche, cuando el viento arreció y la nieve comenzó a cegarlos, y habían tenido que refugiarse en un establo, detrás de una granja, hasta el amanecer.

—Ya hemos llegado —dijo el niño, con una gran sonrisa.

Alana se esforzó por devolverle la sonrisa al chico, cuyo nombre era Ranald. Después, miró al campamento.

Estaban en la cima de una colina, y bajo ellos se extendía un mar de tiendas de campaña. La aldea estaba a la izquierda, separada de la edificación principal por un par de praderas de pasto delimitadas con muretes de piedra. Todo, las tiendas, los campos y el bosque, estaba cubierto de nieve. También los tejados del pueblo, la casa, sus establos y sus cobertizos. Y la bandera de Bruce ondeaba sobre el campamento, amarilla y roja, y muy brillante.

Alana miró aquel estandarte, y sintió una punzada de miedo.

El niño chasqueó la lengua para animar al caballo, y Alana hizo lo mismo.

Había tenido un día y medio para pensar en lo que estaba haciendo. Al principio, había dudado de su decisión de ir a ver a Iain al campamento enemigo, pero, una vez de camino, aquellas dudas se habían disipado. Sabía que debía verlo de nuevo. Tal vez aquella fuera su última oportunidad, puesto que el futuro era incierto.

Mientras estaba en Brodie, no había tenido que preocuparse por la identidad de su padre, ni por sus engaños. En aquel momento, sin embargo, estaba muy preocupada por lo que le había ocultado a Iain.

Aquello era muy difícil para ella. Iain se merecía saber la verdad, y no estaba bien seguir engañándolo, pero debía hacerlo para protegerse a sí misma. Aunque quisiera hablarle a Iain sobre su padre y su tío, en aquellos momentos no podía hacerlo. Y, en realidad, se sentía aliviada; eso le daba un respiro.

Y, si su relación sobrevivía a aquella reunión, cuando llegara el momento oportuno, ella le diría toda la verdad: le contaría que era hija de sir Alexander y le contaría que podía predecir el futuro.

Pero aquel no era el momento oportuno.

Ranald se detuvo a preguntarle a un soldado dónde estaba Iain. Alana permaneció inmóvil sobre el caballo; era consciente de que los soldados que estaban cerca la observaban. Tenía el

corazón en un puño. Se le pasó por la cabeza que, si Bruce pasaba por allí, también la miraría. No era corriente ver a una joven atractiva en un campamento de guerra.

Alana se bajó la capucha sobre la frente. Debía evitar a todos los soldados, y debía evitar que Robert Bruce la viera.

Fueron guiados hacia una tienda muy grande, que estaba situada cerca de la casa. Alana vio la bandera que había sobre la tienda, recortada contra el cielo, y la tensión le atenazó el pecho. Lentamente, siguieron avanzando entre las otras tiendas.

Cuando estaban lo suficientemente cerca como para desmontar, la solapa de la tienda se abrió, e Iain salió al exterior.

Ella se echó a temblar. Él no se había molestado en abrigarse con una capa; tan solo llevaba la túnica corta sobre los muslos desnudos. Tenía un cinturón con dos espadas y una daga, y llevaba las botas de cuero. Tenía el pelo suelto cayéndole por los hombros. Alana había olvidado lo poderosa que era su presencia, lo masculino y lo guapo que era Iain.

Al instante, él la encontró con la mirada y caminó hacia ellos, dando zancadas largas y decididas. Tomó las riendas de su caballo y le dijo a Ranald:

—Bien hecho.

Sin embargo, no dejó de mirarla a ella.

A Alana se le aceleró el corazón, y todas sus dudas se desvanecieron. Estaba muy feliz de verlo, y se alegró de que no estuviera herido. No importaba que fuera implacable; en aquel momento, no.

—Siento que la nieve nos haya retrasado tanto —dijo Ranald.

Por fin, Iain lo miró.

—Estaba preocupado por si os había ocurrido algo.

—Yo no permitiría que le ocurriera nada a vuestra dama —respondió Ranald, mientras bajaba del caballo.

Iain sonrió brevemente, y volvió a mirar a Alana. Entonces, al tomó por la cintura y la bajó al suelo.

No la soltó; ella permaneció entre sus manos.

—Ocúpate de los caballos y ve a comer y a descansar, chico. Lo has hecho muy bien —dijo Iain.

Ranald sonrió tímidamente. Después, tomó las riendas de ambos animales y se los llevó.

—No sabía si te ibas a decidir a venir —dijo Iain.

—No tuve que decidir nada.

—Me alegra de que aún te importe este salvaje.

Alana posó las manos en sus hombros. Tenía las rodillas temblorosas y el cuerpo ardiente. Lo percibía todo de él: su calor, su fuerza y su olor.

—No importa lo que pase en esta guerra, Iain. Siempre me importarás.

A él se le oscureció la mirada.

—En Nairn me hiciste varios reproches. No lo aprobabas.

—No lo aprobaba entonces, ni lo aprobaré nunca —respondió ella. Abrió las manos y extendió los dedos por sus hombros fuertes.

—No quiero hablar de la guerra ahora —dijo él, con la voz ronca.

Y ella reconoció su tono de voz, su necesidad. Le latía el corazón con tanta rapidez que le

resultaba difícil respirar. También reconoció su propio deseo.

Entonces, tomó su cara entre las manos y, sin poder contenerse, lo besó.

Él se quedó rígido de la sorpresa.

A Alana le latía el pulso tan aceleradamente que se sentía mareada. Lo agarró por la nuca y lo besó con toda la pasión que sentía.

Y, de repente, él revirtió los papeles. La estrechó entre sus brazos e interrumpió el beso. Tenía una mirada ardiente, pero también llena de sorpresa.

Pasó un momento antes de que ella pudiera hablar.

—Yo también te he echado de menos —dijo ella.

Él la tomó en brazos y la metió en la tienda, abriendo la solapa de la entrada con el hombro. La depositó en su camastro y se tendió sobre ella con un movimiento ágil y suave. Se colocó a horcajadas sobre su cuerpo y le pasó las manos por detrás de la espalda.

—Si no hubieras querido venir, yo habría ido a Brodie.

A Alana se le hinchó el corazón de euforia. Le desabrochó el cinturón de las espadas y lo dejó caer al suelo. Él le tomó la mano y se inclinó sobre ella para besarla. Alana gimió y le tiró de la túnica mientras sus bocas se unían frenéticamente. Él hundió la lengua en su boca mientras se desabrochaba el segundo cinturón y lo lanzaba lejos. Alana le subió la túnica y él le subió la falda. Penetró en su cuerpo con ardor y con dureza.

Y, a los pocos instantes, los dos estaban gimiendo de placer, y Alana se sentía cegada de placer y alegría.

Y, después, volvió a la tierra y se encontró entre sus brazos, bajo él, en su pequeño camastro. Él se tendió de costado y la estrechó contra sí, y soltó una carcajada masculina de satisfacción.

—Así que me has echado de menos de verdad.

Ella posó la mejilla en su pecho.

—¿No es evidente? —preguntó, y le besó la piel—. Qué desvergonzados somos.

—Yo no me avergüenzo —dijo Iain, y le dio un beso en la frente—. Todavía tenemos horas antes de cenar...

Deslizó la mano por sus nalgas desnudas. Alana tenía la falda arrugada alrededor de la cintura. En aquel momento, ella solo podía pensar en hacer el amor. Se sentó y comenzó a desatarse el cinturón. Él la observó con los ojos muy brillantes. Ella lanzó a un lado el cinturón.

Entonces, lentamente, se quitó el pellote y, después, la túnica de color lavanda. Se quedó vestida, tan solo, con la camisa de lino blanco. Se deshizo la trenza y dejó que su espesa melena cayera por sus hombros. Sonrió.

Él gruñó y la tendió bajo su cuerpo, y le rasgó la camisa en dos.

—Vas a conocer al rey Robert —dijo Iain—. Bruce está aquí.

Alana estaba tendida bajo unas mantas de lana y una gruesa manta de piel, en su camastro. Él estaba en pie, y completamente vestido. Ella nunca se había sentido tan satisfecha, y nunca había deseado tanto evitar el enfrentamiento con la realidad. Sin embargo, aquellas palabras de Iain le acusaron una instantánea alarma.

—No te habré cansado tanto como para que no puedas levantarte, ¿verdad? —preguntó él,

con una enorme sonrisa.

—Claro que sí —dijo ella.

No quería conocer a Bruce, ni en aquel momento, ni nunca. Lentamente, se incorporó, sujetando la manta de piel contra el pecho.

A él se le borró la sonrisa de los labios.

—¿Qué sucede, Alana? —preguntó.

Tomó un taburete, lo acercó al camastro y se sentó.

Ella vaciló. Sabía que no podía seguir engañándolo. Lo quería demasiado.

—Iain...

—¿Qué sucede, Alana? ¿Por qué estás tan triste de repente? ¿No te he agradado esta noche? ¿O se trata de otra cosa?

—Por supuesto que me has agradado, Iain —dijo ella.

—Estás tan asustada como un ciervo en la mira del arquero.

—Estoy asustada.

—Debes de estar muy preocupada por tu lealtad. ¿Es eso? ¿Te preocupa ser leal a Brodie, a Buchan, en vez de a mí?

—No. Ahora no estoy pensando en mi lealtad.

—¿Sigues pensando en la destrucción de Nairn? Estabas muy enfadada conmigo.

—Sí, es cierto. Pero no es eso de lo que debemos hablar ahora.

Él entrecerró los ojos.

—Si no puedes serme leal, tienes que ser sincera.

Ella lo miró fijamente.

—Me importas mucho, ¿lo sabes?

Él abrió mucho los ojos, con una expresión de alarma.

—A mí también me importas tú, Alana —respondió, cuidadosamente. Después, se puso en pie.

—Temo por ti cuando estás en la batalla, pero, al mismo tiempo, no quiero que Bruce consiga la victoria.

—Eso es muy sincero, y muy difícil, a la vez.

—Es muy difícil. Pero hay más —dijo ella y, sin soltar la manta, se puso en pie—. No quiero perderte, Iain.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué ibas a perderme? Podemos ser amantes aunque estemos en bandos distintos de esta guerra. ¿Qué es lo que temes decirme, realmente?

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te he mentado.

—¿En qué?

—Mi madre es Elisabeth le Latimer, pero también sé quién es mi padre. Tenía terror a decírtelo.

Él se quedó muy sorprendido.

—¿Quién es tu padre, Alana?

—Por favor, perdóname —dijo ella, con el corazón encogido en el pecho—. Mi padre es sir Alexander... Comyn.

Durante un momento, él siguió observándola fijamente, con un gesto helado. Después, la miró

con horror.

Capítulo 7

Alana se enjugó las lágrimas de las mejillas.

—¿No vas a decir nada?

—¿Eres la sobrina del conde de Buchan? —le preguntó Iain con estupefacción.

Alana asintió.

—Sí. Lo siento mucho.

—¿Que lo sientes? ¿Eres la sobrina del peor enemigo del rey, y lo sientes?

—Sí, Iain. Mucho.

—¿Eres la sobrina de Buchan, y estoy compartiendo mi lecho contigo!

Iain se había quedado horrorizado. Ella estaba desnuda, salvo por la manta de piel con que se cubría, así que se dio la vuelta para buscar su ropa. De espaldas a Iain, se puso la camisa rasgada rápidamente, pero no tuvo tiempo de ponerse la túnica. Él la agarró del brazo.

Ella gritó.

—¡Me estás haciendo daño!

Él la giró brutalmente hacia sí, con una mirada de furia.

—¡Buchan te ha mandado aquí a espiarme!

—¡No! Iain, ¿cómo puedes pensar tal cosa?

Él la zarandó, y a ella se le escapó un sollozo.

—¡Muy fácil! Te envié a Boath Manor, ¿verdad? ¡Y, después, te envié a Nairn y te dejé en la torre para que yo te encontrara!

—¡No! —gritó ella.

—¡Sí! —gritó él, sin dejar de zarandearla—. ¿Te pegó porque te negaste a espiar, al principio? ¿O te pegó para dejarte una marca y que tú pudieras ganarte mi simpatía con más facilidad? ¿Me has tomado por idiota, Alana?

Alana tenía un dolor muy intenso en el brazo, donde él la estaba agarrando con brutalidad, pero aquello no era nada comparado con el dolor que tenía en el corazón.

—Iain, por el amor de Dios... Yo no quería engañarte, pero tenía mucho miedo de que tuvieras una reacción como esta...

Él la arrojó a un lado, con tanta fuerza que ella cayó sobre el camastro.

—¡Maldita seas!

Alana se encogió al ver que él rompía de un puñetazo el taburete en el que había estado sentado. Había temido que él se enfadara, ¡pero nunca hubiera esperado aquello!

Sintió terror al pensar que, tal vez, Iain nunca fuera a perdonarla, y que pudiera hacerle daño.

La solapa de la tienda se abrió, y dos highlanders entraron con las espadas en alto. Alana se encogió aún más.

Iain los miró ciegamente.

Los hombres se quedaron mirándolos a los dos con la boca abierta.

Al darse cuenta de que seguía medio desnuda, Alana se envolvió en la manta de piel. Se sentía muy mal, y tenía ganas de vomitar. Solo esperaba que Iain se diera cuenta de que ella no era una espía.

—Podéis bajar las espadas y salir —les dijo a los soldados.

Estaba temblando tanto como ella.

—Sí, Iain —dijeron los hombres, mirándola con curiosidad. Después, se agacharon y salieron de la tienda.

Cuando Iain se volvió hacia ella, Alana se estremeció de miedo.

—No me hagas daño —le pidió.

Él se quedó mirándola fijamente, con la respiración entrecortada.

—Ahorcamos a los espías —dijo, finalmente—. Colgamos a los traidores.

—¡Yo no soy una espía! ¡Soy tu amante! ¡No te he traicionado!

Él soltó una carcajada de desprecio.

—¿Mi amante? —preguntó, cabeceando—. Vamos, vístete.

Alana no se movió.

—Iain, por favor, escúchame.

En vez de eso, él se alejó y bebió directamente de la jarra de vino que había en la tienda.

—Vístete, Alana —dijo y, por fin, la miró. Tenía una expresión de ira.

Lentamente, ella se levantó.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a llevar a rastras ante Bruce? Ni siquiera me has escuchado.

—Él tiene que saberlo.

—¿Me va a ahorcar de verdad? —preguntó ella—. ¿Y tú lo vas a permitir?

—¡Es mi rey! —le gritó él, y lanzó la jarra al otro lado de la tienda.

Ella se abrazó a la manta de piel.

—Esto no puede estar sucediendo. He venido porque te quiero. Estoy segura de que lo sabes.

—No me hables de amor, Alana, ¡nunca más! —le advirtió él—. Solo una tonta habría venido aquí, o una espía. Y tú no eres tonta.

Ella se echó a llorar. Iba a perderlo para siempre, y pronto se convertiría en la prisionera de Bruce, ¡si no conseguía razonar con él!

—Yo no soy una espía. ¿Cómo iba a serlo? Vi a Buchan por primera vez en Nairn. Él ni siquiera sabía que yo te había curado en Boath Manor. Iain, por favor, créeme.

—No puedo creerme semejante historia. No. No soy un idiota como para que me engañes tal y como has hecho.

—¡Tú no eres un idiota! ¡Eres uno de los hombres más sabios que he conocido! ¡Iain! Te estoy diciendo la verdad. ¡Yo me encontré con la batalla de Boath Manor por casualidad!

—¿Y decidiste curarme las heridas por simple bondad? —preguntó él con una mueca burlona—. Yo desconfié, Alana, ¡y con razón!

—¡No! —exclamó ella. ¡No podía hablarle de sus visiones en aquel momento!—. Estás equivocado.

Iain caminó lentamente hacia ella, mirándola con frialdad.

—¿Por qué te golpeó, Alana?

Ella se quedó helada.

—Provoqué su descontento.

—¿Por qué? ¿Porque no deseabas espiar? ¿O porque intentó acostarse contigo, tal y como pensé en un principio?

—No. No intentó acostarse conmigo. Provoqué su descontento porque le di unas noticias que no quería escuchar.

—¿Qué noticias?

Ella se quedó inmóvil, con el corazón encogido. No podía hablarle de su capacidad de predecir el futuro, pero tampoco podía volver a mentirle.

—¡No puedes contestarme!

Ella se encogió, esperándose un golpe.

—¡Buchan deseaba utilizarme, sí! —gritó ella—. ¡Pero no como espía! Al principio, no pude ayudarle, pero cuando por fin lo conseguí, se puso furioso conmigo.

—Si no quería tu ayuda como espía, ¿qué quería? ¿Que fueras una prostituta? ¿Mi prostituta?

—¡No! ¡No puedo decirlo! —exclamó ella, entre sollozos.

Él estaba tan furioso, que Alana temía que le pegara. Sin embargo, Iain no lo hizo. Le temblaban las manos, pero apretó los puños y los bajó a ambos lados del cuerpo.

—Deberías haberte quedado en Brodie —dijo, finalmente—. Pero ahora sé por qué le temes tanto a Bruce.

—Por favor, no me lleses ante él.

—Es mi rey, maldita sea.

Alana jadeó.

—Yo tenía la esperanza de que, si alguna vez sabías quién era mi padre y cuál es mi familia, me protegerías de Bruce.

—¡Pues te equivocaste!

Alana lo miró con incredulidad.

—¡No!

Él atravesó la tienda y salió. La solapa se cerró tras él.

Alana comenzó a temblar de nuevo. Se puso de rodillas, se tapó la cara y se echó a llorar.

Alana se vistió. Cuando Iain regresó, estaba sentada en el camastro. No había pasado más de una hora desde que él se había marchado, lleno de rabia y de sospechas.

Ella se puso muy rígida. Tenía las manos agarradas en el regazo. Él se detuvo, agarrando la solapa de la tienda para mantenerla abierta, con una expresión tensa de ira y de angustia.

—Levántate. Recoge tu capa de piel.

Ella no podía moverse.

—Tenemos que hablar.

—No hay más que decir. Bruce te ha llamado.

Alana se puso en pie, tambaleándose.

—¿Me has acusado ante él?

—Todavía no sabe nada, pero nos ha convocado en el salón.

—¿No le has hablado de mí?

—Le hablé sobre ti hace días, Alana, cuando envié a Ranald a buscarte —dijo él—. Le

pareció curioso que tú te ocuparas de mí cuando me hirieron en Boath Manor, y que Buchan te dejara encerrada —explicó. Entonces, emitió un sonido burlón y despreciativo—. Yo le quité importancia, pero el rey presintió tu traición ya entonces. Vamos.

—Iain, no puedo ir. No puedo conocer a Bruce. No puedes decirle quién soy. No soy una espía, ¡pero tal vez decida aprisionarme y hacerme su rehén! Ni a Buchan ni a mi padre les importo nada. ¡Nunca pagarán ningún rescate!

—Él es mi rey, y nos ha llamado —respondió él, tomándola por la muñeca.

Alana inhaló una bocanada de aire a causa del dolor. Al zarandearla violentamente, él le había dejado el brazo amoratado y, al darse cuenta, la soltó. Entonces, tomó la capa de piel, que estaba sobre el camastro, y se la arrojó.

—Vamos.

Alana se puso la capa sobre los hombros y salió delante de él. Estaba a punto de conocer a Bruce, e Iain iba a decirle que ella era una espía. Se tropezó; no podía andar con normalidad.

Él la agarró del brazo para que no perdiera el equilibrio.

—Tal vez deberías haber pensado en el precio que tendrías que pagar si te atrapaban —le dijo, mientras la guiaba hacia la casa. Salía humo de la chimenea del edificio.

—Nunca se me ocurrió que fueras a pensar que yo era una espía de mi tío —dijo ella, con amargura—. Tenía miedo de que te enfadaras por el engaño, y de que te sintieras traicionado, pero nunca pensé que ibas a acusarme de una traición tan cruel.

—Y yo nunca pensé que iba a acostarme con la sobrina de Buchan —respondió él.

Sin embargo, la miró, y su expresión era de dolor.

—¡Ojalá te hubiera dicho la verdad cuando nos conocimos! ¡Ahora no pensarías que soy una espía! —gritó Alana. Estaba tan agitada que volvió a tropezarse.

Iain la agarró rodeándola con el brazo, y la llevó hacia la puerta de la mansión. Abrió la pesada puerta y la empujó hacia adentro. Después, la siguió.

Alana se sintió como si estuviera viviendo una pesadilla, como si estuviera caminando hacia su muerte. ¿Cómo podía hacerle aquello Iain?

Aquella puerta se abría directamente al salón principal de la casa. El interior era oscuro, y olía a humo. El techo inclinado de la casa tenía vigas de madera, y en las paredes había montadas varias cabezas de ciervos y jabalíes. Había un buen fuego encendido en la única chimenea de la estancia, y los soldados habían montado seis mesas, que estaban completamente ocupadas. Alana miró a todo el mundo y, rápidamente, se fijó en el rey de Escocia.

Robert Bruce estaba sentado en la cabecera de una de las mesas, hablando con sus hombres. Sin embargo, cuando entraron se volvió hacia ellos. Sonrió, y clavó los ojos en Alana.

Iain la tomó del hombro y la empujó hacia delante, aunque no con tanta fuerza como antes. Alana se echó a temblar mientras caminaban hacia el rey. Miró a Iain.

—Por favor, protégeme —le susurró.

Sus miradas se encontraron brevemente, pero él apartó la suya.

Bruce llevaba una túnica roja ribeteada en oro y unas medias marrones, y de su cuello colgaba una gruesa cadena de oro con una cruz. Tenía unos ojos muy azules y penetrantes. Alana apartó los suyos, porque no quería cruzarlos con los del rey, y le hizo una reverencia.

—Así que esta es la bella *mistress* Le Latimer —dijo Bruce—. No me extraña que no puedas vivir sin ella. ¡Qué bella sois, *mistress*!

Alana lo miró. Ni siquiera pudo hablar para darle las gracias, aunque no creía que eso tuviera importancia.

Entonces, Bruce los miró con suma atención a Iain y a ella.

—¿Qué ocurre, Iain? ¿Acaso he interrumpido una discusión entre amantes?

—Es algo más que una discusión entre amantes, milord —respondió él con tirantez.

Alana se estremeció de temor, y le lanzó una mirada suplicante.

—Acabo de enterarme de que es la sobrina de Buchan —dijo él.

Alana gimió, y Bruce abrió mucho los ojos.

—Su padre es sir Alexander Comyn —dijo Iain.

—Vaya, vaya, el enemigo está en tu lecho —dijo Bruce, como si le pareciera divertido.

Sonrió ligeramente, y se apartó de ellos mientras reflexionaba.

Alana se agarró de la mano de Iain, pero él la miró con enfado y se zafó de ella.

—Dice que no es una espía.

—¿De verdad? —preguntó Bruce, y se giró de nuevo hacia ellos. Entonces, miró a Alana.

—Alteza, ¿puedo hablar? —preguntó ella, con un hilo de voz.

—Por favor —dijo él, en un tono que parecía benevolente.

—No soy una espía. Me importa mucho Iain, y tenía mucho miedo de que llegara el día en el que mi conciencia me obligara a decirle quién era mi padre.

Bruce la estudió durante un momento. Después, miró a Iain.

—Es tan bella, que es casi imposible no creerla, ¿verdad?

—Sí —dijo Iain, ruborizándose.

—*Mistress*, ¿por qué íbamos a creer que vuestro padre y vuestro tío no os han enviado para que os acostéis con uno de mis mejores comandantes?

Tuvo que mirar a Bruce a los ojos, y se echó a temblar de miedo.

—Milord, todo el mundo sabe que mi padre me abandonó antes de que yo naciera, que no le importo nada, y que fue mi abuela la que me crió. ¿Conocí a Buchan por primera vez en mi vida en Nairn, hace una semana! ¿No son motivos suficientes para creerme?

—No, no lo son. Puede que vuestro padre os abandonara, pero Buchan o él pueden haber solicitado vuestros servicios la semana pasada, o hace quince días.

Alana no supo qué decir.

Iain intervino.

—Alteza, me confesó su identidad por voluntad propia.

Bruce se sobresaltó.

—Un punto a su favor —dijo.

—¿Por qué iba a confesar quién es mi padre si fuera una espía enviada por él, o por Buchan? —preguntó. Le lanzó a Iain una mirada de gratitud.

Él apartó la mirada con amargura.

—Tal vez porque sabíais que corríais el peligro de que os descubrieran —respondió Bruce—. En esas circunstancias, tal confesión es muy común —añadió, y se inclinó hacia ella—. Nadie juega mejor que yo al juego de la política y las intrigas, querida mía. Conozco todos sus misterios.

Ella se encogió.

El rey se irguió de nuevo.

—Buchan os golpeó y os encerró. ¿Cómo puedo saber yo que no fue una trampa para engañar

a Iain? A no ser, claro, que podáis explicar por qué iba a golpear y a encerrar a su sobrina.

Alana supo, en aquel preciso instante, que no revelaría que era una bruja a no ser que Bruce estuviera a punto de colgarla. Iain ya se sentía lo suficientemente traicionado, y ella no podía ni siquiera imaginar cuál iba a ser su reacción al conocer aquella otra noticia.

—No quiere decir por qué le pegaron y la encerraron, milord —dijo Iain con dureza.

—No importa —dijo Bruce, de repente, y puso la mano en el hombro de Alana—. Aunque sea una espía, estoy dispuesto a perdonarla.

Alana se quedó atónita. ¿Qué truco era aquel?

Iain se quedó igual de asombrado.

—¿Alteza?

—Siempre y cuando demuestre lo mucho que le importas. Será una prueba —dijo Bruce, que ya no sonreía. Su mirada era como un puñal.

—Me importa —susurró ella—. ¿Qué deseáis de mí?

—Serás mi espía —dijo él—. Espiarás a tu padre y a Buchan para mí, en nombre del amor.

Alana lo miró con espanto.

—¿Y bien, *mistress*? —preguntó Bruce, sonriendo por fin—. ¿Hasta qué punto puede ser difícil eso?

—¡Yo no sé nada de espionaje! —gimió ella.

—Parecéis lista. Estoy seguro de que aprenderéis —dijo Robert Bruce.

Alana estaba sentada en la mesa, a la izquierda de Iain. El resto de los bancos estaban llenos de extraños; algunos eran ingleses, otros escoceses de las Tierras Bajas. Iain era el único escocés de las Tierras Altas que había en aquella sala. Bruce presidía la mesa.

Estaban sirviendo la cena, y todo el mundo comía y hablaba a la vez. Salvo Alana, que no tenía hambre.

Miró el pescado que había en su plato, pero, en realidad, estaba atenta a todo lo que hacía Iain, que conversaba con el rey, comportándose como si no la conociera. Aquello era como si un cuchillo le atravesara el corazón.

¿Acaso la había querido en algún momento?

Ella no había pensado que se sintiera tan traicionado por su engaño, ni que creyera que era una espía. Pensaba que iba a enfadarse, sí, pero que la perdonaría. Y tenía la esperanza de que la protegiera de Robert Bruce.

No lo había hecho.

—¿Ha vuelto a enfermar alguien desde que atacamos Elgin? —preguntó Iain.

—No. Los cinco hombres que se pusieron enfermos ya están casi recuperados —dijo Bruce. Estaba apoyado en el respaldo de su silla, y miraba a Alana de vez en cuando.

—Cuando esos hombres cayeron enfermos, temí que fuera una epidemia de alguna clase —prosiguió Bruce—. Pero nadie más ha enfermado.

—Creo que tomasteis la mejor decisión al retiraros —respondió Iain—. Si hubierais tenido razón y se hubiera tratado de una plaga, todo nuestro ejército habría podido morir al día siguiente. Tal vez os hubieran capturado, milord, y nadie habría podido defenderos.

Así que aquel era el motivo por el que se habían retirado, pensó Alana, mirando su plato. El pescado había sido ahumado entero, seguramente en otoño, y sus ojos sin vida la miraban directamente. Tomó los cubiertos y le separó la cabeza del cuerpo. Dios Santo, estaba a punto de llorar.

Bruce le había ordenado que espíara a su padre y a su tío. ¿Qué podía hacer?

Se sentía hundida y aterrada. ¿El rey quería que probara su amor por Iain? Ella estaba dispuesta a hacerlo, ¡pero no espíando a su familia! No podía imaginarse traicionándolos de esa forma.

—He decidido esperar hasta la semana que viene para seguir la marcha —dijo Bruce—. Aquí se está bien. Si nadie más se pone enfermo, podemos alegrarnos de no sufrir una extraña plaga.

Lentamente, Alana cortó un pedazo de la carne blanca del pescado. Mientras lo comía, no sabía qué iba a hacer. No podía permitir que su amor terminara de aquel modo. Tenía que demostrarle a Iain que no lo había traicionado. Sin embargo, no podía espíar a su padre ni al conde de Buchan.

Una sirvienta estaba sirviéndole vino a Bruce. Se volvió hacia Iain con una sonrisa zalamera, intentando captar su atención mientras le servía también a él. Iain asintió para darle las gracias, sin sonreír.

Alana sintió consternación. Iain no se había dado cuenta del interés de la sirvienta, pero ¿cuánto tiempo duraría eso? Alana miró a la guapa pelirroja, que le frotó un pecho contra el brazo cuando se erguía para alejarse de la mesa.

Sin embargo, Iain siguió mirando su copa de vino como si estuviera absorto en sus pensamientos. Ella miró a Bruce y se puso muy tensa; el rey la estaba observando con suma atención. Sabía que estaba horrorizada por tener que espíar a su familia y, en aquel momento, consternada por aquella otra mujer. Bruce se volvió hacia Iain, y Alana oyó que le decía algo sobre Nairn.

Cerró los ojos brevemente. Estaba deseando llegar a la tienda y poder meterse bajo las mantas del camastro a llorar. Entonces, se dio cuenta de que no sabía dónde iba a dormir aquella noche. Dudaba que fuera en la tienda de Iain.

—No hubo sorpresas —estaba diciendo él.

Entonces, la miró.

Ella correspondió a su mirada pero, al instante, él apartó los ojos. Alana se dio cuenta de que estaban hablando de Nairn, y de que Iain acababa de recordar que la había encontrado prisionera en la torre, lo cual sí había sido una sorpresa. Alana siguió mirando a otro lado, pero no pudo evitar escuchar la conversación que mantenían. De todos modos, si no hubieran querido que la escuchara, la habrían enviado a alguna tienda.

—No he olvidado lo fácilmente que tomamos Nairn, ni el papel que tú tuviste a la hora de conseguir el triunfo —estaba diciendo Bruce—. Y, no, no hubo sorpresas importantes, aparte de la de *mistress* Alana.

—Tengo hombres valientes en los que confío —dijo Iain, negándose a mirarla—. Y Buchan y Duncan huyeron, como los cobardes que son. Fue fácil vencerlos, Alteza, y estoy deseando hacerlo de nuevo.

—Tus hombres son mis mejores soldados. Espero que tu primo Angus nos proporcione otro

ejército pronto.

—Yo estaré encantado de hablar con él en vuestro nombre —dijo Iain.

—Y puede que tengas que hacerlo dentro de poco —dijo Bruce, y volvió a mirar a Alana—. En el pasado hemos hablado de tu recompensa por servirme —continuó, fijándose en Iain—. Desde Nairn he tenido tiempo de pensar en las tierras que quiero concederte. Cuando termine la guerra, Iain, reconstruirás Nairn, y será tuyo. Te lo has ganado.

Iain miró al rey con los ojos muy abiertos. Alana también se quedó mirándolo fijamente.

—Gracias, Alteza —dijo Iain, con la voz ronca. Estaba atónito, pero también contento.

Era lógico que se hubiera alegrado. Alana también se hubiera alegrado por él, si el territorio de Nairn no formara parte del condado de Buchan. Una vez reconstruido, el castillo sería una fortaleza enorme y muy importante.

Si Bruce ganaba la guerra, Iain sería el señor de Nairn. Y, probablemente, también sería el señor de Brodie, que llevaba décadas bajo el control de Nairn. Ella no sabía qué pensar.

—Y eso no es todo, Iain, te mereces más que Nairn —prosiguió Bruce—. Necesitas una esposa, una heredera con grandes tierras.

Alana miró a Bruce con incredulidad, y él la observó a ella.

Por supuesto que Iain se casaría con una gran heredera algún día. Luchaba con Bruce por las ganancias, no por sentimientos... Todos los hombres deseaban casarse con una heredera, sobre todo los hijos menores de las familias. Sin embargo, ella se sintió peor, incluso, que antes.

El rey le lanzó una sonrisa.

—¿No tenéis apetito, *mistress* Alana? ¿O acaso no os gusta el pescado?

Ella apretó los puños en el regazo. ¡Odiaba a Robert Bruce!

—No tengo hambre, Alteza.

Él la observó.

—Supongo que ya sabéis que Iain se casará algún día.

Ella se ruborizó.

—No lo he pensado.

—¿Sabéis dónde está vuestro padre?

Alana estaba muy nerviosa, pero, al oír aquella pregunta, su tensión aumentó aún más.

—No, Alteza.

Él miró a Iain.

—Es bastante irónico, en realidad, pero la hermana de *mistress* Alana es una heredera. Una heredera en la que he estado pensando mucho tiempo.

Alana se quedó petrificada.

—¿No tenéis una hermana, *mistress* Alana? ¿Una hermanastra? —inquirió Bruce.

Iain se giró hacia ella.

—Tengo dos hermanastras... —balbuceó Alana.

—Estoy hablando de la heredera de Buchan, lady Alice Comyn —dijo Bruce.

Alana se atragantó y miró a Iain.

—Ya sabéis que Buchan no tiene herederos directos. Si muriera, lady Alice heredaría el condado.

Alana se dio cuenta de que estaba clavando las uñas en la mesa de madera. Miró a los dos hombres con angustia. ¡No había pensado en que Alice era la heredera de Buchan!

—Tengo planes para el condado cuando derrote a Buchan —dijo Bruce. Su tono de voz se había endurecido, y tenía los ojos oscurecidos por el ansia de sangre y venganza—. Voy a dividirlo y a entregarles los territorios a mis mejores hombres, a los más leales.

Iain la estaba mirando. Se giró hacia Bruce lentamente, con los ojos tan abiertos como antes.

—El hombre que se case con Alice tendrá derecho legal sobre sus tierras.

—Sí —dijo Bruce. De repente, apuró su copa de vino y miró a Alana—. Así pues, decidme, ¿dónde creéis que está vuestro padre?

—Lo último que supe de él es que estaba en Elgin, defendiéndolo de vos.

—Eso no es respuesta. Parece que tenéis afecto por sir Alexander, aunque él os abandonara. ¿No preguntáis por él?

Ella asintió, aunque sabía que él quería infligirle aún más dolor, y lo estaba consiguiendo.

—¡Todo el tiempo!

—Bien, continuad así. Deseo saber dónde está, y pronto. Tal vez me ponga en contacto con él para hacerle una oferta por Alice.

De repente, Alana sintió un dolor insoportable en el estómago.

—Sin embargo, Buchan sigue en Elgin. Tengo espías allí —dijo Bruce, y se puso en pie—. Está buscando más aliados, *mistress* Alana. Necesita más amigos para luchar contra mí. Lo sabe, y ha llamado al conde de Ross y a sir Reginald Cheyne, entre otros. Vos me diréis quiénes son sus nuevos amigos.

—¿Y cómo voy a hacer eso? —preguntó Alana. Todavía estaba intentando comprender lo que había estado diciendo Bruce. ¿Había sugerido que tal vez casara a Iain con su hermana? ¿Iba a comunicarse con su padre para proponerle aquella alianza?

—Estoy seguro de que una mujer inteligente como vos encontrará la forma de demostrarle su devoción a su amante —dijo Bruce.

Alana lo miró con espanto. Se dio cuenta de que todos los hombres se habían puesto en pie por respeto a su rey. Solo ella permanecía sentada. Lentamente, se puso en pie.

—Espero vuestras respuestas. Y sabed que, una vez que os hayáis convertido en mi amiga, también vos recibiréis una recompensa —dijo.

Después, se dio la vuelta y se marchó del salón.

Alana tuvo que sujetarse a la mesa, porque le temblaban las rodillas. Iain la tomó del codo.

Al principio, ella pensó que él quería ofrecerle apoyo. Sin embargo, cuando lo miró, él le devolvió una mirada dura y apartó los ojos.

Ella también giró la cabeza.

Alana no podía seguir el paso de Iain. Se sentía tan mal que no podía moverse con rapidez. Se tropezaba una y otra vez.

Él no aminoró la velocidad para ayudarla, sino que siguió sujetándole con fuerza el brazo. Estaban atravesando el patio helado, y ya había oscurecido. Parecía que se dirigían a la tienda de Iain. Ella no creía que fuera a dormir allí pero, por lo menos, él no la había dejado encerrada en el sótano de la casa.

Aunque aquello no tenía importancia. Alana solo podía pensar en que el rey le había

ordenado espiar a su propio padre, y que podía casar a Iain con su propia hermana como recompensa por sus servicios.

Cuando llegaron a la tienda, estaba perdiendo lo que le quedaba de compostura. Necesitaba gritar de desesperación y de furia. Sin embargo, se contuvo. No debía llorar delante de él.

Iain abrió la solapa y la soltó. Entonces, ella entró en la tienda, tambaleándose.

Oyó que la tienda se cerraba. Oh, Dios, ¿cómo podía Iain ser tan cruel y tan frío? ¿Y Bruce iba a casarlo de veras con su hermana, la gran heredera? Los hombres se casaban por el poder con frecuencia, pero ella no podía soportar aquella idea. Alice ya lo tenía todo.

Él estaba a su espalda, encendiendo velas. La tienda se iluminó tenuemente y, al ver el camastro que habían compartido tan poco tiempo antes, Alana tuvo que contener las lágrimas. Se giró lentamente hacia Iain.

—¿Estarías dispuesto a casarte con mi hermana? —le preguntó con un hilo de voz.

Él tenía una expresión dura y tensa.

—Es una de las mayores herederas del norte de Escocia. Sí.

Ella tomó aire bruscamente. ¿Acaso ella le había importado alguna vez?

—¿Cómo puedes pensar en algo semejante?

—¿Piensas que he dejado mi hogar y me he ido a la guerra para conseguir unas cuantas monedas?

Por supuesto que no, pensó Alana. Sin embargo, no lo dijo.

—Es mi hermana —gimió. Él no respondió, y ella le preguntó con amargura—: Si no te importa nada, ¿por qué me has defendido delante de Bruce?

—Yo no te he defendido —dijo él, y comenzó a arrojar algunas pieles al suelo, una sobre la otra.

—Le dijiste que confesé mi identidad por voluntad propia. Eso es una defensa —dijo ella, con la voz ronca.

Él se irguió y la miró.

—¡No fue ninguna defensa! ¡Solo dije la verdad!

Sus palabras eran como dardos. Acababa de echarle en cara que ella no le había dicho la verdad.

—Quería contarte la verdad en Boath Manor.

—Pero no me dijiste la verdad. ¡Mentiste! Sospeché de ti cuando nos conocimos, y ahora también —respondió él, y tomó un pedazo de cuerda.

Ella se echó a temblar.

—Iain, sé que te sientes traicionado, y que eso te está cegando el pensamiento. No pienses, entonces. ¡Mira en tu corazón! ¡Por favor!

Él se acercó a ella y la tomó de las muñecas.

—¿Qué haces?

Él le ató las muñecas por delante del estómago, sin mirarla a los ojos ni una sola vez.

—¿Acaso piensas que confío en ti?

—¡No voy a intentar escaparme!

Él la ignoró. Anudó la cuerda.

—¿Cómo puedes hacer esto? —preguntó ella, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Creía que te importaba! ¡Este no es el comportamiento de un amante!

—¡Me da igual! —respondió él, con aspereza—. La mujer que era mi amante ya no existe.

—¡Sí existo! ¡Mírame! ¡Soy Alana le Latimer!

—¡Sí, eres la sobrina de Buchan! —le gritó él.

—¿Así que vas a atarme, a mantenerme prisionera, a obligarme a espiar y después te vas a casar con mi hermana?

Él se alejó de ella.

—Eres la prisionera de Bruce, Alana, no la mía —respondió. Tenía la voz tan entrecortada como ella—. Yo tengo que custodiarte hasta que vuelvas a Brodie a espiar para nosotros. Por eso te voy a atar mientras duermo.

Alana se echó a temblar.

—Confiaba en ti —dijo ella.

—Pues no debiste hacerlo —replicó él. Entonces, echó la piel que llevaba sobre los hombros en el camastro que había preparado.

—Confié en que me protegerías —dijo ella. Finalmente, estaba cegada por las lágrimas, y no lo veía—. He confiado solo en una persona durante toda mi vida: en mi abuela. Y después, ¡confié en ti!

Él se estremeció de espaldas a ella. Después, se acercó a una pequeña mesa, bajo la que había un taburete nuevo, y se sentó en él. Se sirvió vino. Tenía las manos temblorosas.

—No, Alana. Yo confié en ti.

A ella se le cayeron las lágrimas. No pudo contenerlas. Él tenía la espalda rígida de ira. Alana se le acercó y posó las manos atadas en su hombro. Tenía mucho miedo de lo que les estaba sucediendo.

—Yo nunca tuve intención de traicionarte —susurró.

Él permaneció sentado, inmóvil como una estatua, respirando con dificultad durante unos segundos.

—Apártate, Alana —le advirtió.

Ella se echó a temblar.

—No quiero perderte, Iain.

—Es demasiado tarde.

Entonces, él se dio la vuelta y se levantó, tirando al suelo el taburete. La estrechó entre sus brazos y la besó con dureza.

Iain gruñó e incrementó la presión de sus brazos. Fue brutal, y ella supo que quería hacerle daño. El miedo luchó contra el deseo. Seguramente, al final, la pasión volvería a unirlos. Se sintió desesperada.

Mientras la besaba, Alana jadeó, y él se hundió más en su boca. Ella notó el sabor de la sangre. Sus manos estaban entre los dos, y las subió hasta el pecho de Iain. Se le pasó por la cabeza que, aunque ella protestara, él no le prestaría atención. Estaba furioso.

La hizo dar un paso atrás y la empujó sobre el camastro.

Su beso continuó con igual fiereza, y él siguió enfurecido, pero ella lo quería. No sabía si Iain quería castigarla pero, incluso si lo hacía, iba a soportarlo. Porque, seguramente, el sexo se convertiría en amor. Seguramente, la pasión repararía su relación. Estaba desesperada y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para calmar su ira, para recuperarlo.

Además, no creía que pudiera resistirse a él, de todos modos.

—Iain. Te quiero —dijo.

—Esto no es amor —respondió él.

—Sí, sí lo es —dijo ella, entre lágrimas.

Pero, antes de que pudiera protestar una vez más, o razonar con él, Iain se tendió sobre ella y la besó. Estaba empeñado en tomarla con toda la frialdad y la crueldad posibles, pero ella lo entendía. Le devolvió el beso, pero no con pasión.

—Te quiero —susurró de nuevo.

Iain gruñó de satisfacción. Sus lenguas se entrelazaron. Alana volvió a besarlo, y empezó a sentir deseo, pese a su crueldad. Siempre lo querría, siempre lo desearía. El deseo estalló. Sus bocas se fundieron en una, y ella movió las manos atadas hacia abajo, rozando su miembro. Encontró el borde de su túnica y tiró de él hacia arriba, y enganchó los tobillos en sus pantorrillas.

Él inhaló una bocanada de aire con brusquedad. Halló su falda y se la subió hasta la cintura, e interrumpió el beso mientras lo hacía. Sus miradas se cruzaron a la luz de las velas. Él tenía una expresión de lascivia, y también de angustia.

—Desátame, por favor —le rogó ella. Quería abrazarlo. Nunca hubiera querido hacerle tanto daño.

Su respuesta fue volver a besarla, con dureza. Metió uno de los muslos entre sus piernas.

Alana se olvidó de su atadura. Notó el cuerpo duro y masculino de Iain entre los muslos y sintió una urgencia que aplacó su miedo. Él se movió contra ella, y a Alana se le escapó un gemido de entre los labios.

Y, entonces, él se hundió en su cuerpo.

Ella se quedó inmóvil, atrapada entre la pena y el deseo. Sabía que él quería usarla. Cuando él comenzó a aumentar el ritmo de sus movimientos, ella le acarició la mejilla con ambas manos.

—Iain —susurró.

Él se echó a temblar.

—Me has traicionado.

—No —dijo ella.

Él se quedó inmóvil, y la besó profundamente. Ella le devolvió el beso, y sintió más y más deseo. Iain se irguió sobre ella, y ella jadeó. En aquella ocasión, él la observó mientras se movía dentro de su cuerpo.

Alana no pudo hablar más. Gimió, cegada por un placer cada vez más intenso. Sabía que siempre iba a necesitar a Iain. Se movieron uno contra el otro, con dureza, sin cesar, hasta que Alana notó la primera oleada del éxtasis. Finalmente, el placer se desbordó y la arrastró una y otra vez.

Lloró, sin poder evitarlo, entre sus brazos.

Se abandonó a aquella sensación de plenitud, sin poder pensar en nada más. Sin embargo, sintió el aire frío en el cuerpo.

Abrió los ojos. Iain se había levantado del lecho.

Ella se colocó de costado y se apoyó sobre ambas manos para incorporarse.

Iain estaba poniéndose la capa de piel por los hombros. Cuando terminó, sin mirarla, comenzó a apagar todas las velas.

Alana se quedó hundida. ¿Qué acababa de ocurrir? Pensaba que habían hecho el amor, pero... no, aquello no había tenido nada que ver con el amor. Y ella continuaba atada como una

prisionera. Sintió miedo.

—Iain.

Él apagó la última vela, y el interior de la tienda quedó en la oscuridad. No respondió. Alana pudo ver la silueta de su cuerpo mientras él se tendía en el camastro de pieles que había formado al otro lado de la tienda.

Ella sintió un profundo dolor en el pecho. Alana se tumbó, abrazándose con fuerza a la almohada. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera dormirse.

Capítulo 8

El cielo estaba cubierto. Iba a nevar antes de que anocheciera, aunque todavía quedaban horas para eso. Alana tuvo que contener las ganas de llorar.

Iba montada sobre una pequeña yegua marrón, con un soldado a cada flanco. Iain iba delante de ellos, con Ranald a su lado. Habían salido de Concarne poco después de que amaneciera, y ya era mediodía. Alana sospechaba que iban a llegar muy pronto a Brodie. Tuvo que agarrarse con fuerza a la montura, porque estaba tan angustiada que se encontraba enferma, y pensaba que iba a caerse de la yegua.

Tenía el corazón enfermo de dolor. La pasión que Iain y ella habían compartido la noche anterior no había cambiado la situación. Peor aún, había servido para ahondar más la distancia que había entre ellos. En aquel encuentro apasionado también había habido miedo, desesperación y desconfianza. Aunque ella hubiera llegado al éxtasis entre sus brazos, se sentía utilizada como si fuera un objeto.

Aquella mañana, Iain la había despertado sin decirle una palabra, cortándole la cuerda de las muñecas. Después, había salido bruscamente de la tienda, antes de que sus miradas pudieran cruzarse. Poco después había entrado Ranald, para decirle que se marchaban a Brodie.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Si la pasión no podía unirlos de nuevo, ¿cómo iba a conseguirlo?

De repente, Iain alzó una mano y detuvo al grupo.

—Brodie —dijo.

Se giró en su montura y la miró con una expresión glacial.

—Ranald va a ir contigo. Ponlo a trabajar en el establo, diciendo que es uno de los niños del pueblo.

Alana asintió como pudo. Dios Santo, ¿acaso iba a enviarla a Brodie sin hablar con ella en privado?

—¿Crees que podrás darme la información cuando *mistress* Alana la envíe? —le preguntó al niño, en un tono más suave.

Ranald asintió con energía.

—Sí, milord. El camino hacia Concarne es fácil.

Iain le sonrió.

—No vamos a estar mucho tiempo en Concarne. Cuando oigas un búho ululando a mediodía, sal al bosque para reunirme conmigo o con uno de mis hombres. Pero solo si es al mediodía, Ranald.

El niño asintió.

Iain se bajó del caballo y le entregó las riendas a Ranald. Después, miró a Alana.

—Tengo que darte unas instrucciones.

Ella se echó a temblar. Hizo ademán de desmontar, pero él sujetó la brida de su yegua.

—Puedes quedarte montada, las instrucciones son breves.

Iain llevó al caballo aparte del grupo.

Ella no quería quedarse en la montura. Quería bajar de la yegua y lanzarse a sus brazos, y pedirle que dejara aquella actitud absurda. ¡Un hombre no podía sentir afecto por una mujer un día, y despreciarla al día siguiente!

—No puedo separarme de ti así —dijo ella, con tirantez.

Él detuvo la yegua junto a un riachuelo helado, y la miró.

—¿Cuántos soldados tiene Duncan en Brodie? ¿Cuántos arqueros? —le preguntó.

—¿Eso es lo que me preguntas? ¿Me preguntas por las defensas de Brodie? —protestó ella. Se agarró a la silla, pasó una pierna por encima del caballo y comenzó a desmontar a toda prisa —. ¿No me preguntas si estoy contenta, si estoy triste o dolida?

Él la agarró rápidamente, antes de que cayera al suelo. Por un momento, le agarró la cintura con ambas manos, pero la soltó rápidamente.

—¿Qué ocurrió anoche?

Él se estremeció.

—Si te hice daño, lo siento.

—Me has roto el corazón, Iain.

—No. Eso es imposible.

—¡No me protegiste de Bruce y, anoche, me trataste como si fuera una sirvienta!

—Tú me sedujiste, Alana —dijo él—. ¡Tú viniste a mí!

—No. Yo no te seduje. Tú querías castigarme tomándome como si fuera una prostituta, y no la mujer a la que quieres.

—¡No te he traído aquí para hablar de lo de anoche!

Ella se quedó asombrada y dio un paso atrás.

Él se ruborizó.

Se hizo un terrible silencio. Por fin, Alana volvió a hablar.

—Sé que estás muy enfadado y que te sientes traicionado. Pero mi única traición fue no decirte quién era mi padre, porque me estaba enamorando de ti. Yo no soy una espía —dijo, y vaciló—. Algún día me creerás —añadió, pensando en su hermana Alice—. Espero que, cuando llegue ese día, no sea demasiado tarde.

Por un momento, él se quedó en silencio. Después, dijo:

—Tenemos que hablar de Brodie, Alana.

Ella se humedeció los labios.

—¿Por qué preguntas por las defensas de Brodie?

—Algún día, seré el señor de Nairn. Ese día, Brodie será importante para mí.

—¿Por qué? ¡Es un sitio muy pequeño!

—Lo fortificaré bien, y será mi primera línea de defensa para Nairn.

Al instante, ella entendió su estrategia, que no era un buen presagio para su casa.

—Brodie es mi hogar. Era de mi madre. Por derecho, debería ser mío, no de Duncan, ni de su hijo.

—¿Eso es una advertencia?

—¿Vas a atacar Brodie?

—Yo soy quien hace las preguntas, Alana. ¿Cuántos hombres tiene Duncan aquí?

Ella se abrazó a sí misma al pensar que Iain quería hacerse con Brodie. Se imaginó a Alice casada con él, siendo la señora de Brodie. No podía soportar que Alice viviera en su hogar.

—No puedo decírtelo, porque no lo sé.

—¿No lo sabes, o no quieres decírmelo? —preguntó él, con escepticismo—. Ahora espías para nosotros, Alana. Tienes que decirme todo lo que puedas sobre las defensas de Brodie.

—¡Iain, no me obligues a hacer esto! ¡Brodie es mi casa! Estoy segura de que puedes entenderlo. Y nosotros todavía somos amantes.

—No sé lo que somos, Alana —dijo él.

Tiró de las riendas de la yegua para que avanzara, y las enganchó en la silla. La entrevista había terminado. Deseaba que ella montara de nuevo.

Ella lo miró ciegamente; tenía los ojos empañados. Él se giró con impaciencia hacia ella.

—¿Qué vas a hacer cuando te des cuenta de que no soy una espía, y de que mi único pecado fue el miedo?

Él abrió mucho los ojos.

—¿Seguirás odiándome?

Iain tomó aire.

—No te odio, Alana. Pero no confío en ti.

Alana sintió una enorme consternación. Se agarró la falda para que no le arrastrara por la nieve, y caminó hacia él. Iain la tomó por la cintura y la subió a la yegua. Alana tomó las riendas.

—Procura tener las respuestas que necesito para dentro de dos días. Envía a Ranald aquí al mediodía.

Ella se dijo que nunca le revelaría las verdaderas defensas de Brodie. Eso tendría que averiguarlo él mismo.

—Aunque sea la hija de sir Alexander, te quiero, Iain —dijo, y azuzó a la yegua para volver junto a Ranald. Brodie estaba en la siguiente colina, junto a aquel bosque—. Que Dios te proteja, Iain. Que Dios te guarde en esta guerra. No podría soportar que te ocurriera algo.

—Espera —dijo él. Se acercó a la yegua y tomó la brida. Su mirada ya no era de enfado; era una mirada escrutadora—. Siempre me importará que seas una Comyn —dijo, con aspereza—. Siempre. Porque, aunque de verdad me quisieras, te importaría tu familia, y eso siempre pondría a prueba tu lealtad.

Ella jadeó.

—¿Qué estás diciendo?

Iain la miró directamente a los ojos por primera vez desde que había conocido su verdadera identidad.

—Si no fuiste a Conarn a espíarme, si fuiste porque me quieres de verdad, tal vez pueda perdonarte el engaño —dijo, y soltó la brida—. Vete.

Entonces, le dio una palmada a la yegua en la grupa.

La yegua comenzó a trotar hacia el castillo, y Ranald siguió a Alana.

Ella se giró y miró a Iain. Había esperanza. Todavía no había terminado todo.

Alana no estaba segura de qué recibimiento iba a darle Godfrey, y recordó que le había

pedido a su abuela que justificara su ausencia diciéndole que se había ido a hablar con sir Alexander. No quería destruir la incipiente tregua que había entre Godfrey y ella. Quería ser cuidadosa y mantenerla, y no revelar su engaño, sobre todo si Iain tenía interés en hacerse con Brodie.

El vigía los identificó, y los soldados les permitieron atravesar las puertas del castillo. Alana cruzó el patio y se alarmó al instante, porque vio a varios soldados ingleses saliendo del establo. Se giró hacia las puertas de la torre, donde esperaba ver a Godfrey, que debería estar esperándola para preguntarle dónde había estado.

Sin embargo, la puerta del salón permaneció cerrada. Alana vio a los soldados dirigirse hacia allí mientras ellos dos continuaban atravesando el patio a caballo.

—Tenemos compañía —le dijo a Ranald en voz baja—. Nunca había visto a esos soldados.

—Puedo averiguar quiénes son —dijo Ranald, con una sonrisa.

Alana detuvo a la yegua y desmontó. Ranald hizo lo mismo. El encargado del establo salió y la saludó con una sonrisa.

—*Mistress* Alana —dijo—. Permitidme que me haga cargo de esa pobre yegua. Está agotada.

El mozo, Seamus MacKinnon, miró a Ranald con curiosidad.

Alana agarró al chico del hombro.

—Gracias, Seamus. Este es el joven Ranald, de Tor, y le he dicho a su madre que puede trabajar aquí, en el establo, durante una temporada. Tiene siete hermanos, y la madre no puede darles de comer a todos.

—Ocho hijos, ¿eh? —preguntó Seamus, arqueando sus cejas grises y pobladas—. Eres bienvenido, chico, pero solo si haces lo que yo diga, cuando yo lo diga.

—Es un buen muchacho —dijo ella. Entonces, miró hacia el interior del establo, que estaba lleno de caballos, y su alarma aumentó—. Seamus, ¿tenemos visita?

—Pues sí. El conde de Buchan está en el castillo, milady, con su hermano.

Alana se puso muy tensa. Su padre estaba en Brodie. Por un momento, no pudo dar crédito.

—¿Estáis bien, *mistress*? —le preguntó Seamus.

—Estoy sorprendida, solo eso.

—Bueno, será mejor que me ocupe de los caballos. ¿Chico? Vamos.

Alana sonrió a Ranald y lo vio alejarse apresuradamente con Seamus. Sabía que el niño estaba en buenas manos. Entonces, se le encogió el corazón.

No sabía qué iba a encontrarse cuando entrara en el gran salón del castillo. Las últimas veinticuatro horas habían sido las peores de su vida, y no sabía si podía soportar más conflicto ni más decepciones. Y su tío estaba con su padre. Ella temía al conde de Buchan.

Salió decididamente del establo. Cuando estaba subiendo las escaleras hacia la torre, Godfrey salió por fin. Tenía una expresión muy seria.

Ella se ciñó la capa de piel al cuerpo.

—Hola. ¿Qué ha ocurrido?

Él no sonrió.

—¿Encontraste a tu padre, Alana?

Así pues, desconfiaba de ella, y con razón.

—Debería haberte dicho lo que iba a hacer. Lo siento. Me pareció buena idea ir a buscarlo —dijo ella, con toda la calma que pudo—. Pero no estaba en Elgin. Llegué justo cuando él

acababa de marcharse.

Godfrey la miró recelosamente, y dijo:

—No estaba en Elgin porque está aquí, con el conde.

Ella fingió que se sorprendía.

—La bandera de Buchan no ondea por ninguna parte.

—¡Está en guerra! Su presencia aquí es secreta —dijo Godfrey.

—Godfrey, ¿qué sucede?

—Deberías haber estado aquí para que pudiéramos recibir juntos a Buchan. ¡Se puso furioso cuando se enteró de que te habías marchado! La pagó conmigo, ¡como si yo pudiera controlarte! —exclamó Godfrey.

—Lo siento.

—Tengo suerte de que no me haya enviado a trabajar al foso, con los siervos y los soldados —dijo Godfrey. Después, bajó las escaleras rápidamente, la tomó del brazo y susurró—: ¡Han estado escribiendo cartas y enviando mensajeros a todos los rincones de Escocia! Temen a Bruce. No creen que Elgin pueda resistir un asalto de verdad. Y, si Elgin cae, después de haber perdido Lochindorb en el sur, estamos rodeados.

Alana se echó a temblar al pensar en lo que había oído: que Bruce emprendería la marcha la semana próxima. Sin embargo, no sabía hacia dónde. ¿Y por qué tenía Iain tanto interés en Brodie? Ella ya no sabía si le importaba quién ganara la guerra de Escocia; solo sabía que debía luchar por Brodie, aunque tuviera que luchar contra Iain. Especialmente, si le concedían la mano de su hermana Alice.

—¿Nos van a dar más soldados? —preguntó.

—No. Mi padre continúa en Elgin. No nos han dado más hombres. A nadie le importa Brodie, salvo a ti y a mí.

Alana pensó que tenía razón.

—Siento no haber estado aquí cuando llegaron.

Godfrey la miró.

—Buchan está furioso. Será mejor que le des una buena visión, Alana.

Ella se estremeció.

—No he tenido ninguna otra visión.

—Pues quizá debieras inventarte una... ¡Una visión que nos consiga defensas! —exclamó él, y volvió a tomarla del brazo—. Están en el salón. Saben que has llegado —dijo, y la observó con atención.

Alana empezó a temblar.

—¿Cómo está mi padre?

—Está bien, Alana. Ha preguntado por ti.

—¿De veras?

—No puedes eludir esta reunión y, de todos modos, ¿no era lo que querías? —dijo Godfrey, tirando de ella hacia la puerta—. Vamos. Él no se parece en nada a Buchan.

Alana no pudo preguntarle a qué se refería, porque en aquel momento vio a su padre. Estaba sentado frente al fuego, pero volvió la cara y la miró. Abrió mucho los ojos y se puso en pie.

Ella vaciló.

Godfrey hizo que entrara y cerró la puerta tras ellos.

—Señores —dijo—, *mistress* Alana ha vuelto.

Su padre era exactamente tal y como ella recordaba. Alto, de pelo rubio dorado, guapo. Parecía más un dios de la mitología griega que un hombre, aunque llevara ropa lujosa.

No era raro que su madre se hubiera enamorado de él.

El conde de Buchan se había levantado, y se dirigió hacia ella.

—Hemos estado esperando tu regreso, Alana.

Ella se estremeció y se dio cuenta, por su mirada fría, de que estaba enfadado.

—Lo lamento, milord —dijo—. No era mi intención haceros esperar —añadió, mientras se quitaba la capa.

—Eres una mujer muy valiente, para haberte marchado sola —dijo el conde. Se detuvo ante ella y la tomó de la barbilla—. Así que Iain de Islay tomó Nairn y te liberó.

Ella se ruborizó, preguntándose si él, de alguna forma, habría podido averiguar su relación con Iain. Sintió mucho miedo. Era consciente de que su tío la destruiría sin piedad si alguna vez llegaba a enterarse de que lo había traicionado acostándose con su enemigo.

—Él no sabía que yo era vuestra sobrina, milord —dijo—. Tampoco conoce mi habilidad para prever el futuro.

—Entonces, tuviste suerte. De haber sabido cuál era tu valor, no te habría dejado marchar —dijo Buchan. Le soltó la barbilla y señaló a sir Alexander—. Creo que conoces a tu padre, Alana.

Ella pudo mirar a sir Alexander, que sonrió y se acercó a ella.

—Mi hija —dijo, suavemente.

Parecía contento de verla, pero Alana no pudo devolverle la sonrisa. Cuando él le tomó la mano, se puso muy tensa. Llevaba quince años esperando aquel momento, pero, ahora que él estaba allí, no sabía qué decir, y no sabía lo que sentía. No sabía si estaba emocionada o consternada por verlo.

—Milord —dijo, inclinando la cabeza.

—Recuerdo la primera vez que nos vimos, cuando solo eras una niña —dijo él. Alana lo miró. Entonces, a él se le borró la sonrisa de los labios, y la observó atentamente—. Incluso entonces, hace tantos años, pensé que eras exactamente igual que tu madre.

—Nos conocimos cuando tenía cinco años —dijo ella, con la voz ronca—. No lo he olvidado —añadió, con una punzada de dolor en el pecho.

Él parecía bueno. Parecía que ella le importaba. Sin embargo, no había ido a verla en los últimos quince años. No podía ser bueno, ni ella podía importarle lo más mínimo, ¿verdad? Si le hubiera importado, habría ido a verla no solo una vez, sino muchas veces.

—Yo tampoco lo he olvidado —dijo él—. Mi hermano me dijo que te habías convertido en una hermosa mujer. Tu madre era una de las mujeres más bellas que yo he visto en mi vida, y tú eres su viva imagen.

¿Tenía los ojos empañados? ¿Por qué estaba a punto de llorar?

Alana quería preguntarle si había querido a Elisabeth, o si solo la había utilizado para saciar su lujuria. Quería preguntarle si se habría casado con Elisabeth si su madre hubiera sobrevivido al parto, o si se habría casado con Joan de todos modos. Quería saber lo que había sentido al saber que su amante estaba embarazada. Y, sobre todo, quería preguntarle por qué la había abandonado, por qué la había olvidado.

Sin embargo, no podía formularle aquellas preguntas.

Hizo una reverencia, y dijo:

—He oído decir que mi madre era muy bella. Dudo que me parezca tanto a ella.

Él sonrió.

—¡Qué respuesta tan modesta y tan perfecta!

—Gracias, milord.

—Tu madre también era modesta. Y era lista. Fuerte.

Alana se dio cuenta de que él había sentido afecto por Elisabeth. Al menos, ella sí le había importado.

—Lady Fitzhugh me ha dicho que tú también eres todo eso —comentó sir Alexander—. Debes de estar cansada, Alana. Y hambrienta. ¿Quieres sentarte conmigo?

—Gracias, milord —dijo ella. Le daba vueltas la cabeza.

El conde de Buchan había vuelto a su sitio, en la cabecera de la mesa, y Alana se sentó en un banco. No miró al conde. Sir Alexander se situó frente a ella. Le hizo un gesto a una sirvienta para que les llevara la comida, y le sirvió vino a Alana.

Godfrey se sentó junto a ella. Y, aunque le pareció raro, su presencia fue reconfortante para ella. Lo miró con agradecimiento.

—Me puse muy contento cuando mi hermano me dijo que veníamos a Brodie —dijo él, entregándole la copa.

—Podíais haber venido en cualquier momento, milord —respondió ella, cuidadosamente.

Él abrió mucho los ojos. Sin embargo, antes de que pudiera responder, Eleanor entró apresurada al salón. Sir Alexander se quedó aliviado.

—Lady Fitzhugh, podéis calmaros. Alana ya ha vuelto.

—¡Ya lo veo! —dijo Eleanor. Se sentó junto a su nieta y le dio una palmadita en la mano. Sin embargo, le clavó una mirada penetrante—. Alana, querida, ¿estás bien?

—Estoy muy bien, abuela —dijo Alana, y le dio un breve abrazo.

Después, miró a su padre, que las estaba observando. ¿Qué excusa tenía para no haber ido a verla ni una sola vez? ¿Le daría alguna explicación? ¿Se atrevería ella a pedírsela?

—¿Cuánto tiempo vais a permanecer en Brodie?

—Seguramente, nos marcharemos mañana —respondió sir Alexander—. Estamos reuniendo a nuestros aliados en esta guerra. No podemos perder el tiempo.

Alana se puso muy tensa. No quería oír nada más; si no sabía nada, no podría transmitirle ninguna información a Bruce.

—Nuestros espías nos han dicho que Bruce se pondrá pronto en marcha —dijo el conde—. No sabemos hacia dónde, aunque tenemos nuestras sospechas. Debemos preparar las defensas y derrotarlo de una vez por todas.

Alana se preguntó si debería revelarles que Bruce iba a emprender la marcha la semana siguiente. Sin embargo, no dijo nada.

—Alana, no vuelvas a arriesgarte de esa manera —dijo Buchan, de repente.

Alana se sobresaltó y se volvió hacia él con miedo.

—Duncan es tu tutor. En su ausencia, debes obedecer en todo a Godfrey —dijo, y miró directamente a Godfrey—: Tu deber es mantenerla a salvo. Si le ocurriera algo, te consideraría responsable a ti.

Godfrey palideció.

—Sí, milord.

A Alana se le cayó el alma a los pies. Sabía por qué Buchan se preocupaba repentinamente por su bienestar. Deseaba que ella tuviera nuevas visiones de la guerra.

—Godfrey dice que no has tenido ni una sola visión más —dijo el conde, confirmando así sus sospechas.

Ella miró a sir Alexander. ¿Acaso su padre también quería ella tuviera visiones del futuro que pudieran serles útiles en la guerra?

—No, no he tenido ninguna visión más —respondió ella. Miró la mesa, pensando en la imagen que se le había quedado para siempre grabada en la mente, la del condado convertido en ruinas y el estandarte de Bruce ondeando en el viento—. Y preferiría no volver a tenerlas nunca más.

—Quiero que se me informe en el mismo instante en que vuelvas a tener una visión, buena o mala. ¡Y no me importa si es sobre la guerra o sobre una maldita vaca! —gritó Buchan, y se volvió hacia Godfrey con una mirada fulminante—. Todas sus visiones tienen que ser escritas, ¡todas!

Godfrey asintió. Estaba muy pálido.

—Y me enviarás el escrito rápidamente.

—Sí, milord —dijo Godfrey.

Buchan miró a Alana.

—Y tú cumplirás con tu deber para conmigo, tu tío, y para con tu padre.

Alana no miró a sir Alexander en aquella ocasión. Se quedó mirando fijamente a su tío. Estaba enfadado, pero también estaba asustado. Tenía miedo de perder aquella guerra con Robert Bruce.

Y ella pensó que no le importaba quién ganara. A ella solo le importaba salvar su hogar.

Entonces, reflexionó un poco más: también le importaba Iain. Le importaba si vivía o moría, si vencía o sufría la derrota.

—Deseo cumplir con mi deber, milord —dijo ella. Sin embargo, no sabía si sus palabras eran sinceras. ¿Cómo podía ser leal a su familia, a Brodie y a Iain? Era imposible.

—Bien.

Buchan se mostró satisfecho mientras servían vino, pan y queso para todo el mundo. Alana apenas podía comer, pero partió un poco de pan.

—Háblame de Iain de Islay —dijo Buchan.

Alana estuvo a punto de atragantarse con el pan que estaba masticando. Cuando hubo tragado, dijo:

—¿Disculpad, milord?

—Él fue quien te liberó de la torre. Tú saliste de Nairn al día siguiente. Tengo espías, Alana, ¿o es que no lo sabes?

Ella no podía respirar. ¿Tenía espías dentro de Nairn? ¿Y si alguien los hubiera visto bajando al sótano, o despidiéndose con ira y decepción?

¿Le habrían hablado de su comportamiento?

Estaba segura de que, si alguien se lo hubiera contado a su tío, ella ya sería prisionera. Consiguió responder:

—Sí, nos encontraron en la torre y nos permitieron volver a casa al día siguiente. ¿Qué es lo

que deseáis saber, milord?

—Todo. ¿Por qué te liberó?

—No sabía que tengo relación con la familia Comyn, ni que puedo prever el futuro. Quería saber por qué estábamos prisioneras, pero yo no le dije nada, salvo que os había hecho enfadar.

—¿Y él aceptó esa respuesta?

Alana titubeó.

—No quedó conforme, pero yo no podía decirle quién soy, ni cuáles son mis habilidades.

—Fuiste astuta, Alana, y muy sabia. Si le hubieras dicho la verdad, ahora serías su prisionera. Iain de Islay es implacable. No debiste agradecerle con tus respuestas.

Ella se encogió de hombros.

—Creo que tenía cosas más importantes en las que pensar, como en quemar Nairn.

—Seguramente, tu belleza le afectó y no le permitió pensar con claridad —dijo Buchan, pensativamente.

—No lo sé.

—¿Por qué te ruborizas?

Ella sabía que le estaban ardiendo las mejillas.

—Milord, lo abordé a la mañana siguiente. Le rogué que no quemara el castillo, o que, al menos, respetara las granjas y el pueblo.

Buchan abrió mucho los ojos.

—Él estaba furioso y no me hizo ningún caso, como sabéis bien. Así pues... no creo que mi aspecto le afectara en absoluto.

Buchan se apoyó en el respaldo de su butaca y le dio un sorbo al vino.

—Bruce perdería un gran comandante si perdiera a Iain. Seguramente, a su mejor comandante.

Sir Alexander intervino:

—Tus arqueros no consiguieron derribarlo.

—No me lo recuerdes. Sin embargo, hay otras formas de acabar con un enemigo —dijo Buchan—. Y no estoy hablando de veneno.

Alana tomó su copa y bebió.

—El conde de Ross pagó un buen precio por la paz con Bruce —dijo sir Alexander—. ¿Crees que podríamos sobornar a Iain?

—A Ross no lo sobornó. Bruce iba a destrozarlo en el campo de batalla. A Ross no le quedó más remedio que pedirle una tregua a Bruce y pasarse a su bando. Y ahora, vacila, porque su lealtad está con nosotros.

—Iain de Islay no es un caballero, sino un soldado de fortuna —dijo sir Alexander.

—Lo que tú no sabes es que es leal a su primo Angus Og, que es como un padre para él, incluso más que su hermano mayor. No estoy seguro de que pudiéramos conseguir que traicionara a su primo ni a su señor. Y yo no tengo ganas de vaciar todas mis arcas de oro y que, después, Iain nos traicione. Sin embargo, él no tiene tierras, ni títulos, ni esposa.

Alana se irguió al darse cuenta del camino que estaba siguiendo Buchan.

—Está aquí, en el norte. Es obvio que desea tener tierras aquí —dijo sir Alexander.

—Bruce le ha ofrecido Nairn —dijo Buchan. A Alana se le escapó un jadeo. Él la miró—. Ya te he dicho que tengo espías, querida —le dijo. Después, se volvió de nuevo hacia su hermano

—. Así pues, lo que tenemos que ofrecerle son tierras, títulos y una esposa.

Alana se miró el regazo. Estaba muy asustada. Primero, Bruce deseaba ofrecerle una heredera a Iain y, después, Buchan también.

—He estado pensando en esto toda la noche —prosiguió Buchan—. No tengo hijas que ofrecerle, ni otras sobrinas disponibles, desde que la hija de William se casó con Alexander MacDonald y nos traicionó a todos. Tú tienes dos hijas, Alex, y ambas son herederas, ambas bellas y agradables.

Alana se estremeció. ¿Buchan estaba dispuesto a ofrecer a sus hermanas?

—Alice es tu heredera —dijo sir Alexander con tirantez. Claramente, aquello le había enfadado. No quería que su hermano le ofreciera a su hija Alice a Iain.

—Sí, es mi heredera... porque mi maldita esposa vive, cuando debería haber muerto en la horca por su traición —dijo Buchan, y dio un golpe en la mesa con su copa vacía—. Deberían haberla colgado y haber arrastrado su cuerpo por la ciudad, y haberle cortado la cabeza y haberla clavado en una pica. ¡Vino!

Estaba rabioso. Alana nunca había pensado en el hecho de que él no podía volver a casarse mientras su esposa siguiera con vida, y su esposa, Isabella, era prisionera del rey Eduardo de Inglaterra. Isabella había accedido a coronar a Bruce en Scone, siguiendo la tradición escocesa, y aquella traición le había valido una sentencia del rey de Inglaterra: vivir el resto de sus años encerrada en una jaula, como un animal, para que todo el mundo pudiera verla e insultarla.

—¿Cuánto tiempo puede vivir una mujer en una jaula? —preguntó sir Alexander con enfado—. Si tienes suerte, enfermará y morirá, y tú podrás volver a casarte y tener herederos. No puedo aprobar que Alice tenga que casarse con uno de los salvajes del clan MacDonald.

—¡Tengo cincuenta años! —exclamó Buchan—. Además, ¡como si tú desearas que yo tuviera un heredero! No temas, Alex. Alice es demasiado valiosa como para entregársela a un highlander solo para apartarlo de Bruce. Algún día, hermano, si tú vives más que yo, controlarás Buchan a través de tu hija, la nueva condesa, que se habrá casado con un poderoso cortesano.

Alana miró a los dos hombres. Ellos se observaban con un enorme antagonismo, no con afecto fraternal.

¿Acaso su padre ambicionaba el poder de Buchan?

Ya no le parecía bueno y amable.

—Deseo ofrecerle a Iain de Islay a Margaret. Ella tiene Tarredale como dote. Puedo añadir más tierras, tal vez darle el mando de Nairn, una vez que ella esté embarazada y podamos estar seguros de la lealtad del highlander. Me parece una buena oferta. ¿A ti no?

Sir Alexander se recostó en el respaldo de la silla con una expresión grave. No deseaba casar a su segunda hija con Iain, pero, claramente, no tenía otra elección.

—¿Me concedes uno o dos días más para pensarlo?

—Piénsalo todo lo que quieras —dijo Buchan y, de repente, se puso en pie—. He acabado aquí. Voy a terminar mis cartas. Me imagino que padre e hija tendrán cosas que contarse —añadió. Rodeó la mesa y posó la mano en el hombro de Alana.

Ella se estremeció y lo miró.

—Siento que mis hombres no te liberaran de la torre, tal y como se les había ordenado. Se portaron como unos cobardes y huyeron, y han recibido el castigo por ello.

Alana no sabía si creía lo que acababa de decirle Buchan, y sonrió forzosamente.

—Gracias, milord.

Buchan se alejó. Mientras, Godfrey la miró con preocupación, y se puso en pie.

—Voy a hablar con el sargento de guardia, Alana. Si me necesitas, estaré en la torre de vigilancia.

Alana sintió gratitud, como si de verdad fueran amigos.

—Voy a retirarme enseguida —le dijo.

Él asintió, miró a sir Alexander y se marchó.

—Alana, ¿quieres que me quede? —le preguntó Eleanor, con una preocupación evidente.

—Subo enseguida, abuela —dijo Alana, apretándole suavemente la mano.

Eleanor miró a sir Alexander.

—Tenéis una gran deuda con ella —le dijo, y salió de la estancia.

Alana y su padre se quedaron a solas en el salón.

Sir Alexander permaneció unos instantes mirando su copa de vino. Entonces, miró a Alana y sonrió.

Alana titubeó.

—No deseáis casar a mi hermanastra Margaret con Iain de Islay —murmuró.

—Yo no he dicho eso.

—A mí me parece evidente.

—Tú conoces a ese hombre. Es un highlander salvaje y bárbaro. Tus hermanas se han pasado media infancia en la corte francesa, cuando éramos aliados del rey francés, y durante el año pasado hemos vivido en la corte inglesa, para agradar al rey Eduardo cuando subió al trono. No creo que Margaret sea feliz casada con un highlander, sobre todo si él se la lleva a vivir a Islay.

Alana se sintió muy dolida. ¿Sabía su padre que, cuando hablaba de la felicidad de su hermana, era como si a ella la atravesara con un cuchillo? ¿Y su felicidad? Claramente, él quería a sus hermanas, pero ella no le importaba en absoluto.

—Pero ellos pueden vivir en Tarredale y en Nairn.

Sir Alexander se quedó mirándola fijamente.

—¿Estás a punto de llorar?

Ella estaba conteniendo las lágrimas. Cabeceó, y consiguió guardar la compostura.

—¿Cómo es?

—¿Margaret? —preguntó él con sorpresa—. Tiene quince años y es una muchacha muy dulce. Es rubia, y muy guapa, pero no tan guapa como tú.

—Pero ¿cómo es? ¿Qué le gusta? ¿Le resulta simpática a la gente?

—Es muy habilidosa con la aguja, y le encanta bordar y coser. Toca muy bien el arpa, y tiene la voz de un ángel. Nunca discute, y adora la poesía. Todo el mundo le tiene simpatía.

Alana se miró las manos; las tenía agarradas con fuerza en el regazo. No podía imaginarse a Iain con una esposa que tocara muy bien el arpa, que adorara la poesía y que nunca discutiera.

—¿Y Alice?

—Alice es morena, aunque no tan morena como tú. Es guapa, muy lista y muy fuerte. Algún día será una espléndida condesa.

Ella no podía soportarlo. Su padre estaba tan orgulloso de Margaret y de Alice...

—¿Y a Alice le gusta la poesía? ¿Sabe cantar? ¿Da sus opiniones?

—Canta mal, detesta la poesía y siempre está más que dispuesta a decirme lo que piensa.

A Iain podía gustarle Alice. ¡Podía gustarle mucho!

—Alice y tú os parecéis mucho —dijo sir Alexander, pensativamente.

¿En qué podían parecerse? Alice era una gran heredera. Alice había crecido con sus padres, entre lujo y privilegios. ¡Se había pasado la infancia en la corte francesa! ¡Algún día sería la condesa de Buchan!

Y nunca la había acosado sexualmente un hombre mayor. Su tío nunca la había golpeado. Nunca se habían reído de ella por ser bastarda, ni la habían despreciado por ser bruja.

¡Alice y ella no se parecían en nada!

—Me gustaría que conocieras a tus hermanas algún día —dijo, de repente, sir Alexander.

Alana lo miró rápidamente a los ojos, tan azules como los suyos. Estuvo a punto de preguntarle por qué. Quería gritarle, preguntarle por qué la había abandonado. ¿Por qué no la quería como quería a sus otras hijas?

En vez de eso, inquirió en voz baja:

—¿Ellas saben que existo?

—No.

Alana apartó la vista.

—Alana —dijo él, y le tomó la mano por encima de la mesa—. No hay nada que lamente más que la muerte de tu madre.

A Alana se le llenaron los ojos de lágrimas, pero sabía que no debía llorar, así que las contuvo.

—¿Por qué?

—Yo la quería —respondió él, y sonrió—. Me enamoré de ella a primera vista.

Alana retiró la mano y lo miró.

—Parece que no te lo crees.

—Cuando la conocisteis, llevaba viuda un año. ¿Por qué no os casasteis con ella?

A él se le borró la sonrisa de los labios.

—Mi padre ya había decidido mi compromiso con Joan. Yo conocía sus deseos, y sabía que algún día tendría que casarme con ella. Pero Elisabeth y yo no pudimos controlar lo que sentíamos el uno por el otro. No queríamos enamorarnos, pero sucedió.

Alana no estaba segura de si quería oír más cosas. No sabía que su padre ya estaba comprometido con Joan cuando había conocido a su madre. Esperaba que la hubiera querido de verdad. Y, en realidad, sí quería saber qué había ocurrido cuando él se había enterado de que Elisabeth estaba embarazada de ella.

—Joan sabe de tu existencia —dijo él—. Lo sabe desde que a Elisabeth comenzó a notársele el embarazo.

Alana se quedó sorprendida.

—Ella no lo encajó bien. Su padre se puso furioso, y mi padre, el conde, también —dijo sir Alexander, y se pasó la mano por la cara—. Tuve que confesar que el niño era mío, y hubo rumores. No fuimos discretos. Yo quería estar con tu madre, pero no pudo ser.

Ella se echó a temblar. No había podido desafiar a su padre, el conde. ¿Lo había intentado, al menos?

—Ojalá hubiera vivido Elisabeth, pero no por mí, sino por ti, para que hubiera podido cuidarte bien. Le doy gracias a Dios por lady Fitzhugh.

Alana comenzó a entender. Nunca se había planteado romper su compromiso con Joan.

—Ojalá hubiera podido darte una vida distinta —dijo él, mirando a la mesa.

—Pero no pudisteis —dijo.

Sin embargo, el padre de sir Alexander había muerto hacía varios años. Él podría haber ido a buscarla entonces, habría podido reconocerla y darle una vida mejor.

—Espero que lo entiendas algún día.

—Lo entiendo —respondió ella, levantando orgullosamente la barbilla.

Él había cumplido su deber con su familia, no con ella. Había querido a su otra familia, no a ella. No había tenido el valor necesario para desafiar a su padre, ni tampoco a su hermano mayor.

—Si Iain de Islay acepta, ¿le concederéis la mano de Margaret?

—Sí —dijo él—. Sé que estás disgustada, y que tú también necesitas un marido. Si complaces a mi hermano, él lo arreglará. Me lo ha dicho.

A ella se le encogió el estómago.

—Sí, debo proporcionarle una visión buena, e incluso me devolverá Brodie.

Sir Alexander le puso una mano en el hombro.

—Es importante que complazcas al conde. Es importante que todos lo hagamos —dijo él.

Alana se apartó.

—Entonces, ¿lo teméis?

—Es nuestro señor. Estamos obligados a obedecer. Y, Alana, él puede darte la vida que mereces.

Alana lo estudió atentamente. Le resultaba muy difícil mantenerse impassible.

—Así que debo complacerle, y él me recompensará.

—Sí. Debes tratar de tener esas visiones. Debes hacer lo que puedas.

Alana asintió. Sintió más dolor en el pecho.

—Lo intentaré, sir Alexander.

Cuando Alana llegó a su alcoba, Eleanor la abrazó.

—No voy a llorar —dijo ella, con la cara contra el pecho de su abuela.

—Oh, pobrecita mía —murmuró Eleanor.

Alana se apartó, enjugándose las lágrimas con el borde de la manga. Se sentó en su cama.

—Mi padre desea que tenga una visión. ¿Por eso ha venido? ¡Claro que sí! —gimió.

Eleanor se sentó a su lado.

—Alana, no quiero hablar mal de él.

—¡Quiere a mis hermanas! ¡Eso está muy claro! Pero yo nunca le he importado lo suficiente como para que viniera a verme, salvo ahora que Buchan necesita una visión mía —dijo, entre sollozos.

—Por si te sirve de ayuda, estoy de acuerdo contigo, pero no completamente. Creo que sir Alexander sí te querría si se lo permitieran.

Alana se giró hacia ella.

—¿Qué significa eso?

Eleanor suspiró.

—Joan odiaba a Elisabeth. ¿Cómo no iba a odiarla? Eran primas, y Elisabeth se convirtió en la amante de su prometido.

—Entonces, ¿mi madre era una cualquiera, tal y como dice siempre Duncan?

—Yo no he dicho eso —dijo Eleanor, y le pasó un brazo por los hombros—. Sabes tan bien como yo que la vida es complicada. Tu madre quería a mi hijo. Ella sufrió mucho cuando murió. Después, cuando conoció a tu padre, él era un caballero tan guapo y tan gallardo... Y él consiguió que sonriera por primera vez desde hacía un año...

Alana suspiró. ¿Cómo iba a juzgar a su madre en aquel momento? Sin embargo, sí quería juzgar a su padre.

—Buchan va a ofrecerle a Margaret a Iain.

—¿Qué ocurrió en Conarn, Alana?

—Le dije a Iain la verdad sobre mi padre. Iain y Bruce creyeron que me habían enviado allí a espiarlos.

Eleanor palideció.

—Yo lo quiero, pero no creo que él me quiera a mí en este momento —dijo Alana.

Se levantó y se acercó a la ventana. Abrió la contraventana, y vio que había una paloma en el alféizar, bebiendo de un pequeño charco que se había formado allí al derretirse la nieve. La paloma salió volando.

Alana la observó durante un momento, mientras desaparecía en el cielo oscuro. Después, miró el charco plateado.

Eleanor dijo:

—Tal vez eso sea lo mejor que puede ocurrir.

Sin embargo, su voz sonaba muy lejana, aunque estuviera sentada a su lado, en la cama. Alana se dio cuenta de que el pequeño charco la estaba hipnotizando. Tenía que apartar la vista. Sin embargo, el brillo plateado del agua se intensificó tanto que se volvió cegador. Alana se mareó. Nunca había visto una luz blanca tan brillante.

Comenzó a distinguir las formas de una alcoba de piedra que estaba tenuemente iluminada. Había cuatro personas. Eran cuatro mujeres; una de ellas estaba llorando, abrazada a otras dos. La cuarta estaba apartada, sola. Su pelo largo y moreno le resultaba muy familiar.

Alana se dio cuenta de que se estaba mirando a sí misma.

Entonces, una de las mujeres gritó y se lanzó hacia una cama.

Allí, sobre las sábanas ensangrentadas, había un hombre. Estaba mortalmente blanco, y sus ojos azules habían perdido el brillo de la vida... Su pelo era rubio...

Era sir Alexander.

—¡Alana!

Alana comenzó a vomitar, clavando las uñas en la piedra. Solo podía ver a su padre, muerto en aquella cama, mientras el suelo comenzaba a dar vueltas a su alrededor.

Capítulo 9

Alana se detuvo en el umbral del gran salón al día siguiente, agarrándose la capa de lana contra el pecho.

Todos se habían reunido para desayunar. Buchan estaba comiendo con buen apetito, como Godfrey. Su padre estaba apoyado en el respaldo de uno de los bancos, sin tomar nada, sumido en sus pensamientos.

Alana lo miró, temblando.

¿Qué significaba su visión? ¿Acaso iba a morir su padre, y ella iba a estar presente cuando eso sucediera?

No había podido dormir en toda la noche. Estaba muy preocupada por sir Alexander. Desconfiaba de él y se sentía muy herida por su favoritismo, pero no deseaba que muriera.

Rezó para que aquella visión, así como la de la destrucción del condado de Buchan, fuera falsa.

¿Y si no lo era? ¿Qué iba a hacer?

Su padre la vio y sonrió.

Buchan también la vio. No había vuelta atrás. Alana comenzó a andar junto a Eleanor, con el corazón encogido. Quería cumplir con su deber, por supuesto que sí. El problema era que ya no sabía cuál era su deber, ni a quién se debía en realidad.

Se sentó junto a Godfrey, frente a sir Alexander. Mientras saludaba a todo el mundo, solo podía ver a su padre muerto en unas sábanas ensangrentadas.

—Buenos días, Alana —dijo su padre, alegremente.

Alana sonrió.

—Buenos días.

—No has comido nada —le dijo Buchan a su hermano—. Si mis exploradores vuelven pronto hoy, saldremos inmediatamente.

Sir Alexander pinchó un pedazo de carne de pato.

—De repente, he recuperado el apetito —dijo, sonriéndole a Alana. Sin embargo, la sonrisa se le borró rápidamente de los labios—. ¿No te encuentras bien?

Alana se dio cuenta de que ya no podía sonreír más. En aquel preciso instante, entendió por qué se había dejado hechizar su madre. Con aquella sonrisa, se convertía en un hombre muy guapo, y conseguía aparentar que estaba muy preocupado y era muy afectuoso.

—Estoy bien —dijo ella.

Ella comenzó a comer un poco de pan con queso, y miró de reojo a Buchan. No tenía intención de sufrir nuevamente su furia. No iba a contarle una visión que no le gustara.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Godfrey, en voz baja.

Ella lo miró rápidamente. ¿Acaso estaba empezando a conocerla tan bien, después de todos aquellos años, como para saber que estaba angustiada? ¿O siempre la había conocido bien, y ella

no había querido verlo?

—No he dormido bien. Me asustaste cuando me dijiste que Elgin iba a caer, y que Brodie quedaría rodeado. ¿Qué va a pasar aquí en Brodie cuando mi tío se marche?

—Nos deja con veinte hombres mañana —respondió Godfrey.

Ni siquiera con veinte hombres más podrían impedir que Iain tomara Brodie si lo deseaba.

—No puedo prescindir de más —dijo Buchan, que los había oído—. Anoche recibí un mensaje de Mowbray. Quiere encontrar a Bruce, sacarlo de su guarida y aplastarlo de una vez por todas.

Alana dejó su pan a un lado.

—¿Es eso posible?

—Es posible si lo sorprendemos —dijo Buchan—. ¿No te he contado la noticia? El rey Eduardo nos envía un ejército.

—Entonces, la batalla no se postergará hasta la primavera —dijo Alana.

—¿Y eso te apena? —le preguntó Buchan bruscamente—. ¿Acaso no deseas que atrapemos a ese loco del rey Robert y lo matemos de una vez? ¿No deseas que haya paz en el norte de Escocia?

—Por supuesto que sí —dijo Alana. Sin embargo, también temía por Iain, si llegaba a producirse aquella emboscada.

—Si podemos arrebatárselo a Iain de Islay antes a Bruce, mucho mejor —dijo sir Alexander.

—Envié a un mensajero a Concarn anoche, con una carta para él —dijo Buchan, y apartó el plato con brusquedad.

Alana miró hacia abajo rápidamente. Estaba segura de que se había ruborizado. ¿Acaso el mensaje de su tío contenía una oferta de matrimonio para Iain? ¿Qué otra cosa podía contener?

—No me lo dijiste —respondió sir Alexander con tirantez. Él también apartó su plato.

—No sabía que tenía que hacerte partícipe de mis actos —replicó Buchan.

—¿Le has hecho la oferta de matrimonio en esa carta?

—Por supuesto que no —respondió Buchan desdeñosamente—. Debemos tener una reunión en privado, Alexander, sin que lo sepa Bruce, para que yo pueda ofrecerle a Margaret y sus tierras.

Sir Alexander se frotó la mandíbula sin afeitarse.

—No pongas esa cara. Si podemos convencer a Iain de que traicione a Bruce, de que luche con nosotros, me parece que podremos terminar esta guerra de una vez por todas.

¿Traicionaría Iain a Bruce? Alana no lo creía, pero sabía que ambicionaba tierras y poder. Ella era su amante, pero él estaba interesado en un matrimonio con Alice. Alana no era ingenua. Los hombres cambiaban de bando en la guerra, y cambiaban de ideas políticas todo el tiempo, solo por el interés.

Tal vez Eleanor tuviera razón. Tal vez lo mejor fuera que Iain ya no sintiera nada por ella. Tal vez ella también debiera dejar de amarlo. De lo contrario, no sobreviviría a su matrimonio con una de sus hermanas.

Alana miró a sir Alexander, y se dio cuenta de que él seguía observándola fijamente. Su padre se volvió hacia Buchan.

—Esta conversación sobre el matrimonio está angustiando a Alana.

—¿De veras? Entonces, debe darme una o dos visiones, para que yo pueda recompensarla

como es debido, con un marido para ella —dijo Buchan, y miró a Godfrey con una sonrisa.

Godfrey se sobresaltó, al igual que Alana.

—Tú quieres recuperar Brodie, y tienes derecho —dijo Buchan—. Godfrey va a heredarlo. ¿No sería una buena unión, la vuestra, si me complaces, Alana?

Alana se quedó boquiabierta. Buchan acababa de sugerir que se casara con Godfrey, su enemigo desde la niñez y, desde hacía poco tiempo, su aliado. Lo miró, y él también la miró a ella, con las mejillas enrojecidas y una mirada de tanto asombro como la suya.

—Esa es una buena idea —dijo sir Alexander.

Alana tomó aire. En aquel momento, vio su futuro: ella estaría casada con Godfrey y viviría en Brodie, e Iain sería el señor de Nairn y de Brodie, y estaría casado con una de sus hermanas.

—¿Alana? Debes de estar contenta —dijo sir Alexander.

Alana sabía que se había puesto muy roja. Se giró hacia su tío.

—Gracias, milord —dijo.

Sin embargo, no había terminado de hablar cuando sonaron unas campanadas de alarma. Todos los hombres de las mesas se pusieron en pie y echaron mano a la empuñadura de la espada.

Alana también se levantó. Se aferró a Eleanor, preguntándose si estaban atacando Brodie. Dos soldados entraron apresuradamente. Llevaban agarrado a un highlander con unos grilletes en los tobillos.

—Milord, lo encontramos en el bosque, hablando con un chico, y con vuestro mensajero muerto a sus pies. El chico consiguió escapar.

Alana inhaló una bocanada de aire. Aquel highlander le resultaba familiar; lo había visto en el campamento de Concar. Le habían dado una paliza y tenía la nariz rota. Sangraba mucho. La miró con sus ojos grises; claramente, la había reconocido. Sin embargo, apartó la mirada y no dijo nada.

Alana también apartó la mirada, con horror. Iain había enviado a aquel highlander a reunirse con Ranald. Sin embargo, a él lo habían atrapado, mientras que Ranald había podido huir...

—¿Mató a mi mensajero? —gritó Buchan.

Uno de los soldados le entregó un rollo de pergamino.

—Lleva vuestro sello, milord. Este perro lo tenía encima.

—Llevadlo fuera y, cuando volváis, aseguraos de poder decirme dónde está Iain de Islay, y dónde está Bruce.

Alana se echó a temblar. Iban a torturar al highlander para sonsacarle la información y, después, lo matarían. ¿Y Ranald? ¿Estaría escondido en el bosque?

—Pensaba que Bruce estaba en Concar —dijo.

Todo el mundo se giró a mirarla como si estuviera loca. Y lo estaba, por atreverse a hablar.

—Todavía hay más, milord —dijo uno de los soldados—. El chico era de los establos de este castillo.

Buchan abrió unos ojos como platos.

—¿Han puesto a un niño aquí a espiar?

Alana se estremeció.

—Encontrad también a ese maldito niño. Y daos prisa —dijo Buchan.

Los soldados se marcharon, llevándose a rastras al highlander.

Alana pensó frenéticamente. ¿Cómo podía impedir que los soldados mataran al highlander?

¡Ojalá Ranald no intentara volver a Brodie! No solo correría un gran peligro, sino que su engaño quedaría descubierto.

—Ven conmigo, Alexander —le ordenó Buchan a su hermano. Los dos hombres salieron apresuradamente.

Alana se sentó en el banco, temblando. Por lo menos, el mensaje de Buchan no iba a llegar a manos de Iain. Sin embargo, aquella era la menor de sus preocupaciones. Si Iain deseaba casarse con una heredera, lo haría de todos modos.

Godfrey estaba en la puerta, a punto de marcharse, pero se volvió a mirarla.

—¿Qué te pasa, Alana? Parece que estás enferma.

Ella no quería mentirle, pero no tenía otro remedio.

—¿Teníamos a un espía aquí, entre nosotros?

—No lo sé, pero voy a hablar con Seamos y a averiguar de dónde ha salido ese chico —dijo él—. Si consiguiéramos que Iain cambiara de bando, esta guerra podría terminar dentro de muy poco.

Ella se humedeció los labios.

—No sé si él traicionaría a Bruce.

—¿Solo porque lo has visto una vez? ¿Porque te liberó de la torre?

—Quemó Nairn, lo dejó hecho escombros y cenizas, Godfrey... Es implacable.

—Si es implacable, tal vez acepte a Margaret y sus tierras, y traicione a Bruce —dijo él, y la observó atentamente—. Te conozco bien, y sé que hay algo que no me estás diciendo. Sin embargo, no sé por qué no quieres que se case tu hermana, sobre todo teniendo en cuenta que Buchan va a permitir que tú te cases también.

Ella se echó a temblar.

—Ya le has oído —susurró ella.

—¿Te resulta tan repulsiva la idea de una unión entre nosotros?

Alana no pudo contener más las lágrimas.

—No. Antes, tal vez, pero ya no. Sin embargo, Godfrey, yo no te quiero.

—El amor no tiene nada que ver con el matrimonio —dijo él.

Aquel mismo día, un poco más tarde, Alana se protegió con su capa de piel en los escalones de subida a la torre.

Estaba nevando. El conde de Buchan se estaba montando en su enorme corcel. Sus caballeros y sus soldados estaban esperando la orden de arranque para marcharse. Alana estaba junto a Godfrey y a Eleanor, y se sentía aliviada de verlos marchar, aunque también estuviera asustada por la seguridad de su padre.

Sir Alexander todavía no había montado. Se acercó a ella tirando de las riendas de su caballo gris, y sonrió.

—Hemos tenido muy poco tiempo para conocernos —dijo él.

Alana se dio cuenta de que iba a echarlo de menos, pese a todo. Bajó las escaleras rápidamente.

—Sí, ha sido muy poco tiempo —dijo, con la voz enronquecida.

—Parece que estás triste.

—Esta guerra me da miedo. Por favor, tened cuidado.

—Haré lo que pueda. Y, Alana, cuando llegue el momento adecuado, enviaré a buscarte.

Alana se quedó anonadada.

—¿A mí?

—Ya es hora de que conozcas a Margaret y a Alice —dijo él, y le dio un breve abrazo, dejándola aún más asombrada. Después, se dio la vuelta y montó ágilmente.

Alana se sintió muy mal. No quería que muriera; quería conocer a sus hermanas, y llegar a conocer de verdad a su padre.

Sabía que no quería traicionarlo, aunque estuviera obligada a espiar para Bruce. Sin embargo, tenía que saber qué estaba ocurriendo, porque también estaba muy preocupada por la seguridad de Iain.

—Padre.

Él detuvo su caballo bruscamente, con los ojos muy abiertos.

Ella no quería dirigirse a él de aquella forma tan íntima, pero sus labios habían pronunciado la palabra antes de que pudiera evitarlo.

—¿Habéis sabido dónde se encuentra Bruce?

—Sí. Ese es el motivo de la urgencia de mi hermano. Vamos a atacarlo por sorpresa, el día de Navidad.

Alana jadeó. ¡Solo faltaban ocho días para Navidad!

—No te preocupes, Alana. Nuestro ejército ha aumentado, y tenemos el elemento sorpresa de nuestro lado.

—¿Y dónde está? —preguntó.

—Está en Slioch, Alana —dijo sir Alexander, y entrecerró los ojos—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tiene algo que ver con tu hermana?

Ella se puso rígida. No estaba pensando en el interés de Buchan por casar a su hermana con Iain, al menos, hasta que su padre había vuelto a mencionarlo. ¿Le habría enviado Buchan otro mensaje a Iain? Se imaginó que sí.

—Alana —continuó él—, cuando conozcas a Margaret, la querrás. Tus celos desaparecerán, estoy seguro. Ella no tiene ni un solo enemigo en el mundo. Todo el mundo la quiere.

Alana apenas pudo asimilar sus palabras. ¡Así que todo el mundo quería a la guapísima Margaret! Estuvo a punto de decirle que no sentía celos, pero se quedó callada, porque él tenía razón. Sin embargo, no podía pensar en su hermana en aquel momento.

Buchan y su padre se iban a la guerra; iban a tenderle una emboscada a Bruce en la montaña de Slioch dentro de ocho días.

Tenía que avisarles.

Vio a Buchan y a su padre dirigir a su ejército hacia las puertas de la muralla, y los vio salir y desaparecer. Comenzó a nevar con fuerza.

Cuando, por fin, todos se hubieron marchado, el portón se cerró de nuevo. Alana se sentó en el último escalón.

Godfrey se le acercó.

—¿Por qué te importa que Margaret se case con Iain? —le preguntó—. ¡Deberías alegrarte de que podamos comprar a ese salvaje! ¡Tú quieres que esta guerra termine! ¡Lo deseas tanto

como yo!

Ella alzó la vista y lo miró.

—Por supuesto que sí.

—¿Qué sabes tú que yo ignoro?

—Nada.

—No, Alana. Estás ocultando algo, y estás muy disgustada. Sé que sientes celos de tus hermanas, pero también sé que ese no es el motivo de tu angustia. Ya no somos enemigos. Hemos firmado la paz, o eso creía yo... Soy tu amigo, si deseas confiar en mí.

Alana se abrazó las rodillas. Detestaba tener que mentir a Godfrey, pero no podía confiar en él.

Godfrey se dio la vuelta con el semblante muy serio, atravesó el patio y subió a la torre de vigilancia.

Alana lo miró hasta que desapareció en el interior. Se puso en pie, y se encontró con la mirada de desaprobación de su abuela.

—Vas a avisarlos, ¿verdad?

—Tengo que hacerlo.

—¡Alana! Si Buchan se entera de que lo vas a traicionar, no le va a importar que seas su sobrina. Te cortará la cabeza.

Alana no pudo hablar. Pasó por delante de su abuela hacia la entrada de la torre. Sabía que Eleanor hablaba literalmente, y que tenía razón.

Alana se levantó de la cama. La pequeña alcoba estaba a oscuras, salvo por la luz tenue que emitían las ascuas del fuego que ardía en el brasero. Eleanor también se incorporó, y encendió una palmatoria.

Alana se puso las botas y tomó su capa de piel, sin mirar a su abuela.

—Alana, no lo hagas —le pidió Eleanor—. ¡No vas a poder llegar a Slioch! No puedes atravesar todo el noroeste de estas tierras en pleno invierno, en mitad de la nieve, ¡ni siquiera con la ayuda del hijo de Seamus!

—No tengo tiempo de discutir.

Eleanor se levantó de la cama y la agarró de la muñeca.

—Hija, te estás arriesgando mucho.

—Abuela, no puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que le tiendan una emboscada a Iain. ¡Podría morir!

—Si no cuentan con el factor sorpresa para este ataque, es tu padre el que podría morir.

Alana ya lo había pensado.

—Estoy en una situación horrible, lo sé. Pero, si tengo que elegir, elijo a Iain.

Se puso la capa y se dirigió hacia la puerta.

—Él no te quiere —le dijo Eleanor.

Alana vaciló. Después, abrió la puerta.

—Volveré lo antes posible. Te quiero, abuela.

Salió y cerró la puerta, con el corazón acelerado.

El castillo estaba silencioso. Alana recorrió el pasillo sigilosamente para no despertar a nadie. Cuando llegó al salón, lo encontró vacío, tal y como esperaba. Si tuvieran más soldados, el salón estaría ocupado por ellos.

Alana lo atravesó rápidamente. Tenía un gran sentimiento de culpabilidad por engañar a Godfrey de aquella forma, pero no podía evitarlo. Él se enteraría de su ausencia al día siguiente, y ella tendría que inventar una excusa antes de poder volver.

Todavía estaba nevando. Salió de la torre y atravesó el patio. Seamus la estaba esperando en el establo, con dos caballos ensillados, uno para ella y otro para su hijo Craig, que iba a acompañarla.

—Ojalá os comportarais como las demás damas —dijo él.

Ella le acarició la mejilla.

—Yo no soy como las otras damas, pero eso tú ya lo sabes. Volveré enseguida. Muchas gracias, Seamus.

Él cabeceó. Claramente, aquello no le gustaba nada. Sin embargo, Alana sabía que no iba a preguntarle por qué salía de Brodie por segunda vez.

Seamus era el encargado de los establos del castillo desde los tiempos en que su madre era la dueña y señora de Brodie, y era tan leal como solo podía serlo un escocés. Cuando ella le había dicho que tenía que hacer un viaje, él le había ofrecido a uno de sus hijos como guía. Ranald no había vuelto y, claramente, Seamus no sospechaba que Alana hubiera llevado conscientemente a un espía desde el campamento de Bruce, porque estaba dispuesto a ayudarla. Craig era uno de los pocos soldados de Brodie, pero ella lo necesitaba mucho más que el castillo.

Montaron, y se pusieron en camino.

Alana se preguntó si iba a morir por congelación, una vez que casi habían llegado a su destino.

Había estado nevando durante dos días seguidos y, aunque la nieve había servido para que la temperatura no bajara insoportablemente, también había retrasado mucho su marcha. Solo habían parado a descansar unas cuantas horas cada noche, refugiándose en las granjas que encontraban por el camino. El tiempo no estaba de su parte.

Aquel era el tercer día de su viaje. Habían llegado a Loch Maree, que estaba congelado en parte, y la montaña de Slioch se erguía en el noroeste del lago. La nieve había cesado la noche anterior, y las temperaturas habían caído en picado. Alana tenía congelados los dedos de los pies y de las manos, y también la nariz. La humedad de los ojos se le solidificaba en las mejillas.

—Vamos e llegar dentro de pocas horas, *mistress* Alana —dijo Craig, sonriendo. Tenía la nariz muy roja, y le colgaban pedazos de hielo de la barba. Sin embargo, no parecía que el frío le afectara demasiado—. ¿Queréis que paremos? No hay nadie en el camino, y puedo encender una hoguera para que entréis en calor.

Ella negó con la cabeza. Bruce tenía que saber de aquel ataque sorpresa cuanto antes. Se estremeció, y los dientes le castañearon con un espasmo que le estaba ocurriendo cada vez con más frecuencia. De repente, Craig la miró sin su habitual sonrisa, muy alarmado por su estado.

Ella intentó hablar.

—Es-to-toy b-b-bien.

—Deberíamos parar y encender una hoguera. Tenéis que comer.

—No-no...

Estaban ya en la orilla sureste del lago. Alana intentó ver los picos de las montañas. No solo le parecía imposible subir por aquellos riscos, sino que no vio ni rastro de Bruce y de sus hombres.

De repente, se asustó mucho. ¿Y si Bruce no estaba en Slioch? ¿Y si había trasladado su campamento? ¿Y si sir Alexander se había equivocado?

Buchan tenía espías cerca de Bruce y de Iain. ¿Y si Buchan y su padre ya sabían de su traición, y la habían enviado a la montaña de Slioch a propósito, sabiendo que Bruce no estaba allí?

Alana se mareó. Intentó aferrarse a la montura, y vio una magnífica cascada junto a ella, a su derecha. El hielo cubría las piedras, y el agua caía sobre ellas.

Craig continuó avanzando, y Alana miró de nuevo a la cascada. El agua danzaba sobre las piedras, blanca, brillante, casi como si fuera de plata... Alana miró el lago. Era una superficie oscura, azul, silenciosa, profunda, seductora...

¡No! Sabía lo que había dentro de aquellas aguas misteriosas...

Vio a Iain sonriéndole. Quería preguntarle si la había perdonado, pero, antes de que ella pudiera hablar, Buchan apareció a su espalda, hecho una furia, con la espada en alto. Con horror, Alana se dio cuenta de que su tío estaba a punto de matar a Iain.

Gritó mientras caía a la nieve y se hundía en ella más y más profundamente, hasta que solo vio blanco a su alrededor.

Un dolor abrasador la despertó. Le ardían los dedos y la nariz. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Se te pasará —dijo alguien.

Alana empezó a temblar violentamente. Alguien le agarró los pies y se los frotó, y alguien le sujetó las manos para darle calor.

—¡Echad más leña al fuego!

Sentía tanto dolor que tardó un momento en darse cuenta de que era Iain quien había dado aquella orden.

Se le encogió el corazón. ¡Había salido de Brodie hacía tres días! Y había estado a punto de morir congelada...

—Bébetelo, Alana —le dijo Iain. Le estaba poniendo una copa en los labios.

Ella intentó sonreír, pero estaba demasiado helada como para hacerlo. Entonces, recordó que había tenido otra visión, una visión espantosa.

—Vamos, Alana, bebe —le ordenó él.

Alana tomó un poco de líquido. Era un vino caliente y especiado. Su calor se le extendió poco a poco por el cuerpo.

Él dejó la copa en el suelo, le tomó las manos y se las frotó suavemente.

—Hoy no vas a morir de frío —dijo, con tirantez—, pero podrías haber muerto, de haber

pasado algunas horas más en la nieve.

A ella se le encogió el estómago.

—Iain... —murmuró. Quería hablar, pero tenía los labios abrasados por el frío, y le dolía moverlos.

—Otro día te gritaré por ser tan tonta.

¿Acaso le importaba?

—Iain —dijo, de nuevo. Estaba en su tienda, y en el centro del espacio había un fuego. En el techo, en el centro de la tela, había un agujero que permitía que el humo saliera al exterior.

—Estoy aquí, Alana —dijo él—. No hables, te están sangrando los labios —añadió.

Iain se dio la vuelta y apareció una mujer, rubia, pecosa, que llevaba una larga túnica y una capa de piel. Le puso un ungüento en la nariz y en los labios a Alana.

¿Qué día era? ¿Bruce iba a sufrir una emboscada!

—No, Iain. Por favor.

Trató de incorporarse, y él le pasó un brazo por la espalda y la ayudó. Alana puso las manos en su pecho y gimió de dolor. Él le envolvió las manos en la suyas.

Por un momento, ella cerró los ojos y apoyó la mejilla en su pecho. El dolor estaba mitigándose. El frío le había quemado las extremidades. Después comprobaría si había perdido algún dedo del pie o de la mano.

Se dio cuenta de que estaba entre los brazos de Iain, y de que él había apoyado la barbilla sobre su cabeza mientras le sujetaba las manos. La había perdonado. O eso, o ella le importaba tanto que lo que él pensara de su traición ya no tenía importancia.

—Muchacha obstinada e impaciente —dijo Iain.

Ella lo miró.

—He venido... a avisarte.

Entonces, él entrecerró los ojos y volvió a darle la copa de vino. Ella tomó un trago.

Él la dejó de nuevo junto al camastro, y Alana respiró profundamente.

—Buchan va a atacaros en Slioch el día de Navidad.

Él abrió mucho los ojos.

—¡Solo quedan cuatro días para Navidad!

Así pues, ella no llevaba demasiado tiempo inconsciente. Craig debía de haberla llevado allí hacía poco, antes de volver a Brodie.

—¿Estás segura, Alana?

—He arriesgado la vida para avisarte... Sí, estoy segura.

Él se puso en pie.

—Vuelvo enseguida. Meg te cuidará hasta que yo vuelva —dijo, y salió inmediatamente de la tienda.

Alana se tendió de nuevo en el camastro y cerró los ojos. Lo había hecho. Había avisado a Iain. Ya solo le quedaba rezar por que hubiera tiempo suficiente para trasladar todo un ejército u organizar una defensa.

Pensó en su padre. Ojalá no lo hubiera puesto en peligro. No quería pensar en la visión de su muerte.

—¿Deseáis más vino, milady?

Alana miró a la sirvienta y sintió desconfianza. ¿Quién era aquella mujer? Tenía la misma

edad que ella, y era rubia, con la nariz pequeña y los ojos azules y muy brillantes. Había visto mujeres en el otro campamento de Bruce, en Concarn, pero ellas eran de la clase de mujeres pobres que siempre estaban presentes entre un ejército. A Alana no le gustó el hecho de que aquella muchacha fuera tan bella y estuviera tan lozana. Y no le gustó que estuviera atendiéndola a ella en nombre de Iain.

—Sí, por favor —dijo Alana, e intentó incorporarse. Al apoyar las manos, se le escapó un grito de dolor.

La mujer se acercó apresuradamente a ella.

—No uséis las manos, milady. Las tenéis muy quemadas. Yo quería vendáros las, pero Iain me dijo que esperara. Me llamo Meg.

Alana había conseguido sentarse, y permitió que la muchacha la ayudara a tomar el vino.

—¿Eres su amante?

Meg se ruborizó.

Alana apartó la mirada al instante.

—Así que vos lo queréis —dijo Meg—. Tenéis que quererlo, si habéis atravesado todas las Highlands para avisarlo de un ataque.

—Sí, lo quiero. ¿Cómo os conocisteis vosotros?

—Soy la hija pequeña de Macleod —respondió Meg, encogiéndose de hombros—. Mi marido luchaba con Iain, pero murió hace unos meses —dijo, y miró a Alana con atención—. Debéis de ser muy hermosa, cuando no estáis helada y azul. ¿Sois de la nobleza?

—No —dijo Alana, y vaciló. No creía que Meg fuera una espía, pero decidió no revelar su identidad, aunque lo más posible era que se supiera enseguida. Mientras las dos mujeres se miraban, se abrió la solapa de la tienda y entró Robert Bruce. Iain lo siguió.

Alana se sobresaltó cuando Bruce tomó un taburete y se sentó a su lado. Se ruborizó.

—Alteza.

Él le tomó la mano y le miró los dedos. Después, la posó en su regazo y le tomó la barbilla para hacer que lo mirara directamente. El rey tenía los ojos muy azules, y su mirada era benevolente.

—Que salga la otra mujer —dijo.

Iain le pidió a Meg que saliera de la tienda, y ella obedeció.

—¿Es cierto? —preguntó Robert Bruce.

Alana asintió.

—Sí, Alteza

Él la observó atentamente, fijándose en sus labios agrietados.

—Has arriesgado la vida para venir a avisarnos.

Ella asintió de nuevo.

—No sabía que iba a hacer tanto frío, ni que Slioch estaba tan lejos.

—Estoy muy satisfecho contigo, Alana —dijo Robert Bruce.

Alana abrió mucho los ojos. Miró a Iain. Quería preguntarle si ya se había convencido de que lo quería, si había conseguido demostrárselo.

—Vas a ser recompensada por tu valor y tu lealtad —dijo Bruce. Se puso en pie y se dirigió a Iain—. Vamos a emprender la marcha al amanecer. Encárgate de que dejemos aquí a nuestros mejores exploradores, y que consigan avistar a Buchan antes de que llegue a la orilla de Loch

Maree.

—Sí, Alteza.

Bruce se giró de nuevo hacia ella.

—Siento lo que has tenido que sufrir, y estoy admirado. Ahora puedo llamarte «amiga» de verdad, Alana.

Alana lo miró con asombro mientras se iba de la tienda. Iain se arrodilló a su lado.

—Tengo mucho que hacer hasta el amanecer. Pero tú tienes que descansar para poder viajar.

Alana se alarmó.

—Iain, no puedo pensar en el viaje de vuelta a casa —dijo. Tenía miedo de morir, en aquella ocasión. Y no sabía qué podía decirle a Godfrey sobre su ausencia.

Él sonrió ligeramente.

—No vas a volver a casa. Hablaremos de eso más tarde. Por ahora debes descansar, y agradecerle a Dios que te haya permitido conservar todos los dedos.

Ella sonrió, con el corazón hinchado de alegría.

—Entonces, ¿me perdonas? ¿Confías en mí?

—Te perdono —dijo él, y se puso en pie—. Meg te atenderá.

A ella se le borró la sonrisa de los labios.

—No la quiero aquí.

—No te preocupes, Alana. No significa nada para mí.

Entonces, Iain se dio la vuelta y salió de la tienda.

Capítulo 10

Habían bajado la ladera de la montaña de Slioch mientras salía el sol, por una senda helada, y habían continuado hacia el sur por las tierras de Macleod. No se habían detenido ni una sola vez y, por la tarde, ya estaban atravesando los grandes bosques de Glen Carron. Iba a ponerse el sol. Habían llegado a la orilla norte de Lochalsh, y los soldados estaban montando el campamento rápidamente.

Alana desmontó con cuidado. Estaba exhausta, y tenía frío. No se había imaginado que un ejército entero pudiera moverse con tanta rapidez, ni soportar una marcha tan larga y tan dura.

—¿Milady? —le dijo Meg, y tomó las riendas de su caballo.

Las dos mujeres habían cabalgado juntas. Meg había recibido instrucciones de cuidar de Alana, aunque ella hubiera preferido que la muchacha se mantuviera lejos.

Alana se estaba quitando los mitones. Se frotó los dedos y sintió un picor muy doloroso. También le dolían los dedos de los pies.

—No es raro que, después de pasar tanto frío, se note cierta incomodidad.

Alana se giró y vio a Iain, que bajaba de su enorme corcel negro, con una capa de piel por los hombros. Ella lo había visto varias veces durante el viaje, porque él se había molestado en acercarse varias veces para preguntarle cómo se encontraba.

—Creo que estoy bien —le había dicho ella—. No me duele tanto como ayer.

—Siento que tengas que viajar así tan pronto.

Alana se dio cuenta de que él estaba preocupado de verdad, y no tuvo duda de que Iain todavía sentía algo por ella.

Meg se llevó sus caballos, y Alana le preguntó:

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Este es un buen lugar para descansar. Son tierras del clan MacDonald. Nos quedaremos unos cuantos días, porque los hombres han tenido que cabalgar mucho desde que salimos de Conarn.

Ella se sintió aliviada. Le dolían mucho las piernas y la espalda, porque ella también había cabalgado mucho durante aquellos últimos días, y no era un guerrero que estuviera acostumbrado al ejercicio.

Iain le tomó las manos y se las miró. En vez de soltárselas, se las estrechó con fuerza y le sonrió.

—He visto cosas peores. Se te pondrán bien.

Ella se acercó a él, y su falda le rozó los muslos.

—No podía soportar que estuvieras enfadado conmigo.

A él se le oscureció la mirada, pero no de ira. Ella reconoció aquel brillo al instante.

—Todavía estoy enfadado... ¡Podrías haber muerto cruzando las Highlands en pleno invierno!

Ella se soltó las manos y las puso sobre su pecho.

—No podía quedarme de brazos cruzados sabiendo que mi tío iba a tenderte una emboscada.

—Entonces, has elegido bando —dijo él, y le cubrió las manos con las suyas, contra su pecho.

Alana se puso muy tensa.

—Te he elegido a ti, Iain, por delante de mi padre, pero no quiero que a él le suceda nada malo —dijo, pidiéndole a Dios que la visión sobre la muerte de su padre no fuera cierta.

—Lo dices casi como si supieras que va a correr peligro.

No debería haber secretos entre ellos. Cuánto deseaba contarle que tenía visiones del futuro. Sin embargo, no se atrevía a hacerlo todavía.

—No he tenido ocasión de hablar contigo. Sir Alexander vino a Brodie con Buchan. Por fin vi a mi padre por segunda vez, después de tantos años —le dijo. Al final, se le quebró un poco la voz, y apartó la vista.

Él le tomó la barbilla.

—¿Y te ha vuelto a hacer daño?

Se le pasaron tantas cosas por la cabeza... Y no podía hablar. Pensó en su madre, que había querido a su padre; y, ahora, ella podía entender por qué. Pensó en sus hermanas, que tenían el amor de su padre, tanto amor que él no quería que ninguna de sus hijas se casara con Iain. Y, además, pensó en su propia vida.

No podía imaginar lo que sentían sus hermanas, sabiendo que eran tan queridas. Por lo menos, ella tenía a Eleanor...

—Tu tienda ya está lista —dijo ella.

Iain miró hacia atrás. La tienda estaba montada, y su estandarte ondeaba al viento encima de ella.

—¿Qué te dijo, Alana, para disgustarte tanto? ¿Qué hizo?

Ella intentó apartarse de Iain, pero él le agarró las manos.

—Tengo cada vez más frío aquí fuera —dijo Alana.

—Entonces, ¿no quieres hablar de él?

Alana tuvo ganas de echarse a llorar.

—Tal vez —susurró—, en otro momento.

Iain la observó.

—Bruce quiere hablar conmigo. ¿Por qué no vas a descansar? Podemos cenar juntos dentro de pocas horas.

Cuando él le soltó las manos, Alana se aferró a él. Había arriesgado la vida para avisarlo porque lo quería. Le pasó las manos por el pecho, y le preguntó:

—¿No vas a entrar conmigo?

—Vendré después —dijo él.

—No, ven ahora. Te he echado de menos, y te necesito.

A él le brillaron los ojos. Antes de que pudiera pensar de nuevo en su rey, ella lo tomó de la mano y lo llevó hacia el interior de la tienda. Meg estaba allí, preparando una alfombra para cubrir el suelo nevado. Ya había colocado el taburete, una mesita y un camastro.

—Déjanos, por favor —dijo Alana.

Meg abrió mucho los ojos. Se fijó en que iban tomados de la mano. Entonces, salió

apresuradamente de la tienda.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Iain suavemente.

A Alana le latía el corazón aceleradamente. Le soltó la mano y arrojó sus dos pieles sobre el camastro, para preparar el lecho para los dos. Cuando se irguió, Iain la agarró por la espalda y le besó el cuello.

—Eres una seductora.

Alana se frotó contra él, apretando el cuerpo contra su erección.

—Creo que tú también me has echado de menos a mí —dijo ella.

Él hizo que girara. La empujó sobre el camastro y se tendió sobre su cuerpo.

—Y yo creo que has aprendido muy rápidamente cómo tentar a un hombre —respondió. Volvió a besarle el cuello, mientras le subía la falda y comenzaba a acariciarle los muslos.

Alana jadeó cuando sus dedos la tocaron, y él se echó a reír al oír su gemido de placer. Entonces, la estrechó entre sus brazos y se hundió en su cuerpo.

—¡Iain! —jadeó ella.

—Me atraes como ninguna otra —murmuró él.

Se apretaron el uno contra el otro, con fuerza, durante unos momentos. Después, Alana le rodeó la cintura con las piernas y él acometió con fuerza. Ella gritó al sentir un éxtasis repentino y asombroso; él gruñó de satisfacción, se movió con más fuerza y jadeó al llegar al clímax.

Alana se abrazó a él con toda su alma, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Le había echado tanto de menos... Besó su hombro. Sentía euforia al saber que ya no estaban enfadados. ¡No debía permitir que nada volviera a interponerse entre ellos!

Él le besó la mejilla.

—¿Estás llorando? —le preguntó sorprendido.

—No —dijo ella, acariciándole la espalda. Entonces, dijo—: Sí. Solo un poco.

Él la apretó entre sus brazos.

—No llores —susurró.

—Estoy tan contenta de que ya no estemos enfadados...

Él la observó con atención. Después, la soltó, lentamente, y se sentó.

—Bruce está esperando. Volveré lo antes que pueda.

Alana se sentó también, y se colocó la ropa. Asintió.

—Date prisa.

Él sonrió.

—Te has vuelto muy desvergonzada —dijo.

Alana se quedó pensando en su sonrisa cuando él se marchó. Se envolvió en una de las pieles y flexionó las rodillas contra el pecho.

Estaba muy enamorada de Iain. Él la había perdonado, eso estaba claro, y habían vuelto a ser amantes. Sin embargo, ¿qué pasaría a partir de aquel momento?

Ella había conseguido avisarlo de la emboscada del día de Navidad. Cuando se había enterado de los planes de Buchan, no había pensado dos veces en lo que debía hacer. Nunca hubiera permitido que Iain sufriera un ataque por sorpresa, y tenía que advertírselo y protegerlo.

Sin embargo, estaba empezando a darse cuenta del alcance de lo que había hecho: había espiado a su padre y a su tío, aunque no lo hubiera hecho deliberadamente. Lo que sí había hecho deliberadamente era traicionarlos, porque le había revelado sus planes al enemigo.

Si Buchan lo averiguaba alguna vez, la colgaría por su traición, sin duda. ¿Acaso había elegido bandos sin tan siquiera darse cuenta? ¡Ella solo quería proteger a Iain, no traicionar a su familia! Sin embargo, la traición estaba consumada. Y, después de haber traicionado a Buchan, ¿cómo iba a volver a Brodie?

Se quedó consternada. Brodie era su hogar. ¡Había sido de su madre! Intentó pensar en una excusa verosímil para justificar su ausencia, pero tenía la mente en blanco. Lo mejor que se le ocurrió era que había decidido ir a conocer, de una vez por todas, a sus hermanas. ¿Lo creería Godfrey? ¿Y Duncan? ¿Y Buchan?

Seguramente, podría convencer a Godfrey de casi todo. Al pensar en sus hermanas, se angustió aún más.

Bruce había pensado en casar a Iain con Alice, mientras que Buchan quería casarlo con Margaret. Ella no pensaba que Iain traicionara a Bruce, pero, si Buchan era el derrotado, Alice quedaría a disposición del rey de Escocia y, ¿cómo iba ella a impedir que Iain se casara con una gran heredera como su propia hermana?

La respuesta era sencilla: no podría obligar a Iain a renunciar a aquel matrimonio. Iain era un hombre fuerte y ambicioso. Cuando Buchan fuera derrotado y le presentaran a Alice como prometida, él la aceptaría si deseaba hacerlo. Ella no podría impedirlo.

Se cubrió la cara con las manos. Hasta aquel momento, sus visiones siempre se habían cumplido. Buchan sería vencido. Bruce reinaría en toda Escocia. Y su padre iba a morir...

¿Y su última visión? Iba a tener que avisar a Iain de que Buchan trataría de matarlo. Por lo menos, ella no había visto el golpe final, ni la cabeza de Iain separada de su cuerpo...

No sabía qué hacer. Ella solo era una hija bastarda que había sido abandonada y olvidada, la amante de un guerrero que podía dejarla en cualquier momento, y una bruja que suscitaba el temor en los demás. No podía depender de su padre ni de su familia, ni tampoco de Iain. ¿En qué lugar estaba?

Tendría que cuidar de sí misma cuando llegara el momento, cuando Buchan la repudiara, cuando Bruce se convirtiera en el rey de Escocia...

Y lo único que tenía era Brodie. Era lo único que había tenido en toda su vida.

Brodie sería suyo. En aquel momento, Bruce estaba muy contento con ella.

Alana se puso en pie bruscamente. Lo había arriesgado todo para avisar a Iain, y a Bruce también, de aquella emboscada. Debía pedirle una recompensa a Bruce.

Se acercó a la solapa de la tienda y la abrió ligeramente. Miró al exterior.

Meg se acercó rápidamente.

—¿Tenéis hambre, milady?

Alana miró más allá de la muchacha. Había hogueras encendidas y, sobre ellas, espetones para cocinar. La tienda de Bruce estaba en el centro del campamento, rodeada por las demás, marcada por su estandarte rojo y amarillo.

—Debo hablar con el rey —dijo.

Meg se sobresaltó.

—Está con sus comandantes, milady. No podéis interrumpir.

No, no podía hacerlo. Sin embargo, en aquel momento salió un grupo de hombres de la tienda del rey. Iain iba con ellos. Alana se echó a temblar de nerviosismo.

Él la vio y aceleró el paso. Alana lo esperó en la tienda, y no se movió hasta que él llegó.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Iain.

—Iain, ¿cuándo puedo hablar con el rey sobre mi recompensa?

Pasó un momento antes de que él hablara.

—¿Deseas pedirle Brodie?

—Sí.

—Vamos. Bruce está contento. Si nos recibe, será un buen momento.

La tomó del brazo. Mientras caminaban hacia la tienda del rey, ella lo miró.

—¿Lo apruebas?

Él sonrió ligeramente.

—Brodie era de tu madre. Sí, lo apruebo.

Alana titubeó. La sonrisa de Iain era cálida, y ella se dio cuenta de que él deseaba de verdad que tuviera Brodie.

—¿Por qué te sorprendes, Alana?

—Algunas veces —dijo ella—, me da la impresión de que de verdad te importo.

Él la miró con extrañeza.

Había dos soldados de guardia en la entrada de la tienda de Bruce. Se apartaron para dejar pasar a Iain; Alana se puso mucho más nerviosa mientras lo esperaba fuera. Ignoró a los dos soldados, que la miraron con curiosidad, y con algo de admiración masculina. Estaba acostumbrada a que la miraran con miedo y fascinación, pero en el campamento de Bruce nadie conocía sus habilidades. La estaban mirando como si fuera una mujer común y corriente.

Era muy agradable.

Iain abrió la solapa de la tienda y le hizo un gesto. Alana reunió valor y entró.

Bruce estaba sentado con otros dos caballeros en una mesa pequeña, tomando vino. Al verla, sonrió.

—Siempre tengo tiempo para recibir a una mujer bella, Alana —dijo.

Alana hizo una reverencia.

—Gracias, Alteza.

Él le hizo un gesto para que se sentara con ellos. La mesa estaba flanqueada por dos bancos, además de la silla que ocupaba el rey y un taburete. Alana ocupó el taburete. Iain se quedó de pie, tras ella. Bruce le dio una copa de vino y le presentó a los caballeros que estaban con él:

—Son Gilbert Hay y sir Robert Boyd —dijo—. Dos de mis amigos más leales.

Alana saludó a los hombres con un asentimiento. Ellos la observaron atentamente, intensamente. Sabían que era la sobrina de Buchan.

—¿Te sientes mejor hoy? —preguntó Bruce—. Estábamos preocupados por hacerte viajar con tanto frío, después de lo que te ocurrió.

—Hoy hacía menos frío —dijo Alana.

—Siempre hace menos frío cuando uno viaja hacia el sur —dijo Bruce. Apuró su copa de vino, y la dejó sobre la mesa—. Iain me ha dicho que quieres hablar conmigo sobre tu recompensa.

Alana miró a Iain con agradecimiento.

—¿Os disgustaría, Alteza, que fuera tan atrevida?

—Nada de lo que puedas hacer en este momento me disgustaría, Alana. Tienes toda mi estima. Vamos, habla.

No podía haber mejor momento, pensó ella.

—Brodie es todo lo que me queda de mi madre y de la gran familia le Latimer —dijo—. Alteza, mi padre me abandonó antes de que yo naciera. Estaba comprometido con Joan le Latimer, aunque conquistó a mi madre durante su compromiso. Él mismo me contó, recientemente, que amaba a mi madre, pero que no podía oponerse a los deseos de su padre, y tuvo que casarse con Joan. Ella supo de mi existencia desde el principio y, como no tenía bondad en su corazón, fui abandonada y olvidada... Lady Fitzhugh fue quien me crió como plebeya, y fui asignada como pupila a Duncan de Fren draught. No he tenido nada de la familia de mi padre en toda mi vida, ni tampoco de la familia de mi madre. Pero deseo Brodie. Deseo Brodie con todo mi corazón. Si mi padre hubiera rechazado a Joan y se hubiera casado con mi madre, ahora Brodie sería mío.

Buchan estaba escuchándola atentamente. Todo el mundo la estaba escuchando. La expresión del rey era difícil de descifrar.

—Duncan tiene muchas tierras. Godfrey las va a heredar todas, porque es hijo único. Yo os pido el Castillo de Brodie.

Bruce sirvió otra copa de vino y se puso en pie. Alzó la copa.

—No creo que estéis pidiendo demasiado. Es una fortaleza pequeña, de poca importancia, salvo como defensa de Nairn y Elgin, cuando sean reconstruidos. Y yo le he concedido Nairn a Iain. Así pues, sí, Alana, te concedo Brodie, por tu coraje y tu lealtad, y porque eres nuestra verdadera amiga.

El rey hizo un brindis, y bebió.

Alana empezó a temblar. ¿Acababa de darle Brodie, así, tan fácilmente?

¡Brodie iba a ser suyo!

Iain continuaba tras ella, y dijo:

—Deberíamos tomar Brodie antes de atacar Elgin y Banf. Tiene muy pocos hombres y, si Godfrey cree que puede resistir, el castillo caería a las pocas horas.

Alana levantó la cara para mirarlo. ¿Sería posible que ella consiguiera el mando de Brodie al cabo de tan poco tiempo? ¿Antes de que terminara aquella guerra?

—¿Tan ansioso estás por instalar allí a tu señora? —preguntó Bruce. Sin embargo, sonreía; aquello debía de divertirle. Entonces, su sonrisa desapareció. Miró a Alana—. Tendrás que jurarnos tu lealtad, Alana. Debes hacer un juramento de fidelidad.

Alana se puso muy tensa. ¿Acaso no había demostrado ya que era leal?

—He traicionado al conde de Buchan, mi tío.

—Sí, es cierto, pero el juramento es de mayor importancia que un simple acto. ¿Acaso no puedes jurarnos tu lealtad?

Alana ya había elegido a Iain por delante de su padre, y la elección le había resultado fácil. Sin embargo, aquello lo había hecho porque tenía miedo de que la vida de Iain corriera peligro y, en tal caso, ella podría traicionar a su tío y a su padre cien veces más. Sin embargo, hacer un juramento de lealtad al rey Robert era algo que pesaba mucho más de lo que pudiera pesar nunca cualquier acto. Se declaraba leal a Bruce delante de Dios, para que todo el mundo pudiera verlo, y renunciaba a su familia Comyn para siempre. Después de tal juramento, no habría vuelta atrás.

—¿Alana? —murmuró Iain, y le apretó el hombro.

—Yo odio a mi tío —dijo ella, con un hilo de voz—, pero no odio a mi padre, y ni siquiera conozco a mis hermanas.

—Entonces, ¿no estás dispuesta a jurarme lealtad? —preguntó Bruce, que ya no sonreía.

A Alana se le llenaron los ojos de lágrimas. Sabía que no tenía más remedio que hacerlo. Se puso en pie y se arrodilló. Después, bajó la cabeza.

—Haré mi juramento ahora mismo.

—Bien —dijo Bruce.

Al cabo de un instante, Alana sintió la hoja de la espada del rey en el hombro derecho.

—Descúbrete la cabeza, Alana. ¿Llevas algún arma?

Alana se quitó la capucha y negó con la cabeza. No llevaba ni siquiera un cuchillo.

—Ve repitiendo lo que yo diga —le ordenó Bruce.

Alana asintió. Todavía tenía la cabeza agachada, y las lágrimas se le estaban cayendo sobre las manos. Esperaba que nadie pudiera verlo.

—Yo, *mistress* le Latimer —comenzó Bruce—, hija de Elisabeth le Latimer, hija bastarda de sir Alexander Comyn, juro ante Dios que seré leal a mi señor, el rey Robert Bruce de Escocia, ahora y en el futuro, y que nunca le causaré ningún daño, ni le haré ningún engaño, y que obedeceré con fidelidad en todas las cosas, todos los mandatos del rey Robert Bruce de Escocia. De lo contrario, que Dios me fulmine.

Alana fue repitiendo aquellas palabras, sintiendo su espada en el hombro.

—Puedes levantarte —dijo Bruce, cuando terminaron.

Alana comenzó a incorporarse, pero Iain la levantó sin esfuerzo. Ella pestañeó para contener las lágrimas, y sus ojos se encontraron. Él sonrió para darle ánimos.

—Por *mistress* le Latimer, señora del Castillo de Brodie —dijo Bruce, y volvió a alzar su copa.

Gilbert Hay, sir Robert Boyd e Iain levantaron sus copas, sonriendo. Alana miró al círculo de hombres y se mareó. ¿Estaba ocurriendo de verdad aquello?

—¿No quieres beber? —le preguntó Bruce, agradablemente.

Alana lo miró. ¿Se atrevería?

—Alteza... ¿Puedo pedirles algo más?

Bruce se sorprendió.

—¿Deseas algo más que Brodie?

Alana notó que Iain le apretaba el hombro, pero lo ignoró.

—Deseo lo que desean todas las mujeres, milord. Un marido.

Entonces, Iain le apretó aún más el hombro. Bruce se relajó, y se quedó pensativo. Iain bajó la mano y la rodeó para mirarla a la cara, con una expresión dura.

Sin embargo, ella se negó a mirarlo. Solo miraba al rey.

—Es lógico que desees un marido —dijo Bruce—. Todas las mujeres lo desean. Y tú eres joven y muy guapa. ¿Cuántos años tienes, Alana?

—Veinte.

—¿Y no tienes hijos?

—No, Alteza.

—Ummm... Brodie sería tu dote... Tendré que pensarlo, pero no me parece mala idea encontrarte un marido.

Ella tomó aire.

—Dadme a Iain de Islay —dijo.

Iain se puso muy rígido. Alana vio su reacción por el rabillo del ojo. Lo había tomado por sorpresa, completamente.

Y también a Robert Bruce.

—¿Deseas casarte con mi mejor comandante del norte? —preguntó el rey, con incredulidad.

—Sí, lo deseo. Sé que él quiere más tierras, y que quiere casarse con una gran heredera, pero vos le habéis dado Nairn, y yo le aportaré Brodie. Y estoy segura de que conquistará más tierras en esta guerra —razonó ella. No se atrevía a mirar a Iain. Estaba temblando.

Bruce empezó a reírse.

—¡Tiene más valor que la mayoría de los hombres!

—Sí, es cierto —dijo Iain con tirantez.

—¡Tu amante quiere casarse contigo! —exclamó Bruce, sin dejar de reírse.

Alana se ruborizó. Boyd y Hay también tenían una sonrisa de diversión. Ella miró a Iain. Él la observaba con incredulidad.

—Alana, Iain ha luchado con mucho ahínco por nosotros —dijo el rey. Ya no sonreía—. Por mucho que tú lo complazcas, no estaría satisfecho con una dote tan pequeña. Le he prometido grandes territorios y títulos por los servicios que me ha prestado.

Ella tenía las mejillas ardiendo. Alana miró a Iain, que seguía con los ojos clavados en ella.

—Sin embargo, me esforzaré por encontrarte un marido adecuado. Tal vez un caballero fuerte del sur, que esté buscando un nombre aquí, en el norte. Y tú tendrás Brodie cuando decidamos arrebatárselo a Duncan de Fren draught.

Alana tembló de decepción. No tenía planeado pedirle a Bruce que la casara con Iain, y se arrepentía de haberlo hecho. Seguían ardiéndole las mejillas.

—Gracias, Alteza —dijo, en voz baja.

Él le hizo un gesto con la mano, a modo de despedida, y volvió a sentarse.

Alana empezó a darse la vuelta para salir, pero Iain la tomó del brazo y la sacó rápidamente de la tienda. Alana lo miró de reojo. Tenía una expresión dura y tensa.

Estaba a punto de preguntarle si se había enfadado con ella, pero se tragó las palabras. Tenía que correr para seguirle el paso. Pasaron por delante de varias hogueras en las que estaban cocinando, pero no se detuvieron. Él la agarraba con fuerza por el brazo.

Al entrar en la tienda, Iain le ordenó a Meg que se marchara, y la muchacha obedeció al instante.

Alana estaba muy tensa. Se giró hacia él.

Iain le quitó las pieles y las echó al camastro. Después, la tomó por los hombros.

—Así que quieres Brodie, y me quieres a mí —dijo él, con la voz ronca.

—Iain —dijo ella; quería explicarse para arreglar la situación.

Sin embargo, Iain no le permitió hablar. La estrechó entre sus brazos, la besó apasionadamente y la tendió sobre el camastro.

Alana estaba haciéndose una trenza. Cuando terminó, se miró en un pequeño espejo que había sobre la mesa de la tienda.

Estaba asombrada por su propio aspecto. La piel le brillaba como las perlas, tenía un bonito

color rosado en las mejillas y los ojos muy relucientes. Por primera vez en la vida, entendió por qué los demás la consideraban una mujer bella.

Miró al camastro, que estaba vacío. Iain y ella habían hecho el amor varias veces la noche anterior, y ella se había quedado dormida entre sus brazos. Como estaba exhausta, había dormido hasta después del amanecer y, cuando se había despertado, Iain ya no estaba.

Alana se acercó a la solapa de la tienda y la abrió. Observó el campamento de Bruce.

Los soldados estaban sentados alrededor de las hogueras, comiendo y bebiendo. Un grupo de hombres se dirigía hacia el bosque a pie, con los arcos colgados del hombro. Alana esperaba que pudieran cenar venado aquella noche.

Siguió observando el campamento. Iain y ella no habían hablado de lo que había sucedido en la tienda de Bruce. Ella todavía no podía dar crédito... El rey Robert le había concedido Brodie a cambio de su juramento de lealtad... aunque se hubiera negado a concederle a Iain como marido.

Había tomado partido en la guerra.

—Así que estás despierta.

Alana se sobresaltó. No había oído entrar a Iain. Sonrió, pero con nerviosismo. ¿Iban a hablar de lo que había hecho? ¿Habrían de que ella le había pedido al rey su mano en matrimonio? ¿Habrían del matrimonio de Iain con otra mujer?

Él pasó la mirada por su rostro, lentamente.

—Has dormido bien —dijo—. Después de que hiciéramos el amor, no volviste a moverte en toda la noche.

Ella se ruborizó.

—No recuerdo haber dormido tan bien nunca —dijo—. ¿Estás enfadado conmigo?

—¿Por qué iba a estar enfadado? —le preguntó él, mientras le acariciaba la mejilla. Después, le guiñó un ojo con un gesto de lascivia—. Sabes que hoy estoy muy satisfecho.

Ella volvió a ruborizarse.

—Y tú sabes que no es eso lo que quería decir.

—No estoy enfadado, Alana.

Ella no sabía si realmente quería sacar a relucir el tema de su relación, y de su futuro, en aquel momento.

—¿Y tú? ¿Estás satisfecha? Cuando tomemos Brodie, volverás a ser su señora.

—Sí, estoy contenta. ¿Cuándo vamos a tomar Brodie, Iain?

—Ambicionas el poder tanto como yo.

Ella no sonrió.

—No. Yo ambiciono mi propio poder, y lo que es mío por derecho de nacimiento.

—Tu padre es un tonto por haberse dejado dominar por su mujer y haberte abandonado. Podría tener tres hijas estupendas. Pero, de este modo, solo tiene dos.

Ella se sintió herida por aquellas palabras, porque sabía que eran la verdad.

—Es débil, Iain.

—A mí no me importa —dijo él, y se encogió de hombros. Después, cambió de tema—: Bruce va a llevar a su ejército hacia el oeste mañana. Yo voy a llevar a mis hombres al este.

—¿A Brodie?

—Sí, Alana, a Brodie.

A ella se le cortó la respiración.

—Debo ir contigo. Iain, Godfrey está al mando, y es mi amigo... Puedo convencerlo de que se rinda.

—No creo que quiera rendirse, si averigua que has traicionado a Buchan y a su padre, y que Brodie va a ser tuyo.

Alana se quedó espantada.

—¡No estarás pensando en dejarme aquí, mientras tú te vas a Brodie!

—La guerra no es lugar para una mujer, aunque sea tan valiente como tú. Te voy a poner al cuidado de mi hermano. Irás a Islay mañana mismo. Y yo me iré a Brodie al amanecer. Espero atacar el castillo antes de que nadie conozca tu traición.

—¡No voy a ir a Islay con tu hermano! Tengo que ir contigo. ¡No puedo permitir que ataques y destruyas mi hogar!

—Brodie no tiene defensas. Puedo tomar el castillo muy fácilmente. Y, Alana, tú no tienes poder para permitirme nada.

Ella se estremeció.

—Claro que no tengo autoridad para decirte lo que tienes que hacer, pero puedo ayudar, Iain. Puedo convencer a Godfrey de que se rinda sin luchar. ¿Para qué vas a destruir Brodie si no tienes por qué hacerlo?

—Alana, necesito que me hables sobre Godfrey. Y sobre lady Fitzhugh.

Alana se quedó helada. Su abuela estaba en Brodie, y podían tomarla como rehén y usarla contra ellos.

—¿Crees que tu amigo Godfrey le haría daño a tu abuela? —preguntó Iain con aspereza—. Es el hijo de Duncan.

Alana tuvo que agarrarse a su brazo para poder seguir en pie.

—No. Godfrey no le haría daño.

—Entonces, ¿por qué te has quedado blanca como un cadáver?

—Duncan la usaría contra nosotros, y mi tío también —dijo ella, temblando—. Iain, no podemos atacar Brodie mientras mi abuela esté allí.

—Si Duncan se queda en el norte, defendiendo las tierras de Buchan, y Buchan también está en el norte, podemos tomar Brodie antes de que a ninguno de los dos se le ocurra ordenarle a Godfrey que aprisione a lady Fitzhugh.

Alana se puso enferma. No podía soportar la idea de que su abuela corriera peligro, aunque eso significara abandonar su sueño de ser la señora de Brodie.

—Tal vez debiéramos dejar la toma de Brodie por el momento.

—¿Es eso lo que verdaderamente quieres?

—¡No quiero que le hagan daño a mi abuela! Cuando mi tío se entere de mi traición, le hará daño a ella para hacérmelo a mí. No tengo duda alguna. Es un hombre cruel y salvaje, pero tú ya lo sabes. ¡Viste lo que me hizo!

Él la abrazó. Alana tembló entre sus brazos.

—La quieres mucho, como es lógico.

—La quiero más que a nadie en este mundo, y es lo único que tengo.

Él la miró fijamente a la cara.

—Me tienes a mí.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no es verdad.

—Está bien —dijo él, y le apartó un mechón de pelo de los ojos—. Si nos movemos con rapidez, tenemos muchas posibilidades de tomar Brodie antes de que se sepa que le has jurado lealtad a Bruce. Y, entonces, tendrás Brodie, y tu abuela estará a salvo.

—¿Y si, cuando llegemos a Brodie, ellos ya conocen la noticia?

—Entonces, Alana, tu abuela correrá un grave peligro.

Tenían que llegar a Brodie inmediatamente.

—Nuestra mejor baza para tomar el castillo es que yo convenza a Godfrey. Por favor, Iain. No me envíes a Islay —le rogó ella, acariciándole la cara—. Te lo ruego.

Él tenía una expresión grave.

—Has aprendido a manejarme muy bien.

Había ganado. Alana sintió un gran alivio.

Capítulo 11

Castillo de Brodie, enero de 1308

Alana se emocionó al llegar a la pequeña llanura que había sobre el risco. El Castillo de Brodie estaba en la siguiente colina. Era una vista muy querida para ella.

Iain alzó la mano para darles el alto a los soldados que los acompañaban. El resto de su ejército estaba oculto en el bosque que había debajo del risco.

Cuando la miró, a ella se le alegró el corazón. Cuando Godfrey se rindiera, se convertiría en la señora de Brodie. Habría recuperado su hogar.

Era increíble.

Sin embargo, había pagado un precio muy caro a cambio del castillo. Se había comprometido con Robert Bruce y con su triunfo, y no solo por el juramento de fidelidad que había tenido que hacer. Si Bruce no conquistaba Escocia y vencía a Buchan, a ella le arrebatarían Brodie nuevamente.

Había llegado al campamento de Bruce, en la montaña de Slioch, hacía solo diez días. Su vida había cambiado de una forma que ella no hubiera podido imaginar. Sin embargo, aunque era la amante de Iain y compartía su tienda y su lecho, nunca habían hablado de la petición que ella le había hecho a Bruce, ni del hecho de que él, finalmente, se casaría con otra mujer.

Iba a sobrevivir, porque Brodie era suyo.

—La nieve se ha derretido —dijo Iain, interrumpiendo el silencio.

No era extraño que la nieve se derritiera en enero. Había algunos neveros en el risco, pero el suelo estaba embarrado. Alana sabía lo que estaba pensando: que era mucho más fácil atacar al enemigo avanzando sobre la nieve que avanzando sobre el barro.

—No vas a tener que atacar —le dijo—. Me voy a asegurar de ello.

Él le sonrió.

—Tienes la determinación de una reina.

—Esa es una gran alabanza.

—Alana, has cambiado desde que nos conocimos. Entonces eras una muchacha joven e inexperta. Algunas veces sigo viendo a esa muchacha, pero, sobre todo, veo a una mujer orgullosa y determinada.

—Han pasado muchas cosas —respondió ella—. Espero que los cambios te agraden.

—Tú me agradas —dijo él, con rotundidad—. Todavía nos quedan cuatro horas hasta el atardecer. Vamos.

Alana asintió. Estaba muy nerviosa, puesto que debía convencer a Godfrey de que se rindiera sin luchar. Iain alzó una mano y comenzaron a bajar la ladera escarpada, por su parte oeste, por un camino de ciervos. Era muy rocoso y estaba embarrado; el descenso fue difícil y lento.

Tardaron una hora en llegar a la cañada de abajo, y otra media hora en comenzar el pequeño

ascenso hacia las puertas de Brodie, que estaban cerradas. Parecía que el adarve también estaba vacío. Sin embargo, cuando se acercaron a la torre vigía, las campanas comenzaron a tocar.

—Vuestra guardia no es buena —comentó Iain—. El vigía debería habernos visto mucho antes.

Los soldados de Godfrey aparecieron entre las almenas. Iain siguió avanzando junto a Alana, dirigiendo a sus highlanders.

Cuando se acercaron lo suficiente, ella distinguió a Godfrey, que había subido al adarve con sus hombres. Su pelo rubio era inconfundible. Iain les ordenó a sus hombres que se detuvieran.

—Debería adelantarme yo sola —dijo Alana, mientras se quitaba la capucha. Quería que Godfrey la reconociera.

—No vas a hacer tal cosa —respondió Iain.

—Sus arqueros intentarán abatirte —dijo ella. Temía por la vida de Iain.

—¿Crees que es tan tonto como para eso? —le preguntó Iain—. Me he acercado a su puerta con un puñado de hombres. Él no sabe que mi ejército está en el bosque. Además, te traigo conmigo. No puede ser tan estúpido, Alana, como para disparar sin preguntar primero.

Godfrey no era tonto. Seguramente, querría hablar con Iain antes de emprender alguna acción violenta que pudiera tener consecuencias terribles para él.

Alana miró hacia atrás. El estandarte de Iain ondeaba al viento, pero también la bandera blanca de la tregua. Se sorprendió, porque no sabía que él iba a izar aquella bandera.

Iain espoléó al caballo para que avanzara, y Alana lo siguió. Oyó cómo se tensaban las cuerdas de los arcos, y miró hacia las almenas. Todos los arqueros estaban apuntándoles con sus flechas.

Y, tras ellos, se oyó el sonido del metal. Los soldados de Iain habían desenvainado sus espadas.

—¿No veis nuestra bandera blanca? —preguntó Iain en voz alta, con enfado. Su caballo giró nerviosamente.

—¡Identificaos! —gritó Godfrey, asomándose por las almenas. Estaba muy pálido.

—Soy Iain de Islay, y la pupila de vuestro padre, Alana le Latimer, está conmigo. ¡Que tus arqueros descansen! —ordenó Iain, y le dijo a Alana, en voz baja—: Quédate detrás de mí. No sé si, después de todo, Godfrey es un idiota.

Alana lo ignoró. Godfrey estaba angustiado y, al mismo tiempo, asombrado. Se quedó indeciso, y Alana se adelantó con su yegua, dejando a Iain atrás.

—¡Godfrey! ¡Tenemos que hablar!

—¿Alana? —gritó Godfrey, mirándola. Al verla, palideció aún más.

Iain se acercó a ella y tomó las riendas de su yegua, mirándola con furia. Después, le dijo a Godfrey:

—Baja a hablar con nosotros. Trae tres caballeros, si te place.

Godfrey no daba crédito. Alana se dio cuenta de que no había oído hablar de su traición; por eso no comprendía por qué estaba ella con Iain. Tampoco podía imaginarse qué querían de él. En aquel momento, Alana lo sintió por él, y tuvo vergüenza de lo que iba a hacer.

—No voy a salir del castillo —dijo, finalmente, Godfrey. Se giró hacia sus arqueros y les ordenó—: Que nadie dispare a menos que yo dé la orden.

Los arcos crujieron cuando la tensión de las armas se relajó. Los arqueros guardaron las

flechas. Alana respiró profundamente; esperaba no volver a ver a tantos soldados listos para dispararle.

Iain les dio una señal a sus hombres, y ellos enfundaron de nuevo las espadas.

—Alana —gritó Godfrey—, ¿estás bien?

En aquella ocasión, ella miró a Iain para pedirle permiso. Él asintió, y ella se acercó unos cuantos pasos a la muralla.

—Estoy bien, Godfrey, teniendo en cuenta la situación en la que me encuentro.

Godfrey la miró con una expresión llena de reproche.

—¡Desapareciste de Brodie! ¡Teníamos miedo de que te hubieran secuestrado! Y, entonces, nos dimos cuenta de que te habías llevado un caballo y te habías marchado con uno de los hijos de Seamus. ¿Por qué, Alana? Seamus afirma que no sabe nada de tus asuntos. ¡Es demasiado leal a ti!

Ella se echó a temblar.

—Vas a saberlo todo muy pronto. Ahora estoy con Iain, Godfrey.

Él la miró con desconcierto. Claramente, no lo había entendido.

—Lo quiero —añadió ella—. Lo siento mucho.

Él gritó de estupefacción.

—¿Qué estás diciendo? ¡No puedes quererlo! ¡Ni siquiera lo conoces! ¡Tan solo te liberó de la torre en Nairn, y no habéis podido hablar más de una o dos veces!

Alana no miró a Iain. Era extraño pero, por mucho que lo quisiera, se sentía avergonzada en aquel momento. Había traicionado la confianza de su familia.

—¿Y qué importa? Godfrey, he venido a ayudar. Robert Bruce le ha concedido Nairn a Iain.

—¿Nairn? ¡De Nairn no quedan más que cenizas! ¡Y sí, sí importa, Alana!

—¡Godfrey! El rey Robert ha decidido tomar Brodie, después de todo. ¡Le rogué a Iain que me permitiera venir a hablar contigo! No quiero que tú ni tus hombres corráis peligro. ¡Por favor, Godfrey! Él atacará Brodie y lo tomará por la fuerza, a no ser que tú te rindas.

Godfrey se quedó mirándola boquiabierto.

Se había quedado horrorizado, más de lo que ella había pensado. Alana miró a Iain.

—Necesito hablar con él en privado.

—¡No vas a entrar ahí sola! ¡Él no te dejará salir, y yo no podré atacar el castillo si tú estás dentro!

—No me va a hacer daño, Iain —dijo ella, y se volvió hacia las murallas nuevamente—. Godfrey, ¿puedo entrar a hablar contigo, como amiga? ¡No quiero que nadie del castillo muera hoy!

Godfrey tenía una expresión de angustia y conmoción, pero asintió.

Iain la tomó del hombro.

—¡No! ¡Godfrey! —gritó—. Soy el señor de Nairn, y también tendré el poder sobre Brodie. No voy a permitir que Alana entre al castillo. Rinde Brodie y evita el derramamiento de sangre. De lo contrario, atacaré.

Alana no sabía qué hacer. Estaba segura de que podría convencer a Godfrey si conseguía hablar en privado con él.

Godfrey estaba temblando.

—¿Ahora estás con él? ¿Es cierto?

Alana se humedeció los labios y asintió.

—Somos amantes —dijo.

Godfrey se puso muy rojo.

—¡Dios! Entonces, ¿te escapaste a medianoche para estar con él? ¿Es eso lo que ocurrió, Alana? ¿Elegiste a tu amante en vez de a mí, y de Brodie? ¿En vez de elegir a tu familia?

—A mí todavía me importa Brodie, igual que a ti —dijo ella.

—¡Mentirosa! —gritó Godfrey—. ¿Te escapaste para estar con él?

Alana no quería hablar de su relación con Iain.

—Ya sabes lo que siento por Brodie —gritó.

—¡Creía que lo sabía! ¡Creía que te conocía! ¡Pero la mujer a la que yo creía conocer nunca le hubiera entregado Brodie al enemigo!

Iain no era su enemigo, pero no se atrevió a decírselo. Tampoco se atrevía a decirle que, en cuanto él se rindiera, Brodie pasaría a ser suyo.

—¡Godfrey! —gritó Iain—. Estoy perdiendo la paciencia. Mis hombres van a atacar el castillo al amanecer si no te rindes.

Godfrey miró a Iain entre el pánico y la indecisión.

—¡Godfrey! —insistió Alana—. ¡Te lo ruego! Iain destruirá Brodie si es necesario. Lo conquistará aunque tenga que dejarlo reducido a cenizas, como Nairn. Así que, por favor, ríndete.

Godfrey miró a sus arqueros y, de repente, todos los arcos volvieron a tensarse, y todas las flechas volvieron a apuntar a Alana. Ella se quedó helada, mientras oía a los hombres de Iain desenvainar las espadas.

—¡No luches! —gritó Alana—. ¡Eres mi amigo! ¡No quiero que mueras!

Se hizo un terrible silencio. El único sonido que se oía eran los relinchos de los caballos, el tintineo de las piezas de metal de los arneses, el crujido del cuero de las monturas.

Iain lo rompió.

—Mi ejército está en el bosque. Tengo trescientos hombres. Tú tienes treinta y cinco.

Godfrey miró a Alana con incredulidad. Ella se estremeció. Él se irguió y se apartó de las almenas. Con la voz ronca, ordenó:

—¡Abrid las puertas!

Alana entró al gran salón de Brodie detrás de Iain, seguida por sus hombres. Habían pasado varias horas. El ejército de Iain había rodeado el castillo, y sus soldados estaban ocupando las murallas.

Godfrey estaba sentado en la mesa, mirando a su alrededor con espanto. Había unas cuantas sirvientas a su espalda, todas ellas pálidas y atemorizadas. Cuando entró Alana, vio por fin a Eleanor, que salió a abrazarla desde las sombras.

Alana se aferró a ella.

—He estado muy preocupada por ti —le dijo su abuela.

Alana sonrió entre las lágrimas.

—Estoy bien.

Entonces, Eleanor se apartó un poco para mirarla. Su abuela se dio cuenta de que estaba en perfecto estado.

Iain se detuvo ante Godfrey, que no se puso en pie.

—Has hecho lo correcto, Godfrey —dijo.

Después, se quitó la capa de piel y posó la mano sobre la empuñadura de la espada, adoptando una posición de autoridad.

Godfrey emitió un sonido de desdén.

—Entonces, ¿no vas a hacerme prisionero? —preguntó, entre burlón y furioso. Por fin, miró a Alana.

—Cuando paguen tu rescate, serás liberado —dijo Iain, que también se volvió a mirarla.

Alana tenía las mejillas ardiendo. Ya no podía seguir posponiendo el momento de decirle la verdad a Godfrey.

—¿Iain? Tengo que hablar con Godfrey. A solas.

Iain entrecerró los ojos.

—Puedes hablar con él todo lo que quieras, pero en este momento está muy enfadado, y va a estar vigilado hasta que paguen su rescate.

—¿No vas a permitirme que hable con él a solas? —inquirió Alana con incredulidad.

Godfrey escupió:

—¿Así que este es el amante que has elegido?

Alana se echó a temblar, mientras Iain miraba a Godfrey con una expresión de advertencia.

—Será mejor que contengas la lengua y hables de forma agradable, si no quieres que te mande al calabozo con el resto de tus hombres.

¡Alana no iba a permitir que metieran a Godfrey en el calabozo! Ni siquiera habían hablado de su captura. Además, ella esperaba que los hombres de Brodie le hicieran un juramento de lealtad, no que se convirtieran en prisioneros de guerra.

—¿Quién es tu sargento de armas? —preguntó Iain.

Godfrey se cruzó de brazos.

—Roger de Foret.

Iain se volvió hacia sus soldados y les ordenó que llevaran a Foret a su presencia.

—Voy a inspeccionar nuestras defensas —dijo—. Angus, vigila a Godfrey. Si te da algún problema, envíalo abajo.

Angus era un highlander de mediana edad, con la cara llena de cicatrices y una barba gris tan larga que le llegaba al pecho. Parecía que había estado toda la vida en la guerra.

—¿Es necesario, Iain? —preguntó Alana.

—Es el enemigo, Alana —respondió él. Después, se marchó con sus hombres.

—¿Estás satisfecha? ¿Te gusta ser una traidora? —le preguntó Godfrey.

Alana dio un respingo.

—No esperaba que lo entendieras.

—Me has apuñalado por la espalda. Has apuñalado a tu padre y a Buchan por la espalda. Dios Santo, Buchan te va a matar por esto.

Alana se echó a temblar, y Eleanor le pasó un brazo por los hombros. Su abuela no dijo nada, pero ella sabía que Eleanor estaba de acuerdo con Godfrey en aquello último. También ella estaba de acuerdo.

—¿Por qué? ¿Por qué, Alana? ¡Y no me digas que te has enamorado de ese highlander! ¡Nadie repudia a toda su familia por amor! —gritó Godfrey.

Alana se sentó en el banco, no muy lejos de él.

—Sí lo quiero. Nunca había querido antes a un hombre —dijo.

Era cierto que había repudiado a toda su familia por amor; las palabras de Godfrey le provocaron un frío extraño, porque sabía que, algún día, Iain estaría con otra mujer.

Godfrey cabeceó.

—Yo pensaba que estabas considerando la posibilidad de casarte conmigo. ¡Dios, soy un idiota!

Alana se estremeció, preguntándose, de repente, si ella también era una idiota.

—Ahora somos amigos. No es lo mismo.

—¿No es lo mismo que ser amantes? —preguntó Godfrey, y se levantó bruscamente de su sitio. Angus echó mano a su espada.

Godfrey alzó ambas manos para indicar que no iba a hacer ningún daño a nadie.

—¿Y te vas a casar con él, Alana? ¿Es eso? ¿Te vas a casar con él y a convertirte en la señora de Brodie?

—No me voy a casar con él. Eso me lo han dejado bien claro. Pero... ya soy la señora de Brodie.

Godfrey bajó las manos.

—¿Cómo?

—Lo siento —susurró ella.

—¿Cómo? —rugió él.

Angus lo agarró del brazo.

—Bruce me ha concedido mi hogar —dijo—. El hogar que perteneció a mi madre. Va a ser mi dote... Ahora, yo soy la señora de Brodie.

—¡Traidora! —gritó él—. ¿Te has pasado al bando de Bruce! ¡Traidora!

Angus empezó a tirar de él para llevárselo.

—Mi señor inglés, hoy dormiréis abajo, en el calabozo —dijo el highlander.

Godfrey forcejeó sin éxito.

—¡No soy inglés, burro! ¿Qué has hecho, Alana? ¿Y por qué? ¿Por qué? —gritó, mientras se le caían las lágrimas por las mejillas.

—Bruce va a ser el rey —dijo ella, y se dio cuenta de que también estaba llorando—. Por favor, Angus, suéltalo. Solo estamos hablando.

—Iain me ordenó que lo llevara al calabozo si causaba problemas.

—Pero no está haciéndome daño —dijo Alana.

Godfrey se rio con amargura.

—¿Y qué pensará tu amante cuando sepa la verdad de ti?

¿Acaso pensaba contarle a Iain que tenía la capacidad de predecir el futuro? A Alana se le encogió el corazón.

—¡Godfrey! ¡No hay motivo para decir nada!

—¿Que no hay motivo? ¡Me has apuñalado por la espalda! ¡Me has robado Brodie!

—No hagas esto —le rogó ella—. Somos amigos.

—¿Amigos? ¡Los amigos no se traicionan! ¡Los amigos no se roban!

—¡A mí me robaron Brodie! —gritó Alana.

Iain entró en el salón.

—Se os oye gritar por todo el castillo —dijo, con una expresión sombría, y los miró a los dos con recelo.

Alana miró a Godfrey, rogándole en silencio que no revelara su secreto.

Godfrey le devolvió la mirada con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quieres saber la verdad sobre ella? —le preguntó a Iain.

Iain miró a Alana.

—¿De qué está hablando? —inquirió, en voz baja.

Alana hizo un gesto de impotencia.

—Hay algo que...

Se atragantó con las palabras. ¿Cómo iba a decírselo? Se le pasaron por la cabeza muchos momentos, en los que él la había mirado con afecto, con calidez, con lascivia o con admiración... Después, recordó cómo la habían mirado otros hombres, con horror, con miedo, con repulsión.

—Es bruja —dijo Godfrey.

Iain se sobresaltó.

—Tu amante es una bruja. Todo el mundo lo sabe. Puedes preguntárselo a quien quieras.

A Iain le divirtió oír aquello. Se volvió hacia Alana, que estaba temblando de desesperación, y la sonrisa se le borró de los labios. Entonces, le preguntó con asombro:

—Alana, ¿de qué está hablando?

—Godfrey ha dicho la verdad.

—¿Qué?

—Puedo ver el futuro, Iain. Soy una bruja.

Él se quedó mirándola un largo rato. Después, dijo:

—Que todo el mundo se vaya. Dejados a solas.

Pasó una eternidad hasta que todo el mundo salió del gran salón del castillo. Angus se llevó a Godfrey. Eleanor miró a Alana con preocupación, se levantó y se fue. Cuando se quedaron solos, Alana permaneció sentada en uno de los bancos, sola, e Iain se quedó delante de ella, con una mano sobre la empuñadura de la espada. En la estancia solo se oía el crepitar del fuego.

—No lo entiendo —dijo Iain.

Alana se mordió el labio. Había temido aquel día desde que lo conocía.

—Puedo ver el futuro —susurró.

—Si no estuvieras tan asustada, creería que es una broma.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué significa, exactamente, que puedes ver el futuro?

—Tengo visiones del futuro, algunas veces.

Él hizo un gesto desdeñoso, sin apartar la vista de ella.

—Nadie puede ver el futuro.

—Yo sí.

—No. Tú solo crees que puedes verlo, Alana. Lo demás es imposible.

No quería creerla, y ella estaba casi aliviada. Tuvo la tentación de dejar las cosas como estaban, pero en Brodie todo el mundo sabía que tenía visiones.

—Mi padre me dio una pequeña dote cuando cumplí los quince años. Sin embargo, en Buchan todo el mundo sabe la verdad, y la verdadera razón por la que nunca he conseguido casarme es que tengo ese poder —explicó ella, con la voz ronca—. Nadie quiere casarse conmigo, ni siquiera con mis tierras.

—No te creo. Nadie puede ver el futuro —repitió él.

Ella se encogió de hombros.

—Yo tengo visiones desde los cinco o seis años.

Hubo otro terrible silencio.

—¿Y qué has visto? —le preguntó él, finalmente.

Alana se frotó los brazos fríos.

—Te vi a ti, Iain, antes de que nos conociéramos, en la batalla de Boath Manor.

—¿Qué?

—Vi la batalla con todo detalle varios días antes de que sucediera. Vi a tus highlanders luchando contra los soldados de Buchan, y vi la casa incendiada, y te vi a ti rescatando a la señora MacDuff y a sus hijos. Incluso vi a ese highlander pelirrojo intentando matarte por la espalda.

—No te creo —dijo él de nuevo. Sin embargo, cada vez había menos certidumbre en su tono de voz.

—Cuando Eleanor y yo íbamos de camino a Nairn y nos topamos con la batalla, yo sabía lo que iba a ocurrir. Así que te grité para advertírtelo.

—Te oí —dijo él—. Pero ¿por qué corriste hacia mí cuando me apuñalaron?

—No sé por qué. Tenía que ayudarte. Me daba terror que te hirieran, o que te mataran —dijo ella, y comenzó a llorar. Se tapó la cara con las manos.

—No llores ahora —le advirtió Iain. Comenzó a pasearse de un lado a otro, entre la confusión y la ira. Alana quería contener los sollozos, pero no podía. Se le estaba rompiendo el corazón. Él se acercó a ella, la agarró por las muñecas y le apartó las manos de la cara.

—Tus lágrimas no me van a conmovir, Alana —le dijo—. ¿Por qué me ayudaste? ¿Por qué? ¿Había algo más en tu visión?

—¡No sé por qué te ayudé! ¡Era como si ya te quisiera, y estuviera asustada por ti!

Él la zarandeó una vez, y la soltó.

—No podías amarme entonces. ¿Me estabas buscando, o te habían enviado a buscarme?

¡De nuevo, estaba sospechando de ella!

—Mi tío mandó que me avisaran para que fuera a Nairn, pero nadie más sabía de esa visión, salvo Eleanor.

Él asimiló aquello. Entonces, preguntó:

—¿Y qué otros poderes tienes?

—Ninguno.

—¡No te creo! ¿Dios, o el diablo, te concedió un solo poder? —gritó Iain, mirándola con los ojos llenos de furia—. ¿Me has hechizado?

A ella se le escapó un jadeo.

—¡Claro que no!

—¡Porque he estado hechizado desde el día que nos conocimos! ¿Y has hechizado a Godfrey? ¡Está enamorado de ti! ¿Y a Bruce? ¿Por qué te concedió Brodie tan rápidamente, y me permitió que viniera a tomar el castillo con tanta facilidad?

Alana se puso en pie, tambaleándose, para intentar tomarlo del brazo. Él la evitó.

—¡Iain, yo no puedo hacer hechizos! ¡Mi único poder es la predicción del futuro!

Él la miró fijamente.

—Ve a tu aposento, Alana —dijo, por fin—. Mandaré que te avisen cuando pueda hablar contigo otra vez.

—¡No ha cambiado nada!

Él le lanzó una mirada oscura.

—Todo ha cambiado.

Alana se refugió en los brazos de Eleanor en cuanto Angus cerró la puerta de su alcoba. Cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas. Había pensado que Iain iba a enfadarse, pero nunca hubiera pensado que la acusara de practicar la brujería.

—Todo se arreglará, Alana —dijo Eleanor.

—¡No lo sé, abuela! ¡Está tan furioso que me echó de su lado! Cree que lo he hechizado para que me desee. Y ¿nos han encerrado de nuevo? ¿Volvemos a ser prisioneras?

Eleanor le acarició el pelo.

—Tenías que decírselo. Él lo iba a averiguar. Además, es lo que eres en realidad.

—Pero no se lo dije, porque he sido una cobarde —replicó ella—. Godfrey se lo dijo por desprecio hacia mí, y no le culpo —añadió, y el corazón se le encogió de consternación. Pobre Godfrey. ¿De verdad había llegado a quererla?—. Le he hecho daño a todo el mundo.

—Tú no querías hacerle daño a nadie. Has encontrado el amor, cuando toda la vida te han tratado como a una leprosa. Has recuperado Brodie, cuando nunca deberían habértelo arrebatado. No has hecho nada malo, Alana.

Alana no la creía. Se sentía como si hubiera traicionado a todo el mundo, y ¿con qué propósito? ¿Solo para que le devolvieran Brodie? ¿Para pasar unas cuantas noches en brazos de su amante?

Se acercó a la puerta e intentó abrir. Para su sorpresa, no estaba cerrada con cerrojo y, al salir, no encontró a ningún guardia de vigilancia.

Suspiró de alivio. Al menos, Iain no la había hecho prisionera... por el momento.

—Os he oído discutir —dijo Eleanor, dando unos golpecitos a su lado, en la cama. Alana volvió a sentarse a su lado, y se agarraron las manos—. Está conmocionado, como es lógico. Y está enfadado. Pero esa sorpresa inicial y la ira pasarán.

—Está lleno de sospechas otra vez, y de dudas. Me costó muchísimo recuperar su confianza. Y me echó del salón.

—Yo he oído la voz de un hombre enfadado y conmocionado, de un hombre que estaba intentando salir de su desconcierto, intentando comprenderte. Un hombre que quería entender.

—¿Qué quieres decir, abuela?

—¿Se ha quedado horrorizado? ¿Se asustó de ti?

Alana no quería hacerse ilusiones, pero no había visto miedo ni horror en la expresión de Iain.

—Tienes que darle algo de tiempo para que se dé cuenta de lo que eres en realidad: una

mujer maravillosa, con un poder que es una bendición algunas veces y, en otras ocasiones, una maldición.

Su abuela era la persona más sabia del mundo.

—Abuela, ¿crees que terminará aceptándome como soy?

—Creo que él es diferente al resto de los hombres, Alana.

Iain era distinto. Era el cuarto hijo de un señor de las Highlands, inteligente, astuto y ambicioso. Era poderoso, y no solo como soldado. Era implacable, pero podía ser bondadoso. Verdaderamente, era un hombre excepcional.

Alana se apartó de la cabeza sus esperanzas.

—Aunque pudiera aceptarme, se va a casar con otra mujer. Le pedí a Bruce que me concediera a Iain como esposo, pero él me lo negó. Bruce me ha dejado claro que le concederá a Iain una gran heredera, por su lealtad, e Iain me ha dejado claro que eso es lo que desea.

—Hay peores destinos que convertirse en una amante adorada —dijo Eleanor, con una sonrisa, y le acarició el pelo.

—En estos momentos no me quiere, abuela.

—¿Estás segura?

¿Acaso su abuela pensaba que Iain la quería? Alana no podía hablar.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo su abuela.

La puerta se abrió, e Iain apareció en el umbral.

Alana se puso lentamente en pie.

—Lady Fitzhugh, ¿podéis dejarnos a solas? —pidió Iain.

Eleanor abrazó a Alana y le dijo a Iain:

—Es lo más preciado para mí, y creo que para ti también.

Con aquella advertencia velada, se marchó.

Iain cerró la puerta, pero no se adentró en la habitación.

—Entonces, has tenido visiones desde que eras niña —dijo, en voz baja.

—Sí.

—¿Visiones? ¿No eran sueños?

—Visiones.

—¿Qué clase de visiones? ¿Y con cuánta frecuencia?

Ella empezó a sentir consternación una vez más. ¿Era aquello otro esfuerzo de Iain por comprenderla, o un intento de utilizar su poder?

—Nunca he tenido una visión que fuese agradable. Solo puedo predecir la tragedia, el derramamiento de sangre y la muerte.

Él se estremeció.

—Las visiones me asaltan cuando menos lo espero —continuó Alana—. Cuando estoy completamente despierta y, siempre, cuando he mirado una masa de agua.

—¿Cuándo miras el agua?

—Sí. Puedo mirar un charco, o un lago y, de repente, me mareo y estoy dentro de mi propia visión, como si estuviera sucediendo en realidad —explicó Alana, retorciéndose las manos—. Después, siempre vomito. ¿Por qué me preguntas esto, Iain?

—Llevamos durmiendo juntos desde diciembre y, de repente, me entero de que eres una bruja

que puede predecir el futuro. ¿Es que no tengo derecho a hacer preguntas?

Alana se encogió de hombros, indicándole que podía preguntar lo que quisiera.

—¿Con cuánta frecuencia ves el futuro? ¿Una vez al mes? ¿Una vez al año?

—Depende. Unas cuantas veces al año, tal vez.

—¿Y las visiones siempre se hacen realidad?

Ella asintió.

—Sí, Iain. Siempre.

Él se quedó mirándola fijamente, en silencio. Continuaba de pie, junto a la puerta cerrada.

Por fin, le preguntó:

—Has dicho que viste la batalla de Boath Manor días antes de que ocurriera. ¿Es siempre así? ¿Las visiones ocurren tan rápidamente?

—No. Puede que pasen semanas, o meses, antes de que mi visión se haga realidad. Aunque... nunca han pasado más que unos pocos meses... —susurró.

Él tenía una expresión, grave, incluso cautelosa, pero ya no estaba furioso. Estaba pensativo. Alana había llegado a conocer bien a Iain, y sabía que él estaba intentando comprender su habilidad. Aunque no estaba claro si pensaba en que podría utilizarla en la guerra.

Aquella última duda se aclaró con la siguiente pregunta de Iain.

—¿Qué otras visiones has tenido, Alana, de la guerra, o de mí?

—¿Por eso has venido a verme? ¿Para preguntarme por la guerra?

Él la miró con confusión.

—Si has visto el futuro de la guerra, debo saberlo.

—Ese es el motivo por el que me encerró mi tío, Iain, la primera vez. Quería que tuviera visiones y se las contara. Por eso me llamó para que fuera a Nairn. Y, cuando supo que yo no podía ver el futuro a voluntad, me encerró en la torre con una vasija llena de agua. No iba a soltarme hasta que tuviera una visión —dijo Alana con amargura—. ¡No puedo ver nada cuando alguien me lo pide! ¡No es como darle órdenes a una de las mozas de la cocina!

—No me sorprende que tu tío quisiera que tuvieras una visión —dijo Iain—. ¿Qué ocurrió?

—¿Acaso justificas lo que hizo? —gritó ella, poniéndose en pie—. ¿Tú también me vas a encerrar con una vasija llena de agua, hasta que tenga una visión para ti?

—¿Acaso te he encerrado?

Ella estaba temblando.

—No lo sé. ¡Me siento como una prisionera!

A él le brillaron mucho los ojos.

—No había guardia fuera, y sabes muy bien que la puerta no estaba cerrada.

Ella cabeceó con fuerza.

—Toda mi vida me han rechazado por mis visiones. Me han rechazado, me han temido, me han repudiado. Y, ahora, con esta maldita guerra, ¡de repente mi tío se preocupa por mí! Y mi padre me visita, cuando no lo había visto desde que tenía cinco años. ¡De repente, soy importante para ellos! ¡De repente, soy una sobrina querida, y una hija querida!

—Entonces, ¿te compadeces de ti misma?

Ella se dio cuenta de que tenía mucha lástima de sí misma, y asintió.

—¡Sí! En este momento, me compadezco mucho —gimió, con los puños apretados—. Durante un tiempo, contigo, he podido ser una mujer normal.

Él frunció los labios ligeramente, y se apartó de la puerta.

—Alana, aunque no tuvieras ese poder, tú no serías una mujer normal.

—¡Me hiciste tu amante porque era una mujer normal! Nunca me había deseado ningún hombre, hasta que te conocí.

Él entrecerró los ojos.

—Entonces, es que son idiotas.

¿Qué significaba aquello? ¿Era posible que ya no la temiera?

—Buchan y sir Alexander querían tenerte cerca. Tiene sentido. De lo contrario, serían negligentes. Y, si ellos quisieron manipularte con su repentino afecto, Alana, eras tú la que debías haberte dado cuenta.

Iain no entendía lo doloroso que era todo aquello.

La miró de reojo.

—¿Y qué ocurrió en Nairn? ¿Tuviste esa visión que quería Buchan? ¿Es por eso por lo que te pegó? ¿Para asegurarse de que vieras el futuro?

—Al final, tuve una visión —susurró ella—, pero no era la visión que quería Buchan. Se puso furioso conmigo, me pegó y me encerró.

—¿Qué viste?

Ella se sentó en la cama. Iain quería saber cuáles habían sido sus visiones, como Buchan y sir Alexander. En cierto modo, le hacía daño, pero no tanto, porque ella quería ayudarlo si podía, quería que estuviera a salvo. Sin embargo, no quería que él la usara, ni en aquel momento, ni nunca.

—Vi a Buchan derrotado, su condado reducido a escombros y a cenizas, y la bandera de Bruce ondeando al viento. Bruce gana. Mi tío queda destruido.

Iain abrió unos ojos como platos. De repente, se sentó junto a ella en la cama.

—Dios Santo —murmuró—. ¿Y le contaste todo eso a tu tío?

Ella asintió, enjugándose una lágrima que tenía en la mejilla.

—Yo quería que él utilizara esa información para defender el condado... Pero, en vez de reaccionar así, me pegó y me encerró en la torre.

Iain le puso la mano en el hombro.

—Lo siento mucho, Alana.

Estaban sentados en la pequeña cama, y sus hombros, brazos y caderas se tocaban. Y, por un momento, el contacto con su cuerpo grande y masculino le resultó muy intenso, muy familiar.

—¿Cuándo derrotará Bruce a Buchan?

—No lo sé. Parecía la primavera... Quedaba muy poca nieve en el suelo —dijo ella, y lo miró atentamente. Iain estaba muy contento. Ella veía que pensaba febrilmente; cuando Iain se dio cuenta de que lo estaba escrutando, la miró y sonrió ligeramente.

Ella no podía dar crédito.

—¿No me tienes miedo?

Él se puso en pie.

—¿Debería tenerte miedo, Alana?

—¡No!

Iain entrecerró los ojos.

—Si es este el único poder que tienes, no, no te tengo miedo.

Iain le había preguntado si podía hacer hechizos, si los había hechizado a Bruce, a Godfrey, a él mismo...

—No puedo hacer hechizos, Iain. No soy de esa clase de brujas.

—¿Y tus otras visiones?

—Solo han sido dos —dijo ella—. Vi a mi padre muerto. Va a morir, Iain.

Él lo asimiló, y asintió.

—Sé que quieres a sir Alexander, aunque no entiendo por qué. ¿Y la otra visión?

—Debes estar en guardia. Buchan se acercará a ti por la espalda, con la espada en alto... estará a un instante de matarte.

Después de una pausa, él preguntó:

—¿Y lo conseguirá?

—No lo sé —susurró ella.

Finalmente, Iain se giró hacia el otro lado, con una expresión pensativa. Alana sabía que había terminado, y que iba a salir de la habitación. Quería llamarlo, pero no sabía qué podía decirle entonces. Quería pedirle que volviera más tarde, que durmiera con ella, como habían estado haciendo todas las noches. Sin embargo, tenía miedo de que él la rechazara.

Lo que más quería saber era lo que ella significaba para él, pero le aterraba cuál pudiera ser la respuesta.

—Debe de ser difícil, Alana, tener un poder así —dijo Iain, de repente—. Pero es útil, muy útil.

Y se marchó.

Capítulo 12

—Alana, estás agotada —dijo Eleanor—. ¿Quieres que le pida a una doncella que te suba la cena? No tienes por qué bajar al salón esta noche.

Alana estaba acurrucada en la cama, dormitando. Habían pasado varias horas desde su conversación con Iain. Ya había oscurecido, y ella había cerrado las contraventanas. Se había quedado dormida, pero su abuela la había despertado con un ligero roce.

Alana no sabía si quería bajar. Pese a lo incierto que fuera su futuro, había sido muy feliz hasta hacía unas horas. Y, antes de quedarse dormida, su mente había dado muchas vueltas, porque no sabía lo que pensaba Iain de su poder de predecir el futuro, ni lo que sentía por ella.

Lo único que sabía era que ya no estaba enfadado.

—Estoy cansada —admitió, finalmente.

—Abajo hay una fiesta de hombres, de todos modos. Están celebrándolo como si hubieran tomado Balvenie.

Alana no pudo sonreír. Balvenie era el castillo principal del condado de Buchan, la sede de su poder. Ella nunca había estado en aquel castillo, aunque estaba a solo un día de trayecto. Siempre había querido verlo, porque tenía fama de ser grandioso. Sin embargo, sabía que ya no sería posible.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán mi tío y mi padre en averiguar lo de Brodie?

A Eleanor se le borró la sonrisa de los labios.

—Las malas noticias viajan tan deprisa como los cuervos.

Alana se tendió boca arriba, mirando al techo de piedra.

—Ojalá las cosas fueran distintas. Ojalá hubiera podido tomar otras decisiones.

Pero, para que eso hubiera sido posible, ella habría tenido que vivir en una tierra en paz, cuando Escocia siempre estaba en guerra, clanes contra clanes, amigos contra amigos.

—Te conozco mejor de lo que conocía a mi propio hijo, y sé que has detestado el hecho de tener que traicionar a tu padre. Alana, las dos sabemos que él no se merecía ninguna lealtad tuya.

Alana no respondió. Sabía que a Eleanor no le preocupaba su traición al conde de Buchan, pero sabía que estaba tan triste como ella por su traición a sir Alexander. Su abuela la miró con solemnidad y se marchó, sin molestarse en cerrar la puerta.

Ella olvidó pronto a su tío, pero no pudo dejar de preguntarse cómo iba a reaccionar su padre cuando recibiera la noticia de que se había convertido en señora de Brodie, y de que le había jurado lealtad a Robert Bruce.

Si él la había querido un poco, probablemente dejaría de quererla por completo, pensó Alana, mirando la antorcha encendida que había en el pasillo. Oía los ruidos de la fiesta que había en el salón. Brodie había caído sin lucha, así que los soldados lo estaban celebrando. Iain también debía de estar muy contento. No había perdido un solo hombre.

Ella sabía cómo eran las cosas en el piso de abajo: los hombres estaban comiendo y

bebiendo abundantemente. Todas las doncellas jóvenes del castillo, las que estuvieran solteras o viudas, asistirían a la fiesta e intentarían atrapar a algún soldado guapo y victorioso. Meg también estaría en la fiesta.

Ella le serviría vino a Iain, lo halagaría y se frotaría contra su hombro. Incluso podía sentarse a cenar con él. Se preguntó si Meg volvería a su lecho. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Cuánto le dolía aquella idea, como una puñalada en el corazón.

Alana se tendió de espaldas a la puerta. No quería pensar en las aventuras que él pudiera tener con otras mujeres. Pensó en Godfrey. La culpabilidad y la vergüenza la invadieron.

No sabía si lo habían metido al calabozo, o si estaba en su propio aposento con un guardia en la puerta. Por muy difícil que pudiera ser, debía visitarlo al día siguiente, y asegurarse de que lo estaban atendiendo bien. También intentaría convencer a Iain de que hiciera una petición de rescate lo antes posible, para que Godfrey recuperara su libertad.

Oyó que alguien se acercaba por el pasillo. Eran unos pasos masculinos, y Alana se dio la vuelta inmediatamente.

Iain se detuvo en la puerta, y apoyó un hombro en el quicio.

A ella se le cortó la respiración.

Era evidente que él había bebido, porque tenía una expresión relajada y benigna. No parecía que estuviera enfadado. No llevaba las espadas ni el *plaid*, y tenía una copa de vino en la mano. Su mirada azul era muy directa. Era abrasadora.

Ella se sentó en la cama, con el corazón acelerado.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Le he dicho a lady Fitzhugh que se mudara a otra habitación —respondió, apartando el cuerpo de la pared.

¿Acaso quería dormir con ella, después de lo que sabía? ¡Ningún hombre quería tener a una bruja en su cama!

—¿Por qué estás tan sorprendida? —le preguntó él, mientras cerraba la puerta de una patada.

—No esperaba que me desearas.

Él se aproximó con un paso indolente.

—¿Y por qué iba a cambiar eso? —preguntó Iain.

Dejó la copa sobre la mesa y la tomó por los brazos. Hizo que se tumbara en la cama y se tendió sobre ella.

—Soy una bruja —susurró Alana.

—Sí, y tal vez me hayas hechizado —dijo Iain, y metió las rodillas entre sus piernas—. Puedes confesarlo, Alana —murmuró—. Aunque me hayas hechizado, voy a quedarme contigo esta noche. Confiesa... Me has hechizado, y por eso te deseo de esta forma... y por eso siento tanto cariño por ti...

De repente, él le sujetó los hombros contra el colchón, y le clavó una mirada brillante.

A ella se le aceleró el pulso, y la necesidad le atenazó el cuerpo. Iain todavía la deseaba... ¡y le tenía afecto! Acababa de decirlo.

—Yo no puedo hacer hechizos. ¡Te lo prometo!

—Embustera —murmuró él, y la besó—. Bruja —dijo, y volvió a besarla, mientras le subía la falda de la túnica—. ¿Cómo es posible que yo esté tan duro, y tan a menudo, a menos que haya un hechizo?

Ella quería responder, quería rebatir lo que le estaba diciendo, pero era imposible, porque él ya se estaba hundiendo en su cuerpo. Alana se aferró a sus hombros y se arqueó hacia atrás de puro placer, con el corazón latiendo desbocadamente.

Iain seguía deseándola. No podía haber una prueba más evidente.

Él la elevó y la apretó contra sí, aumentando la presión, hasta que Alana tuvo que cerrar los ojos y llegó al clímax. Sollozó al hacerlo, y le clavó las uñas en la espalda. Y estuvo a punto de decirle que lo quería. Por suerte, retuvo la cordura suficiente para guardar silencio.

Él le mordisqueó el cuello y siguió acometiéndola, hasta que llegó a su propio éxtasis. Ella estaba flotando en la placidez, en la incredulidad, y él gimió y se desplomó sobre su cuerpo.

Ella le acarició la espalda. Después, lo abrazó con todas sus fuerzas.

¿Qué podía significar que hubiera acudido a ella, después de una confesión tan terrible?

Iain rodó hacia un lado, y se tumbó de costado sobre la cama.

—Preciosa bruja... —dijo, suavemente.

Se puso el brazo por encima de los ojos y se quedó dormido al instante. Y, entonces, ella se incorporó, se sentó y se quedó mirándolo.

Él no había pronunciado aquellas palabras con crueldad, ni con maldad; su tono de voz había sido muy tierno. Sin embargo, Iain nunca le había hecho el amor tan solo una vez durante una noche, y mucho menos con tanta rapidez. Era egoísta y generoso en el lecho, con toda la resistencia que podía esperarse de un guerrero joven.

Se sintió consternada. Si él estaba verdaderamente cansado, si su extraño comportamiento no tenía nada que ver con su capacidad para prever el futuro, ¿por qué ella no estaba entre sus brazos? Siempre dormía entre sus brazos...

Alana se tumbó lentamente, sin tocarlo. Su consternación fue transformándose en dolor. Ocurría algo malo, lo sabía.

¿Seguía preguntándose Iain si ella lo había hechizado?

¿No había dicho que todo había cambiado?

Se tapó con las mantas y cerró los ojos. Y se dio cuenta de que quería, y necesitaba, mucho más que lujuria y deseo de Iain.

—¿Qué quieres, Alana?

Alana estaba muy tensa. Había ido a visitar a Godfrey, y estaba en el umbral de la puerta de su aposento. A él no lo habían enviado a los calabozos, y Alana se sentía muy agradecida por ello. Simplemente, lo tenían encerrado en su habitación, con un guardia en la puerta.

No había pedido permiso para ir a verlo. Aquella mañana, después de pasar la noche muy inquieto, Iain se había marchado. Ella no había podido conciliar el sueño hasta después de que él se ausentara en silencio.

Le había parecido más fácil intentar visitar a Godfrey por sí misma que ir en busca de Iain y enfrentarse a él después de la noche que habían pasado. No sabía qué podía esperar cuando, por fin, volviera a verlo.

Angus no le había preguntado nada al verla acercarse a la puerta de Godfrey. En aquel momento, el highlander estaba a su lado, vigilando. Alana sonrió con tirantez a su amigo.

—He venido para asegurarme de que estás bien. ¿Puedo entrar?

—¿Te parece que estoy bien? —gimió él.

Tenía los ojos enrojecidos, y llevaba la ropa arrugada. Estaba despeinado y pálido. Parecía que había pasado una noche tan mala como ella.

Alana no sabía qué responder. Él estaba delante de la mesa que había debajo de la ventana, y sobre la mesa había una bandeja de comida. Godfrey no había comido nada. Ella miró a Angus, que asintió para indicarle que podía entrar.

—Te he preguntado qué es lo que quieres —le dijo Godfrey, con aspereza.

—Y yo ya te lo he dicho —replicó ella—. Godfrey, no soy tu enemiga.

—Le juraste fidelidad a Robert Bruce. Iain de Islay es tu señor ahora, y tu amante. Por favor, explícame, ¿cómo es posible que no seas mi enemiga?

Alana se echó a temblar. No quería que hubiera aquel conflicto entre ellos. ¿Había llegado a tomarle afecto a Godfrey? ¿O acaso siempre había sentido cariño por él, incluso sin saberlo? Se habían criado juntos. Él siempre la había provocado y la había acosado, durante casi toda su infancia, pero ella le había hecho lo mismo a él. Al crecer, ella pensaba que lo despreciaba, que él era su enemigo. Sin embargo, sospechaba que se había equivocado.

—Me niego a serlo.

Él soltó una exclamación de desprecio.

—¿Pues no puedes negarte! Tú y yo estamos en bandos opuestos de una guerra, y yo soy tu prisionero. Tú te has convertido en la señora de Brodie.

Ella se frotó los brazos. Estaba helada.

—No creo que sea la señora de Brodie todavía.

—¿Por qué? ¿Porque Iain se ha enterado de que eres bruja?

—¡Sí! —gritó ella—. Se ha enterado de que soy una bruja y, mientras esté aquí, él tiene el mando. Tú lo sabes.

—Ah. Entonces, no le gustas demasiado en estos momentos, ¿verdad?

—Eso es una crueldad —susurró Alana.

Sin embargo, cuánta razón tenía Godfrey. Ella se sentía como una prostituta, no como la señora de Brodie.

—No, lo que es una crueldad es tu traición. ¿Sabes cuánto nos preocupamos cuando nos dimos cuenta de que habías desaparecido? ¿Sabes cuánto me preocupé?

—Lo siento mucho. Ojalá hubiera podido contártelo todo.

—¿De verdad lo habrías hecho? Porque ahora, ya sé que fuiste a la montaña de Slioch a avisar a tu amante del ataque que tenía planeado Buchan. Salvaste a Bruce y a su ejército. ¡Traicionaste a tu tío, a tu padre, a todo el mundo!

Ella se ruborizó.

—Entonces, ¿verdaderamente me odias?

—Nunca te he odiado, ni siquiera el día en que nos conocimos, cuando me echaste un orinal por encima, en cuanto me bajé del carruaje de mi padre.

A Alana se le había olvidado lo horrible que había sido con Godfrey el día en que Duncan había pisado Brodie por primera vez, para ser su tutor y el señor del castillo, con su hijo, que todavía era muy pequeño.

—Entonces eras tú la que me odiabas, y me has odiado desde siempre. Fue una mentira que

nos hiciéramos amigos, y que quisieras defender Brodie de Bruce —dijo él, y le dio la espalda, temblando de ira.

Ella le tocó el brazo un instante.

—No fue una mentira, Godfrey. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que estés cómodo, y para que te liberen lo antes posible.

Él se giró.

—Mi padre no va a pagar ningún rescate. Se pondrá furioso conmigo por haber entregado Brodie, y pensará que tengo merecida mi captura.

Alana pensó que tenía razón. Duncan era egoísta, ambicioso y cruel.

—Yo me encargaré de que te liberen —dijo con firmeza.

—Eso no te va a convertir en mi amiga. Yo confié en ti. Ojalá no lo hubiera hecho.

—No digas eso. No quiero perderte.

—Pues es demasiado tarde. ¿Qué te ocurre, Alana? ¿Sientes arrepentimiento? ¿O es que tu amante ya no te desea como antes, porque no quiere acostarse con una bruja?

Alana se sintió muy mal, porque lo que decía Godfrey se acercaba mucho a la realidad.

—Entonces, ¿has sacrificado a tu familia por amor? ¿Y ha merecido la pena? —continuó él.

—Tal vez no —susurró ella.

—Pues es demasiado tarde para arrepentirse. Ahora casi me das pena. ¿Tu amante te rechazó ayer con horror? ¿Cómo todo el mundo? ¿Cómo todos, excepto yo?

—No. Sí —dijo ella, con desesperación—. Vendré a verte después —añadió, y se dio la vuelta para marcharse, tambaleándose.

—¡No te molestes! —gritó él.

Alana se tropezó y llegó hasta la puerta abierta. Tuvo que mirarlo de nuevo.

Godfrey tenía los ojos llenos de lágrimas, pero estaba furioso.

—¿Estás embarazada ya de su bastardo?

Ella se quedó paralizada.

—¡Quién iba a pensar que tú, precisamente, ibas a traer al mundo a otro bastardo!

A Alana no se le ocurría nada peor.

—No estoy embarazada.

—¿Por cuánto tiempo?

Ella se alejó tan rápidamente como pudo.

Alana se dio cuenta de que estaba evitando a Iain. Se había pasado casi todo el día en el sótano, inspeccionando las provisiones que todavía quedaban en Brodie para el resto del invierno. Después, había ido a supervisar la preparación de la cena, en la cocina. Cuando lo había visto en el pasillo, al mediodía, había cambiado de dirección para evitar encontrarse con él, para no tener que hablar con él.

Sabía que no iba a poder seguir evitándolo; Brodie era un castillo muy pequeño, y no parecía que Iain fuera a marcharse pronto. Por el contrario, Alana había oído decir que iba a quedarse allí varias semanas, mejorando las defensas de la fortaleza. Había enviado a algunos hombres al bosque, a cortar árboles, pese al frío. Los soldados habían vuelto al ponerse el sol.

Y, como había oscurecido por fin, Iain y sus hombres se habían reunido en el salón y estaban esperando la cena. Pronto iba a anochecer y ¿qué ocurriría? ¿Pensaría él en compartir el lecho con ella una vez más?

¿Y si estaba embarazada?

¿Y si tenía un hijo bastardo?

Alana no podía soportar la idea. Hacía años se había dado cuenta de que no iba a poder casarse, y de que no podría tener una familia propia. La idea de tener un hijo era una gran alegría para ella, pero no quería que ese hijo sufriera el estigma de la ilegitimidad, como ella. No quería que su hijo fuera un paria a causa de su nacimiento, sin tierras ni títulos. Su hijo no tendría ningún poder en aquel mundo. ¿Qué clase de vida podría darle ella?

En aquel momento, se dio cuenta de que su periodo se había retrasado. Lo había tenido antes de que la encerraran en Nairn, a principios de diciembre. Desde entonces, no había vuelto a repetirse, y ya estaban a principios de enero.

Se dio que, simplemente, se trataba de un retraso. ¿Acaso no había atravesado las Highlands y había estado a punto de morir congelada?

A una doncella se le cayó una bandeja al suelo, y el ruido sacó a Alana de su ensimismamiento. Por suerte, estaba vacía. Se agachó a ayudar a la chica a recoger los fragmentos de loza.

Durante aquella tarde, se habían asado lentamente un jabalí y un ciervo en los hogares de la cocina, y la mesa estaba llena de bandejas de carne. Alana observó a varias sirvientas que llevaban las bandejas al salón. Ella suspiró; no quería salir con todos los demás. Se quitó el delantal y se sentó en un taburete; en la mesa de la cocina ya no quedaba nada, salvo un barril de vino.

Tal vez Iain no se molestara en ir a verla aquella noche. Sin embargo, aquel pensamiento no le proporcionó alivio; le causó consternación y dolor.

—Iain pregunta por vos —le dijo Meg con aspereza.

Alana alzó la cabeza. Meg la miró con el ceño fruncido desde la puerta, se dio la vuelta y se marchó.

Alana se levantó y fue lentamente al salón. Al acercarse, oyó las conversaciones, las risas y las bromas. El castillo tenía, de nuevo, un ambiente festivo.

¿Y por qué no? Aquella temporada era un descanso de la sangre y la muerte.

Iain estaba en la cabecera de la mesa, comiendo. Todos los sitios estaban ocupados. Los soldados comían con apetito, y corría el vino. Las sirvientas servían las copas a toda prisa.

Alana se detuvo junto a uno de los hogares, sin acercarse. Iain la miró.

Ninguno de los dos sonrió.

De repente, Meg se acercó a él y le sirvió vino, inclinando el pecho hacia delante. Alana se puso tensa, pero no se movió. Claramente, Meg estaba aprovechando la oportunidad.

Iain le dijo algo, sonriendo, con una postura relajada. Cuando ella se alejó, él volvió a mirar a Alana y le hizo una seña para que se acercara.

Alana caminó lentamente hacia él. Tenía miedo, y estaba muy nerviosa.

—¿No vas a comer? —le preguntó él.

—Todos los sitios están ocupados.

Él arqueó una ceja, porque aquella excusa era absurda.

—¿Has pasado un rato agradable con Godfrey esta mañana?

—¿Me estás espiando? —le preguntó ella, inmediatamente.

—¿Acaso debería espiarte, Alana? ¿Has vuelto a cambiar de bando?

Ella apretó los puños.

—¿Creía que ya había demostrado mi lealtad en Slioch!

—Sí, durante un tiempo. Pero eres una Comyn, y eres una bruja. Siéntate.

Era una orden, y el hombre que estaba junto a Iain se levantó de un salto, mirándola con incertidumbre, y se alejó.

—Te tiene miedo —dijo Iain, con sorpresa.

Alana se deslizó sobre el banco. Iain le entregó su copa de vino, y le pidió otra a Meg con un gesto de la mano. Alana se bebió casi la mitad del contenido de una sola vez.

—Te lo dije ayer. Los hombres no me desean. Me temen.

Iain entrecerró los ojos.

—Si solo puedes predecir el futuro, ¿por qué te tienen miedo?

Ella se giró hacia él y lo miró cara a cara. Se estaba enfadando mucho.

—Por el mismo motivo por el que tú no confías en mí. ¡Porque piensan que tengo otros poderes!

Él se quedó mirándola un instante. Después, le dio un sorbo a su vino.

—¿Qué te ha contado Godfrey?

—Angus estaba presente. ¿No te ha explicado cuál fue nuestra conversación?

—Me ha dicho que Godfrey lloró. Dijo que gritó, y que os peleasteis mucho.

—Yo le he traicionado, he roto nuestra amistad. Pero eso tú ya lo sabes. Godfrey está enfadado conmigo, y yo no lo culpo.

—Todavía lo quieres.

—He perdido a un amigo, pero, sí, lo quiero —dijo ella—. ¿Vas a enviar pronto el mensaje pidiendo el rescate? No me parece bien que esté prisionero por mi culpa.

—Enviaré la carta a finales de esta semana. Claro que, cuando yo me vaya, tú podrías liberarlo.

—¿Esto es una trampa? Godfrey es tu prisionero de guerra.

Iain hizo girar el vino en la copa y, después, la miró fijamente.

—Tú eres la señora del castillo y, cuando yo me haya ido, no tendrás por qué responder ante nadie.

Ella se ruborizó.

—No me siento como si fuera la señora de Brodie.

—Bruce te entregó Brodie como premio a tu lealtad, después de que le hicieras un gran servicio. Eso no lo puede cambiar nadie, salvo el rey. Tendrías que traicionarle, Alana.

Ella bajó la cabeza y miró su copa. No podía perder Brodie, porque era todo lo que tenía, y acababa de conseguirlo.

—Yo no voy a traicionar a Robert Bruce.

—Me alegro de oírlo.

—¿Y cuándo tienes pensado marcharte?

—Dentro de uno o dos meses. Después de terminar de fortificar la muralla del sur. ¿Ya estás deseando que me vaya?

¿Deseaba que él se marchara? Su presencia en Brodie, con tanta tensión como había entre ellos, le resultaba muy dolorosa.

—No lo sé —dijo.

Iain la miró con dureza.

—Has estado evitándome todo el día.

Ella se sobresaltó. No pudo apartar la mirada. Recordó la noche anterior, y dijo:

—Sí.

Él apartó su plato y su copa, y se apoyó con los brazos cruzados sobre la mesa. Se inclinó hacia ella y le preguntó:

—¿Por qué?

Ella no iba a atreverse a acusarlo de tratarla como a una prostituta cualquiera, ¿verdad?

—¿Por qué, Alana?

Ella se humedeció los labios.

—No me sentí satisfecha anoche.

Él se apoyó en el respaldo de la silla, con los brazos cruzados.

—Yo recuerdo la noche de ayer de un modo muy distinto.

Su mueca petulante la enfureció al instante.

—¡Yo no soy una prostituta a la que puedas utilizar rápidamente, fácilmente, y abandonar a la mañana siguiente con total despreocupación!

Él se quedó asombrado. Entonces, comenzó a sonreír.

—Entonces, ¿necesitabas más de lo que te di?

—No me mires con lascivia. Tú nunca has pasado la noche durmiendo a mi lado, alejado de mí. Casi no me besaste. ¡No nos acariciamos!

A él se le borró la sonrisa de los labios. Tenía los pómulos enrojecidos.

—Yo no quería ir contigo anoche —respondió, en voz baja, acercándose a ella—. Pero, cuando llegó el momento, no pude evitarlo. ¿Cómo puedes culparme por pensar que me has hechizado con algún conjuro de amor?

A ella se le escapó un jadeo. ¡Realmente, Iain pensaba que lo había embrujado!

Él se puso en pie bruscamente.

—Si no quieres que vaya a verte esta noche, libérame del hechizo.

Ella apenas podía hablar.

—¡No hay ningún hechizo!

Él la miró con un gesto oscuro, y se alejó hacia uno de los hogares, junto al que estaban sus hombres. Le dio la espalda mientras alguien le entregaba una copa de vino.

Alana no pudo hacer otra cosa que quedarse mirándolo, consternada.

El invierno volvió al norte con una intensidad salvaje. La nieve comenzó a amontonarse junto a las murallas, y alcanzó casi tanta altura como las almenas. Iain envió una carta a Duncan, que estaba en Elgin, pidiéndole un rescate por su hijo. Llegó la noticia de que Bruce había caído enfermo, y de que se había retirado al sur, donde Christina MacRuari le había dado refugio. Como Angus Og, ella era uno de sus aliados más poderosos y, además, se rumoreaba que eran amantes.

Alana empezó a administrar Brodie con determinación. Cuando el tiempo lo permitió, envió a un grupo de hombres a comprar provisiones a Nairn. Los soldados de Iain salían a cazar y llevaban al castillo jabalíes y venados. La fortificación de la parte sur de la muralla se pospuso hasta la primavera.

Alana pasaba todas las mañanas con Godfrey. Él estaba muy frío, pero poco a poco fue demostrándole menos odio, y ella sabía que esperaba sus visitas, dijera lo que dijera. Le dio permiso para escribir a su padre; Alana esperaba que Duncan escuchara el ruego de su hijo y pagara el rescate, para que pudieran liberarlo.

Iain siguió compartiendo la alcoba con ella, y su lecho también. Y, aunque su relación había cambiado, había ocasiones en las que Alana dormía entre sus brazos y, en otras, había un estallido de pasión que ninguno de los dos podía contener. En aquellas ocasiones, Alana se sentía como la muchacha joven a la que él había amado por primera vez.

Estaban a mediados de febrero. A Alana empezó a preocuparle que, finalmente, pudiera estar embarazada. Y, si lo estaba, ¿de quién era la culpa? Ella no había rechazado a Iain ni una sola vez.

—Hoy estás taciturna —le dijo Godfrey.

Ella sonrió rápidamente. Ambos estaban en su habitación, frente al fuego.

—No sé por qué no hemos recibido respuesta de tu padre todavía. Tal vez debieras escribir al conde.

—A Buchan le importo todavía menos que a mi padre —dijo Godfrey con aspereza, mientras se ponía en pie—. Ya ha pasado un mes desde que Iain tomó Brodie. ¿Por qué no has recibido tú ninguna carta ni de Buchan ni de tu padre?

Alana se humedeció los labios, y se movió en la silla para poder mirar a Godfrey.

—He oído decir que Buchan está en el sur, preparando con sus aliados la guerra contra Bruce. Tal vez mi padre esté con él.

—Alana, si estás sugiriendo que ninguno de los dos se ha enterado de tu traición a estas alturas, te engañas a ti misma.

Ojalá aquella fuera la mayor de sus preocupaciones, pensó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Godfrey.

Ella se acarició el vientre.

—Me temo que estoy embarazada.

Godfrey palideció.

Alana cerró los ojos, arrepintiéndose al instante de haberle contado aquel secreto a Godfrey. Se sentía muy mal por haberle arrebatado Brodie, y por el hecho de que fuera prisionero por su culpa. Lo quería mucho como amigo, pero no confiaba en él.

—¿Y tu amante no lo sabe?

—No, no lo sabe. ¿Vas a decírselo?

—¿Y por qué tendría que hacerlo? Él se dará cuenta muy pronto —dijo Godfrey, y se cruzó de brazos—. ¿Por qué no se casa contigo, Alana? Es un cuarto hijo, un highlander que no tiene tierras ni títulos, nada, salvo lo que le haya dado Bruce. No es que esté por encima de ti, precisamente.

Ella se puso en pie.

—Bruce quiere darle a una gran heredera.

—Bueno, si Bruce gana la guerra, tendrá muchas herederas para elegir. Pero, si Bruce pierde,

e Iain consigue escapar ileso, volverá a Islay con las manos vacías.

Alana titubeó.

—Bruce quiere darle a Alice.

—¿A Alice? —preguntó Godfrey, y tardó un instante en comprenderlo—. ¿Tu hermana?

Se quedó horrorizado.

—¿No te parece que me está bien empleado? Es justicia.

—No, no me parece ninguna justicia —dijo Godfrey, y se acercó a ella—. Ahora, Brodie es tuyo. Tal vez sea un buen momento para encontrar un marido.

—He estado pensando en ello, y creo que tienes razón —susurró ella.

Si estaba embarazada, debería casarse ya, y darle a su hijo la legitimidad que ella nunca había tenido. Bruce había dicho que estaba dispuesto a encontrarle un marido. Tal vez debiera enviarle una carta al respecto.

Godfrey la estaba mirando fijamente. Alana se dio cuenta de que estaba triste por ella. Por ellos.

—¿Interrumpo?

Alana se giró hacia la puerta. Iain estaba en la entrada de la alcoba, observándolos con intensidad. ¿Cuánto habría oído?

Él tenía un rollo de pergamino en la mano.

—He tenido noticias de Duncan —dijo.

Godfrey palideció. Alana se acercó a su amigo y lo tomó de la mano.

—¿Qué dice?

—Ha dicho que está empobrecido a causa de la guerra, y que no puede pagar el rescate —dijo Iain, entregándole a Godfrey la misiva.

Godfrey se dio cuenta de que Alana le había tomado la mano. Se soltó, tomó el pergamino y se alejó para leerlo.

Alana se volvió hacia Iain.

—Tú nunca subes aquí.

Él tenía una mirada oscura.

—He recibido el mensaje, y he pensado que Godfrey querría conocer la noticia inmediatamente.

—Has sido muy amable.

Él, de repente, le tomó la barbilla e hizo que alzara la cara para mirarlo.

—Godfrey tiene razón. Si Bruce pierde la guerra y consigo escapar con vida, volveré a Islay como un perro con el rabo entre las piernas.

A ella se le aceleró el pulso. Claramente, había oído la última parte de su conversación, pero ¿habría oído lo de su posible embarazo?

—Tú nunca huirías con el rabo entre las piernas.

—Te equivocas. Algunas veces, eso es lo más inteligente que se puede hacer —dijo él, y la sonrisa se le apagó. La miró con intensidad.

Alana se dio la vuelta. No quería mirarlo a los ojos en aquel momento.

Godfrey se acercó a ellos muy angustiado.

—Dice que puede hacer pagos. Que pagará una cuarta parte del rescate en primavera. ¿Aceptarás eso?

Alana se puso tensa, e Iain la miró brevemente.

—Tú no me sirves para nada más, así que, sí, aceptaría que me pagara en cuatro partes. Pero, Godfrey, no voy a liberarte hasta que me haya pagado todo el rescate.

Godfrey se echó a temblar y le devolvió el pergamino.

—Has pedido el rescate de un rey.

—No, no es verdad —dijo Iain. Después, se giró hacia Alana con una expresión grave—. ¿Puedes bajar conmigo al salón?

Ella se alarmó mucho. ¡Había oído lo de su hijo!

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—El mensajero trajo varias cartas. Una de ellas es para ti, de sir Alexander.

11 de febrero de 1308, Berwick

Querida Alana, hija mía:

Nos han llegado terribles noticias aquí, al sur. Hemos sabido que Iain MacDonald ha tomado Brodie y se ha convertido en su señor, y que tiene como rehén al hijo de Duncan. Pero hay más: se dice que tú le has hecho juramento de fidelidad al traidor Robert Bruce, y que has recibido como recompensa el Castillo de Brodie. No puedo creerlo.

Hija mía, sé muy bien que no estamos unidos. Sin embargo, eso no significa que tú no estés siempre en mi corazón. Ahora estoy preocupado por tu bienestar. Mi hermano Buchan está furioso. Tenemos que terminar con estos rumores.

Se dice que Bruce está enfermo y que se ha refugiado en las tierras de Christina de las Islas. La guerra no volverá hasta primavera. Mientras escribo esto, Buchan ha ido a Dundee, y yo volveré pronto a Balvenie. Hija mía, te invito a que vayas allí para que, juntos, podamos acabar con esas odiosas especulaciones. Y para que, finalmente, puedas conocer a tus hermanas, Alice y Margaret, y nosotros podamos ser padre hija durante una temporada, hasta que tenga que volver a la batalla.

*Con afecto,
tu padre, sir Alexander Comyn.*

A Alana le temblaban las manos cuando terminó de leer la carta de su padre. Casi no podía respirar, y tuvo que sentarse. Estaba a solas en el salón; Iain le había concedido privacidad para leer la misiva.

Así pues, sir Alexander había conocido la noticia de su traición y no podía darle crédito; sin embargo, era cierto. Y, en aquel momento, ella deseaba con todas sus fuerzas reunirse con él en Balvenie. Sus hermanas iban a estar allí, y su padre también.

¡Por fin quería conocerla de verdad!

Sin embargo, ¿cómo iba a ir a Balvenie? ¡Se había convertido en una traidora a la causa de su tío!

—¿Alana?

Ella se dio la vuelta y vio a Iain en el umbral del salón. Estaba preocupado.

—No me encuentro bien —dijo.

Iain se acercó a ella.

—¿Has terminado de leer?

Ella asintió y le entregó el pergamino.

—Puedes leerlo tú también, si quieres.

Él lo desenrolló rápidamente y leyó rápidamente la misiva. Con gesto serio, se la devolvió.

—No puedes ir. Es una trampa.

—¡No es verdad! Ya has leído la carta. ¡No cree que yo sea una traidora, y quiere que conozca a mis hermanas! ¡Creo que, por fin, quiere conocerme a mí!

—¿Desde cuándo te haces la tonta? —le preguntó él con frialdad—. Tu padre está haciendo lo que le ordena Buchan. ¿Es que no ves que el conde está detrás de esto?

Alana jadeó; le había espantado la sugerencia de que su padre pudiera estar invitándola a Balvenie por orden de Buchan, para que el conde pudiera capturarla. Era imposible.

—No me lo creo.

Él la agarró del hombro.

—Alana, ¿por qué quiere verte, después de todos estos años? ¡Piensa!

Ella se apartó.

—La gente cambia, Iain.

Él la miró con incredulidad.

—¿Quieres ir?

—¡No lo sé! ¡Pero quiero conocer mejor a mi padre, antes de que muera! ¿Es que se te ha olvidado mi visión? ¡Él va a morir en esta guerra! ¡Quiero conocer a mis hermanas!

—¿Y a qué precio, Alana? ¿Quieres que te encierren en una jaula para siempre, como a la mujer de Buchan?

Sabía que Iain estaba intentando protegerla, pero no podía creer que su padre le hubiera tendido una trampa para entregarla a Buchan.

—Estás equivocado, Iain. Esto no es una treta de mi padre para que yo caiga en su trampa.

—Te prohíbo que vayas —dijo Iain—. Y se acabó.

Alana se atragantó.

—Y otra cosa, Alana —dijo él, antes de salir—. Eres una traidora. Has traicionado al conde de Buchan y al rey Eduardo. Así pues, pese a que tu padre te llame, pese a lo que tú sientas, no puedes ir a verlo, ni ahora, ni nunca.

Entonces, salió de la estancia.

Alana se desplomó en la silla.

Capítulo 13

—Es muy tarde —dijo Alana, apoyándose en los almohadones de la cama.

Estaba tapada hasta el cuello con las mantas cuando él entró, portando una vela. Era casi medianoche, y todo el castillo estaba en silencio. Se oyó ulular a un búho.

Él cerró la puerta y apagó la vela. Sonrió.

—¿Me estabas esperando?

Ella le devolvió la sonrisa. Su cuerpo vibraba de deseo.

—Nunca he estado dormida cuando has venido a acostarte —le dijo.

Él la miró mientras se desabrochaba el cinturón.

—Bruce quiere marchar el mes que viene.

Alana se puso tensa. Él dejó a un lado su cinto.

—¿El mensajero también trajo noticias de Bruce?

—Sí —dijo Iain.

Se quitó una bota y, después, la otra.

Ya estaban a finales de febrero. ¡Quedaban muy pocos días para entrar en el nuevo mes!

—¿Y adónde vas a ir? ¿Cuándo comenzarás la batalla?

Él se quitó la túnica y se irguió. Su desnudez era magnífica.

—Bruce me ha ordenado que marche hacia el sur el día siete.

Estaba bañado en la suave luz del fuego de la chimenea, y ella lo admiró durante un instante. Iain irradiaba fuerza.

—Es demasiado pronto... —murmuró Alana.

—Hay que meter en vereda a John Mowbray de una vez por todas. Es el mejor aliado de Buchan aquí, en el norte.

Mowbray era un enemigo formidable, pensó Alana, con el corazón encogido. Iain se sentó a su lado y le quitó las pieles de las manos para destaparla. Ella estaba desnuda bajo las mantas.

—Creía que te ibas a alegrar —dijo, mientras le acariciaba el pecho con la nariz. Entonces, atrapó uno de sus pezones entre los labios.

Alana se aferró a sus hombros e intentó no cerrar los ojos.

—Creía que quería que te fueras, porque quería tener Brodie para mi sola —dijo ella.

Él la estaba distraendo demasiado, así que ella lo tomó entre sus manos.

—Estoy preocupada —susurró.

A él le brillaron los ojos.

—Bien. Demuéstrame cuánto te preocupas, Alana.

Ella le lanzó una mirada y lo soltó, pero solo para empujarlo por los hombros hacia el colchón. Él se tendió boca arriba, obedientemente, y Alana se colocó sobre su cuerpo.

—Yo siempre me preocuparé por ti —le dijo.

Él tomó un mechón de su pelo y tiró suavemente.

—Bruja.

Ella sonrió.

—Podría esperar a que te fueras, pero debes saber que voy a escribir a mi padre.

Él gruñó.

—Muy bien. Escribe, si quieres.

Alana se inclinó sobre él, y lo acarició con la lengua y con los dedos. Él jadeó cuando ella lo tomó, lentamente, en la boca.

A los pocos instantes, Iain la había tendido sobre el lecho y estaba hundiéndose en su cuerpo.

—Tal vez esté equivocado —dijo, entre jadeos—. Tal vez no necesites ningún hechizo para controlarme.

Ella se agarró a su cuello.

—Este es mi hechizo.

Al día siguiente, Alana agitó suavemente un pergamino, y sopló con delicadeza para que la tinta terminara de secarse.

Después, posó el pergamino sobre la mesa y releyó lo que había escrito:

23 de febrero de 1308, Castillo de Brodie.

Querido padre:

Mi gran deseo sería que pudiéramos estar unidos, como deben estar padre e hija, pese a los muchos años de separación. Y estoy deseosa de conocer a mis hermanas. Por desgracia, no puedo ir a Balvenie en estos momentos. No es seguro para mí.

Espero que lo comprendas, pero el Castillo de Brodie pertenecía a mi madre, y siempre lo ha sido todo para mí. Cuando tenía ocho años y se lo entregaron a Duncan de Frenndraught, sufrí un gran golpe, incluso siendo una niña. He soñado con recuperar Brodie durante toda mi vida.

He tenido que tomar una terrible decisión, y he jurado lealtad a Bruce. Ahora soy la señora de Brodie.

Padre, tú tienes muchas cosas en este mundo. Yo solo tengo una. Deseo tener tu comprensión y te ruego que me perdones. Sin embargo, debes saber que, como hija tuya, siempre te seré leal, pese al juramento que hice. Nunca me alzaré en armas contra ti.

También rezo porque esta guerra termine pronto y no nos mantenga separados.

Afectuosamente,

tu hija, Alana le Latimer, señora del Castillo de Brodie.

Alana se echó a temblar mientras se levantaba de su asiento. No sabía si su padre iba a perdonarla o no, y si querría volver a verla alguna vez. Esperaba que la guerra terminara pronto, para no seguir en bandos contrarios, y que la visión sobre la muerte de sir Alexander no se hiciera realidad.

Iain entró en aquella pequeña estancia, que Duncan y Godfrey utilizaban para hacer las cuentas y para archivar sus documentos.

—Así que has escrito a sir Alexander —dijo.

Ella se ruborizó.

—Ya no tengo más secretos. ¿Quieres leer la carta?

—No, Alana. Es una comunicación privada.

Alana se sintió satisfecha. Enrolló el pergamino y le puso lacre. No tenía su propio sello y utilizó el de los Fitzhugh, que era el que había usado su madre. Cuando terminó, se giró hacia Iain, que continuaba mirándola.

—He confesado mi traición —le dijo.

Él arqueó las cejas.

—Y le he pedido que me perdone.

La expresión de Iain se volvió dura.

—Aunque sir Alexander te perdone, Buchan nunca lo hará. Él todavía desea que ejecuten a su esposa.

—Ya lo sé. Tengo miedo de mi tío, Iain, puedes estar seguro de ello —dijo Alana, y se acercó a él—. ¿Cuándo va a partir el mensajero?

—Voy a enviar a un hombre hoy mismo, Alana, porque sé que esto es muy importante para ti.

Ella se sobresaltó al notar, de repente, una humedad entre los muslos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él, rápidamente.

¿Estaba sangrando? ¿Era aquello posible? Notó un tremendo calambre y se encogió de dolor, gimiendo y agarrándose el abdomen.

Iain la tomó entre sus brazos mientras ella luchaba contra aquel dolor. Alana no tuvo que mirar hacia abajo para saber que, por fin, había tenido el periodo. Sin embargo, habían pasado tres meses enteros...

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó él, con tensión.

Alana se giró entre sus brazos para mirarlo, cuando la atenazó otro calambre. Gritó con más fuerza, y las rodillas le fallaron. Tuvo que aferrarse a Iain para no caer al suelo. Aquel dolor fue más prolongado y más fuerte. Su cuerpo se empapó en sudor, y la humedad se le resbaló por las piernas.

—¡Estás sangrando! —gritó Iain.

Cuando el dolor disminuyó, Alana vio que había un charco de sangre a sus pies. Entonces, comenzó otro dolor distinto. Se le rompió el corazón.

—Estoy perdiendo a nuestro hijo —murmuró.

Las contracciones dolorosas duraron toda la tarde. Cuando, por fin, terminaron, Alana cerró los ojos para contener las lágrimas, abrazada a un almohadón, y se quedó dormida de puro agotamiento.

Se despertó porque hacía demasiado calor en la alcoba. Vio que había un fuego vivo en la chimenea, y que Iain estaba delante del hogar. Eleanor estaba sentada en una silla, junto a la cama. Su abuela la tomó de la mano y se la apretó.

—¿Cómo te encuentras?

Iain se giró y caminó hacia ellas.

Por un momento, Alana miró ciegamente a su abuela y, después, con temor, a Iain. Acababa de perder a su hijo.

Sabía que no debería llorar, que debería sentir alivio. Sin embargo, tenía roto el corazón. ¿Por qué? ¿Por qué había ocurrido aquello?

—Te vas a poner bien, Alana —dijo Eleanor—. Has perdido sangre, pero nada fuera de lo corriente, teniendo en cuenta que era tu tercer mes —añadió, mientras le acariciaba el pelo.

—No me siento bien —susurró Alana.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le gritó Iain.

—¡Bruce quiere casarte con una gran heredera! —exclamó ella.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi hijo! —gritó él.

Alana se hundió en el almohadón, llorando.

—Todo —susurró.

Él la miró con angustia, con ira.

—Por lo menos, te vas a poner bien —dijo.

Alana negó con la cabeza.

—No, no me voy a recuperar.

Alana se despertó nuevamente. La habitación estaba a oscuras. Al principio, no recordó el aborto, pero en cuanto lo hizo, el dolor se apoderó de ella, y tuvo que contener las lágrimas.

Iain estaba junto al fuego.

Sintió más dolor. Recordó su ira del otro día... ¿o era el mismo día? No sabía cuánto tiempo había estado dormida. No sabía si habían pasado horas, o días, desde que había perdido a su hijo.

Él se volvió y la miró. El fuego quedó a su espalda, y su rostro quedó entre las sombras.

—¿Estás despierta?

Ella asintió.

Él se acercó a la cama.

—¿Tienes dolores, Alana?

—No.

Se hizo un extraño silencio, interrumpido solo por algún chasquido de los troncos de la chimenea.

—Deberías haberme dicho que estabas embarazada.

Las lágrimas le quemaban en los párpados.

—Estoy cansada.

—No entiendo por qué no me lo dijiste.

Ella quería hablar de lo que había ocurrido, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Además, tal vez él se casara con Alice algún día. ¿No era aquel el verdadero motivo por el que había guardado silencio? No tenía ganas de hablar de su hermana, ni del futuro matrimonio de Iain. En aquel momento, no.

Al darse cuenta de que ella no iba a hablar, él hizo una mueca de dolor y de angustia.

—Voy a decirle a Eleanor que te has despertado —dijo—. Ha estado toda la noche contigo, pero después se fue a descansar.

-Deja que duerma.

—Alguien tiene que quedarse contigo.

—Estoy cansada —dijo Alana, una vez más.

Iain se había convertido en un extraño para ella. Antes, siempre anhelaba su presencia; en aquel momento, deseaba que se marchara.

Cerró los ojos y se tendió de costado, con la esperanza de que la dejara sola.

Por un momento, no se oyó nada en la alcoba, salvo el crepitar del fuego. Entonces, Alana oyó sus pisadas. Él salió de la estancia y cerró la puerta.

Ella comenzó a sollozar.

Las alondras trinaban con alegría en un par de robles que había junto a las murallas del castillo. Corría una brisa suave y agradable que mitigaba un poco el frío de la mañana, y el sol asomaba entre las nubes, como preludio del comienzo de la primavera.

Sin embargo, Alana no sentía ningún regocijo. Estaba mirando hacia el patio abarrotado de gente, pero no sentía ningún calor. El invierno había sido largo y duro, devastador, pero ni siquiera aquel día tan agradable pudo animarla. Estaba en los escalones de la torre, con un manto de lana sobre los hombros, presenciando como Iain montaba su corcel negro.

Era el día 7 de marzo, y él volvía a la guerra.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Había perdido a su hijo hacía dos semanas. ¿Acaso iba a perderlo también a él?

Había tenido crisis de llanto con frecuencia, desde el aborto. Sabía que tenía melancolía, porque no conseguía dormir, y le atormentaban los sueños de un precioso bebé. Por las mañanas le resultaba muy difícil levantarse, y no tenía apetito. Había adelgazado mucho.

Sin embargo, por primera vez desde que había perdido al niño, sintió miedo, al ver a Iain montado en su caballo de guerra.

Volvía a la batalla. Ella ya lo había visto a punto de morir asesinado en Boath Manor. Y había tenido otra visión, en la que su tío Buchan se disponía a atravesarlo con la espada. Su alarma aumentó.

—¿Iain? —susurró.

Él no había podido oír aquel murmullo, pero se giró de repente hacia ella.

Sus miradas se cruzaron.

Iain apenas le había dirigido la palabra durante aquellas dos semanas. Ella no sabía si estaba enfadado porque hubiera perdido al niño, o porque no le hubiera contado que estaba embarazada, y hubiera vuelto a engañarlo. Se había sentido aliviada al ver que él no intentaba compartir la cama con ella. Incluso se había cambiado de alcoba.

Había ido a verla una o dos veces al día, para preguntarle amablemente qué tal se encontraba. Sus respuestas siempre habían sido iguales y escuetas, porque no quería que él se quedara a su lado. Así que le había dicho que se encontraba bien.

Pero no estaba bien, y los dos lo sabían.

Y, en aquel momento, Iain se marchaba a luchar contra sir John Mowbray.

¿Por qué no habían hablado de su hijo? ¿Por qué no habían hablado de la ira que él sentía, o del dolor que sentía ella? ¿Por qué no habían hablado de Alice, ni del futuro?

De repente, Alana comenzó a bajar las escaleras. Mientras, él cabalgó hacia ella. Ella quería

decirle que sentía todo lo que había ocurrido, y rogarle que se cuidara del peligro.

Iain tenía una expresión adusta.

—Te dejo veinte buenos hombres. Tienen órdenes de protegerte.

—Gracias —dijo ella—. ¿Corremos peligro, aquí?

—No creo que Brodie esté en peligro, porque la lucha está en el sur. Buchan y Duncan se han ido a defender a Mowbray, así que no pueden atacarte aquí.

—A mi tío no le importa nada Brodie.

—Buchan es un hombre muy vengativo. Querrá vengarse de ti, Alana.

Ella hizo un gesto de pesar. ¡No quería hablar de Buchan en aquel momento!

—Iain, lo siento mucho... Debería haberte dicho lo del niño.

Él se puso muy tenso.

—Sí, deberías habérmelo dicho. Me ocultaste otro secreto... ¡Que estabas embarazada de un hijo mío!

—Lo siento... ¡Lo siento mucho!

Él la miró con dureza y con angustia.

—Ya ha terminado.

—Siento mucho haberlo perdido —dijo ella, con las mejillas llenas de lágrimas.

—No fue culpa tuya, Alana. Son los caminos de Dios... —dijo él, con aspereza—. Ahora tengo que irme. Avísame si hay algún peligro.

¡Él iba a marcharse, y estaban muy distanciados! Alana posó las manos sobre su rodilla desnuda.

—¡Tienes que volver a casa, conmigo! —le rogó—. No puedo perderte también a ti.

—Soy un guerrero, Alana, y algún día, cuando Dios lo decida, moriré en el campo de batalla, valerosamente y con honor. Pero hoy no es ese día.

Eso no la reconfortó.

—Ten cuidado, Iain.

Él la observó fijamente.

—No hagas ninguna tontería mientras estoy ausente.

Con aquellas palabras, hizo girar a su caballo y se alejó.

Sus hombres empezaron a salir por las puertas del castillo. Alana retrocedió hacia la torre, con el corazón atenazado por el miedo y la tristeza.

—Vete, Iain —musitó—. Ve con Dios.

Él se giró y la miró una última vez. Después, desapareció con sus soldados.

Alana no se movió hasta que el sonido de los cascos de los caballos dejó de oírse al otro lado de las murallas.

Iain se había ido.

Alana se dio la vuelta lentamente, y vio a Eleanor en el escalón superior. Su abuela la estaba mirando con preocupación. Ella subió poco a poco.

Eleanor la rodeó con un brazo.

—No le va a pasar nada, hija. Es un buen guerrero.

—Pero, ¿y si Buchan lo asesina? —preguntó ella, atragantándose con las palabras, mientras entraban a la torre—. Apenas hemos hablado desde que perdí al niño, y ahora se ha marchado.

—Te quiere, Alana —dijo Eleanor.

—¿Tú crees? —preguntó ella, y se acercó al fuego—. Está muy enfadado.

—Está sufriendo, Alana, igual que tú. Se le pasará.

—Pero le he ocultado otro secreto, abuela.

Eleanor suspiró.

—Hazme caso, Alana. Es un momento muy difícil, pero el sol volverá a brillar.

Alana esperaba que su abuela tuviera razón.

Eleanor se tomó su silencio como un asentimiento.

—Por lo menos, tienes fuerzas para levantarte y hacer cosas. Eso es buena señal. ¿Quieres ayudarme en la cocina?

Alana se había pasado aquellos días en su alcoba, sin salir, hundida en su dolor. Le dolía la espalda, y se frotó la espina dorsal.

—¿Cómo está Godfrey?

—Ha preguntado mucho por ti. Yo he ido a visitarlo en tu lugar. Le conté lo que había sucedido.

Alana se irguió.

—Ya no tiene por qué seguir encerrado —dijo, con firmeza.

Eleanor palideció.

—Alana, ¿estás segura?

—Sí, estoy segura —dijo.

De repente, se sintió más decidida. Godfrey no era su prisionero, era el prisionero de Iain. Y ella nunca había estado de acuerdo con que lo encerraran. Subió rápidamente las escaleras.

Había un highlander rubio y alto, a quien ella no conocía, haciendo guardia en la puerta de la alcoba. Alana sonrió forzosamente, y el soldado le devolvió la sonrisa y abrió el tranco de la puerta para que pudiera pasar.

—Gracias —dijo ella—. ¿Cuál es tu nombre?

—Seoc, milady —dijo él.

Godfrey estaba junto a la ventana. Se giró al oír la puerta.

—¿Estás bien?

—Me las arreglaré —respondió ella.

—Me he enterado de que perdiste al niño —dijo él, con tristeza—. Al ver que no me visitabas, pregunté qué había pasado.

—He estado muy deprimida —dijo ella—. Sé que no debería estar triste, porque no tenía derecho a traer a un bastardo al mundo. Sin embargo, deseaba desesperadamente tener a mi hijo.

—¡Alana! —exclamó Godfrey. Se acercó a ella y la agarró del brazo—. Yo le habría dado un nombre a ese niño.

Alana se desplomó entre sus brazos. Él la apretó contra sí y no dijo nada. Le acarició el pelo.

—Lo siento mucho —susurró Godfrey—. Quería ir a verte, pero Iain no me lo permitió.

Ella lo miró.

—No merezco tu amistad.

Él le apartó un mechón de pelo de la mejilla y los ojos.

—No, no te la mereces —respondió, y se apartó de ella.

Lo había traicionado; había vuelto a Brodie con un ejército, le había exigido que rindiera el castillo y no le había dicho que, en cuanto lo hiciera, ella se convertiría en la señora de Brodie.

—¿Puedes perdonarme por todo lo que he hecho?

—¿Te refieres a robarme Brodie? ¿Cómo voy a perdonarte por eso? —preguntó él, y miró a Seoc, que estaba en la puerta, observándolos atentamente.

Alana se volvió hacia el muchacho.

—Seoc, déjanos solos.

—Milady, Iain me ordenó que vigilara al prisionero.

Ella se indignó.

—Yo soy la señora del castillo.

Seoc palideció.

—Sí, milady.

—Iain es el señor de Nairn, no de Brodie —dijo Alana, irguiéndose de hombros con determinación—. Brodie pertenecía a mi madre. Era su dote. Ahora, es mi dote, porque el rey Robert lo ha dispuesto así. Le juré lealtad con la cabeza descubierta, sin armas en mi persona y, a cambio, él me concedió Brodie.

El highlander se había quedado muy pálido.

—Vamos, déjanos solos —le ordenó Alana.

Él asintió y se marchó.

Godfrey empezó a sonreír.

—Vaya, has hablado como una verdadera reina... Bien hecho.

—Godfrey... Llevas encerrado en esta alcoba casi dos meses. Yo nunca esperé que Iain te aprisionara. No habíamos hablado de tu futuro antes de venir a Brodie. Yo no quiero tenerte confinado aquí, ahora que él se ha ido. Tienes mi permiso para ir y venir donde y cuando quieras, como antes.

Godfrey se sobresaltó.

—No puedes escapar a pie, sin armas ni provisiones —dijo Alana—. De hecho, hace un día muy agradable. ¿Por qué no paseamos juntos?

Godfrey asintió. La miraba con los ojos muy abiertos.

Alana tomó su manta de piel de un gancho de la pared, y se la entregó. Todavía hacía mucho frío por las noches. Salieron de la alcoba, y vieron que Seoc estaba sentado en un taburete, junto a la puerta, afilando su daga. Ella supuso que había estado escuchando la conversación. El muchacho no los miró.

Alana se enfadó aún más. ¿Tenía el mando, o no? ¿De veras Iain iba a espiarla?

Godfrey y ella bajaron las escaleras, y no volvieron a hablar hasta que hubieron salido de la torre.

—¿Qué piensas hacer, Alana? —le preguntó entonces él, en voz baja.

—¡Eres libre, Godfrey!

—¿Me estás liberando?

—Estoy en deuda contigo, muchas y muchas veces. Y detestaba verte prisionero. ¡Esta es tu oportunidad! ¡Toma un caballo del establo y márchate!

—¿Vas a dejar que me escape?

—¡Sí!

Él se detuvo y la tomó del brazo.

—¿Y te perdonará Iain por esto?

—No sé si va a perdonarme que no le contara lo de nuestro hijo, Godfrey. No puedo preocuparme por cómo va a reaccionar cuando se entere de que te has marchado. Pero tú no puedes seguir aquí, prisionero por culpa de mi traición, cuando, en primer lugar, yo nunca accedí a hacerte prisionero.

Después de un momento, Godfrey dijo:

—Si voy a escaparme, tendría que planearlo. Necesito una daga, por lo menos.

—Yo puedo conseguírtela. Si te vas ahora, Godfrey, podrías estar en Elgin al mediodía.

Él titubeó.

—No creo que deba dejarte sola —dijo—. Si quieres dejarme escapar, ya habrá tiempo.

Los días transcurrieron lentamente mientras esperaban noticias de la guerra. Había rumores de que el rey Eduardo había enviado un ejército al norte para ayudar a Buchan, aunque los aliados del conde lo estaban abandonando. Se decía que Mortloch había sufrido un ataque. Por fin, llegó la primavera, y la nieve se derritió. Comenzaron a surgir las flores silvestres, nacieron los primeros cardos y los robles empezaron a verdear. Y, por fin, llegó un mensajero con noticias de verdad: Mowbray había forjado una tregua con Bruce antes de que se produjera una verdadera batalla. Así que Bruce había atacado a sir Roger Cheyne en Mortloch; ese rumor era cierto. Mortloch había caído en un solo día, y Bruce marchaba hacia Balvenie.

El mensajero también le llevaba una carta de Iain a Alana.

Ella estuvo a punto de rasgarla al abrirla. Sin embargo, Iain solo deseaba que supiera que la guerra prosperaba bien para Bruce, y que él estaba perfectamente. Le preguntaba por su salud, y le prometía que volvería a escribir pronto.

Alana se quedó consternada al recibir una misiva tan corta y tan impersonal. Temía que sus peores miedos se hubieran hecho realidad, y que Iain ya no la quisiera. Estuvo a punto de quemar la carta en la chimenea, pero no por ira, sino por desesperación. Godfrey se lo impidió.

—A mí no me parece que sea un hombre de letras, Alana... ¿Sabe escribir? —le preguntó.

—Sabe leer.

—Puede que sepa leer un poco, pero eso no significa que sepa escribir. Y, aunque supiera, yo no me lo imagino escribiendo una carta de amor —dijo Godfrey. Tomó el pergamino de sus manos y lo observó—. No creo que él haya escrito esto. Ni siquiera puedo distinguir la firma, que parece una i latina y una y griega, mientras que el resto de la carta está perfectamente escrita.

Alana tomó el pergamino, miró la correcta y bella escritura y la firma, que era muy rudimentaria. Godfrey tenía razón; Iain no había escrito la carta, sino que la había dictado. Finalmente, no la quemó.

Sin embargo, aquella carta no sirvió para mitigar sus miedos. Iain nunca expresaría sus sentimientos personales en una carta, pensó Alana, pero el hecho de que no lo hiciera era muy doloroso para ella de todas formas. Temía que su aborto, y su nuevo engaño, hubieran terminado con la relación. Se preguntó si él seguía sintiendo algo por ella.

Además, las noticias que les había llevado el mensajero confirmaron una suposición que le causaba angustia: sir Alexander seguía en Balvenie, preparando la defensa del castillo. Iain le había prohibido que fuera al castillo, y tenía razón. Era peligroso entonces, y seguía siéndolo.

Después de todo, ella era vasalla de Bruce. Sin embargo, Alana recordaba la visión sobre la muerte de su padre, y temía no volver a verlo. Seguía teniendo la tentación de ir...

¿Estarían sus hermanas y Joan en Balvenie, con su padre?

Alana le había contado su visión a Godfrey, y este había insistido en que no debía ir, bajo ningún concepto, a aquel castillo. Sir Alexander iba a necesitar ayuda para defenderlo de Bruce. Robert Bruce no solo estaba empezando a ser invencible, sino que también estaba consiguiendo la aceptación de la gente. Todos los pueblos que atravesaba se ponían de su lado, y su ejército iba aumentando rápidamente. Buchan podía ir en cualquier momento a Balvenie, para ayudar a su hermano a defenderlo. Si el conde la encontraba allí, la tomaría prisionera al instante.

Sin embargo, Alana no podía convencerse. Tenía una gran necesidad de ver a sir Alexander.

Aunque Godfrey nunca hablaba de ello, Alana sabía que su amigo estaba triste e inquieto. Sabía que sentía tanta angustia como ella, aunque por motivos distintos. Duncan había salido de Elgin para ocuparse de la defensa de Banf y, aunque Godfrey no quería dejarla sola en Brodie, tan cerca de la guerra, su deber era unirse a su padre para luchar contra Bruce. Alana sabía que Godfrey deseaba estar al lado de su padre en aquellos momentos.

El día 28 de marzo volvió a nevar, pero la nieve se derritió antes del anochecer, cuando encontraron a un segundo mensajero escondido en el bosque.

Alana estaba en el salón, con Godfrey y Eleanor, a punto de cenar. En aquel momento, Angus llevó a un hombre al interior de la torre. Ella se alarmó al instante, porque el prisionero llevaba cota de malla inglesa. Cuando Angus lo arrastró hasta sus pies, Alana se dio cuenta de que le habían atado las manos por delante del cuerpo.

—Milady —dijo Angus—, hemos encontrado a este perro inglés en el bosque, escondido. Dice que no es un espía, sino un mensajero —explicó el soldado, y obligó al hombre a arrodillarse—. Muestra respeto, perro.

—¡Angus! —exclamó ella. Aquel mensajero tenía que ser de su padre, o de su tío—. ¿Quién te ha enviado? —le preguntó.

El hombre, todavía de rodillas, alzó la cara.

—Vengo de Balvenie. Tengo una carta de sir Alexander Comyn para su hija, *mistress* Le Latimer.

—Yo soy *mistress* Le Latimer.

—Levántate —le dijo Angus al mensajero—, y entrégale la carta a mi señora.

El hombre se puso en pie y le dio a Alana un pergamino enrollado. A Alana se le pasó por la mente la imagen del cadáver ensangrentado de su padre, y se le encogió el corazón. Temía encontrarse con una horrible noticia.

—¿Está bien mi padre? —preguntó—. ¿Y Balvenie? ¿Está sitiado?

—El castillo está sitiado, milady, pero, cuando me marché, vuestro padre seguía bien.

Ella casi no podía respirar.

—¿Y sus hijas y su esposa están con él? ¿Y Buchan?

—El conde no ha regresado aún a Balvenie, pero lady Joan y sus hijas están con sir Alexander.

Así pues, la familia se había reunido en Balvenie. De repente, se imaginó la escena en aquella torre, con las mujeres del castillo aterradas mientras las máquinas de asedio castigaban la fortaleza sin descanso... Se imaginó a Joan, una dama elegante que consolaba a sus hijas...

Rompió el lacre y leyó en mensaje.

27 de marzo de 1308, Balvenie.

Hija mía:

Estamos sitiados. Espero refuerzos y la llegada de mi hermano, pero temo la fortaleza del ejército de Bruce. Y, peor aún, temo por la seguridad de mi esposa y mis hijas. Si nos derrotan, me ejecutarán como traidor, pero ellas se convertirán en rehenes de Bruce.

Me alegró mucho conocer tu voto de lealtad hacia mí. Debo enviar a mi esposa y mis hijas a Brodie inmediatamente. ¿Puedes ocultarlas hasta que yo organice su traslado al sur, o a Inglaterra? No deben caer en manos de Bruce.

Espero ansiosamente tu respuesta.

Tu padre, sir Alexander Comyn.

Alana se echó a temblar y tuvo que sentarse en el banco, junto a su abuela.

—¿Alana? —preguntó Godfrey.

Ella no lo oyó, y miró al mensajero.

—Vas a regresar a Balvenie ahora mismo. Dile a mi padre que haré lo que me pide —dijo, y se puso en pie—. Lady Joan y mis hermanas estarán a salvo aquí.

Capítulo 14

Las mujeres llegaron a medianoche.

Alana las estaba esperando. El mensajero de su padre le había dicho que sir Alexander tenía intención de enviarlas a Brodie en cuanto recibiera su respuesta.

Alana sujetaba una candela mientras las tres mujeres entraban a la torre. Alana las observó atentamente, pero las tres llevaban la capucha puesta.

Entonces, ella se volvió hacia Angus. Lo había enviado con otros seis soldados a recoger a las mujeres.

—¿Ha habido algún problema?

—No, milady. Esperamos en el bosque mientras sir Percy llevaba vuestra respuesta a sir Alexander. Tuvimos que esperar una hora hasta que las mujeres salieron del castillo por un túnel secreto. Nadie nos vio.

—Gracias —dijo Alana, tocándole el brazo—. ¿Por qué no vais a descansar?

Mientras Angus y sus hombres se iban, la más menuda de las mujeres se quitó la capucha. Tenía unos treinta y cinco años, era muy bella y tenía el cabello muy oscuro. Se trataba de lady Joan. La dama miró a Alana.

—Supongo que estoy en deuda con vos —dijo. Sin embargo, tenía una expresión dura y fría.

—No me debéis nada —dijo Alana, con una sonrisa. Sin embargo, no podía dejar de recordar que lady Joan le había prohibido a su padre que tuviera nada que ver con ella cuando nació—. Soy *mistress* Alana le Latimer.

—Aunque nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, lo sabría. Sois exactamente igual que mi prima Elisabeth.

Alana no creyó que aquello fuera un cumplido; claramente, no agradaba en absoluto a lady Joan.

—Os presento a lady Fitzhugh —dijo ella, señalando a su abuela, que se adelantó—. Y a sir Godfrey, el hijo de Duncan.

Joan asintió para saludarlos.

Eleanor inclinó la cabeza.

—Apenas habéis cambiado durante los últimos veinte años, lady Joan.

—En realidad, he cambiado mucho —dijo Joan, mirando de nuevo a Alana.

Alana se sentía muy tensa. Se dio cuenta de que debía ser un recordatorio constante del amor que el marido de lady Joan había sentido por otra mujer durante su compromiso. Si Joan no la odiaba, estaba claro que sentía un gran antagonismo hacia ella.

—Sería fácil tomaros por una de vuestras hijas —respondió Eleanor, con una sonrisa.

Por fin, Joan se relajó ligeramente. Sus hijas se estaban quitando las capas. Alana miró a las dos muchachas, que también la observaron a ella.

Margaret era esbelta, rubia y muy bella. Se estaba ruborizando, y tenía unos ojos grandes y

lentos de curiosidad. Alice estaba a su lado, tomándola de la mano con rigidez. Tenía una expresión glacial. También era bella, pero de pelo oscuro y piel muy blanca. De hecho, Alana sintió asombro al conocerla, puesto que era casi como si se mirara a un espejo. Se parecían tanto, que todo el mundo las identificaría como hermanas al momento.

Se quedó consternada. Iain iba a encontrarla muy atractiva. Y ella era la heredera de Buchan. Godfrey le tocó el codo para darle ánimos. Alana se sentía tan agradecida por su apoyo...

—Como sabéis, ellas son las hijas de sir Alexander, lady Alice y lady Margaret —dijo Joan con tirantez.

Alana se dio cuenta, perfectamente, de que lady Joan las había presentado como si fueran las únicas hijas de sir Alexander, pero no le importó. Eran sus hermanas. Ella no sabía qué sentir, ni qué pensar. Sus hermanas se habían criado con su padre, en grandes castillos, disfrutando de todos los privilegios. Ella, por otra parte, se había criado como la pupila de un hombre que la había acosado. Cabía la posibilidad de que Alice se casara con Iain, cuando ella lo quería con toda su alma... Alana sentía alivio por el hecho de que sus hermanas estuvieran a salvo, pero también sentía angustia y, quizá, celos.

¿Por qué la había abandonado sir Alexander?

En aquel momento, no debía pensar en lo diferentes que habían sido sus vidas.

—Bienvenidas a Brodie —dijo—. Me tranquiliza mucho que hayáis podido escapar del sitio de Balvenie.

Pasó un momento antes de que Alice respondiera.

—Gracias por darnos refugio —dijo. Miró a Alana de pies a cabeza, y se ruborizó.

—No podía negarme —dijo ella, con la voz ronca. Alice también tenía mucho interés en ella—. No nos conocemos, pero somos hermanas.

Y, además, estaba igualmente angustiada. Alana se preguntó si sus expresiones eran tan idénticas como sus rasgos. Entre ellas había una tensión casi insoportable.

Margaret intervino en aquel momento.

—Nuestro padre nos lo contó todo recientemente. ¡Fue una gran sorpresa! —exclamó. Parecía que le emocionaba el hecho de que fueran hermanas, y Alana sintió una inesperada calidez en el corazón.

—Nos lo dijo hace muy poco —recalcó Alice.

Aquella calidez se desvaneció.

—Debió de ser una gran sorpresa, verdaderamente —dijo Alana.

Si Bruce perdía la guerra, Alice sería la condesa de Buchan algún día, y ella perdería Brodie otra vez...

—Sí —dijo Alice con tirantez—. Yo no me imaginaba que tuviera una hermanastra en algún lugar del mundo.

—Sé que esto es difícil.

—¿De veras? —gritó Alice.

Alana tuvo ganas de devolverle el grito, de decirle que su vida sí había sido difícil. Sin embargo, se limitó a asentir.

—Sí. Lo siento.

Joan se interpuso.

—Mis hijas están agotadas. Es muy tarde, y querrían ir a su alcoba. Sin embargo, a mí me

gustaría hablar en privado con vos.

Alana no se imaginaba qué podía querer decirle Joan.

—Abuela, ¿podrías enseñarles a mis hermanas su alcoba?

—Por supuesto —dijo Eleanor, y sonrió a las muchachas.

Margaret le devolvió la sonrisa y se volvió hacia Alana.

—Espero que podamos hablar mañana, Alana.

Ella se preguntó si iban a hacerse amigas.

—Lo intentaré, Margaret. Buenas noches.

Margaret vaciló. Después, abrazó impulsivamente a Alana. Alice asintió, y Eleanor se las llevó escaleras arriba. Alana se había quedado asombrada por la muestra de cariño de Margaret.

—Margaret es muy joven y muy ingenua —dijo Joan. Claramente, desaprobaba el comportamiento de su hija menor.

Godfrey la miró. Claramente, Joan estaba esperando a que se marchara, pero Alana decidió que no quería quedarse a solas con la esposa de su padre.

—Godfrey conoce todos mis secretos —dijo.

—¿De veras? —preguntó Joan, con frialdad—. ¿Y sabía que le habíais hecho voto de fidelidad a Bruce, y que queríais arrebatarle Brodie?

Alana se ruborizó.

—Brodie era de mi madre, como bien sabéis. Siempre debería haber sido mío, y yo me limité a tomar lo que me pertenecía.

—Sois exactamente igual que Elisabeth, así que, ¿por qué iba a sorprenderme todo lo que habéis hecho? Mi prima era capaz de muchas cosas con tal de conseguir lo que quería. Seguramente, ella también se habría pasado al bando enemigo.

Alana se estremeció.

—Mi madre no habría tenido que hacer juramento de lealtad al enemigo —replicó—. Mi madre era la señora del Castillo de Brodie. Tenía tierras, título y un marido. Yo hice lo que tenía que hacer para recuperar mis tierras.

Joan abrió mucho los ojos.

—Así que sois demasiado lista. ¿Acaso pensáis que podéis contestarme?

—Os pido perdón —dijo Alana, al instante. Por desgracia, Joan solo quería ser enemiga suya. Sin embargo, también era la esposa de su padre, y Alana no quería pelearse abiertamente con ella—. No os he dado refugio para que pudiéramos discutir. Mi deseo es ayudar a mi padre y a mis hermanas, lady Joan. Mi deseo es también ayudaros a vos.

—No confío en vos, *mistress* le Latimer. Nos habéis traicionado a todos. ¡A Alexander, a mí, a mis hijas, a Buchan y al rey Eduardo!

—Si no confiáis en mí, ¿por qué habéis venido? —preguntó ella. Estaba empezando a arrepentirse de haber acogido a lady Joan en Brodie.

—Yo no quería venir. ¡Quería intentar escapar a Inglaterra directamente! Pero Balvenie está sitiado, y era muy difícil organizar un viaje así. Alexander no podía prescindir de ningún hombre, y se empeñó en que viniéramos aquí.

—Si deseáis ir inmediatamente a Inglaterra, yo trataré de organizarlo.

—Cuanto antes, mejor —dijo lady Joan, y se dirigió a Godfrey—. No parecéis un prisionero. Godfrey se cruzó de brazos, impertérrito.

—Conozco a Alana desde que éramos niños. No voy a abandonarla en tiempos de guerra.

Joan se echó a reír desdeñosamente.

—¡Oh, Dios! Alexander se encaprichó de su madre, y vos estáis encaprichado con ella. ¿Y qué pasa con su amante?

Alana se quedó helada.

—¿Cómo?

—Ha corrido el rumor. Todo el mundo sabe que sois la amante de Iain de Islay.

Ella tragó saliva.

—¿Y vos creéis ese rumor?

—Por supuesto que sí, y no porque él estuviera en Brodie durante todo el invierno, sino porque vos sois hija de vuestra madre.

Alana se sintió como si la hubieran apuñalado.

—¿Y mi padre?

—Él se niega a creerlo, pero también se negaba a creer que habíais hecho voto de fidelidad a Bruce. Al leer vuestra confesión, se emborrachó.

Alana se alejó de ella. Se sentía derrotada. Joan había odiado a su madre y, claramente, también la odiaba a ella. Y, peor aún, estaba consiguiendo que se avergonzara.

—¿Va a volver aquí? —preguntó Joan—. ¿Estamos en peligro de que nos capture Iain de Islay? ¿Vais a protegernos de él?

Alana se volvió hacia ella.

—Le prometí a mi padre que os protegería, y pienso hacerlo.

Joan la miró, con miedo, en aquella ocasión.

—Tenemos que irnos a Inglaterra lo antes posible —dijo—. Antes de que Iain sepa que estamos aquí. Antes de que lo sepa Bruce.

Alana asintió. Joan temía que la tomaran cautiva. Y, pese a su hostilidad, Alana sintió pena de ella.

—Voy a retirarme con mis hijas —dijo Joan—. Buenas noches.

Alana no respondió. Godfrey se levantó y se acercó a ella.

—Bueno, claramente, odiaba a tu madre —dijo.

—Y, claramente, me odia a mí.

—Sí, es obvio. Alana, ¿qué vas a hacer si Iain aparece por aquí? Estoy seguro de que, si se entera de que lady Joan y sus hijas están en Brodie, intentará tomarlas cautivas.

Alana lo miró con horror. No quería empeorar el conflicto que tenía con Iain, pero le había prometido a su padre que protegería a su esposa y a sus otras hijas.

—Esperemos que se hayan marchado antes de que él lo averigüe.

Una doncella había atizado el fuego, y las llamas ardían alegremente en el hogar. Alana estaba frente a la chimenea, preparada para acostarse, con un largo camisón de lino y el pelo recogido en un par de trenzas.

Alguien llamó a la puerta, y ella se puso muy tensa. Después de aquella terrible conversación con Joan, no sabía a quién esperar. Abrió la puerta con aprensión.

Margaret estaba allí, vestida con una bata, con el pelo rubio en una sola trenza. Sonrió tímidamente.

—No podía dormir. ¿Puedo pasar?

—Claro —dijo Alana sorprendida. Se hizo a un lado, y Margaret entró en la alcoba. Se sentó sobre la cama y metió las piernas bajo el cuerpo.

—¡Eres guapísima! —exclamó Margaret.

Alana se sentó junto a ella.

—Y tú.

—Te pareces muchísimo a Alice, pero tú eres la más guapa de las dos.

—Eso lo dudo. Alice es muy guapa... y es una gran heredera.

—Sí. Algún día será la condesa de Buchan. Aunque Bruce luche en esta guerra durante años, mi padre le ha aconsejado que no renuncie nunca a sus derechos sobre el condado.

Alana se estremeció. ¿Significaba eso que Alice reclamaría el condado de Buchan aunque Bruce venciera a su tío? ¿Aunque venciera al rey Eduardo y siguiera siendo el rey de Escocia?

—Ella es la verdadera y única heredera.

—Sí —dijo Margaret, y la observó sin disimulo—. Me emocioné al saber que teníamos una hermana, Alana. Por supuesto, odio esta guerra, y temo por mi padre, que sigue en el sitio de Balvenie. Pero tenía muchas ganas de conocerte y, cuando me dijeron que íbamos a venir aquí, me puse contenta.

Alana sabía que Joan y Alice no se habían puesto contentas, pero guardó silencio.

Margaret la tomó de la mano.

—Espero que puedas perdonar a mi madre. Ella no acepta que seas la hija de mi padre. Lo ha dicho. También nos ha dicho que, una vez, tu madre y ella fueron amigas, y que se sintió traicionada al enterarse de que tu madre amaba al hombre con el que ella iba a casarse.

—No es de extrañar —respondió Alana—. Pero ¿y Alice? A ella tampoco le agrado.

—Alice no quería venir aquí. No quería conocerte. Todavía está muy disgustada porque nuestro padre estuviera con otra mujer, aunque fuera antes de casarse con mi madre.

—Seguramente, yo también estaría disgustada.

—Yo no. Eso fue hace mucho tiempo, y a mí me parece maravilloso tener otra hermana —dijo Margaret, sonriendo. Entonces, la sonrisa se desvaneció, y continuó—: Alice es una hermana estupenda, de verdad. Espero que os hagáis amigas muy pronto. Pero... estamos en bandos contrarios de la guerra.

Alana vaciló.

—Ojalá pudieras entenderlo, Margaret. Mi madre murió cuando yo nací, y me crió lady Fitzhugh, que ni siquiera es mi abuela de sangre. Y, como soy ilegítima, no tenía ningún estatus aquí, ni en ningún otro lugar. Brodie era de mi madre, pero se lo dieron a Duncan, que también fue nombrado mi tutor. Yo me he criado como una bastarda, sin dote y sin ningún privilegio, y tú has crecido con todo lo que pudieras desear, incluyendo dos padres que te quieren. Estamos en bandos opuestos de la guerra porque yo quería recuperar Brodie. Pero tú eres mi hermana, y yo haré todo lo que esté en mi mano para protegerte de mi señor, y para que puedas llegar a Inglaterra.

—¡Me alegro tanto de que seamos hermanas! —dijo Margaret, apretándole la mano. Entonces, bostezó y se puso en pie—. Mi madre no confía en ti, pero yo sí. ¡Y espero que no tengamos que marcharnos demasiado pronto!

Alana también se levantó, y sonrió.

—Y yo. Así, podremos conocernos mejor.

Margaret volvió a abrazarla impulsivamente.

—De repente, me encuentro cansada. Voy a volver a la cama antes de que me descubran.

Alana la acompañó a la puerta con el corazón lleno de alegría.

—De repente, yo también me encuentro cansada —dijo, y abrazó a su hermana pequeña.

—¿Cómo podemos mandarlas a Inglaterra sanas y salvas? —preguntó Alana, a la mañana siguiente.

El sol estaba alto en el cielo, pero Godfrey y ella eran los únicos en el salón. Sus invitadas todavía no habían bajado, y Eleanor se había quedado durmiendo hasta un poco más tarde, como hacía últimamente.

—No puedes prescindir de ninguno de los soldados —dijo Godfrey.

—Están asustadas y, después de haber sido prisionera, las entiendo. Bruce está en Balvenie. ¿Por qué no puedo mandar a una docena de soldados para que las escolten?

Godfrey le tomó la mano por encima de la mesa.

—Me temo que tu tío aprovecharía la oportunidad para atacarte, Alana.

—Pero... ellas no pueden estar aquí hasta el final de la guerra. Iain lo descubriría, y Bruce también. Alice sería un rehén muy valioso.

Y, peor aún, podría convertirse en la esposa de Iain. Si Bruce lo deseaba así, a Alice no le darían la oportunidad de elegir.

—Iría a Banf, a hablar con mi padre, pero no creo que él tampoco quiera prescindir de ninguno de sus hombres —dijo él.

Alana pensó febrilmente.

—Seguramente, sería muy peligroso enviarlas con un guía, disfrazadas.

Godfrey la miró con incredulidad.

—Entonces, ¿tendremos que continuar aquí, como si fuéramos prisioneras?

Alana se levantó de un respingo al oír la voz de Alice. Su hermana estaba en el umbral del salón. Se había quedado muy pálida. Claramente, había estado escuchando su conversación con Godfrey.

—No sois prisioneras —dijo Alana.

—Si hay elección, prefiero huir hacia el sur disfrazada de granjera con un solo guía.

—¿Eso sería muy peligroso!

—¿Y por qué te importa? —preguntó Alice, con los ojos muy abiertos—. ¿Porque somos hermanas?

—Sí. Me importa porque somos hermanas, y porque le prometí a sir Alexander que os protegería.

—Aunque te hayas pasado al enemigo, y aunque te acuestes con el enemigo —replicó Alice con dureza.

Así pues, su hermana también había oído el rumor. Alana se cuadró de hombros.

—Al contrario que tú, yo soy una hija bastarda, y no tenía ninguna esperanza de poder

casarme.

Alice se cruzó de brazos.

—¿Y eso justifica que te hayas convertido en la amante de Iain de Islay? ¿Que hayas traicionado a toda tu familia?

—Brodie era parte de la dote de mi madre, Alice. Nunca deberían habérmelo quitado.

—Por supuesto que sí. ¡Eres ilegítima, y no podías heredar Brodie!

Alana se echó a temblar.

—Tú no puedes entenderlo, Alice. Siempre lo has tenido todo. Pero ahora, Brodie es mío.

—Entonces, ¿te alegra que Bruce triunfe sobre nuestro padre?

—Estoy en una posición terrible —respondió Alana, con la voz entrecortada.

—Así pues, ¿deseas la victoria de Bruce, la victoria de Iain de Islay!

—¡Me enamoré de él! —dijo Alana, con las mejillas enrojecidas.

—¿De la misma forma que tu madre se enamoró de mi padre? —le espetó Alice—. ¿Por eso le juraste lealtad a Bruce? ¿Por amor a tu enemigo?

—¡No! Lo hice por Brodie.

Se miraron fijamente la una a la otra. Alice tenía una expresión muy dura, pero, también, inquisitiva.

—Por fin, tengo una dote, Alice —dijo Alana.

Alice cabeceó con una tensa expresión de desaprobación.

—Entonces, ¿vas a casarte con Iain MacDonald?

Alana hizo un gesto negativo. ¡Si Alice supiera los planes que Bruce tenía para ella!

—A él le concederán una heredera mucho más importante que yo. Pero Bruce me ha prometido que me encontraría un marido.

—Claro, por supuesto —dijo Alice con sarcasmo—. No puedo confiar en ti —añadió, y se marchó del salón.

Alana cerró los ojos con consternación.

Al día siguiente, al anochecer, repicó la campana de la torre vigía. Alana estaba en su alcoba, haciéndose una trenza, cuando oyó la alarma. Dejó caer el peine y salió al pasillo. Lady Joan salió también en aquel momento; la dama estaba muy pálida. Alice y Margaret aparecieron tras ella. Todo el mundo iba en camisón.

Godfrey subió corriendo las escaleras.

—Iain ha vuelto —dijo.

Joan palideció y miró a Alana con incredulidad, mientras que Alice la miró con una expresión acusatoria. Y, entonces, Joan y sus dos hijas volvieron a encerrarse en su alcoba, dando un portazo.

Alana estaba conmocionada. Con el corazón acelerado, preguntó:

—¿Estás seguro?

—Sí, completamente —dijo Godfrey.

Alana bajó las escaleras de dos en dos, entre la incredulidad y la emoción. ¡Iain había vuelto a casa! Sin embargo, al llegar descalza al piso bajo, comenzaron las dudas. No sabía lo que Iain

sentía por ella. Su primer impulso había sido pensar que había ido a Brodie a verla, pero ¿y si se había enterado de que lady Joan y sus hijas estaban allí? ¿Habría ido a tomarlas prisioneras?

La puerta principal de la torre se abrió, e Iain entró. Tenía el pelo muy largo, despeinado en aquel momento, y enredado por los hombros. Tenía la cara endurecida, y la barba crecida. Al instante, sus miradas quedaron atrapadas.

Alana se detuvo, llena de aprensión. A él le brillaron los ojos. Caminó hacia ella con agresividad.

La tomó con dureza entre sus brazos y la besó. Alana se quedó inmóvil, asombrada por aquella muestra de pasión, y por la explosión de deseo que sintió ella misma.

Por fin, ella se agarró a sus hombros y le devolvió el beso.

—Te he echado de menos —le dijo él, con la respiración entrecortada.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Antes de que pudiera responderle, él la tomó en brazos y la llevó, escaleras arriba, a la alcoba. Alana se aferró a él y le besó la mandíbula.

—Yo también te he echado de menos.

—Bien —dijo él. Entró en la habitación, cerró la puerta de una patada y la depositó en la cama. Después, se tendió sobre ella.

Alana agarró el bajo de su túnica.

—Las espadas —dijo ella.

—Al diablo con ellas —respondió Iain, mientras le separaba las piernas con una rodilla. Le subió la ropa mientras sus bocas se unían y sus lenguas se entrelazaban. Alana sintió tanto deseo que apenas podía soportarlo. Él se hundió en su cuerpo con fuerza.

Hicieron el amor como si fuera la primera vez, cegados por la lascivia. Pero, al contrario que la primera vez, Alana también estaba profundamente enamorada.

Cuando el placer y el éxtasis se desvanecieron, cuando estaban saciados y exhaustos, Alana se refugió entre sus brazos. Iain le besó el hombro, la sien, el pelo.

Ella se movió para poder mirarlo.

—Siento mucho haber perdido a nuestro hijo —susurró.

—Shh —dijo él—. Muy pronto haremos otro.

Con aquellas palabras, parecía que Iain deseara quedarse con ella y ser el padre de sus hijos; pero eso era imposible, ¿verdad? Alana tuvo ganas de echarse a llorar. En vez de eso, le acarició la mejilla.

—Ojalá te hubiera dicho lo del bebé.

—Sé que no guardas los secretos por malicia, Alana —dijo él—. Tenías que habérmelo dicho, pero eres demasiado independiente.

¡La había perdonado!

—También siento mucho no haber compartido mi dolor contigo cuando perdimos al niño. Podríamos haberlo llorado juntos.

—Estabas sufriendo. Yo también. Yo no podía pensar con claridad —dijo él, y le besó la mano. Después, la observó durante un momento.

Alana se sintió muy aliviada. Habían conseguido dejar atrás aquella desgracia.

Entonces, Iain hizo una mueca y se tendió boca arriba.

Alana se colocó la ropa y lo miró a la cara. Él observó el techo y, mientras volvía lentamente la cara hacia ella, Alana pensó: «Sabe que lady Joan y mis hermanas están aquí».

Él se sentó.

—¿Y tenías pensado decirme lo de lady Joan y sus hijas? —preguntó.

Ella se incorporó también, con el estómago encogido.

—Le prometí a mi padre que iba a protegerlas —dijo cuidadosamente—. Mi deber es velar por su seguridad.

—Sí, pero no me has respondido, Alana.

Ella negó con la cabeza.

—No. No iba a decírtelo.

Él se puso en pie, con las manos en las caderas.

—Eres una mujer difícil. Demasiado independiente, Alana.

—¿Estás muy enfadado?

—No estoy enfadado. Tu familia lucha contra Bruce, y tu situación es peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Bruce se ha enterado de que están aquí, Alana. Tengo que tomarlas prisioneras.

A Alana se le escapó un jadeo.

—Lo siento —dijo él.

Se dio la vuelta, y salió de la alcoba.

Por un momento, Alana se quedó mirándolo con consternación. ¡Tenía que proteger a lady Joan y a sus hermanas! Sin embargo, no podía pelearse con el hombre al que amaba, y no se atrevía a enfadar a Robert Bruce. Si lo hacía, tendría dos enemigos: Buchan y Bruce.

Se levantó y fue corriendo tras él.

Iain estaba en el pasillo, en la entrada de la alcoba de Joan y sus hijas. Joan estaba en la puerta, escuchando a Iain.

—No tengo otro remedio, lady Joan —estaba diciendo él—. Pero recibiréis buen trato, os lo aseguro.

Joan se quedó abatida. Después, le lanzó a Alana una mirada fulminante, como si la culpaba de que las hubieran capturado.

Alana aminoró el paso. Iain estaba mirando dentro de la alcoba. No tenía ninguna duda de qué era lo que había captado su atención. Oh, Dios, ¿cómo podía mirar a Alice en aquel momento? ¡Acababan de hacer el amor!

Ella se acercó a él.

Alice estaba con Margaret delante de la cama que compartían. Las dos hermanas estaban tomadas de la mano, y Alice estaba muy bella, con el pelo largo recogido en una trenza, la piel muy blanca, mirando a Iain con los ojos llenos de temor.

Iain dijo:

—Lady Alice, vuestra hermana y vos deberíais volver a acostaros. Siento haber interrumpido vuestro descanso.

Alice se echó a temblar, y no soltó la mano de su hermana. Margaret estaba mirando a Iain con los ojos abiertos como platos. Después, miró a Alana.

Alana se estremeció. Margaret debía de haber deducido que eran amantes. O se lo habían dicho.

—¿De veras vais a tomarnos prisioneras? —preguntó Alice. Entonces, miró a Alana con una expresión de miedo y de reproche.

—Sí. Pero no sufriréis en absoluto, lo prometo. Seguiremos hablando mañana por la mañana —añadió Iain. Después, se apartó, para que Joan pudiera volver a la alcoba—. Buenas noches —dijo, amablemente.

—Buenas noches —respondió Joan. Le lanzó a Alana otra mirada de odio y cerró la puerta con brusquedad.

Alana no se movió. Por fin, Iain había visto a su hermana, que era a la vez bella y poderosa. Había visto a la mujer con la que quería casarlo Bruce. Se quedó asombrada cuando él la rodeó con un brazo.

—¿Qué haces? —le preguntó ella, tratando de zafarse.

Él la miró con perplejidad.

—No he venido hasta aquí para dormir solo.

Alana se quedó confusa.

—Es muy bella.

Él arqueó las cejas.

—¿Hablas de tu hermana?

—Sí.

Entonces, la mirada de Iain se volvió socarrona.

—Margaret todavía no debe de tener quince años —dijo—. Y no es tan bella como tú.

Alana cerró los ojos.

—Estoy hablando de Alice, y lo sabes.

—Alana —dijo él, tomándola entre sus brazos—, yo te deseo a ti, no a Alice.

Alana lo empujó. No salía de su asombro.

—Pero... ella es una heredera. ¡La mayor heredera del norte de Escocia!

—¿Y? —preguntó él y comenzó a besarla.

Alana lo empujó de nuevo. ¡Iain la deseaba! Ella no entendía lo que significaba aquello. Aunque la deseara más que a su hermana, tal vez todavía quisiera casarse con Alice, o tal vez Bruce insistiera en la unión, y solo un tonto pondría objeciones. Iain no era tonto.

—¿Por qué te resistes? —murmuró, tomándola de las muñecas y sujetándola. Entonces, la besó sin miramientos.

Alana no podía moverse y, mientras él la acariciaba con los labios y la lengua, sus frenéticos pensamientos cesaron. Se echó a sus brazos y le devolvió el beso apasionadamente.

Iain no iba a quedarse en Brodie. El sitio de Balvenie progresaba bien, tan bien que esperaban que el castillo cayera a los pocos días. Bruce le había ordenado que marchara hacia Elgin. Cuando conquistaran Balvenie, intentarían tomar Elgin una vez más.

Alana lo vio desayunar con buen apetito a la mañana siguiente. Estaba sentada con él y con Godfrey. Iain no le había preguntado nada sobre su amigo, pero ya se había dado cuenta de que Godfrey era libre de ir y venir como quisiera. Los hombres se habían saludado con cordialidad, pero también con cautela, hacía unos momentos.

Alana también tenía mucho apetito, hasta que había oído de labios de Iain que tenía que marcharse inmediatamente, y que Balvenie caería muy pronto. Entonces, se había reavivado el

temor que sentía por su padre, pero un temor distinto, no el que le había provocado su visión.

—¿Y Bruce le perdonará la vida a mi padre cuando se rinda Balvenie? —le preguntó a Iain.

Él dejó de comer bruscamente, y posó el cuchillo en la mesa.

—Haré todo lo posible, Alana, por conseguirlo.

Ella se quedó angustiada. Los prisioneros de Buchan y del rey Eduardo recibían una condena por traición, y eran ahorcados o decapitados. Su padre podría ser ejecutado de igual manera, pero también podían enviarlo al exilio, a alguna de las tierras que Buchan tenía en Inglaterra. Estaba a punto de decirlo cuando vio que Alice y Margaret entraban en el salón.

Iain las miró.

—Buenos días.

Ninguna de las dos muchachas respondió. Asintieron con timidez. Alana observó atentamente a Alice. Su hermana se sentó lo más alejada que pudo de Iain, al otro extremo de la mesa, junto a Godfrey, y Margaret se sentó a su lado. Alana no percibió ninguna señal de interés por parte de su hermana. Solo vio miedo, desconfianza y tensión.

Sin embargo, aquello no sirvió para tranquilizarla. Tal vez Iain la deseara a ella más que a su hermana, pero, al final, eso no tenía nada que ver con un matrimonio político.

No podía preocuparse por el futuro en aquel momento. Tenía preocupaciones más importantes. Miró a Iain nuevamente.

—Si Balvenie cae, ¿nos enviarás la noticia rápidamente?

—Por supuesto. Y también te enviaré noticias sobre tu padre.

Ella asintió. Estaba muy asustada por sir Alexander, y por sí misma. Volvió a mirar a Alice. Su hermana la había estado mirando con una inmensa consternación. En aquel momento, agachó la cabeza y tomó una copa, pero no bebió.

Alana miró a Iain, pensando en que él estaría mirando a su hermana. Sin embargo, él tenía los ojos clavados en ella.

—Ven a despedirte de mí —le dijo, y se puso en pie de repente. Era obvio que se marchaba.

Alana se levantó.

—Ojalá pudieras quedarte otro día —murmuró.

—Sí, ojalá —dijo él. Entonces, le tomó la barbilla—. Te enviaré un mensaje cuanto antes. Y voy a hacer todo lo posible por proteger a tu padre.

Ella se dio cuenta de que lo decía en serio, y sintió el corazón anegado de amor. Sin embargo, no podía predecir lo que decidiría hacer Bruce con un miembro de la familia Comyn. Alana estaba a punto de salir del gran salón con él cuando se oyeron unos pasos apresurados.

Angus entró en la torre, con tanta urgencia que no se molestó en cerrar la puerta.

—¡Acabamos de recibir esto! —exclamó, y le entregó un pergamino a Iain.

Iain rompió el sello real y desenrolló el pergamino. Lo leyó rápidamente, y miró a Alana con tristeza.

—¿Qué ocurre?

—Sir Alexander está herido.

Alana se quedó paralizada. Vio de nuevo las imágenes de su visión, en la que su padre aparecía moribundo.

—Oh, Dios...

—Está vivo, Alana, pero está malherido, aunque pudo escapar de Balvenie. Ahora está en

Elgin.

Alana empezó a temblar.

Sus hermanas se acercaron corriendo a ellos.

—¿Está muy mal? —gimió Alice—. ¿Está grave?

Iain vaciló, sin apartar los ojos de Alana.

—Se está muriendo.

Capítulo 15

Margaret y Alice se echaron a llorar, y Alana sintió la misma pena que ellas, o tal vez más, porque ella sabía que sir Alexander iba a morir. Sus visiones siempre se convertían en realidad, y aquella no iba a ser una excepción. Miró a Godfrey; su amigo estaba muy pálido. Él también conocía su visión.

De repente, Joan entró en el salón con Eleanor.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué lloráis?

Iain se volvió hacia ella.

—Lo siento, lady Joan, pero sir Alexander ha sufrido una herida mortal.

Joan gritó. Le fallaron las rodillas, y su cara perdió todo rastro de color. Alice y Margaret la sujetaron.

—No —susurró Joan—. No.

Alana miró a Joan y a sus hijas, y sintió un terrible dolor. Querían a su padre, más de lo que ella, una niña abandonada, podría quererlo nunca.

Godfrey se acercó a ella para ofrecerle su apoyo. Alana se lo agradeció, pero se dio cuenta de que Iain no. Él los miró con los ojos muy abiertos, y con una expresión de dureza.

De repente, Alice se volvió hacia él.

—¡Tenemos que ir a su lado!

Iain respondió con severidad.

—Yo voy a dirigir la marcha hacia Elgin, lady Alice. Vamos a sitiario y, en esta ocasión, vamos a conquistarlo. No es seguro que vayáis al castillo.

—¡No me importa! —gritó ella, y lo agarró del brazo—. ¡Tengo que ver a mi padre! ¡No puede morir!

Alana se puso muy tensa; no soportaba el momento que estaban compartiendo Iain y su hermana.

—No es seguro —repitió él—. No quiero contribuir a vuestro dolor, pero sois una prisionera.

—¡Es nuestro padre! ¡Pero a vos solo os importa el hecho de que seamos vuestras prisioneras!

Iain se enfureció.

—No es seguro —repitió con una ira contenida—. Os encontraréis en mitad de un sitio, y podríais morir con sir Alexander.

Alice se echó a temblar de impotencia, y lo soltó.

—Nunca me casaré con vos —siseó.

Alana estuvo a punto de jadear. ¿Cómo se había enterado Alice del interés que tenía Bruce en su unión con Iain?

—No sabía que fuese a celebrarse un matrimonio entre nosotros —respondió Iain con

frialdad—. Os estoy protegiendo, lady Alice, y también a vuestra hermana y a vuestra madre.

—No. ¡Nos estáis impidiendo que veamos a nuestro padre en su lecho de muerte!

Alana no podía soportarlo más. Corrió hacia Iain, y le tocó el brazo.

—Iain. También es mi padre. Tengo que verlo. ¡Todas tenemos que verlo!

Iain cabeceó.

—Alana, no puedo permitirlo.

De repente, fue como si se hubieran quedado solos en el salón. Ella le posó ambas manos en el pecho.

—Te lo ruego, Iain. Lleva a Joan y a mis hermanas con sir Alexander. Retrasa el ataque a Elgin. Llévame con mi padre.

Iain tomó aire y la miró fijamente.

—Te harían prisionera —dijo—. ¡Buchan te encerraría durante el resto de tu vida!

—¡No me importa! —gritó ella, con desesperación.

—A mí sí —dijo él—. Nadie va a ir a Elgin, salvo yo.

Margaret se desplomó en el banco y se echó a llorar.

Fuera, aquella mañana de abril era soleada, pero Alana sentía el frío hasta los huesos mientras Iain se disponía a montar en su caballo para marcharse a la guerra. Las puertas de las murallas estaban abiertas, y ella veía a su ejército de highlanders, unos doscientos hombres, esperándolo alrededor del risco. El estandarte del dragón rojo ondeaba al viento.

—Me perdonarás —le dijo él.

Alana casi no podía hablar. Su padre se estaba muriendo, Alice sabía que querían casarla con Iain y él no le permitía ir a despedirse de sir Alexander. Por fin, respondió:

—Sí. Probablemente, te perdonaré algún día.

Él la tomó del brazo, la apretó contra su cuerpo y la besó con dureza en los labios.

—Me voy a la guerra. Pensaré en ti todos los días, Alana.

—Y yo pensaré en ti todos y cada uno de los días —respondió ella. La prohibición de Iain de ir a ver a su padre moribundo no había afectado a su amor. Nada podía afectar al amor que sentía por Iain, pensó—. Y rezaré para que Dios te proteja.

En aquel momento, ella no sentía casi ninguna emoción. No sentía nada, salvo la necesidad de ver a su padre por última vez, aunque corriera el riesgo de ser capturada por su tío.

Tenía que ver a sir Alexander antes de que muriera. No tenía elección. Él era su padre, y ella lo quería, pese a todo.

—Yo te estoy protegiendo, Alana —dijo él.

Ella no pudo sonreír. Sabía lo que tenía que hacer. En parte, estaba muy asustada, por supuesto. No quería que su tío la apresara. Se abrigó con la capa para intentar mitigar el frío que sentía.

El montó a caballo y salió de la torre.

Alana no esperó a que él saliera por la puerta de la fortaleza.

Se dio la vuelta y entró en el salón con paso firme. Joan estaba sentada en la mesa, llorando; Eleanor trataba de consolarla. Alice estaba con Godfrey, y ambos se giraron hacia Alana.

Ella se detuvo.

—Nos marchamos a Elgin dentro de una hora —dijo—. Godfrey, tú nos guiarás.
Él palideció.

Nadie habló durante el duro trayecto hacia Elgin. Avanzaron por el camino principal, pero pensaban esconderse en el bosque al menor indicio de que se acercaran otros viajeros, o soldados. Al mediodía, Alana les obligó a detenerse brevemente para descansar, porque, claramente, lady Joan y sus hermanas no estaban acostumbradas a cabalgar tan rápidamente. Y, a media tarde, oyeron truenos a lo lejos.

Godfrey hizo que todo el mundo se detuviera, y oyeron otro trueno. Alana se estremeció en cuanto se dio cuenta de que no se trataba de una tormenta, sino de las embestidas del ariete.

Iain había comenzado el asedio.

Las otras mujeres también se dieron cuenta, y se miraron con miedo.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Joan. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados; no había podido dejar de llorar desde que habían salido de Brodie.

Ya podían oír los relinchos de los caballos y los gritos de los hombres. No se habían esperado que Iain atacara tan rápidamente. Alana se acercó a Godfrey.

—Tiene razón. ¿Cómo vamos a entrar?

Godfrey le lanzó una mirada.

—Seguramente, él te lo concederá todo.

—¡Pero si ya le supliqué que nos dejara venir a ver a sir Alexander!

—Dudo que se lo suplicaras lo suficiente.

Alana agitó la cabeza.

—Deberíamos atar los caballos en el bosque y continuar a pie. Esta noche, cuando la lucha cese, podemos intentar entrar por alguna de las puertas laterales. A ti te dejarán entrar, Godfrey; y, seguramente, a lady Joan y a las niñas también.

Desmontaron, y llevaron a los caballos hacia el bosque. Mientras avanzaban por un sendero, el fragor de la batalla aumentó, y Godfrey preguntó:

—¿Y si Buchan está dentro?

Alana pidió a Dios que no fuera cierto.

—Tengo que ver a mi padre —dijo. En realidad, no sabía qué iba a hacer si se enteraba de que Buchan estaba en Elgin.

De repente, Alice la agarró del brazo e hizo que se volviera.

—¿Por qué? ¡Ni siquiera lo conoces! ¡No puedes quererlo! ¡Nos traicionaste e hiciste un voto de lealtad a Bruce!

Alana se estremeció.

—Sí me importa. ¡Por eso me he arriesgado a sufrir la ira de Iain al traeros hasta aquí!

Alice soltó a su caballo y empezó a correr a través del bosque, hacia el asedio de Elgin.

Alana estuvo a punto de salir tras ella, pero Godfrey la sujetó.

—Ahora no puedes razonar con ella, y no va a ir lejos.

Tenía razón. Alana miró a Joan y a Margaret. Para su sorpresa, Joan ya no tenía una

expresión de hostilidad hacia ella, ni de odio, tan solo de dolor. Ella sintió el impulso de consolarla, pero no se atrevió a hacerlo.

Se detuvieron al llegar al límite del bosque. Alice se había acurrucado debajo de un enorme pino. Más abajo, la falda de la colina estaba desnuda. Elgin se erguía en el cerro más próximo.

El ejército de Iain estaba allí alineado. Los arqueros disparaban contra los hombres de Duncan, que se protegían en las almenas y respondían con lluvias de flechas. Otros guerreros de las Highlands cargaban las catapultas y disparaban proyectiles. Una docena de soldados arremetía con el ariete en la puerta principal del castillo de Elgin. Todavía no había nadie tratando de escalar los lienzos de las murallas.

Joan y Margaret se sentaron con Alice bajo el árbol. Alana divisó a Iain sobre su caballo, corriendo de un lado a otro por el risco, dirigiendo a sus hombres. Vio que caía sobre él una descarga de flechas, y el miedo la atenazó. Sin embargo, las flechas rebotaron contra su escudo.

Godfrey ató los caballos y observó la batalla junto a Alana.

—Tiene razón. No deberías entrar, Alana. Eres una traidora, y si mi padre o Buchan están dentro, te apresarán en cuanto te reconozcan.

Alana sabía que decía la verdad. Y, por un momento, pensó en hacerle caso a Godfrey. Sin embargo, se dio cuenta de que tenía que ver a su padre por última vez. Tenía que saber por qué había elegido a Alice y a Margaret. Tenía que saber si sentía, al menos, un poco de amor por ella. ¡Tenía que saber el por qué!

—No tengo elección —dijo.

—Siempre hay una elección —replicó Godfrey.

Dos horas después de que oscureciera, cesó la actividad de las catapultas. Los arqueros ya se habían retirado a sus hogueras para preparar la comida, y el ariete estaba bloqueado con sus frenos de piedra. Reinaba un silencio sobrenatural.

Godfrey llevó a las mujeres desde el bosque hacia la primera colina. Cuando la dejaron atrás, y subieron por el risco, habían pasado dos horas, y Elgin era una silueta oscura recortada contra el cielo nocturno. Con sigilo, atravesaron un barranco para eludir al ejército de Iain.

Margaret era la que sabía dónde estaba la puerta lateral. La había usado mucho cuando era pequeña para salir a jugar con los hijos de la lechera, en un tiempo en el que la nación no estaba en guerra, sino en paz.

Cuando, por fin, llegaron a la puerta, Joan apenas podía sostenerse en pie, y tenía que apoyarse en sus hijas. Godfrey llamó en voz baja, hasta que se abrió la mirilla.

—¿Quién va? —preguntó un soldado.

—Soy Godfrey de Frendraught, y Lady Comyn y sus hijas están conmigo.

El agujero se cerró bruscamente. Alana se echó a temblar; pasaron varios minutos hasta que la puerta se abrió.

—¿Godfrey?

—¿Sir Edwain? —preguntó Godfrey.

—Dios Santo, vuestro padre se va a poner muy contento cuando os vea aquí —dijo sir Edwain, y abrió de par en par. Las mujeres entraron rápidamente, y el caballero cerró con la

tranca.

Joan lo tomó del brazo.

—¿Y sir Alexander? ¿Sigue con vida?

—Sí, milady, pero está grave... —respondió el caballero. Entonces, miró con curiosidad a Alana—. Os llevaré con él.

Mientras atravesaban el patio de armas, Godfrey preguntó:

—Entonces, ¿mi padre está aquí, defendiendo Elgin?

—Sí, y estamos esperando la llegada del conde.

Alana se sintió aliviada al oír que su tío no estaba allí. Solo debía temer, por tanto, que la reconociera Duncan. Se colocó la capucha de modo que el borde le cayera por la frente y le ocultara mejor el rostro.

—Amigo, vamos a llevar a las damas con sir Alexander y, después, yo iré en busca de mi padre —dijo Godfrey, en un tono de autoridad. Alana supo que iba a protegerla de Duncan.

Pronto entraron en la torre. Dentro, había antorchas en las paredes, y se oían llantos. Cuando se dirigían apresuradamente a las escaleras, pasaron junto a un montón de soldados muertos. Entre ellos había un muchacho muy joven, casi un niño, lleno de pecas. Alana tuvo que apartar la vista.

¿Cuándo se darían cuenta los hombres de que la guerra nunca era beneficiosa?

Subieron rápidamente la estrecha escalera y llegaron al segundo piso. Allí, la luz era más tenue.

A Alana se le encogió el corazón. Delante de ellos había una puerta abierta, y ella supo, exactamente, qué era lo que iba a ver...

Joan gimió. Alice se adelantó, corriendo, y gritó.

Joan y Margaret la siguieron, y Alana se quedó detrás de ellas. Todas se detuvieron en la entrada del aposento.

Sir Alexander estaba sobre la cama, con la ropa empapada en sangre. Estaba muy pálido, inmóvil, como si ya estuviera muerto. Sus armas descansaban en el suelo.

Alice le tomó la mano, pero la soltó y se volvió hacia Alana con furia.

—¿Cómo te has atrevido a venir con nosotras? —le gritó—. ¡Traidora! ¡Zorra! ¡Márchate! ¡Déjanos solas! ¡Vuelve con tu amante!

Alana se estremeció, pero no se movió. Joan corrió hacia su marido y se agachó junto a él.

—Alexander —gimió—. Soy yo, Joan. ¡Te quiero! ¡No puedes morir!

—¡Padre! —exclamó Margaret, que también se arrodilló junto a su padre—. Por favor, no te mueras. Por favor, no nos dejes.

Alice volvió a mirar a Alana.

—Márchate.

Alana se abrazó a sí misma.

—También es mi padre.

Alana se arrodilló junto a Margaret, entre sollozos.

—Padre, ¿nos oyes? ¡Por favor, despiértate!

Godfrey le tocó el hombro a Alana.

—Deberías hablar ahora con él, y yo te sacaré del castillo antes de ir a buscar a Duncan.

—No puedo —susurró ella—. Tengo que despedirme de él.

Godfrey asintió.

—Entonces, haré lo posible por impedir que Duncan se acerque a esta alcoba.
De repente, la tomó del brazo, y se miraron fijamente.

Por un momento, Alana pensó que iba a besarla; sin embargo, a Godfrey se le oscureció la mirada, y se marchó apresuradamente.

—¿Joan?

Alana se sobresaltó al oír que sir Alexander pronunciaba el nombre de su esposa. Vio que movía las pestañas, tratando de abrir los ojos.

Joan le acarició la frente.

—Estamos aquí. Estoy aquí con tus hijas.

—¿Alice? —jadeó él—. ¿Margaret?

—Estamos aquí, padre —dijo Margaret.

Entonces, sir Alexander giró la cabeza ligeramente hacia sus hijas, y sonrió.

—¿Alana?

Alana se echó a llorar, y dio un paso hacia delante.

—Yo también estoy aquí... padre.

Él miró a Alice y a Margaret.

—Os quiero mucho —dijo. De repente, miró a Alana—. Te quiero. Siempre te he querido.

A ella se le cayeron las lágrimas por las mejillas. Consiguió asentir, pero él ya había cerrado los ojos.

—Oh, Dios —murmuró ella, temiendo que hubiera muerto.

Alice posó el oído sobre su pecho, y alzó la cabeza.

—Está vivo.

Joan dijo:

—Intentad darle un poco de agua.

Alice tomó una copa de una mesilla; la olisqueó para comprobar el contenido, y se la acercó a sir Alexander a los labios. Sin embargo, él estaba inconsciente.

Alana se dio cuenta de que, a partir de aquel momento, iban a velarlo hasta que muriera.

Miró a su alrededor en la pequeña alcoba. Tomó un taburete y se lo acercó a Alice. Cuando su hermana se sentaba, se miraron.

Después, ella enrolló una alfombra y se la entregó a Margaret para que la utilizara como asiento. Margaret le dedicó una sonrisa débil, con los ojos llenos de lágrimas.

Alana se quedó de pie, junto al lecho de muerte de su padre, y pensó: «Te quiero». Sin embargo, hubiera deseado que él le explicara por qué la había dejado con Eleanor, por qué había elegido a sus hermanas y a ella la había abandonado.

Pocas horas después, el fuego comenzó a apagarse. La habitación se quedó muy fría; ya nadie lloraba. Comenzó a amanecer.

Alana se levantó y atizó las ascuas. Las llamas se reavivaron un poco.

—Elisabeth.

Alana se giró al oír a su padre. Tenía los ojos abiertos de par en par, muy azules, y sonreía. Era la sonrisa de alguien sorprendido y feliz. Ella no sabía qué estaba viendo.

Después, la luz de sus ojos desapareció.

Joan gimió y se desplomó sobre él, llorando.

—¡No! —gritaron Alice y Margaret.

Alana miró el rostro sin vida de su padre. Había muerto.

Intentó no llorar, y se preguntó si, verdaderamente, había pronunciado el nombre de su madre con su último aliento. Fuera, el cielo fue tornándose de color rosado y, poco a poco, se iluminó.

El sol estaba a punto de salir. En ese momento, Iain retomaría el asedio.

Ella quería abrazar a su padre, como estaban haciendo Joan y sus hermanas, pero temía acercarse a ellas. Y el tiempo se estaba acabando. Tenía que marcharse.

Se humedeció los labios y dijo:

—Está amaneciendo. El sitio comenzará dentro de poco. Sir Alexander hubiera querido que estuvierais a salvo... ¿Lady Joan? Deberíamos irnos.

Joan estaba sollozando, agarrando las manos de su marido. No pudo responder. Alice la miró.

—¡No podemos dejarlo!

Alana pestañeó para contener las lágrimas.

—Temo por vosotras, si os quedáis aquí.

—¿Y qué diferencia hay? —inquirió Alice—. Iain nos tomó prisioneras y, si nos quedamos aquí, hará lo mismo.

Alana pensó que su hermana nunca había estado en un asedio.

—También puede ser que resultéis heridas, o que muráis, durante la lucha.

Alice abrió mucho los ojos.

Hubo un sonido en la puerta, y Alana se giró, esperando encontrarse con Godfrey.

El conde de Buchan sonrió con frialdad.

A ella se le cayó el alma a los pies. Gritó y retrocedió hacia la cama.

—Así que la zorra se atreve a entrar en mi castillo —dijo el conde, mirándola con crueldad.

Alana sintió pánico. No podía moverse. No podía respirar.

Joan se puso en pie.

—Ha muerto, John. Alexander ha muerto.

El conde apenas miró a su hermano.

—Me dijeron que no iba a sobrevivir —respondió, y clavó la mirada de nuevo en Alana—. Pero no hay mal que por bien no venga. Yo castigo la traición con la muerte, Alana —dijo.

—No —dijo Joan. Alana se sorprendió—. Nos ha traído hasta aquí, arriesgando su vida, y es tu sobrina. Alexander es... era... su padre.

Alana no podía dar crédito a que Joan la estuviera defendiendo.

—¡No me importa! —dijo Buchan, y avanzó alzando la mano.

Alana se agachó, pero no con la suficiente rapidez, y recibió un golpe muy fuerte. Salió disparada sobre el cadáver de su padre.

Alana gritó de dolor, y Joan jadeó. Alice observó la escena con espanto, y Margaret gritó:

—¡Basta!

Alana intentó ponerse en pie, pero Buchan la agarró del pelo y tiró con fuerza hacia él. Ella chocó contra sus piernas, y él le dio una patada en las costillas. Alana cayó al suelo y se acurrucó, llorando de dolor.

—Vas a morir por tocarla —rugió Iain.

Alana lo vio pasar por encima de ella, blandiendo la espada. En el suelo, de rodillas, se dio cuenta de que Iain iba a matar a su tío. ¡Aquella no era la visión que había tenido!

Sin embargo, Buchan agarró a Alice y la colocó delante de él, como escudo. Colocó una daga en su cuello, y dijo:

—He oído decir que te acuestas con una hermana, pero que vas a casarte con la otra.

Iain se quedó inmóvil, con la espada en el aire.

Buchan sonrió.

—Tira la espada, Iain, o verás morir a tu prometida.

Joan gritó.

Iain dejó caer la espada al suelo, y no trató de agarrar la que llevaba al cinto, en la cadera izquierda.

—¡John, por Dios! ¡Alice es tu sobrina! —le rogó Joan.

Buchan se movió hacia la puerta, arrastrando a Alice consigo. Nadie habló; Alana estaba todavía en el suelo, e Iain permanecía en el centro de la habitación, inmóvil como una estatua, vigilante como un halcón.

Buchan salió por la puerta con Alice; giraron a la derecha y desaparecieron.

Iain se arrodilló junto a Alana.

—Voy a matarlo —dijo, sujetándola con delicadeza.

—Estoy bien —le dijo ella—. ¿Qué le va a hacer a Alice?

—Cuando pierda la guerra, ella será un rehén valioso —dijo Iain, ayudándola a levantarse—. Y tú no estás bien —dijo. Le miró la mandíbula que, seguramente, ya se estaba poniendo negra y azul—. Me desobedeciste, Alana, maldita sea. Te ordené que te quedaras en Brodie. ¡Te prohibí que vinieras aquí!

—¡No podía obedecerte, Iain! ¡Oh, Dios, tiene a Alice! ¡Debemos ayudarla!

Él miró a sir Alexander, a Joan y a Margaret.

—Lo siento, lady Joan —dijo.

Después, recogió su espada.

—¡Se ha vuelto loco! —exclamó Joan, sin dejar de llorar—. ¡Su hermano acaba de morir, y él ha secuestrado a Alice! ¿Por qué? ¿Para poder usarla contra Bruce algún día?

La expresión sombría de Iain fue respuesta suficiente.

—Esperad aquí —les dijo, y salió de la alcoba.

Alana se sobresaltó al ver imágenes de su última visión, la de Buchan a punto de matar a Iain. Vaciló. Entonces, tomó la espada corta de su padre y corrió tras Iain, que estaba al final del pasillo.

—¡Voy contigo!

Él se giró y la miró con incredulidad.

—¡Vuelve a la alcoba, Alana! —le ordenó.

—¡No puedo permitir que persigas a Buchan tú solo!

—Me desafiaste viniendo a Elgin, ¿y sigues desafiándome ahora? ¿En mi propia cara?

—¡Quiero ayudarte, Iain! —gritó ella, y comenzó a bajar las escaleras.

Iain la agarró del brazo y se colocó delante para ir en primer lugar. No había antorchas en la escalera, y estaba tan oscuro como la noche.

—¿Crees que ha ido a la torre más cercana? —le preguntó a Alana.

—Sí.

—Tenemos que ser muy cautelosos —le dijo él, suavemente—. Duncan también está aquí dentro, aunque, seguramente, estará en las almenas, preguntándose por qué no he comenzado el asedio todavía.

Alice asintió, aunque Iain no pudiera verla. Cuando llegaron a uno de los descansillos, giraron para tomar un pasillo. Al final de aquel corredor, el conde de Buchan salió de una alcoba.

Buchan los vio y se quedó paralizado. Iain echó a correr, con la espada en alto. Alana lo siguió.

El conde desenvainó su espada y volvió a entrar en la alcoba. Cerró la puerta.

Alana sabía que Alice estaba dentro. Iain y ella llegaron a la entrada de la habitación, sin aliento, y él la miró con severidad.

—Quédate aquí, en el pasillo, y no entres. Esta vez, obedéceme.

Alana asintió.

—Júralo —dijo él.

Ella vaciló.

—No puedo.

Él no daba crédito. Sin embargo, no dijo nada más; se dio la vuelta y giró el pomo de la puerta. Para su sorpresa, la puerta se abrió. Buchan no la había cerrado por dentro.

Iain la miró, asintió y abrió de golpe. Alana miró al interior. No había ninguna luz, así que solo pudo ver sombras.

—¿Alice? —dijo Iain.

No hubo respuesta. No se oía nada, salvo la respiración de Alana. Tenía el corazón encogido. Se imaginó a Buchan, agarrando a su hermana y tapándole la boca con una mano. Se volvió hacia Iain, y él le lanzó una mirada de advertencia para indicarle que no se moviera.

—Ten cuidado —le dijo ella, silenciosamente, formando las palabras con los labios.

Él dio un paso atrás y se quitó la cadena que llevaba al cuello. La lanzó hacia el centro de la habitación, y el oro hizo un sonido metálico contra el suelo. Entonces, oyeron unos pasos justo a la izquierda de la puerta.

Buchan había arrastrado a su hermana para alejarla de la puerta. Y, mientras ella pensaba aquello, Iain entró en la alcoba.

—¡Por Bruce! —gritó.

Alana alzó la espada corta de su padre y entró detrás de él.

Buchan estaba a la izquierda de la entrada, y soltó a Alice para poder responder a la arremetida de Iain. Sus espadas chocaron violentamente.

Alice se tambaleó, y Alana bajó la espada para agarrarla de la mano y tirar de ella hacia la puerta. Miró a Iain, que estaba enzarzado en la lucha con su tío. Parecía que Buchan estaba asustado por la fiera de Iain.

—¿Has vuelto por mí? —preguntó Alice, con asombro.

Alana solo tardó un segundo en tomar la decisión; vio que los hombres se separaban y volvían a arremeter el uno contra el otro. Sus espadas chirriaron, como si alguien hubiera tocado mal las cuerdas de un arpa.

—¡Vete! ¡Márchate con Joan y Margaret, y buscad a Godfrey para que os saque del castillo!

Alice abrió mucho los ojos. Después, asintió y salió corriendo.

Alana se volvió hacia la alcoba, y vio que Iain había acorralado a su tío en un rincón, y que sonreía sin piedad. Sin embargo, antes de que pudiera asestar un golpe mortal, se oyeron pasos que se acercaban desde la escalera. Alana vio a Godfrey, a Duncan y a otro soldado subiendo desde el salón.

—¡Iain!

Él también los había oído. Y, por primera vez desde que habían encontrado al conde de Buchan, Iain la miró, y apartó la vista de su enemigo.

Alana sintió terror; Iain estaba ocupado con Buchan, y Duncan iba a capturarla.

—Son Duncan, Godfrey y un soldado —dijo, levantando la espada para defenderse.

El conde de Buchan rugió:

—¡Estás acabado, highlander!

Sin embargo, Iain no lo oyó. O no le importó lo que decía. Se apartó de él y corrió hacia la puerta, hacia Alana. Claramente, su intención era protegerla.

Buchan corrió tras él, con la espada en alto, y con una expresión rabiosa y una mirada torva. Fue el momento en que su visión se hizo realidad.

—¡Iain! —gritó Alana.

Iain se volvió y rechazó el golpe con su propia espada, y a Buchan se le cayó el arma de las manos y golpeó ruidosamente el suelo. Iain corrió hasta ella justo cuando Duncan iba a asestar un mandoble. Duncan gruñó como un animal, pero Iain se colocó de un salto frente a ella y desvió el golpe. Sus espadas entrechocaron.

Alana vio luchar a los dos hombres, pero, en aquella ocasión, la pelea fue diferente, porque Duncan era un soldado experimentado, al contrario que su tío Buchan. Además, Duncan tenía al conde y a los demás para que lo ayudaran a derrotar a Iain.

Alana se dio la vuelta; Buchan acababa de ponerse en pie con la espada en la mano, pero estaba herido. Tenía las mangas de la túnica ensangrentadas y se tambaleaba.

No hubo tiempo para sentir alivio. Godfrey, de repente, se giró y le puso la hoja de la espada en el cuello al soldado.

—¡Alana, vete, márchate ahora!

Alana miró a Iain, que seguía luchando ferozmente con Duncan. Iain dio un golpe de espada tan fuerte que Duncan salió despedido hacia atrás y se golpeó con la pared. Quedó inconsciente, y su espada cayó al suelo. Iain se giró a mirar a Buchan. Su tío alzó la espada para atacar.

Alana sabía lo que quería hacer.

—¡Iain! —gritó—. ¡Tenemos que huir!

Sabía que Iain la había oído, y que entendía que huir era lo mejor que podían hacer en aquel momento. Sin embargo, reaccionó por instinto, y atacó salvajemente al enemigo. Buchan consiguió resistir el golpe y sujetar la espada. Sin embargo, no había más tiempo; tenían que escapar. Iain pasó por encima de Duncan, tomó de la mano a Alana y dejaron atrás a Godfrey, dirigiéndose a toda velocidad hacia las escaleras.

Cuando llegaron al piso bajo, atravesaron el salón; en el siguiente pasillo, Alana vio a sus hermanas y a Joan, que salían al exterior. Corrieron tras ellas.

Alice gritó cuando las alcanzaron. Iain tomó la delantera y ellas lo siguieron por el patio trasero. Había dos chicos con una carreta llena de leña, que se quedaron mirándolos

boquiabiertos. Y, entonces, alguien gritó un aviso desde el adarve.

Alana vio la pequeña puerta lateral por la que habían entrado a Elgin. Había un par de guerreros highlanders de Iain vigilándola.

—¿Quién va? —preguntó alguien desde las almenas—. ¡Identificaos!

—Soy yo, lady Comyn, la esposa de sir Alexander Comyn —dijo Joan y, de repente, aminoró la velocidad de su paso.

Alana no sabía qué hacer, y no tuvo que decidir nada. Iain la tomó del brazo, la arrastró hacia la puerta y la obligó a salir.

—Sir Alexander ha muerto —gritó Joan, todo lo fuertemente que pudo—. El conde de Buchan está herido. Y Duncan acaba de ser vencido... ¡Estamos huyendo de Elgin, como deberíais hacer todos!

Alana oyó sus palabras y jadeó, mientras Iain empujaba a sus hermanas para que salieran por la portezuela.

—¡Lady Joan! —la apremió.

Ella corrió hacia la puerta, mientras comenzaba un revuelo en las almenas del castillo. Aparecieron docenas de soldados, mirándolos con confusión. Y, entonces, Joan e Iain también salieron del patio, seguidos por los dos highlanders. Mientras corrían para alejarse del castillo, una docena de los guerreros montados de Iain se acercaron al galope para protegerlos de los arqueros de Elgin.

Sin embargo, nadie les disparó ninguna flecha.

Capítulo 16

Cuando estuvieron a salvo, entre los hombres de Iain, Alana se dejó caer al suelo, y comenzó a temblar incontrolablemente.

Su padre había muerto, y no volvería a verlo. Pero él le había dicho que la quería, y que siempre la había querido.

Buchan había estado a punto de conseguir secuestrar a Alice, e Iain y ella habían sido afortunados por salir con vida del castillo. Cuando se dio cuenta de todo aquello, comenzó a oír los golpes del ariete contra las puertas de las murallas. Iain había retomado el asedio.

Se oyó el silbido de las flechas; los arqueros de las almenas habían empezado a disparar al ejército de Iain.

Un hombre fue alcanzado por una flecha, y gritó de dolor.

Alana apartó la vista de la batalla. Estaban a una distancia segura de la lucha; Alice y Margaret se sentaron en la hierba, junto a ella, con la respiración entrecortada. Margaret la miró con temor; Alana le dio la mano temblorosa. No estaba pensando en la guerra, sino en su padre. Ya no llegaría a conocerlo bien. Nunca estarían unidos. Miró a Alice.

—Lo siento —dijo su hermana, con los ojos llenos de lágrimas—. Siento haberte dicho cosas tan horribles.

—No importa —respondió Alana.

—Sí, importa mucho. Tú también querías a nuestro padre.

—Sí —dijo Alana, con la voz trémula—. Pero ¿por qué? ¿Por qué él os quería a Margaret y a ti más que a mí? ¿Por qué os crió a vosotras, pero a mí no?

—No lo sé —dijo Alice, entre lágrimas.

—Fue por deseo mío —dijo Joan. Estaba muy pálida, y tenía una expresión de dolor, de desesperanza—. Elisabeth era más que mi prima; era mi amiga. Las dos lo queríamos, pero él era mi prometido. Cuando averigüé lo que había hecho, la odié —explicó, mientras se dejaba caer, de rodillas, al suelo—. Y la culpé a ella, no a Alexander, por su aventura —añadió, encogiéndose de hombros—. Alexander no pudo hacer nada. No le di opción. No le permití traerte a nuestras vidas.

Alana se dio cuenta de que estaba llorando.

—Tú enviaste a Iain de Islay a buscar a Alice —dijo Joan—. Y fuiste con él. ¿Por qué?

Alana se mordió el labio.

—Es mi hermana —dijo, y miró a Alice.

Su hermana se quedó sorprendida.

—¿Enviaste a Iain a rescatarme, después de todas las cosas que te dije? ¿Después de lo mal que te he tratado?

—Sí —susurró Alana.

—Pero... tú lo quieres. Y lo enviaste a la guarida del enemigo, incluso fuiste con él, a buscarme.

Alana asintió.

—No podía dejarte atrás —dijo.

Se hizo el silencio en el grupo, y el fragor de la batalla aumentó. Joan se sentó; estaba exhausta. Alice la rodeó con un brazo.

—Le echo de menos —susurró la dama.

—Todas le echamos de menos —dijo Alice.

Margaret no se soltó de la mano de Alana.

—¿Vamos a volver a Brodie? —susurró.

Alana la miró; estaba segura de que su hermana temía convertirse de nuevo en prisionera de Iain. Recordó lo que le había prometido a su padre: que iba a proteger a sus hermanas y a su esposa. Con un gran sentimiento de dolor por sir Alexander, decidió que iba a cumplir su promesa costara lo que costara.

—Alana.

Al oír la voz de Iain, miró hacia arriba. Él estaba montado en su caballo, delante de ellas.

—Voy a enviarte a Brodie con seis de mis hombres.

Ella se puso en pie lentamente.

—Brodie está a varias horas de aquí. No necesitamos tantos hombres —le dijo; no quería que prescindiera de sus soldados.

De repente, él bajó del caballo, la tomó del brazo y se la llevó aparte de las demás mujeres.

—Quiero que llegues a casa sana y salva.

Ella se echó a temblar, y le acarició la mejilla.

—Gracias por ir a buscar a Alice.

A él se le oscureció la mirada.

—Cuando vaya a Brodie, tendrás que explicarme por qué has desobedecido mis órdenes.

Ella hizo una mueca. Iain se refería al hecho de que hubiera llevado a sus hermanas a Elgin, a ver a sir Alexander, en contra de sus órdenes explícitas.

—Estoy demasiado cansada para discutir.

Él la tomó por la barbilla y le besó los labios.

—Iré en cuanto pueda.

—¿Va a caer Elgin? Y, después de Elgin, ¿qué?

—Hasta que Buchan se rinda, o muera, estaremos en guerra en el norte —dijo él, con rotundidad.

Alana asintió; sabía que, de no haber sido porque quería apartarla del peligro, él habría matado a Buchan dentro de Elgin. Se dio cuenta del sacrificio que había hecho por ella.

Por un momento, se miraron el uno al otro. Después, él se dirigió a su caballo y montó sin esfuerzo. Galopó hacia sus soldados y entró en el fragor de gritos, relinchos y silbidos de flechas.

Otra noche más, Alana estaba en el adarve, observando las estrellas y la luna, llorando la muerte de sir Alexander.

Habían llegado a Brodie por la tarde; Alana se había echado en brazos de Eleanor, buscando consuelo para sus lágrimas. Joan, Margaret y Alice se habían retirado a su alcoba. Desde

entonces, ellas no habían vuelto a salir.

Alana se enjugó las lágrimas. Tenía muchísimas preguntas, y no solo sobre la decisión de su padre de aceptar las imposiciones de Joan, sino también sobre su vida.

Volvió a frotarse los ojos; se oyó el aullido de un lobo desde un risco cercano. Y pensó en Iain, a quien echaba terriblemente de menos.

Buchan no iba a matarlo, y ella le dio las gracias a Dios. Pensó en su visión, que había sido tan acertada como las demás; ella no había llegado a ver a Buchan matar a Iain, sino solo alzar la espada contra él. Se preguntó si había tenido aquella visión para poder avisar a Iain y salvarle la vida por segunda vez.

Sin embargo, el peligro no había desaparecido, porque Buchan seguía con vida, y el conde intentaría destruir a Iain nuevamente, tal y como Iain intentaría destruirlo a él.

Ella quería saber cómo había sido la batalla por Elgin aquel día; esperaba que Iain le enviara noticias muy pronto. Ojalá Buchan se rindiera, o muriera, para que aquella espantosa guerra pudiera terminar y todos pudieran rehacer su vida.

Pero, después, ¿qué? En realidad, Alana no quería pensar en el futuro. En el futuro, Iain podía casarse con su hermana, y a ella, Bruce le había prometido que le concedería a otro hombre como marido.

El lobo volvió a aullar. Era una noche fresca de abril, y Alana bajó las escaleras de la muralla y atravesó el patio. Seguramente, Iain estaría en su tienda, bebiendo vino y planeando el asedio del día siguiente. Se preguntó si él la echaría tanto de menos a ella como ella a él...

Entró en el salón. Estaba vacío.

Era extraño estar en casa, en Brodie, sin Godfrey. Él se había convertido en su mejor amigo.

¿Qué le haría Duncan a su propio hijo por su traición? ¿Y qué le haría Buchan? Si a Godfrey le ocurría algo verdaderamente grave, ella nunca podría perdonárselo.

Alana comenzó a subir las escaleras. Todo el mundo dormía ya, y el castillo estaba muy silencioso. En su alcoba, se quitó la capa, cerró las contraventanas y se puso un camisón. Estaba demasiado cansada como para hacerse una trenza, así que se soltó el pelo. Sin embargo, pese al agotamiento, no creía que fuera a dormir mucho aquella noche.

—¿Alana?

Se giró hacia la puerta, y vio a Alice en el umbral de su habitación. Su hermana también llevaba puesto un camisón, y tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Alana tuvo ganas de abrazarla, pero no se movió. Aquel impulso podía ser toda una equivocación.

—¿Puedo pasar? —preguntó Alice.

—Claro —dijo Alana, con sorpresa, pero también con esperanza.

Alana le sirvió a su hermana una copa de vino y se la entregó. Después, sirvió una para sí misma, y se sentó en la cama, dejándole sitio a Alice.

Sin embargo, su hermana no se sentó a su lado.

—He venido a darte las gracias por todo lo que has hecho por mí, por mi hermana y por mi madre.

—No es necesario que me des las gracias —dijo Alana.

—¡Sí, lo es! —exclamó Alice—. Desafiaste a Iain para llevarnos a ver a nuestro padre antes de que muriera y, después, le pediste que me rescatara, y tú fuiste con él. Eso fue muy arriesgado para vosotros dos. Tú eres muy valiente, y muy buena, y yo he sido muy mezquina contigo.

Aquello era muy parecido a una tregua, y Alana sintió emoción y esperanza.

—Yo no soy valiente, Alice. Estaba muy asustada, pero no tanto por mí como por Iain.

—¿Lo quieres de verdad?

—Sí. Es el único hombre al que he querido —dijo ella, y se dio cuenta de que se estaba ruborizando. Bajó la cabeza, y añadió—: Es el único hombre con el que he estado.

Alice se sentó junto a ella.

—Entonces, debes de quererlo de verdad.

—Sí.

—Pero... nosotras apenas nos conocemos. ¿Por qué permitiste que arriesgara la vida por mí?

—Porque tú eres mi hermana, aunque seamos extrañas la una para la otra.

Sin embargo, Alice hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pero... tú le juraste lealtad a Robert Bruce. ¿Cómo puedes ser tan leal conmigo, y tan desleal con el resto de la familia? No lo entiendo.

Alana se humedeció los labios, preguntándose cómo podía explicárselo. Finalmente, dijo:

—¿Has oído decir que soy bruja?

Alice palideció, y abrió mucho los ojos.

—¿Lo dices en broma?

—No. Tengo visiones del futuro, Alice, desde que era una niña pequeña. Nuestro padre me dio unas cuantas tierras como dote, pero ningún hombre quiso casarse conmigo, a causa de mis visiones.

—¿Y nuestro padre lo sabía?

—Sí —respondió ella, y sonrió con tristeza—. Yo soy una hija bastarda, y soy bruja. Cuando tenía ocho años, nuestro tío le dio Brodie a Duncan, y me hizo su pupila. He crecido siendo una niña no deseada, sin amor, aislada y rechazada. Con la excepción, claro, de mi abuela.

—Pero... lady Fitzhugh no es realmente tu abuela.

—No, no lo es. Pero siempre me ha querido como si fuera de su sangre.

Alice estaba impresionada.

—Yo crecí con dos padres que nos querían, con niñeras y doncellas, entre seda y terciopelo... y sabiendo siempre que, algún día, iba a casarme con un noble elegante, con títulos y tierras.

—Sí. Tienes mucha suerte. Yo hice lo que tenía que hacer para recuperar las tierras de mi madre, Alice. Fue una decisión terrible, pero, ahora, no me arrepiento. Brodie es todo lo que tengo.

—Hemos tenido unas vidas muy diferentes —murmuró Alice—. No es justo. Pero no parece que tú estés amargada.

—Sí he estado amargada. Algunas veces he tenido celos y he estado resentida.

Alice le puso la mano en el brazo.

—Si de verdad estuvieras resentida, no habrías desobedecido a Iain para llevarnos a Elgin, y me habrías dejado sufrir en manos de Buchan.

Alana negó con la cabeza.

—Yo también estuve cautiva una vez. Temía por ti. No podía soportar la idea de que sufrieras tanto como yo.

—Siento haber sido tan mala contigo cuando nos conocimos. Alana, yo también tenía celos

entonces.

—¿Y de qué has podido tener celos?

Alice se encogió de hombros.

—Nuestro padre nos habló de ti. Nos dijo que te quería. Yo tenía miedo de ti; tenía miedo de que nuestro padre te quisiera más a ti.

Alana sintió incredulidad. ¡Sir Alexander les había dicho a sus hermanas que la quería! Se dio cuenta de que una parte vulnerable de sí misma había dudado de las últimas palabras de su padre, pero él la había querido de verdad.

Abrazó a su hermana impulsivamente y, para su sorpresa, Alice correspondió a su abrazo. Después, la muchacha se puso en pie.

—¿Podemos empezar de nuevo, como amigas, como hermanas?

—Sí —respondió Alana.

Estaba aturdida, pero ¿no tenían dos caras todas las monedas? ¿No resurgía el fénix de sus cenizas? Parecía que la muerte de su padre había hecho que ganara una familia, después de todo.

—¿Alice? Le prometí a nuestro padre que velaría por vuestra seguridad, y voy a hacer todo lo que esté en mi poder para enviaros a Inglaterra.

—Eso sería maravilloso, pero... ¿estarías dispuesta a desafiar otra vez a Iain? ¿Por nosotras?

—Soy una mujer de palabra —dijo Alana—. Y creo que él me lo perdonará.

Pero ¿y Robert Bruce? A él no le iba a agradar que ayudara a su hermana a escapar, porque Alice era un rehén muy valioso. Alana temía la ira de Bruce, pero debía ayudar a sus hermanas y a lady Joan, de todos modos.

De repente, a Alice se le cayeron las lágrimas. Sonrió, y dejó su copa.

—¡Eres de verdad mi hermana! —exclamó, y volvió a abrazarla. Después, retrocedió—. Es tarde. Debo regresar a la cama.

Se marchó hacia la puerta. Sin embargo, se giró una vez más hacia Alana, con el semblante grave.

—¿Alana? Nunca me casaría con él, sabiendo lo mucho que lo quieres.

Alana exhaló un suspiro de alivio.

Con la primavera, empezó el buen tiempo. Los días comenzaron a alargarse, y pasó otra semana, aunque con una lentitud angustiosa. Y, al final de aquella semana, Alana recibió una mala noticia: sir John Mowbray había roto su tregua con Bruce y había llevado su ejército al castillo de Elgin, para liberarlo del sitio. Iain no podía predecir cuánto iba a tardar en caer la plaza.

Alana estaba triste y cansada de la guerra. Y, aunque Margaret no prestó atención a las noticias, puesto que aún estaba llorando la muerte de su padre, Alice se puso contenta. Se estaban haciendo amigas, pero nada podía alterar el hecho de que estaban en bandos opuestos de aquella guerra. Alice no quería que Elgin cayera. Anhelaba la derrota de Bruce, aunque nunca hablara abiertamente de ello.

De cualquier forma, su nueva amistad estaba floreciendo. Sus paseos se convertían en largas conversaciones sobre sir Alexander, sobre sus virtudes, su carácter y su vida. Por fin, Alana

empezó a entender cómo había sido su padre: un hombre honorable, valiente, con una gran fortaleza y algunas debilidades. Y lo quiso más.

Las hermanas empezaron a pasar las noches juntas, delante de la chimenea del gran salón, tomando vino y deseando que la guerra terminara. Alana supo que Alice se sentía atraída por un joven noble a quien había conocido hacía unos años, Henry de Beaumont. Cuando hablaba de él, su mirada se iluminaba.

Las mujeres intentaron encontrar una manera de que Joan y sus hijas pudieran huir a Inglaterra. Alana sabía que debía parecer que ella era inocente, que sus hermanas habían huido de ella y de Iain, para que Bruce no la culpabilizara de ello.

Al final de la semana, Joan había escrito una docena de cartas a nobles contrarios a Bruce, rogándoles su ayuda. Escribía aquellas cartas en privado, para que nadie pudiera decir que Alana estaba al corriente. Joan sobornó a dos mensajeros con oro para que llevaran las misivas, y actuaba como si Alana no supiera nada de la conspiración.

Su mayor esperanza era John MacDougall, el señor de Lorn, que estaba relacionado con su familia. Su madre era una Comyn, la hija de John Comyn, el señor de Badenoch. John había estado luchando contra Bruce los dos últimos años, y había diezmado a su ejército hacía dos veranos, en Dalrigh. Tenía muchos barcos en las costas del este, y Joan pensaba que aquel era el mejor modo de escapar.

La semana siguiente comenzó a llover. Estaba cayendo un gran chaparrón cuando Godfrey entró a la torre, sacudiéndose el agua de la capa.

Alana estaba remedando una túnica de Iain y, al ver a su amigo, arrojó la prenda sobre el banco con un grito de alegría y se arrojó a sus brazos.

—¡Estaba tan preocupada por ti!

Él la abrazó con fuerza. De repente, Alana se dio cuenta de la situación y se puso tensa, pero él la soltó inmediatamente.

—Entonces, me quieres un poco, por fin —bromeó.

—Sabes que sí. ¿Por qué no nos has enviado noticias, Godfrey? ¿Qué ocurrió?

Alana lo tomó del brazo y lo guió hacia la mesa, mientras le ordenaba a una sirvienta que les llevara vino y comida.

—Buchan me acusó de traición, pero mi padre me defendió. Resulta que le importo porque soy su único heredero —dijo, con una expresión sombría—. Después, Buchan huyó del sitio en mitad de la noche. A mí me invitaron a que me fuera.

—¿Estás enfrentado con Duncan?

—Sí, terriblemente. Pero soy su heredero —dijo Godfrey—. Supongo que, con el tiempo, me perdonará.

Alana lo esperaba de corazón.

—¿Y dónde está ahora Buchan?

—Está con John Mowbray, atacando a Iain por un flanco.

Alana se alarmó.

—Me alegro mucho de que tú estés ileso. ¿E Iain? ¿Corre peligro?

—Todas las batallas son peligrosas para todos los hombres —dijo Godfrey.

Después, se volvió hacia lady Joan, Alice y Margaret, y las saludó. Fue hacia Eleanor, y la abrazó.

Cuando se sentó, Alana se colocó a su lado.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—No puedo. Voy a unirme a Buchan y a Mowbray, Alana. Llevo demasiado tiempo ocioso en esta guerra.

Godfrey sacó un pergamino lacrado de su túnica.

Ella no reconoció el sello, pero Joan sí. Gritó de alegría.

—¡Es el emblema de MacDougall!

Alana miró a su alrededor para asegurarse de que estuvieran a solas, de que ningún sirviente estuviera presenciando la escena.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó a Godfrey, en un susurro.

—Me encontré a un mensajero en el camino, por pura casualidad. Creo que sir John debe de estar deseoso de ayudar a lady Joan y a sus hijas, porque es un vehemente enemigo de Bruce —dijo Godfrey. Tomó una copa de vino y la apuró.

Joan se levantó y tomó el mensaje. Alana asintió, y la dama se alejó apresuradamente para leerlo. Alana miró a sus hermanas, y vio la emoción y la esperanza en sus caras. Alice tomó aire y le tendió la mano. Alana se la estrechó.

Godfrey las miró con asombro.

Alana susurró:

—No debemos tomar parte en esto.

—Por supuesto que no —dijo Godfrey, sonriendo.

Joan regresó sin la carta. Se sentó junto a Alana, y le preguntó en voz baja:

—¿Podemos llegar a Dunstaffnage? Desde allí, podemos ir en un barco de John hasta Carlisle.

Alana miró a Godfrey. Aquella fortaleza estaba al sureste de ellos, enfrente de la isla de Lismore.

—Si no os capturan los soldados de Bruce, el viaje es fácil; solo hay que recorrer la gran cañada —dijo Godfrey.

—¿Y qué haremos cuando lleguemos a Carlisle? —preguntó Alice, con los ojos muy brillantes de la esperanza.

—Voy a escribir otra vez a sir Henry Percy —dijo Joan, rápidamente—. Si sir John nos puede llevar hasta Carlisle, Percy nos llevará a alguna de las casas del rey Eduardo.

Alana miró a Godfrey.

—Mis soldados juraron lealtad a Iain —dijo, en voz baja—. Tendrán que viajar disfrazadas. Tengo dos hombres de confianza que pueden escoltarlas.

—Tienes tres —dijo él, inmediatamente.

Alana le tomó de la mano.

—¿Harías esto por mí?

—Sí, Alana, lo haré —dijo él, y miró a las tres mujeres—. Hay posibilidades de que nos descubran. ¿Estáis seguras de que queréis escapar?

—¡Tenemos que intentarlo! —dijo Alice.

Alana se echó a temblar, no por Bruce, sino por Iain. Ella podía declararse inocente ante el rey, pero no podría negarle a Iain que había participado en la fuga de sus hermanas y lady Joan.

—Por favor, lady Joan, escribid a sir Percy inmediatamente, porque, en cuanto hayamos

recibido su promesa de ayuda, podemos aceptar la oferta de MacDougall.

Godfrey la miró.

—Eres muy valiente, Alana le Latimer.

—Le prometí a sir Alexander que las haría llegar sanas y salvas a Inglaterra.

Godfrey se puso en pie.

—Iain te perdonará. Te lo perdonará todo, siempre y cuando tenga tu amor.

A ella le pareció que Godfrey tenía envidia. Esperaba que su amigo estuviera en lo cierto.

Alana golpeó la masa con los puños cerrados. Hacía varias semanas que no tomaban un buen pan, pero el día anterior, había ido al mercado con una escolta, en busca de provisiones.

Joan y sus hijas se habían marchado hacía tres días; ya debían de estar en Dunstaffnage si no las habían capturado. ¡Cuánto las echaba de menos, y cuánto echaba de menos a Godfrey! Joan le había prometido que le enviaría un mensaje en cuanto llegaran a la fortaleza de sir John, y Alana deseaba que el mensajero llegara cuanto antes.

Empezó a amasar, con el corazón lleno de tristeza.

Se había encariñado rápidamente con sus hermanas. En la despedida, todo el mundo había llorado, y Alice y Margaret le habían prometido que escribirían. Entonces, Alice la había tomado de la mano.

—Pase lo que pase, siempre seremos hermanas —le había dicho, con la voz enronquecida por la emoción.

Alana suspiró. Cuánto las echaba de menos, incluso a Joan.

—¿Alana? —dijo Eleanor, que entró apresuradamente en la cocina—. Hay humo en el horizonte.

Alana miró a su abuela, se quitó el delantal y salió de la cocina, tan rápidamente que Eleanor no pudo seguirla. Salió corriendo al patio de armas y vio a varios de los soldados de Iain sobre el adarve. Atravesó el patio y subió con ellos.

—¿Qué ocurre?

—Hay una batalla cerca —dijo Angus.

Era un precioso día de mayo. El cielo estaba muy azul, y el sol brillaba con fuerza. Las colinas estaban cubiertas de hierba y flores silvestres, y de cardos morados. Sin embargo, al norte se veía una columna de humo negro, sobre un lejano risco.

—¿Y sabemos quién es? —preguntó Alana—. ¿Corremos peligro?

—He enviado un explorador, milady —dijo Angus.

¿Estaría allí Iain, a pocos kilómetros de distancia, en mitad de una batalla? No había vuelto a tener noticias suyas desde que se había retirado de Elgin. Se decía que el ejército de Bruce estaba al suroeste, cerca de Aberdeen, y que el ejército de Buchan estaba escondido. Sin embargo, aquellas noticias no tenían confirmación, y Alana no sabía si iba a haber otra batalla o no.

El explorador regresó aquella noche. Alana estaba sentada delante del fuego con Eleanor cuando Angus entró en el salón.

—No hay nada que temer —dijo—. Kincorth ha sido arrasado, y el pueblo de Kinloss también.

Alana asintió. Tomó de la mano a Eleanor. Aquellas eran tierras de Buchan.

—¿Ha sido Iain?

—No lo sabemos, milady.

Alana se echó a temblar al recordar la cruel destrucción de Nairn. Pero aquello era la guerra y, hasta que terminara, los inocentes seguirían sufriendo. No podían hacer nada, salvo esperar una carta de Joan, un mensaje de Iain y el final de aquella maldita guerra. Ojalá él volviera a casa.

Nunca lo había echado tanto de menos.

Los días eran cada vez más cálidos. Alana recibió la carta de Joan; sus hijas y ella estaban a salvo, en el castillo de Carlisle, con Percy. Esperaban noticias del rey Eduardo sobre su destino final. Alice y Margaret también le habían mandado una carta. Estaban aliviadas de haber llegado a Inglaterra y rogaban por el bienestar de Alana. Alice deseaba que pudieran reunirse en Londres algún día. Al leer sus palabras, a Alana se le cayeron las lágrimas.

Iain no envió ningún mensaje.

—¿Por qué no me ha escrito? —le preguntó Alana, con frustración, a Angus. Estaba muy preocupada.

—Solo son rumores, milady, pero se dice que Bruce está persiguiendo a Buchan ahora, porque por fin se ha recuperado de la enfermedad que ha sufrido durante todo el invierno. Hemos oído que su ejército ha estado cerca de Inverurie —dijo el soldado—. Pronto tendréis noticias de Iain, milady. Estoy seguro —añadió, y sonrió para darle ánimos.

Y, por fin, llegó un mensajero de Iain.

Alana salió corriendo al patio y encontró a Angus con una docena de highlanders, y con un soldado rubio que tenía una sonrisa resplandeciente.

¡Claramente, las noticias eran buenas!

—¡Milady! —exclamó el highlander—. Tengo noticias de Iain de Islay.

—¿Está bien?

—¡Muy bien, milady! Bruce ha derrotado al conde de Buchan y al barón de Mowbray. ¡Su ejército se ha diseminado por todos los rincones de la nación!

Angus y sus hombres prorrumpieron en vítores.

—¿Qué? —preguntó Alana, sin poder creerlo.

—¡Que Bruce ha derrotado a Buchan! Y su ejército se ha desmembrado. El conde ha huido. Creemos que a Inglaterra.

—¿Y el ejército de Buchan ya no existe?

Angus tuvo que sujetarla del brazo.

—No queda ejército, milady —dijo.

—Oh, Dios. ¿Ha terminado la guerra?

—Sí. Ha terminado —dijo el mensajero, sonriendo—. Iain desea que sepáis que volverá a Brodie tan pronto como pueda.

A Alana se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Iain estaba a salvo! Su tío ya no tenía ejército, y había huido a Inglaterra.

—Gracias —susurró—. Muchas gracias.

Era un día de finales de junio. Alana iba sobre una yegua gris, por el campo, escoltada por un grupo de soldados. Buchan había sido derrotado un mes antes, pero Iain no había regresado aún. Alana ya no soportaba más la espera. Había estado montando a caballo todos los días, galopando con rapidez por el campo, saltando troncos de árboles y arroyos.

¡Ojalá volviera Iain!

Los estragos de la guerra se veían por todas partes. Los riscos estaban abrasados. Los pueblos y las casas señoriales habían quedado reducidos a cenizas, y por todas partes había ganado suelto que buscaba comida. Había mendigos por los caminos. Los bosques estaban ennegrecidos y quemados.

Se preguntó cuándo acabaría aquella campaña de hostigamiento y destrucción del enemigo, aquella política de la tierra quemada. Claramente, Robert Bruce quería someter a sangre y fuego al condado de su gran enemigo, y su venganza no conocía límites. Parecía que iba a destruirlo todo.

—¡Milady! —gritó Angus.

Alana vio un estandarte en el horizonte. Tiró bruscamente de las riendas, con el corazón acelerado. ¡Oh, Dios! ¡Era Iain!

Un momento después, él apareció en el horizonte, montado sobre su corcel negro, seguido por una docena de highlanders que portaban su bandera del dragón rojo. Alana se mordió el labio y se echó a llorar.

Él se le acercó al galope; al detenerse ante ella, su caballo se encabritó.

—Iain —susurró Alana, entre lágrimas.

Él bajó de un salto de su caballo, la tomó por la cintura y la estrechó entre sus brazos, besándola apasionadamente.

Y, entonces, ella sonrió.

—Estás en casa —susurró.

—Estoy en casa —repitió él—. Te he echado de menos, Alana.

—Yo también —dijo ella, y volvieron a besarse.

Cuando el beso terminó, él la miró con los ojos brillantes de pasión. Alana le acarició la mejilla.

—¿Ha terminado todo?

—Buchan se ha ido a Inglaterra, Alana. Ya no tiene ejército, y dicen que está enfermo. Muy enfermo. Tal vez se esté muriendo.

Recordó la crueldad de Buchan y se estremeció. No le importaba que muriera.

Él le acarició el pelo.

—Lady Joan ha estado proclamando a los cuatro vientos que Alice es la siguiente condesa de Buchan. Si Buchan muere, habrá una gran contienda por el condado.

—Pero... si Bruce controla estas tierras ahora.

—Sí —dijo Iain, mirándola a los ojos.

Así pues, habría más guerra, pensó Alana con temor.

—Siempre habrá guerra, ¿verdad?

—Es el temperamento humano —dijo él.

Ella tomó su cara entre las manos.

—¡Te he echado tanto de menos!

—Alana —dijo él, con firmeza—. Voy a estar en casa durante una temporada, y no deseo hablar de la guerra.

A ella se le escapó un jadeo de sorpresa.

—¡Has dicho que Brodie es tu casa!

Él sonrió lentamente.

—Sí, es verdad. Si tú estás aquí, entonces estoy en casa.

Ella se abrazó a él con incredulidad.

—Iain, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que ya es hora de que engendremos otro hijo. Pero no un bastardo.

—¿No un bastardo? —preguntó Alana con asombro.

—Quieres casarte conmigo, ¿no? —le preguntó él, con una sonrisa perversa.

—¿Me vas a tomar el pelo en una cosa así?

—Tú misma le pediste mi mano a Bruce —dijo él, riéndose.

—¡Sí! —gritó ella, dándole un puñetazo en el pecho.

A él se le borró la sonrisa de los labios. Atrapó su mano y se la besó.

—Le he pedido tu mano a Bruce, Alana.

Ella se sintió mareada.

—Pero... yo no soy una gran heredera. ¿Qué pasa con Alice? Ella será la próxima condesa de Buchan.

—No. No eres una gran heredera, solo una pequeña heredera, pero no me importa que solo me aportes Brodie —dijo él, y la estrechó contra su cuerpo—. Te quiero desde hace mucho tiempo, Alana le Latimer, y ya es hora de que te convierta en mi esposa.

A Alana se le cayeron las lágrimas de pura alegría. Él la subió a su caballo negro y saltó a la grupa, detrás de ella. La agarró con firmeza por la cintura y espoleó al caballo para volver a Brodie. Para volver a casa.

FIN

Queridos lectores:

Espero que hayáis disfrutado tanto como yo de la historia de Iain y Alana. Una vez más, mi musa me inspiró para retratar a una mujer valiente que lucha por su vida y por su amor, en un mundo peligroso dominado por los hombres. Como sabéis, es un tema recurrente para mí, porque no hay nada que me fascine más que una mujer acosada por el poder masculino que, al final, triunfe y consiga poner de rodillas a su amante por puro amor y pura pasión.

Aunque Alana es un personaje de ficción, su familia es real. Joan le Latimer estuvo casada con sir Alexander Comyn, el sheriff de Aberdeen y segundo hermano del conde de Buchan. Ella tenía una prima, Elisabeth. Sin embargo, yo he inventado completamente la historia de sus vidas. Si Elisabeth se enamoró del prometido de su prima y tuvo una hija con él, sería una gran coincidencia. ¡Una estupenda coincidencia!

Donald de Islay era el primo de Alexander y Angus MacDonald. Angus Og le concedió el mando de un ejército de highlanders, y lo envió a luchar por Bruce. Donald tenía tres hermanos, y el más pequeño se llamaba Iain. No he encontrado otras menciones de este joven, y lo elegí como héroe de esta historia. Es evidente que también he inventado su vida.

Los demás personajes históricos que he intentado retratar han sido el conde de Buchan y Robert Bruce. Los he caracterizado en beneficio de la historia, de la manera más dramática posible, para enmarcar la historia de amor de Iain y Alana.

Esta es la tercera historia que escribo ambientada durante la guerra de Escocia, la sangrienta búsqueda del trono por parte de Bruce. En 1307, Bruce comenzó su definitiva campaña para acabar con el conde de Buchan y toda la familia Comyn de una vez por todas. Al final del verano de 1308, el ejército de Buchan estaba diezmado y disperso por los cuatro costados de la nación, y Buchan había huido a Inglaterra, donde iba a morir muy pronto. Bruce comenzó su implacable destrucción del norte de Escocia.

Alice Comyn era la heredera del conde de Buchan. Se casó con Henry de Beaumont en julio de 1310 y, rápidamente, la pareja exigió sus derechos sobre el condado, lo que provocó una larga lucha que fue una de las causas de la Segunda Guerra de la Independencia de Escocia.

Esta novela es una obra de ficción. Este periodo de la historia de Escocia está lleno de vacíos de información y de datos contradictorios, y me permite elegir lo que quiero escribir y cómo quiero escribirlo. He puesto la historia de amor de Alana y de Iain por encima de la exactitud histórica. Aunque la mayoría de las batallas, eventos y personajes son reales, me he permitido algunas licencias poéticas. Cualquier error histórico que pueda existir en la obra es mío.

Feliz lectura, *BRENDA JOYCE*

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2014 Brenda Joyce Dreams Unlimited, Inc.
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.
Una rosa en la batalla, n.º 184 - enero 2015
Título original: A Sword Upon the Rose
Publicada originalmente por HQN™ Books
Traducido por María Perea Peña
Editor responsable: Luis Pagni

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-6110-7
Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

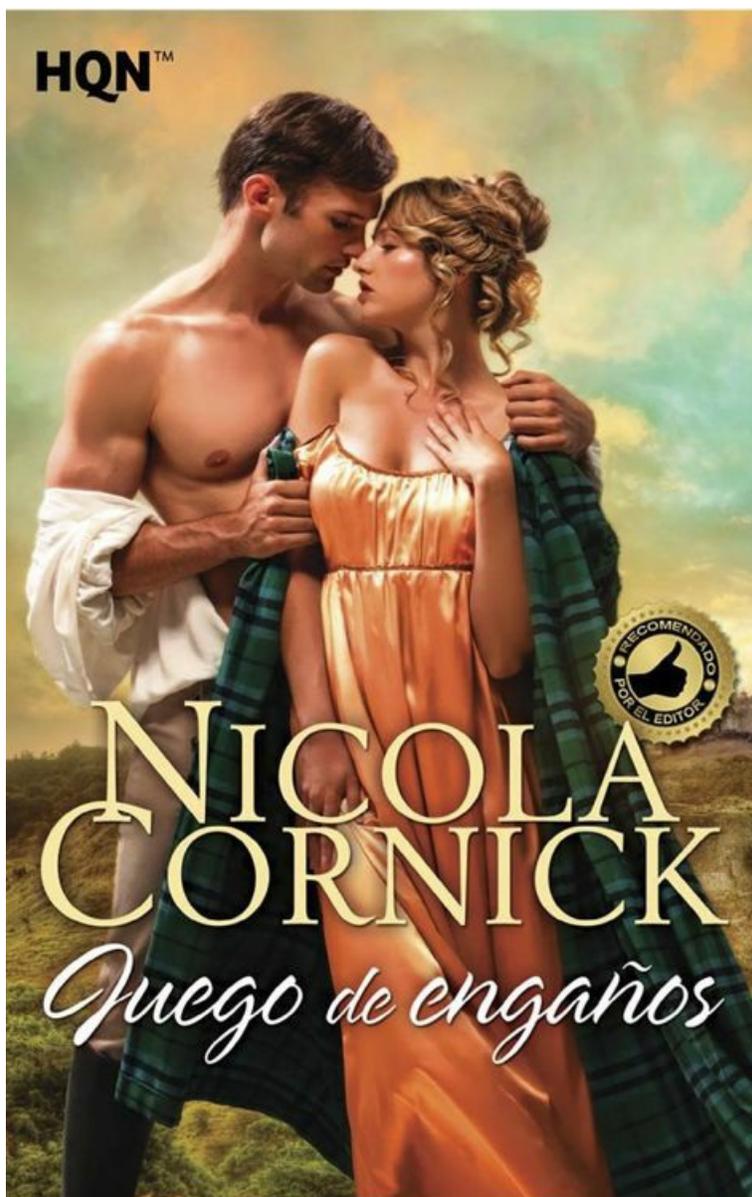
Capítulo 15

Capítulo 16

Queridos lectores:

Publicidad

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com